

# Leyendas de las calles de Méjico

Juan de Dios Peza



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## Leyendas de las calles de Méjico

Peza, Juan de Dios

Relato histórico

Se reconocen los derechos morales de Peza, Juan de Dios.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

## LEYENDAS DE LAS CALLES DE MÉXICO

### EL INDIO TRISTE

Es media noche; la luna  
irradia en el firmamento,  
y riza al pasar el viento  
las ondas de la laguna.

En el bosque secular  
y entre el tupido ramaje,  
turba el pájaro salvaje la  
quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos  
del horizonte, a lo lejos,  
brillan cual claros espejos  
al pie del monte los lagos.

Yace en paz, sola y rendida de  
Tenoch la ciudad bella;  
parece que impera en ella la  
muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad,  
que fué tan triste su suerte



que la orillan a la muerte

el luto y la soledad.

Su esplendor está apagado de la

guerra al terremoto; el gran *huehuetl* está roto y el *teponaxtle* callado.

No alumbró el *teocal* la luz del copal de suave aroma, porque el *teocal* se desploma bajo el peso de la cruz.

No cubren mantos de pluma los

cuerpos de altivos reyes; tiene otro Dios y otras leyes la tierra de Moctezuma.

Y ante este Dios y esta ley que

transforma su recinto solo al César

Carlos Quinto reconoce como rey.

¡Cuántos heroicos afanes! ¡Cuántos

horribles estragos, han visto bosques y

lagos, ventisqueros y volcanes!

Está el palacio vacío sin pompas ni

ricas galas; desiertas se ven sus salas

su exterior mudo y sombrío.

Y zumba en su derredor del viento

la aguda queja, como un suspiro que

deja honda impresión de dolor.

Es el profundo lamento de una raza

sin fortuna: ¡la sangre que en la

laguna flota y se queja en el viento!



Por eso duerme rendida de Tenoch  
la ciudad bella, como si imperase en  
ella la muerte más que la vida.

II

Frente a la anchurosa plaza, cerca  
del teacal sagrado y del palacio olvidado que pronto ruina .amenaza,  
donde con riqueza suma viviera en  
tiempo mejor, Axayacatl el señor y  
padre de Moctezuma.

en corta y estrecha calle desde la  
cual, el que pasa mira fabricar la casa  
del alto marqués del Valle,  
así en la noche sombría como  
en la tarde callada y al fulgor de  
la alborada con que nace el  
nuevo día,

en toscas piedras sentado y con  
harapos vestido; entre las manos  
hundido el semblante demacrado;  
un hombre de aspecto rudo,  
imagen de desventura, siempre en la  
misma postura v como una estatua  
mudo;

inclinada la cabeza, allí lo encuentra la gente,  
como la expresión viviente de la  
más honda tristeza.



¿En qué piensa? ¿qué medita?  
qué dolor su alma destroza que ni  
llora, ni solloza, ni se queja, ni se  
agita?  
En su conjunto reviste tanta  
tristeza ignorada, que la gente  
acostumbrada clama al verlo: ¡el indio  
triste!  
Le conocen por tal nombre en el  
pueblo y la nobleza, y dicen: es la  
tristeza que tiene formas de hombre.  
A nadie llegó a contar su tenaz dolor  
profundo; siempre triste lo vio el mundo  
en aquel mismo lugar;  
tal vez fué algún descendiente de los  
nobles mejicanos, que ,al ver en  
extrañas manos y en poder de extraña  
gente,  
la nación que libre un día vivió con  
riqueza y calma, sintió en el fondo del  
alma horrible melancolía.  
Y sin ninguna amenaza, viendo a su  
nación cautiva, fué la expresión muda y

viva de la aflicción de su raza.

Muchos años se le vio en

igual sitio sentado,

y allí pobre y resignado de su tristeza murió.

Su desconocida historia al vulgo pasma y arredra, y en tosca estatua de piedra honrar quiso su memoria.

La estatua al cabo cayó, que al tiempo

nada resiste, y "Calle del Indio Triste" esa calle se llamó,

sin poder averiguar con ciencia ni

sutileza la causa de la tristeza del indio de aquel lugar

pero en nuestro hermoso valle y en nuestra mejor ciudad, pasan de edad en edad ese nombre y esa calle.



## LA CRUZ VERDE

I

Era Rosa una doncella de  
incomparable hermosura, tan  
modesta como pura y tan pura  
como bella.

Inteligente, graciosa, de talle  
esbelto y gentil; nacida en el mes  
de abril le dieron por nombre,  
Rosa.

Y este nombre solo era un  
detalle de su ser, que en ella quiso  
poner, sus gracias la Primavera.

En su faz encantadora sonrisa  
eterna irradiaba, y a su mirar  
envidiaba sus limpios rayos la  
aurora.

El blanco y fulgente brillo de su  
tersa y fina tez, copian en su  
palidez las vírgenes de Murillo.

Y nunca pintó el Ticiano en sus



Venus más perfectas, las limpias  
curvas correctas de su dorso y de  
su mano.

Era música su acento, sol de  
bondad su ternura, un ensueño su  
hermosura y un cielo su  
pensamiento.

Del hogar joya y decoro, a quien  
todos admiraban, de sus padres  
que la amaban era el único tesoro.

Quiso del «altar en pos, tomar  
del claustro los velos, v sus padres,  
en sus celos, se la negaron a Dios.

Quedó con amor profundo a sus  
padres consagrada; como una flor  
desterrada en los desiertos del  
mundo.

Ilusiones peregrinas, ensueños  
de amor ardiente, eran al tocar su  
frente una corona de espinas.

Que en su angelical bondad  
siempre llegó .a suponer, como una  
afrenta el placer, y el amor como

maldad.

Por esto, siendo un fanal de  
virtud, firme y radiosa, rosa fué  
siempre una rosa de algún jardín  
celestial.

Y sin penas ni temores, tranquila y  
feliz vivía, como al despuntar el día  
viven felices las flores.

II

Cruzando los hondos mares,  
después de famosa hazaña, arribó a la  
Nueva España don Nuño de  
Valladares.

Hombre ilustrado y de mundo, de  
noble y altivo porte, entró muy niño en la corte del rey Felipe segundo.

Su valor cautivó tanto al rey que  
amó con afán, que lo mandó con Don  
Juan a combatir en Lepanto.

Conseguida la victoria, tornó al  
servicio ordinario, con título nobiliario y coronado de gloria.

Brillando en la altiva grey que al  
rey Felipe servía, a Méjico llegó un día recomendado al Virrey.

Era afable y cortesano, y usó  
siempre en nuestro suelo, tonelete y  
ferruelo, igual a su soberano.

Sempre inspirando respeto, fué con  
los nobles amable,  
con los pecheros sociable y con las  
damas discreto.

Siempre al Virrey allegado, cuentan antiguos anales que oidores y concejales le  
llamaban "El privado".

Y era tanta su influencia, y dominó de tal suerte, que de un condenado a muerte revocaba la sentencia.

El alcázar y el terruño amparaba por igual, que nunca tuvo rival en justiciero, don Nuño.

Era el árbitro, el señor de cuanto en la corte lidia; celos, rencores y amor, por eso inspiraba envidia,

III

¡Con qué afán Méjico entero para acudir se apresura, a solemnizar la jura del rey Felipe tercero!

Dentro y fuera de la traza se observa la agitación de toda la población para llegar a la plaza.

Que están allí los donceles formando lujosa vana, de pie y al sol la canalla, los nobles en sus corceles;

Y todo lo principal que ser lo  
primero anhela, marchando bajo la vela  
de Palacio a Catedral.

Se acata la nueva ley, que el pueblo  
sabe de cierto, que siempre que un rey  
ha muerto ha de gritar: "¡Viva el rey!"

Se ven largas procesiones por las  
calles discurriendo, v con orgullo  
luciendo, oriflamas y pendones.

La guardia de la nobleza llena, con  
sus caballeros, las calles de los  
Plateros, con don Nuño a la cabeza.

De pronto extraña impresión turbó  
de Nuño la calma, que iluminando su  
alma miró a Rosa en un balcón.

Quiso postrarse de hinojos, rendido y  
enamorado, que nunca le habían

mirado ojos como aquellos ojos.

Ni en sus horas intranquilas cuando

en África luchó, un sol tan ardiente vio como el de aquellas pupilas

Y con secreta alegría, en

tal dulce beldad fijo, a solas

pensando dijo:

"¡ Si esa mujer fuera mía!"

Movió el árabe alazán, v atropellando a la gente, fué a ponerse frente a frente de Rosa, con loco afán.

Era apuesto el caballero, v su porte enaltecía el aire, cuando movía la pluma de su sombrero.

En su amorosa mirada brillaba más viva luz, que la del sol en la cruz de su toledana espada.

Era un rey más que un vasallo, pues todo noble en él era, lo mismo su cabellera que la crin de su caballo.

La doncella lo veía y se turbaba importuna, cual se turbara la luna frente al sol del mediodía.

Ignorando rango y nombre del tenaz

admirador dijo para su interior: "¡ Ay si me amara este hombre!"

Y con la misma pasión se cruzaron sus

miradas, cual se cruzan dos espadas que buscan el corazón.

Se apartó de allí el doncel, quedando con alma ansiosa, don Nuño pensando en Rosa y Rosa pensando en él.

#### IV

Al mediar un mes de enero, Rosa  
sola, en su retrete, leyendo está este  
billete que le escribió el caballero:

"No tiene más luz el sol que tus  
ojos, vida mía, lo juro por mi  
hidalguía de cristiano y español.

"Yo que solo a mi rey quiero y solo acato su ley, hoy me olvido de mi rey,  
pues por ti, mi reina, muero!

"Te he visto, ¿por qué te vi? no  
merezco tal tesoro, no quiero amar, y  
te adoro, y estoy muriendo por ti.

"No son vanas ilusiones; soy tu  
esclavo, ¿no lo ves? deja que ponga a  
tus pies mis más preciados blasones

"Renombre y fortuna loca te ofrezco amante de hinojos por un rayo de tus  
ojos, por un beso de tu boca.

"Di, si me puedes amar, que al  
negarme tal ventura iré a llorar mi  
amargura al otro lado del mar.

"Dímelo pronto, y de modo que  
sepa lo que es de mí. . . mira que yo



tengo en ti mi Dios, mi rey y mi todo.

"En tu balcón, por favor,  
respóndame una señal: una cruz  
blanca, mi mal, una cruz verde, mi  
amor!

"Mañana, al rayar la luz, no  
olvides, mi estrella pura, que  
buscaré mi ventura en el color de  
la cruz".

Y dicen que el noble aquél, con  
miedo al par que alegría, al brillar  
el nuevo día y a sus palabras fiel,  
cruzó lleno de pasión frente al  
balcón de su amada, y una cruz  
verde fijada vio en la reja del  
balcón.

Amó a don Nuño la dama, y de  
sus tiernos amores, de sus dichas  
y dolores nada nos dice la fama.

Algún cronista asegura que  
llegaron al altar, teniendo siempre  
en su hogar riqueza, paz y  
ventura.

Alguno da por perdida de esta  
historia la verdad, que siempre la  
humanidad de lo que pasa se  
olvida.

Mas la calle no se pierde en  
donde Rosa vivió, pues el pueblo la  
llamó la calle de "La Cruz Verde".

## LA CALLE DEL NIÑO PERDIDO

I

Al rayar de una mañana serena, apacible

y pura, cuando el alba su hermosura

envuelve en manto de grana,

cuando entre vivos fulgores y entre céfiros suaves, el espacio todo es aves y la tierra toda flores;

y tras el lejano monte de la

noche como huella se ve la

postrer estrella temblar en el

horizonte;

y junto a la estrella está cual maga que la sostiene, celosa del sol que viene la luna que ya se va;

y suena la algarabía en boscajes y colinas de mirlos y golondrinas, saludando al rey del día;

con un pompa real que

noble gente corteja

llegó una feliz pareja a la iglesia

Catedral.

Era selecta la grey, pues ya la gente

contaba que el Arzobispo oficiaba y era

padrino el Virrey.

Entrando en el santuario se fueron a

arrodillar en el más lujoso altar de cuantos tuvo el Sagrario.

Apuestos eran él y ella; de gran fortuna ella y él; de treinta años el doncel y de veinte la doncella.

Los dos contentos y ufanos, llenos de fe y de ilusiones, ya unidos sus corazones iban a enlazar sus manos.

De nuevas dichas en pos se les vio salir unidos con sus amores ungidos por la bendición de Dios.

Y bien pronto en la ciudad se supo con alegría

que el despuntar de aquel día fué todo felicidad.

Repitiendo en cada hogar que ya estaba desposada doña Blanca de Moneada, con don Gastón de Alhamar.

Para rencores y duelos de amor en el paraíso el infierno darnos quiso una serpiente: los celos.

No hay corazón más herido ni con más sed de venganza, que el que pierde la esperanza de verse correspondido.

Y que mira por su mal, que mientras más sufre y llora, más se distingue y se adora a un poderoso rival.

No está, pues, mal expresado, por quien sintió estos dolores, que ser rival en amores es odiar y ser odiado.

Mientras Blanca se enlazaba con

Gastón a quien quería, bajo la nave  
sabría un hombre la contemplaba.  
Era de semblante duro, de mirar  
torvo y dañino: Blanca lo halló en su  
camino cual se encuentra un aire  
impuro.

Le repugnó su ardimiento y él la  
siguió apasionado cual si ella fuera el  
pecado y él fuese el remordimiento.

En alas de la pasión la  
importunaba y seguía,  
y ella callaba y sufría sin  
revelarlo a Gastón.

Y llegó a ser tan osado,  
que le dijo con maldad: "Por  
fuerza o por voluntad has de  
venir a mi lado.

"Has burlado mi esperanza, me  
niegas tu fe y tu mano; Blanca: soy  
napolitano cuídate de mi venganza!"  
Blanca todo desdeñó, libre de duelo y  
pesares, pero llegó a los altares y al  
hombre aquel encontró.

Al bajar la escalinata vio de la nave a  
lo lejos, dos ojos cuyos reflejos le  
estaban diciendo: ¡ingrata!

Y brillaban por igual de  
ese modo que sonroja, porque  
recuerdan la hoja de  
envenenado puñal.

Se sintió desfallecer; tuvo  
miedo a oculto lazo, y dando a  
Gastón el brazo se irguió para  
no caer.

—¿Qué tienes? — dijo Gastón—  
palideces, Blanca mía? —Palidezco de  
alegría, de contento, de emoción.

Y de la sombra al través el  
napolitano herido,  
clamó con sordo rugido:  
"Caerán los dos a mis pies".

Y con semblante infernal como el  
lobo tras la oveja, tras de la gentil  
pareja salió de la Catedral.

III

¡Cuan dichoso es un hogar donde  
reina una fe pura y se cifra la  
ventura en ser amado y amar!

Hermoso y seguro puerto del  
mundo en las tempestades; fanal de  
eternas verdades de la vida en el  
desierto.

Gastón y Blanca, allí a solas, en  
santa pasión se abrasan y todas sus  
horas pasan serenas como las olas.

Forma en su rica mansión el lazo  
de su cariño, un ángel de paz, un  
niño, viva imagen de Gastón.

Respira el aire salubre sin  
zozobra y sin fatigas que acaricia a  
las espigas en las mañanas de  
octubre.

Causa envidia al arbol de su  
mejilla el carmín, y es cual la flor  
de un jardín abierta al beso del sol,  
En su tez sin mancha alguna hay la

limpidez de un astro, y parece de alabastro cuando reposa en la cuna.  
Blanca dobla las rodillas para dormido  
admirarlo; Gastón, por no despertarlo, se le acerca de puntillas.  
Y apasionados él y ella lo ven con  
dulces sonrojos, cual ven unos mismos ojos la luz de una misma estrella.  
Y la flor recién nacida talismán de  
dichas era, porque la ilusión primera le dio en un beso la vida!  
Cuando soñaron los dos por  
primogénito un hombre, pensaron: tendrá  
por nombre "El regalado por Dios".  
Y cumplido el noble afán, igual en  
Blanca y Gastón, como Dios le dio un  
varón le dieron por nombre: Juan  
Y trajo rasgos tan bellos de gracia viril tesoro,  
y era tan brillante el oro de sus rizados cabellos,  
que al llevarlo ante la Cruz a recibir el bautismo que forma en el cristianismo  
Jordán de gracia y de luz,  
soñándolo ya un artista o pensador  
de renombre, lo advocaron bajo el  
nombre de Juan el Evangelista.  
Y así aquel niño sin par, flor de  
celestes pensiles, miró lucir tres  
abriles



sin lágrimas en su hogar.

Siempre en la faz de Gastón hubo  
sonrisa al mirarlo; Blanca siempre al  
contemplantarlo alzó al cielo una  
oración.

Y no puedo describir  
los sueños que ambos tenían, cuando  
al verlo discurrían en su incierto  
porvenir.

Y eran felices los dos,  
que al hogar que amor encierra un  
hijo trae a la tierra las bendiciones de Dios.

#### IV

La dicha de aquel hogar se vino .a  
eclipsar al fin, v fué el rubio serafín  
motivo de tal pesar.

El Destino, injusto y ciego, que lo  
más sagrado arrasa, en cierta noche  
la casa envolvió en ondas de fuego,  
y entre el inmenso terror que el  
incendio produjera,

Blanca, en la extendida hoguera,  
busca al fruto de su amor.

Gastón, corriendo aturdido, al hijo  
tierno buscaba v como un loco  
gritaba: "Volvedme al niño perdido".

Y las llamas .ascendían  
terribles y destructoras,  
v raudas y abrasadoras cuanto  
hallaban consumían.

Blanca y Gastón, como fieras que  
su cachorro les quitan, braman, se  
revuelven, gritan con voces tan  
lastimeras.

que por piedad o cariño, el peligro  
desdeñando, muchos los siguen  
llorando en busca del tierno niño.

Y Gastón, sin sombra alguna de  
temor, con ciego empuje, sobre una  
viga que cruje  
se adelanta hasta la cuna.

¡Aquí! con gran alegría está el  
niño, a todos dice, mas pronto ve el  
infelice que está la cuna vacía.

Siente romperse los lazos que lo  
ligan a este mundo, y con un dolor  
profundo .alza la cuna en sus brazos.

Corre, y al punto que asoma con  
Blanca por la escalera,  
de un golpe la casa entera  
retronando se desploma.

No hay bálsamo que mitigue de  
Gastón la pena ardiente; corre y lo sigue la gente y Blanca, loca lo sigue.

Cruzan por una calleja donde  
existe sobre el muro un viejo  
retablo obscuro que humilde  
altar asemeja.

Con amargura infinita Gastón se

postra de hinojos y fija los tristes ojos en esa imagen bendita.

— "¡Oh Madre de los Dolores!" dice mirándola fijo, "Devuélveme por tu Hijo al hijo de mis amores".

Y a la vez que en la sombría calleja,

otra voz se alzaba;

era Blanca que gritaba:

— "¡Dadme a mi hijo, madre mía!"

Y cuando la gente ya

rezando les acompaña,

en lo alto una voz extraña a todos dice:

— "¡Allí está!"

Reina un silencio profundo; los ánimos

se han turbado, el eco que han escuchado les parece de otro mundo.

Vuelve los ojos Gastón sin

proferir nueva queja,

y al fondo de la calleja, mal

oculto en un ancón,

halla al raptor inhumano que carga al

niño en un hombro; Blanca lo ve y con

asombro exclama: "¡El napolitano!"

Gastón le asalta derecho con

ciega rabia infernal, y el raptor

saca un puñal para clavarlo en  
su pecho.

Y audaz grita: —El que incendió tu  
casa para vengarse, podrá matar o  
matarse, mas dar a este niño, ¡ no!

—¡ Infame! Gastón agrega y erizado su  
cabello, salta, lo coge del cuello y  
emprende así ruda brega.

—¡Madre! ¡madre! el niño grita; su  
dulce voz Blanca escucha y sin miedo de la lucha sobre ambos se precipita.

Mientras Gastón al raptor estrangula,  
acude Blanca que de los hombros le  
arranca al tesoro de su amor.

La gente, entusiasta, admira a Gastón,  
que con su mano ahoga al napolitano, que se retuerce y expira.

Quando ya muerto lo ve v halla a

Blanca con su hijo,

al raptor con regocijo

le pone en el cuello el pie.

Se cruza airoso de brazos

triumfante y de gozo ardiente,

impidiendo que la gente destroce ,al

vil en pedazos.

Blanca, loca de alegría,  
arrodíllase llorando ante el retablo  
gritando: "¡Gracias, gracias, madre mía!"  
No juzga el hallazgo cierto en sus  
delirios febriles, y en tanto los  
alguaciles van a recoger al muerto.  
Vuelve a su esposa Gastón, mira al  
niño, se embelesa, y grita cuando lo  
besa: "¡Hijo de mi corazón!"  
Todo el pueblo enternecido, llora,  
clama, palmotea, y hasta el mas  
pobre desea besar al niño perdido.  
Y torna la paz a el alma; la pena  
es gozo profundo, que siempre viene  
en el mundo tras la tempestad la  
calma.

V

Blanca, a quien solo aconseja la  
piedad actos de amor, dejó de tan  
gran dolor un recuerdo en la calleja.

Puso un nicho y unas flores,  
emblemas de su cariño y en el nicho a  
Jesús niño, perdido entre los

Doctores,  
y una lámpara que ardía símbolo  
de devoción, invitando a la oración en  
la noche y en el día.

Y año tras año corrido respeta el  
hecho la fama, y aquella calle se  
llama "Calle del Niño Perdido".

## EL ALTAR DEL PERDÓN

Tradición del Siglo XVI

Cuando a gobernar el reino de la  
rica Nueva España vino el marqués  
de Falces o don Gastón de Peralta,  
trajo en su comitiva a un pintor  
de mucha fama, que era portugués  
de origen, pero educado en Italia.

Según las crónicas rezan, Simón  
Peyréns se llamaba; hombre de  
estrechos recursos y de conciencia  
muy ancha.

En mostrar sus opiniones  
cuidábase poco o nada, y una vez  
dijo en la corte ante donceles y  
damas: "No he de mojar mis pinceles para pintar cosas santas, que cuanto  
le atañe al cielo mi paleta lo  
rechaza".

No faltó quien al oirlo con  
miedo se santiguara,  
y de hereje y judaizante le



diera en la corte fama.

Del Arzobispo a noticia llegaron  
esas palabras, y del Virrey con  
permiso llamó a Peyréns a su casa.

Preguntóle si era cierto lo que  
todos murmuraban, y el pintor, sin  
inmutarse, y mirándole a la cara,

Repuso: "Señor, es cierto; yo pinto cosas profanas, porque las cosas del  
cielo ni me inspiran ni me agradan".

El prelado ordenó al punto que a  
un calabozo llevaran al hereje, para  
darle digno castigo a su falta. Ya  
preso en un calabozo, después de  
algunas semanas, frente al potro del  
tormento de que se desdiga tratan.

Pero el pintor era altivo, con  
mucho temple en el alma, y en  
medio de sus verdugos ratificó sus  
palabras.

Entonces, con grande encono,  
sobre la rueda le atan, y hacen que  
crujan sus huesos a cada vuelta  
forzada.

Pero como no se queja, ni ruega,  
ni se retracta,  
ordenan que se le aplique otro  
martirio: *el del agua*.

Le introducen en la boca hasta  
tocar su garganta el tosco embudo,  
por donde vierten, con siniestra  
calma, tres *pintas* que equivalían a tres gigantescas jarras.

Eran vanos los esfuerzos para  
evitar apurarla, pues pusieron los  
verdugos (conforme a sus  
ordenanzas), un lienzo empapado y  
tosco del mártir sobre la cara.

Sufrió Peyréns el suplicio, y  
cuando ya agonizaba, lo volvieron a  
su celda sin la remota esperanza de  
encontrárselo con vida al despuntar  
la mañana.

Con gran asombro de todos,  
después de tan negra infamia, el  
artista quedó sano, sin que los  
jueces lograran que se desdijera  
nunca temiendo sus amenazas.

Dictóse al fin su sentencia, por  
la cual lo condenaban a sufrir  
prisión perpetua sin salir de Nueva  
España: y que tan sólo sería tal  
sentencia revocada  
en caso de que el hereje algún retablo  
pintara, de la Iglesia en desagravio y  
honrando a la Virgen santa.

Peyréns se mantuvo firme, sufrió  
una prisión muy larga; hasta que  
triste y cansado de una vida tan  
precaria, como en sus mejores  
tiempos se levantó una mañana en  
busca de sus pinceles, de su paleta  
olvidada, y de todo cuanto fuera para  
trabajar un arma.

No hallando tela dispuesta ni  
manera de arreglarla, la puerta del  
calabozo se le ofreció a sus miradas; y  
en ella pintó una Virgen que  
embelesaba al mirarla.

Cuando concluyó tal obra, digna de  
la eterna fama, mandó aviso al

Arzobispo, quien fué a la prisión con  
ansia, temiendo que aquel hereje la  
religión mancillara.

Llegó el prelado a la celda, los ojos  
airado clava en la pintura del preso, y  
al ver la expresión seráfica, y la  
sonrisa apacible, y la celestial mirada  
de la imagen, se arrodilla, reza  
humilde una plegaria, y admirado y  
satisfecho ordena que libre salga  
aquel pintor, que ha sabido honrar  
a la Virgen santa.

Y al mismo tiempo dispone, que  
como pintura sacra  
a la Catedral se lleve la puerta  
privilegiada, do pintar plugo al  
artista a la Madre de las Gracias.  
Que se le ponga, así mismo, un  
ancho marcó de plata y un cristal,  
que la resguarde del tiempo y sus  
asechanzas; y se coloque y venere  
con piedad y con constancia, en el  
altar consagrado para perdón de las

ánimas.

Han corrido varios siglos, y la  
Catedral aun guarda en el mismo  
altar, el cuadro que aquel  
portugués pintara.

Y cuantos de los devotos que allí  
elevan sus plegarias ignoran que es  
una puerta por un mártir decorada,  
mas bien que con los pinceles con el  
dolor y las lágrimas.

## LA CALLE DEL CALVARIO

### Leyenda del Clavo

I

Joseph Ramírez Dorantes, era,  
hablando con verdad, uno de los  
estudiantes más cumplidos y  
galantes de nuestra Universidad.  
Era de honrada ascendencia, su  
padre cifró su afán en ilustrarlo a  
conciencia, y a estudiar  
jurisprudencia lo mandó de  
Michoacán.

Vivió, cual es de ordinario,  
sufriendo algunos rigores; y el centro  
universitario lo nombró bibliotecario  
del claustro de los Doctores.

Fué una *borla* su esperanza, sin que de la suerte impía temiera a leve  
asechanza, y tan dado a la enseñanza  
que un *Dómine* parecía.

Siempre a las contiendas hecho,  
amaba la discusión, y en la mesa y en

el lecho era un curso de derecho su  
amena conversación.

En su memoria reunidas con  
invisible buril, se encontraban  
esculpidas las leyes de las Partidas y  
del derecho civil.

Era alegre y zalamero, decidior grato  
y sin par, y en aquel claustro severo era en la misa el primero que se acercaba  
al altar.

Con qué entusiasmo estudiaba! y  
era por su devoción, si a un santo se  
celebraba, el que a llevar ayudaba el  
palio en la procesión.

Y a un tiempo afable y sencillo,  
lleno de franqueza y fe,  
sin buscar aplauso y brillo, jugaba  
igual a un tresillo como bailaba un  
minué.

Y así de todos querido, en  
lo mejor de su edad, y por  
todos aplaudido, juzgábanlo  
el consentido de aquella  
Universidad.

## II

Locuaz, osado, altanero, de  
embozada condición, era en el  
claustro severo de Ramírez  
compañero Roque Manresa y León.

En estudiar diligente, cursando  
Filosofía, era discreto y prudente; que en época tan creyente él ni en el  
diablo creía.

Del Génesis y el Éxodo burlábase  
por igual, mas con tan discreto modo, que le juzgaban en todo sincero,  
adicto y leal.

Eran ambos estudiantes alegres y  
decidores, para los libros, constantes, y según fama, galantes y atrevidos, en amores.

Nunca se les vieron huellas de  
asuntos envilecidos por tenebrosas  
querellas; eran terror de doncellas y espanto de los maridos.

Y eran ambos celebrados por la grey  
alegre y franca de capences y  
encerrados, que no eran menos osados  
que aquellos de Salamanca.

Bautizados por alguno de chispa  
y de buen humor, con un apodo  
oportuno, llamaban "El Tigre", al uno, y al otro "El Inquisidor".





III

¡Tiempos tristes los pasados! el  
rigor era la ley, cuando ilusos o  
engañados eran los hombres  
quemados de orden de Dios y del  
Rey.

Cuando nunca se atendía el  
derecho y la razón; y el que negaba  
o leía iba a la cárcel sombría de la  
Santa Inquisición.

De aquel proceder severo, eran  
testimonio y nota, pasmando a  
Méjico entero, tres sitios: el  
quemadero, el cadalso y la picota.

El progreso en su carrera la  
picota derribó, apagó después la  
hoguera, y tras su llama postrera  
sólo el cadalso quedó.

Mudo, terrible, imponente, como  
fantasma servil..., fué Méjico,  
independiente, y aun se asombraba  
a la gente matando a garrote vil.

Se ve entonces de ordinario, a  
lento paso marchar por la calle del  
Calvario, con hoga y escapulario, al  
que van a ajusticiar.

Siempre el toque de agonía fué la  
voz nunca turbada, de .aquella calle  
sombria, a cuyo extremo se erguía  
la horca odiosa y odiada.

La calle a todos arredra y en las  
noches causa espanto; que allí el  
infortunio medra, y todos ven cada  
piedra humedecida con llanto.

En sus contornos oscuros, se  
oyen gritos sofocados, maldiciones y  
conjuros, y cruzan cabe sus muros  
espectros de ajusticiados.

El pueblo, que nada olvida,  
afirma con frenesí que en la noche  
tan temida el alma de un parricida  
sale a penar por allí.

Y que no son devaneos ver, al dar  
las oraciones, sobre el altar de los  
reos como terribles trofeos

luminosos corazones.

Esa fúnebre capilla que enluta  
eterno capuz,  
pues en ella nada brilla, es  
tosca, pobre, sencilla con un  
altar y una cruz.

Allí con solemne calma entraba el  
que fuera en pos como mártir, de una  
palma antes de entregar el alma, en el  
patíbulo, a Dios.

Allí cada sombra adquiere más luto  
y más lobreguez, que el que en el  
cadalso muere allí reza el *Miserere* por la postrimera vez.

Allí causan a la par compasión,  
miedo y pavor frente a la cruz, el  
pesar, la horca frente al altar, frente a la horca, el horror.

No hay martirio que no estalle en  
sitio tan funerario, ni alma que allí no batalle, pues tal capilla y tal calle  
conducen siempre al Calvario.

#### IV

Una mañana, salieron Manresa y  
Ramírez juntos; larga charla  
mantuvieron, y entusiastas  
discutieron sobre diversos asuntos.  
Un argumento, el mejor, que a los  
dos les preocupaba y trataron con  
calor,  
era: "¿En que estriba el valor?" y cada cual meditaba.  
¿En desdeñar el abismo que ante la  
muerte se ve? ¿En luchar con  
fanatismo? ¿En dominarse a sí mismo?  
¿En ser invencible? ¿En que?  
—En dominarse; ¿no es esa prueba  
de gran valentía, con la dignidad ilesa?  
—Tal es mi opinión, Manresa. —  
Ramírez, tal es la mía.  
—Pero hay casos en los cuales  
tiembla el hombre sin querer, pues son  
sobrenaturales. —Yo todos los juzgo  
iguales, porque querer es poder.  
—Te asiste razón y es cierto; ¿mas si

llegas a mirar de noche, en claustro  
desierto que se te aparece un muerto y  
que te pretende hablar?

—Conseja, fútil conseja, que el  
ánimo enfermo trunca de un imbécil o  
una vieja, pues el que la vida deja no  
vuelve a la vida nunca.

—Los Santos Padres dijeron,  
acuérdate, en un concilio... —Los  
Santos Padres mintieron; los pobres no  
conocieron ni a Tibulo, ni a Virgilio,

—¿ Pero tu no juzgas ciertos sus relatos consagrados, que afirman los más expertos?  
—

Decir que vuelven los muertos, no es cosa de hombres honrados.

—Siempre te encuentro de fiesta, no pierdes tu buen humor, ni en una cuestión cual  
ésta, y quiero hacer una apuesta para probar tu valor.

—Lo que quieras, nada temo; por bravo no me reputo, pero soy digno en extremo; ni  
con los diablos me quemo ni con los muertos  
discuto.

—Pues bien; te voy a decir, y no  
me hagas un reproche, pues lo  
puedes discutir: no eres capaz de  
venir al cadalso, a media noche.

—¿Pero que, te has figurado que soy tan vil y cobarde? yo subiré a ese tablado, aun estando el cuerpo helado del que ahorcaran por la tarde.

—Tan bravo no te creí. —

Pues sábelo; así soy yo, y de tal

suerte nací. —Pues yo te digo

que no. —Y yo te digo que sí.

—Ya que junto a la horca estamos, en ella voy a poner

este libro que llevamos, y cuando las

doce oigamos lo vendrás a recoger.

—Ve a ponerlo, nadie tiene duda,

de mi altiva fe, pues sin mancha se

sostiene; que a la media noche suene

y a recogerlo vendré.

Y alegres, los dos cruzaron las

calles de la ciudad; de otras cosas

conversaron y así contentos llegaron

hasta la Universidad.

V

Llegó la noche sombría; el espacio  
se enlutaba; el viento horrible gemía;  
la lluvia tenaz caía y el cielo  
relampagueaba.

Una promesa hecha entonces era  
un pacto temerario esculpido sobre  
bronce; oyeron ambos las once y se  
fueron al Calvario.

Moviendo iguales sus piernas  
cruzaron por la ciudad, que en esas  
noches eternas, sin lámparas ni  
linternas, mostraban su soledad.

Pronto en el Calvario dieron; (ie la  
capilla, al portal  
por instinto se acogieron; surgió un  
relámpago, y vieron el patíbulo infernal.

—Voy por el libro y me esperas; y así  
no me harás reproche. —Ve y vuelve  
cuando tú quieras.

Y las campanas austeras  
sonaron la media noche.



El que se quedó, veía marchar con  
grave arrogancia al que al cadalso partía, y a poco, tan sólo oía sus pasos en la  
distancia.

Luego un rumor sordo y hueco,  
después un murmullo falso como el  
engaño del eco, y en seguida un golpe  
seco en las tablas del cadalso.

Con ansiedad sobrehumana el uno al  
otro esperó, y fué su esperanza vana,  
pues despuntó la mañana y Manresa no  
volvió.

No volvió, porque tocaron sus manos,  
en el incierto sitio, el libro que buscaron, y sintió que lo tiraron de la capa y cayó  
muerto.

.....

.....

VI

No bien hubo amanecido, Ramírez  
sube anhelante al cadalso  
aborrecido, y halló en las tablas  
tendido el cuerpo del estudiante.  
Lleno de horrible aflicción cuando  
a su mente se escapa de la muerte la  
razón encuentra sobre un tablón,  
prendida a un clavo, la capa.  
Y a varios que le seguían les dijo  
el motivo justo y todos se  
convencían; —Sintió que lo  
detenían, y es claro... ¡murió del  
susto!

-----

## EL CALLEJÓN DEL AVE MARÍA

Es a la vida el amor lo que al rostro la  
sonrisa, lo que a las playas la brisa, lo  
que el aroma a la flor. Escudo contra  
el dolor bálsamo para el pesar; tanto  
alcanza a dominar el corazón donde  
anida, que sin el amor no hay vida, pues se nace para amar.  
¡Ay! en la contienda humana, tan  
amarga como breve, la dicha es fantasma  
leve y la ilusión sombra vana! ¡Ay del  
mortal que se ufana de la pasión que lo  
hiere! ¡Ay del que a todo prefiere la llama que el pecho abrasa! ,\* Todo es fugaz,  
todo pasa, todo engaña y todo muere!  
¿Quién refrena la pasión que lo  
deslumbra y lo ciega? ; Quién alguna vez no entrega rendido su corazón? Sueño,  
delirio, ficción,  
que en silencio nos inquietas, ¿ quién no sintió tus saetas, niño amor? ¿quién ha  
negado que a tu influjo se han formado los héroes y los poetas?  
No en vano el sabio profundo omnipotente te llama, y el filósofo proclama que tú  
dominas al mundo. Venero eterno y fecundo de goces y de pesares, palpitando en tus  
altares verás el humano anhelo mientras se retrate el cielo en el cristal de los mares.  
Por ti, amor, sueña anhelante el hombre, que el mundo abarca; eres el ruego en

Petrarca y la maldición en Dante. Golfo azul siempre inconstante en tus ondas se redimen, los que esperan, los que gimen, y eres nota en el laúd-, fuerza oculta en la virtud, razón eterna en el crimen.

Y si en la humana contienda mueves lo

muerto y lo vivo ¿cómo no has de ser motivo de esta sencilla leyenda? En mi obscura y triste senda siendo niño la escuché, con rudos versos labré

para el pueblo el fútil cuento,

conservando el argumento lo

mismo que yo lo sé.

Era por el tiempo aquel en que

al pueblo los virreyes con más

milagros que leyes lo mantuvieron

fiel. En Méjico a san Miguel rico

templo levantaron, y tal como lo

admiraron, aquellas épocas pías,

lo entregan a nuestros días los

años que ya pasaron.

Era de ver cada tarde con el

postrer arrebol, cuando el

moribundo sol hace de su pompa

alarde; cuando entre nácares arde

envuelto en fuego divino el

horizonte opalino, y que semejan

las nubes alas de blancos

querubes buscando un alto  
camino.

Era de ver cual caían del  
templo en cada ventana los rayos  
que en oro y grana muros y  
altares teñían, y ver cómo  
revestían de vaga y purpúrea luz,  
luchando con el capuz de la noche  
que llegaba, al Cristo que  
agonizaba clavado sobre la cruz.

Y ver al pie del altar  
prestándole nuevo encanto a una  
mujer cuyo llanto nunca se pudo  
secar. Viva estatua del pesar, con  
triste y medroso acento, al obscuro  
firmamento alza sus preces  
sencillas, con el llanto en las  
mejillas y el luto en el  
pensamiento.

Siempre en la misma actitud,  
sola siempre y enlutada,  
revelando en la mirada duda,  
pasión y virtud: era en plena

juventud joya de sin par ternura,  
dulce, sosegada, pura, escondiendo  
al mundo ingrato con la faz toda  
recato, el alma toda amargura!  
Velaba con negra toca linda faz  
de labios rojos; siempre con llanto  
en los ojos y plegarías en la boca.  
Juzgárala pobre loca quien la  
hubiera contemplado en aquel  
templo callado, sin reserva y sin  
testigo, hablando como a un amigo  
a Jesús crucificado:

"Santo y Justo Redentor, que  
canta el ángel tu nombre,  
tú que tanto amaste al hombre que  
moriste por su amor: aparta de mí,  
Señor, este dolor sin segundo;  
cúrame este amor profundo que mis  
venturas apaga, pues por él, mi fe  
naufraga sobre los mares del  
mundo.

"Sé tú el mejor consejero para  
una infeliz mujer; Señor, no quiero

querer, y no queriendo más quiero.

Será mi deber primero olvidar, y no  
he nacido para olvidar; no he  
podido, pues del amor que me  
inflama nunca extinguirán la llama  
ni la ausencia ni el olvido.

"Tan intensa es mi pasión, tanto  
mi ser ha llenado que a cometer un  
pecado me arrastra la tentación,  
vengo a implorar tu perdón a tu  
doctrina fiel; líbrame del hombre  
aquel que me roba dicha y calma; yo  
no quiero darle el alma y mi alma se  
va con él.

"Me lo acerca mi deseo hasta el  
fondo de mi pecho, busco descanso  
en el lecho y allí, dormida, lo veo.  
Te desconoce; es ateo, no va de tu  
cruz en pos; nos separan a los dos de  
un abismo los horrores; lo adoro y de  
sus amores sálvame tú que eres  
Dios!"

Apagó el sol sus reflejos, y en la

sagrada mansión resonó de la  
oración el toque dado a lo lejos.  
Abubillas y vencejos en las bóvedas  
graznaban; las tinieblas enlutaban  
las tristes, desiertas naves, y del  
sacristán las llaves junto a la puerta  
sonaban.

"Señor: esperando estoy tu  
consejo ambicionado, la noche es  
para el pecado y es de noche y ya me  
voy. Tu sierva obediente soy, dame  
un amparo, una guía; ¿cuál es la  
defensa mía? ¿qué digo en tu  
nombre yo?" y en los aires resonó  
esta frase: *¡Ave María!*

Con más pena que placer  
juzgando aquel eco incierto, salió del  
templo desierto temblando aquella  
mujer. Volvió el rostro para ver por  
vez postrera el altar, y un fulgor  
crepuscular  
bañaba el rostro divino, del que por el  
hombre vino su vida a sacrificar.



Santiguóse la enlutada,  
aquel templo abandonó y por la  
calle cruzó entre confusa y  
turbada. A una calleja olvidada  
penetra con gran tristeza, y con  
temor y tristeza por el amor  
que la abrasa, abre el portón de  
una casa y llora, suspira y reza.  
Ya en su estancia solitaria, aquella  
mujer temblando, oye en las torres  
vibrando el toque de la plegaria. Con  
cautela extraordinaria, con indecible  
emoción, explora con intención la calle y absorta queda, viendo una escala de seda  
pendiente de su balcón.  
Un hondo lamento exhala, cruza su  
mente una nube, y en tanto, rápido sube  
un mancebo por la escala. Al verlo entrar en la sala la dama se maravilla, —"No creí  
tanto, Marcilla: eres audaz y  
atrevido". Y él diciendo: "¡Lo he cumplido!" hincó en tierra una rodilla.  
"Vengo a que cumplas fiel de seguirme el juramento; te amo con el ardimiento de mi  
sangre de Israel. Si no cumples,  
Isabel, ese juramento, advierte que no me importa mi suerte, pues dueño de mí no  
soy y en este sitio te doy entre mis brazos la muerte".  
Y tomándola de un brazo hace ademán

de llevarla al balcón, para bajarla por la escala, con un lazo. Ella dice:—"Yo rechazo, aunque te adoro rendida, tu

propuesta aborrecida; ¡mátame! ¡no temo

nada! ¡Vale más morir honrada que vivir

envilecida!" y cuando herirla imagina ve que todo se ilumina' con una luz

celestial.'-

Saca Marcilla: un puñal-, Una mujer sin igual que describir no osaría, surge en la estancia sombría, se interpone entre los dos y grita Isabel: "¡Por Dios! ¡Ampárame!

¡Ave María!"

Quedó Marcilla turbado, y en su

inmensa turbación por el angosto balcón

escapó precipitado. Aquel espectro

sagrado se fué elevando después

de los cielos al través; Isabel lo

contemplaba y sollozando rezaba

arrodillada a sus pies.

Bajo aquel balcón desierto, en la

acera abandonada, a la luz de la

alborada se encontró Marcilla

muerto. Ninguno el motivo cierto

de una escena tan sombría supo,

pero todavía guardando la

tradición, al angosto callejón

llaman del "Ave María".

Y puede el lecto atento o dejarla  
cual se deja dar crédito a la  
conseja, la trama fútil de un  
cuento. Yo ni afirmo ni comento, ni  
el suceso negaré; dice el pueblo  
que así fué, y si el pueblo es buen  
testigo el hecho en su nombre digo  
lo mismo que yo lo sé.

## EL SEÑOR DEL REBOZO

### LEYENDA DE LA CALLE DE SANTA CATALINA DE SENA

Desde los remotos años con que la  
historia comienza, ha sido la fe el origen de ensangrentadas contiendas.

Todos los pueblos registran en su  
agitada existencia, mártires que  
sucumbieron en aras de la fe ciega.

Una palabra, un relato, una  
intrincada conseja, dejan en las  
multitudes profunda, imborrable  
huella.

Busca a Cristo en el sepulcro la  
piadosa Magdalena", y no hallando su cadáver su resurrección sospecha.

A poco, envuelto en un nimbo de  
aurora tibia y serena, Jesús, a la  
redimida deslumbra con su presencia.

Ella refiere el prodigio,  
nadie la verdad le niega,  
y así se cumple el milagro que anunciaran los profetas.

Quién ignora las visiones que tuvo  
Santa Teresa cada vez que al rey del cielo en sus éxtasis se acerca?

Quién no ha visto a san Antonio, tal

cual los lienzos lo muestran, con Dios niño que a sus brazos baja amante y lo contempla?

Por donde volváis los ojos

veréis cosas estupendas de

mueertos que aparecen en medio

de las tinieblas.

De seres desconocidos que en

desconocida lengua los secretos

de ultra tumba a los vivos les

revelan.

El enigma **y** el misterio, lo que

pasma **y** amedrenta, son bases

que descansan las más antiguas

leyendas.

No extrañen pues los lectores que

aquestas páginas vean, lo absurdo **y** lo inverosímil hallar a veces en ellas.

El suceso que relato que sólo al vulgo

interesa, que a la imagen a que aludo,

muy venerada en mi tierra,

se le consagra con pompa, como una

memoria tierna, una función religiosa

cada año en movable fecha.

Si crédito no merece el bardo que la  
comenta, sí debe darse, a fe mía, en este caso a la Iglesia.  
Hubo entre las muchas monjas  
obedientes a las reglas que han santificado el nombre de Catalina de Sena,  
una que fué vivo ejemplo de humildad  
y de pobreza, en sus costumbres sin tacha y en su devoción discreta.  
La juzgaron una santa por sus virtudes  
austeras cuantos de cerca la vieron en el coro y en la celda.  
Era de familia pobre de faz apacible y  
bella, con los ojos siempre alzados a la azul, celeste esfera.  
Con tal tez limpia y brillante cual  
pétalo de azucena, y los labios sólo  
abiertos para la oración más tierna.  
Esposa de Jesucristo le amó con pasión  
tan ciega que fué su divino ejemplo su sólo norte en la tierra.  
Costumbre de muchos años fué  
para mujer tan buena, después de  
extender la noche sobre el mundo sus  
tinieblas;  
sin ser vista por ninguno bajar del  
claustro a la iglesia y recatada en las  
sombras, sola, en la nave desierta,  
arrodillarse temblando ante la

imagen excelsa de un Nazareno que  
marcha cargando la cruz auestas,  
y con el llanto en los ojos, y con  
palabras muy tiernas decirle que lo  
adoraba con una pasión inmensa,  
Que en él cifraba su dicha, su  
esperanza hermosa y cierta y que  
soñaba al mirarlo en vida mejor y  
eterna!

La monja buscaba siempre, en  
invierno, en primavera, para su altar  
predilecto en el jardín rosas nuevas.  
Siempre en el altar ponía con gran  
empeño las ceras, a fin de que ni un  
instante se hallase a Jesús sin ellas.  
Y en treinta años no dejaron de  
arder las sagradas velas ni halló en el  
altar ninguno rosas ajadas y secas.  
¡Siempre las flamas brillantes!  
¡Siempre las rosas enhiestas! ;  
Siempre el altar arreglado y limpio  
como de fiesta!  
El amor en las mujeres hace

prodigios sin tregua, y más el amor  
del alma, que nada pide a la tierra.  
Con burdas y humildes tocas sus  
gracias la monja vela y tiene en vez de  
placeres oración y penitencia.

Vive, como en los jardines la  
pudorosa violeta, escondida para el  
mundo pero tranquila y contenta.

No conoce más amores que el santo  
amor que la llena: ¡El amor al  
Nazareno que carga su cruz a cuestas!

Y se siente tan dichosa cuando de noche le reza, y cuando en su altar le  
pone fragantes las rosas nuevas  
que sueña que ya disfruta la sola  
vida que anhela, la vida del amor  
puro, la inacabable, la eterna.

En seis lustros, cada noche,  
henchida de unción suprema habló  
con Jesús la monja sin que nadie lo  
supiera.

El tiempo no pasa en vano para la frágil materia que pierde con cada invierno 'la  
galanura y la fuerza;

los robles de la montaña á los



años se doblégan v el heno en sus  
altas copas prende sus blancas  
guedejas.

La piadosa enamorada de la más alta  
pureza, enfermó al cabo, que todo el que ama tanto se enferma.

Fué grande, dura, sin nombre, su  
angustia, su oculta pena, cuando a su santa costumbre hubo de cortar por fuerza.

Postrada en el tosco lecho v de lágrimas cubierta oyendo sonar las horas que ayer  
pasara en la iglesia:

"Señor—clamaba—no quieres que te  
visite tu sierva; que tu voluntad se cumpla en los cielos y en la tierra.

"Ya no puedo dar un paso; son cual de hierro mis piernas - y siento que por  
instante me van faltando las fuerzas.

"Quién mantendrá ante tus plantas  
siempre encendidas las velas, lo mismo que tú mantienes en el cielo las estrellas?

"Estará tu altar muy triste; las flores estarán secas; que ninguna ha de llevarte cada  
noche rosas nuevas.

"Señor, ¡si pudiera verte, qué feliz entonces fuera! Quiero mirarte un  
momento, mirarte, y quedarme muerta!"

Al decir estas palabras vio una claridad inmensa, un fulgor como el que vierte en lo  
alto la luna llena.

Vio después abrirse un muro y aparecer  
en la celda la Imagen que veneraba noche por noche en la iglesia.

Acercóse el Nazareno v con voz dulce y

serena: "He venido a verte—dijo—' porque estás sola y enferma.

"Aun en mi altar se mantienen ardiendo las mismas ceras que tú encendiste, y las rosas que me llevastes están frescas.

"Tu fe te salva; no sufras; mira con amor tus penas, eres la sierva de Cristo v Cristo ampara a su sierva."

Vio la monja que la Imagen iba .a salir

de la celda, v como era noche horrible de atronadora tormenta.

"Señor, no salgas— le dijo, con voz lacrimosa y tierna: — ¿ Cómo ha de mojar la lluvia tu sacrosanta cabeza?

"Nada tengo que ofrecerte, mira  
cuan pobre es tu sierva, pero toma  
este rebozo de mi santo amor en  
prenda,

"Y que te envuelva y te cubra  
mientras bajas a la Iglesia."

Y cual si estuviera sana llena de vida  
y de fuerzas,

saltó del lecho la monja dio  
algunos pasos resuelta

V envolvió del Nazareno la luminosa  
cabeza.

A la mañana siguiente, según dice  
la leyenda, hallaron sobre su lecho a  
la humilde monja muerta.

Emanaba su cadáver fresco olor de  
rosas nuevas y una luz cual la que  
vierte en lo alto la luna llena.

Y cuentan que vieron todos con  
indecible sorpresa, dentro del  
sagrado nicho en que la imagen se  
encierra,  
al Nazareno, mostrando del raro  
prodigio en prenda, sobre su cuerpo  
el rebozo que usaba la monja aquella.

En Méjico, desde antaño piadoso el pueblo celebra en honor del Nazareno que motiva  
esta leyenda,

año por año, en el templo de Catalina de Sena, el primer viernes de marzo, una  
religiosa fiesta.

Acude al altar el pueblo, pues según el vuelgo cuenta, si ante el Señor del Rebozo  
treinta y tres credos se rezan,

de tres gracias que le pidan una gracia nunca niega, siempre que resulte justa y al  
creyente le convenga.

Así, peinando sus canas, me lo refirió una vieja y así lo digo peinando las canas en mi  
cabeza.

EL PRIMER MÁRTIR

## LEYENDA DE LA GALLE CERRADA DE SANTA TERESA A MI BUEN AMIGO DAVID M. ALCALDE

I

A tiempo que Bonaparte conmueve  
el trono de España y que invaden sus  
legiones a la villa coronada;  
mientras los odios dividen a Carlos  
cuarto el monarca y a su heredero que  
adulan los enemigos de Francia,  
llegan con retardo a Méjico nuevas  
que a todos alarman V que al pueblo y a los nobles más que nunca los  
separan.

Piensen al hijo de Carlos invocar las  
clases altas, asegurándole un trono  
dichoso en la Nueva España.

El pueblo, sin revelarlo, abriga las  
esperanzas

de hallar en la tierra propia algo mejor que en la extraña;

pero ninguno lo dice porque se piensa en voz baja, mientras duerme entre leones el  
águila de la patria.

Los comerciantes más ricos, núcleo de la aristocracia, que en el Parián aparecen  
dueños de opulentas casas,

juzgan que el Virrey no mira muy mal del pueblo la causa, pues si no se muestra adicto, de ningún modo la ataca.

Y como los ricos saben por el trato y por la práctica que Iturriagaray es débil y que siempre al pueblo halaga,

se congregan una noche v con viriles

palabras, frente a don Gabriel de Yermo

discuten cuestión tan ardua.

Era don Gabriel un hombre con mucho

temple en el alma, con mucho influjo en la corte v mucho dinero en caja.

Presidiendo aquel concurso dio al cabo su opinión franca y a todos dijo: "Es preciso salvar el honor de España;

"y como en estos momentos allá la atención embarga,

la guerra horrible y tremenda que se

sostiene con Francia,

"debemos aquí nosotros, en época

tan aciaga hacer lo mismo que hiciera

nuestro querido monarca.

"Si el Virrey es torpe y débil si es verdad que al pueblo halaga, se le

derriba y al punto con otro se le

reemplaza.

"Busquemos un hombre activo, bien

avezado en las armas v no midamos

escollos ni escuchemos amenazas.

"El honor de nuestros reyes no

admite baldón ni mancha v a velarlos  
nos obliga de nuestra estirpe la fama."

Entusiasmaron a todos tan  
sentenciosas palabras, quizás porque  
fueron dichas con una franqueza  
honrada.

Formaron los conjurados una legión  
fuerte y vasta, v cuando nadie lo  
espera terrible motín estalla.

El Virrey, del alto solio, preso y  
humillado baja: le imponen luego un  
destierro y sale de Nueva España.

II

A Iturrigaray proscripto en el gobierno

reemplaza Pedro Garibay, un nombre envejecido en campaña,

de carácter seco y agrio, de altivez nunca domada y enérgico hasta ese punto en que la crueldad resalta.

Distinguióse desde luego por medidas

arbitrarias, sin respetar fueros, rangos, antecedentes y canas.

Sometió a largas prisiones y a pruebas duras y amargas, a personas de respeto, por sus méritos sin tacha.

Contáronse entre las víctimas en quienes cebó su saña, Azcárate, Talamantes, y un letrado de gran fama,

síndico del Municipio, de erudición firme y vasta, que don *Francisco Primo de Verdad* se apellidaba.

*Verdad* no tuvo recelo en mostrar su opinión franca delante de muchos ricos y personas de prosapia;

en cada vez que trataron de interpretar al monarca, reformando en nombre suyo cuanto aquí nos gobernaba.

Era *Verdad* hombre docto, de

una conducta sin mancha,

enemigo de dobleces, ambajes y

torpes tramas,

y juzgo lógico y recto sostener

con sus palabras, con sus escritos

y a veces con sus acciones

honradas,  
que era inútil y humillante  
buscar solo al rey de España v  
ofrecerle un nuevo trono en tan  
tristes circunstancias;  
que Méjico tan extenso,  
teniendo riquezas tantas, v  
contando tantos hombres doctos  
en letras v armas,  
estaba predestinado a romper  
ligas extrañas v a gobernarse a sí  
mismo sin compromisos ni trabas.  
Ricos, clérigos, oidores . . que  
oyeron tales palabras unánimes  
dirigieron a *Verdad* mil  
amenazas.

Y el escándalo fué grande v ya  
no tuvieron calma cuando de  
*Verdad* oyeron estas heréticas  
máximas:

"Si queréis un rey, señores, no  
lo busquéis en España; rey  
absoluto es el pueblo, porque a sí



mismo se basta  
y el nuestro, derecho tiene de  
ser dueño de su casa."

Expresiones semejantes a  
todos hieren y alarman v del  
derecho divino como  
defensores saltan.

Quien a *Verdad* un insulto grosero y amargo lanza; quien del Espíritu  
Santo invoca al hablar la llama;  
quien al síndico le augura ir del  
infierno a las brasas, por perjurio y  
por rebelde enemigo del monarca.

Uno dice que ha ofendido a la  
persona sagrada; otro, blasfemo y  
hereje, le grita lleno de rabia;  
Y unos y otros lo amonestan, lo  
condenan, lo amenazan, y él recibe  
las injurias con estoica y dulce  
calma.

Al último el Arzobispo de la silla  
se levanta, sentencioso lo maldice,  
con voz que por grave pasma.

Garibay, que en todo accede a

cuanto el Prelado manda, aplaude  
aquella sentencia, que oportuna y  
justa llama,  
y a *Verdad* desde aquel día lo encierran en negra estancia,  
en la cual nunca penetran los  
rayos de la mañana.

III

En la calle que aun existe  
transversal, corta y cerrada, con el  
nombre de la egregia inmortal  
Doctora de Avila,  
se conserva en una pieza de una  
conocida casa<sup>1</sup> el muro del cal abozo  
que en época tan nefanda  
sirvió de cadalso al hombre que  
inició con sus palabras la vida libre  
de un pueblo, la causa inmortal y  
santa, que fué más tarde en  
Dolores vida y luz para la Patria.  
El muro guarda las huellas, por  
el tiempo consagradas, que en sus  
últimos instantes en medio de  
horribles ansias,  
esculpió allí con las uñas de las dos manos atadas<sup>2</sup> el mártir a quien hoy ciñe eternos  
lauros la fama.  
Y venerado por todos, en la Historia se  
levanta, pues antes que nadie quiso  
independemos de España.

1 En la casa número 4 de la calle cerrada de Santa Teresa, propiedad del señor Licenciado don Joaquín María Alcalde.

2 Al construir la casa, se convirtió el antiguo calabozo en comedor, que se decoró lujosamente, cuidando de conservar en el muro una imborrable huella con la inscripción siguiente: Este es el agujero del clavo en que fué ahorcado el licenciado Verdad. Abajo se notaban señales que la víctima dejó grabadas en la pared al sufrir las agonías de la muerte.

## EL CALLEJÓN DEL BESO

### LEYENDA DE LA PRIMERA CALLE DE LOS PLATEROS

Una noche invernal, de las más bellas con que engalana enero sus rigores y en que asoman la luna y las estrellas calmando penas e inspirando amores; noche en que están galanes y doncellas olvidados de amargos sinsabores, al casto fuego de pasión secreta parodiando a Romeo y a Julieta

En una de esas noches sosegadas, en que ni el viento a susurrar se atreve, ni al cruzar por las tristes enramadas las mustias hojas de los fresnos mueve; en que se ven las cimas argentadas que natura vistió de eterna nieve, **V** en la distancia se dibujan vagos copiando el cielo azul los quietos lagos;

llegó al pie de una angosta celosía, embozado y discreto un caballero, cuya mirada hipócrita escondía con la anchurosa falda del sombrero. Señal de previsión o de hidalguía dejaba ver la punta de su acero

y en pie quedó junto a vetusta puerta, como quien va a una cita y está alerta.

En gran silencio la ciudad dormida, tan sólo turba su quietud serena, del Santo Oficio como voz temida débil campana que distante suena, o de amor juvenil nota perdida alguna apasionada cantilena o el rumor que entre pálidos reflejos suelen alzar las rondas a lo lejos.

De pronto, aquel galán desconocido levanta el rostro en actitud violenta y cual del alto cielo desprendido un ángel a su vista se presenta: —"¡ Oh, Manrique! ¿Eres tú?

Tarde has venido" —"¿Tarde, dices, Leonor? las horas cuenta." Y al tiempo que contesta a tal reproche daba el reloj las doce de la noche.

Y dijo la doncella:—"Debo hablarte con todo el corazón; yo necesito la causa de mis celos explicarte. Mi amor, lo sabes bien, es infinito, tal vez ni muerta dejaré de amarte; pero este amor lo juzgan un delito porque no lo unirán sagrados lazos, puesto que vives en ajenos brazos.

"Mi padre, ayer, mirándome enfadado me preguntó, con duda, si era cierto que me llegaste a hablar enamorado, y al ver mi confusión, él tan experto, sin preguntarme

más, agregó airado: prefiero verlo por mi mano muerto, a dejar que con torpe alevosía mancille el limpio honor de la hija mía.

"Y alguien que estaba allí dijo imprudente ¡ Ah! yo a Manrique conocí en Sevilla, es guapo, decidor, inteligente, donde quiera que está resalta y brilla; mas conozco también a una inocente mujer de alta familia de Castilla, en cuyo hogar, cual áspid se introdujo y la mintió pasión y la sedujo.

"Entonces yo, celosa y consternada, le pregunté con rabia y amargura, sintiendo en mi cerebro desbordada la fiebre del dolor y la locura: —¿Esa inocente víctima inmolada hoy llora en el olvido su ternura? y el delator me respondió con saña: —¡No! la trajo Manrique a Nueva España.

"Si es la mujer por condición curiosa y en inquirir concentra sus anhelos, es más cuando ofendida y rencorosa siente en su pecho el dardo de los celos; y yo, sin contenerme, loca, ansiosa, sin demandar alivios ni consuelos, le pregunté por víctima tan bella y en calma respondió:—Vive con ella.

"Después de tal respuesta que ha dejado dudando entre lo efímero y lo cierto a un corazón que siempre te ha adorado v sólo para ti late despierto, tal como deja un filtro envenenado al que lo apura, sin color y yerto: no te sorprenda que a tu cita acuda para que tú me aclares esta duda,"

Pasó un gran rato de silencio y luego Manrique dijo con la voz serena: —"Desde que yo te te vi te adoro ciego; por ti tengo de amor el alma llena; no sé si esta pasión, ni si este fuego me enoblece, me salva o me condena, pero escucha, Leonor idolatrada: a nadie temo ni me importa nada.

"Muy joven era yo y en cierto día libre de desengaños y dolores, llegué de capitán a Andalucía, la tierra de la gracia y los amores. Ni la maldad ni el mundo conocía, vagaba como tantos soñadores que en pos de algún amor dulce v profundo ven como eterno carnaval el mundo.

"Encontré a una mujer joven y pura, v no sé qué la dije de improviso; la aseguré quererla con ternura v no puedo negártelo: me quiso. Bien pronto, tomó creces la aventura; soñé tener con ella un paraíso porque ya en mis abuelos era fama: antes Dios, luego el Rey, después mi dama.

"Y la llevé conmigo; fué su anhelo seguirme y fué mi voluntad entera; surgió un rival y le maté en un duelo, y después de tal lance, aunque quisiera pintar no puedo el ansia y

el desvelo que de aquella Sevilla, dentro y fuera, me dio el amor como tenaz castigo del rapto que me pesa y que maldigo.

"A noticias llegó el Soberano esta amorosa y juvenil hazaña y por salvarme me tendió su mano, y para hacerme diestro en la campaña me mandó con un jefe veterano a esta bella región de Nueva España... ; Abandonaba a la mujer

aquélla? soy hidalgo, Leonor, ¡vine con ella!

"Te conocí y te amé, nada te importe la causa del amor que me devora; la brújula, mi bien, siempre va al norte; la alondra siempre cantará a la aurora. ¿ No me amas ya? pues deja que soporte a solas mi dolor hora tras hora; no demando tu amor como un tesoro bástame con saber que yo te adoro!

"No adoro a esa mujer; jamás acudo a mentirle pasión, pero tú piensa que soy su amparo, su constante escudo, de tanto sacrificio en recompensa. Tú, azucena gentil, yo cardo rudo, si ofrecerte mi mano es una ofensa nada exijo de ti, nada reclamo, me puedes despreciar, pero te amo".

.....

.....

Después de tal relato, que en franqueza ninguno le excedió, calló el amante, inclinó tristemente la cabeza, cerró los ojos mudo y anhelante; ira, celos, dolor, miedo y tristeza hiriendo a la doncella en tal instante parecían decirle con voz ruda: la verdad es más negra que la duda

Quiere alejarse y su medrosa planta de aquel sitio querido no se mueve; quiere encontrar disculpa, mas le espanta de su adorado la conducta aleve; quiere hablar y se aunda su garganta, y helada en interior como la nieve mira con rabia a quien rendida adora y calla, gime, se estremece y llora.

¡ Es el humano corazón un cielo! Cuando el sol de la dicha lo ilumina parece azul y vaporoso velo que en todo cuanto flota nos fascina: si lo ennegrece con su sombra el duelo, noche eterna el que sufre lo imagina, y si en nubes lo envuelve el desencanto ruje la tempestad y llueve el llanto.

¡ Ah! cuan triste es mirar marchita y rota la flor de la esperanza y la ventura, cuando sobre sus restos sólo flota el negro manto de la noche obscura; cuando vierte en el alma gota a gota su ponzoñosa esencia la amargura y que ya para siempre en nuestra vida la primera ilusión está perdida.

Leonor oyendo la vulgar historia del hombre que encontrará en su camino, miró eclipsarse la brillante gloria de su primer amor, casto y divino; su más dulce esperanza fué ilusoria, culpaba, no a Manrique, a su destino; y al fin le dijo a su galán callado:

—"Bien; después de lo dicho, ¿qué has pensado?"

"Tanta pasión por ti mi pecho encierra que el dolor que me causas lo bendigo; voy a vivir sin alma y no me aterra, pues mi culpa merece tal castigo. Como a nadie amaré sobre la tierra llorando y de rodillas te lo digo, haz en mi nombre a esa mujer dichosa, porque yo quiero ser de Dios esposa."

Calló la dama y el galán temblando dijo con tenue y apagado acento: —"Haré lo que me pidas; te estoy dando pruebas de mi lealtad, y ya presiento que lo mismo que yo te siga amando me amarás tú también en el convento; y si es verdad, Leonor, que me has querido dame una última prueba que te pido.

"No tu limpia pureza escandalices con este testimonio de ternura; no hay errores, ni culpas, ni deslices, entre un hombre de honor y un alma pura; si vamos a ser ambos infelices y si eterna ha de ser nuestra amargura, que mi postrer adiós que tu alma invoca lo selles con un beso de tu boca."

Con rabia, ciega, airada y ofendida, —"No me hables más,—repuso la doncella.— sólo pretendes verme envilecida v mancillarme tanto como a *aquella*. Te adoro con el alma y con la vida y maldigo este amor, pese a mi estrella, si hidalgo no eres ya ni caballero, ni debo amarte ni escucharte quiero."

Manrique, entonces, la cabeza inclina, siente que se estremece aquel recinto, y sacando una daga florentina que llevaba escondida bajo el cinto, como un tributo a la beldad divina, que amó con un amor jamás extinto, altivo, fiero y de dolor deshecho, diciendo:—"Adiós Leonor", la hundió en su pecho

La dama, al contemplar el cuerpo inerte en el dintel de su mansión caído, maldiciendo lo negro de la suerte, pretende dar el beso apetecido. Llora, solloza, grita ante la muerte del hombre por su pecho tan querido, y antes de que bajara hasta la puerta la gente amedrentada se despierta.



Leonor, a todos sollozando invoca y les pide la lleven al momento junto a Manrique, en cuya helada boca un beso puede renovar su aliento.

Todos claman oyéndola: "¡Está loca!" y ella, fija en un solo pensamiento, convulsa, inquieta, lívida y turbada cae, al ver a su padre, desmayada.

.....

.....

Y no cuentan las crónicas añejas de aquesta triste y amorosa hazaña, si halló asilo Leonor tras de las rejas de algún convento de la Nueva España. Tan fútil como todas las consejas, si ésta que narro a mi lector extraña, sepa que a la mansión de tal suceso, llama la gente: "El Callejón del Beso".

-----

"EN EL MONTE ESTA

QUIEN EL MONTE QUEMA"

## LEYENDA HISTÓRICA DEL CONVENTO DE LA "PROFESA"

I

Para blasón y orgullo de las artes que en Méjico otro tiempo florecieran, dignos asilos de la fe cristiana pasmando a nuestra edad los templos quedan.

Aun vive el nombre del egregio Tolsa, aun alientan los Juárez y Cabrerías, y aun admiramos todos reverentes las grandes obras del sin par Tres Guerras.

No en vano con sus manos poderosas, para hallar en la fama vida eterna, esgrimieron bañados por el genio el compás, el cincel y la paleta.

Si el tiempo todo con su mano borra, si su segur terrible todo siega, y la voluta artística se cubre con pesado festón de verde yedra; si viste a las cariátides el musgo, y el mármol por antiguo amarillea, y en la gótica torre abandonada anidan la abubilla y la corneja;

si el orín de los años quita el lustre a la espada, al escudo, a la rodela, y las más relucientes armaduras como memorias sin objeto quedan; si todo se convierte en polvo vano porque tan sólo es polvo la materia, el genio vive en obras inmortales que el genio está en el alma, que es eterna.

En un roto frontón, en una ojiva, es un lienzo sutil, en una piedra, toda la luz del arte del pasado asombrando al presente se revela:

Méjico guarda entre las ricas obras que su esplendor de antaño recogieran el templo alzado en sitio populoso a que todos llamamos "La Profesa".

Altas columnas y espaciosas naves donde la luz y el aire francos entran, aéreas y tersas bóvedas que acogen la voz del orador que a Dios se eleva; esculturas y lienzos que son gloria del gusto antiguo y de la edad moderna; magníficos altares que no en vano la blanca forma en su sagrario hospedan, y en su exterior el templo, aunque severo, al corazón atribulado muestra cual índices que apuntan a los cielos sus dos torres artísticas y esbeltas.

De los callados claustros imponentes ya ni vestigio en nuestro tiempo queda, pero allí muchos sabios se albergaron lustre y honor de inolvidables eras.

En esos claustros, en nefando día el crimen asomó su mano negra, y conmoviendo los sagrados muros y de pavor llenando a nuestra tierra, pasó lo que el lector sabrá muy pronto si prestare atención a mi leyenda.

II

Era un justo varón, prudente y docto el sacerdote Nicolás Segura, que renombre alcanzó como elocuente y en Cánones y letras fama justa.

Nacido en Puebla, en sus primeros años se distinguió por su ejemplar conducta, y pronto los jesuítas lo acogieron como a una inteligencia limpia y pura. Consagróse al estudio y a los viajes, pisó de Roma la ciudad augusta distinguiéndose allí por sus talentos, su preclaro saber y virtud suma. En España ganó las voluntades del alto clero, que su voz escucha como oráculo tierno y bondadoso que paz, sosiego y bienestar anuncia. A Méjico tornó como Prepósito de la orden santa que escogió por suya, viviendo en la Profesa largos años sin inquietud ni odiosidad ninguna. Una mañana, a tiempo que en oriente el sol de mayo espléndido despunta, desbaratando en lagos y montañas los niveos mantos de flotante bruma, llama cual siempre el címbalo a maitines para que al coro con fervor acudan los jesuítas que pueblan "La Profesa",

ejemplo son de prácticas adustas. Pronto se miran todos congregados, la iglesia está callada, sola, obscura, apenas el rumor de algunos pasos bajo las naves resonar se escucha, o de las vocingleras golondrinas la interminable charla en las alturas.

No comienzan los rezos en el coro, algo grave las prácticas perturba; los religiosos llegan, se arrodillan y unos y otros se miran con angustia. El Prepósito falta, cuando siempre es el primero que su puesto ocupa; y pasan los minutos y no llega; inquieta a todos el temor, la duda, y en voz baja, temiendo algún desastre la causa de la ausencia se preguntan. Al suponerlo enfermo se levanta el que en los rezos y el altar le ayuda, y rápido internándose en los claustros llega a su celda y con afán le busca.

¡Qué horrible cuadro se mostró a sus ojos! Rígido sobre el lecho está Segura; la nariz y los labios rebosando ensangrentada y repugnante espuma.

Tiene ,al cuello un dogal de tosca cuerda atada con dos nudos en la nuca y en los ojos dos círculos violados, señal de asfixia y de indecible angustia. El religioso torna a dar aviso para que todos a la celda acudan, y corren, llegan, miran y su asombro ¡ay! no lo puede describir mi pluma. Quien le besa la mano con respeto; quien va y los labios con amor le enjuga y quien llorando y con agudos gritos al pie del lecho reveló su angustia.

Mientras le dan aviso a la justicia inquietan, claman, solicitan, buscan la negra causa de tan negro crimen que en breve tiempo a la ciudad enluta.

—¿Quién pudo ser? pregunta un sacerdote a Juan Ramos el lego, cuya astucia todos conocen y que en duro trance ni recela, ni teme, ni se turba.

—¿Quién pudo ser? repiten anhelantes, y Ramos va a Villa señor que oculta su rostro tras la espalda de otro lego; y como axioma que el indicio anuncia, "Está en el monte quien el monte quema", respondió Ramos con la voz confusa.

Por aquellas palabras sentenciosas que a todos sumergieron en la duda, no bien sobre las bóvedas del templo por cuatro noches discurrió la luna, cuando otro nuevo crimen causó asombro a la infeliz comunidad augusta. A Juan Ramos hallaron en el lecho muerto de igual manera que Segura, estrangulado con maciza cuerda atada con dos nudos en la nuca, y los helados Labios rebosando ensangrentada y repugnante espuma,

### III

Consultando los viejos pergaminos que arrojan luz sobre tan triste escena, tan sólo pude hallar en la sumaria del negro crimen, trunca la sentencia. Nunca Villaseñor confesó nada; sus jueces nunca le encontraron pruebas. Mas resultó a la postre condenado a servir por diez años en galeras, a despojarle al punto y ante todos los que en el claustro le tuvieron cerca, de las órdenes y hábitos sagrados y de títulos, rangos y prebendas.

Al correr de los años no se supo si se dio cumplimiento a la sentencia, pero el pueblo, que todo lo averigua, narra como verdad esta conseja: Villaseñor convicto de su crimen

V próximo a cumplir su dura pena, en San Pedro y San Pablo estando preso se dio la muerte en apartada celda.

Entonces para ejemplo y enseñanza cortaron al cadáver la cabeza y a colocarla fueron en el sitio donde murió Segura en "La Profesa".

Quien cruce el callejón de Santa Clara en el tiempo en que escribo esta leyenda puede mirar en la pared prendido un viejo y tosco mascarón de piedra y que el hecho tan triste que he citado como mudo testigo nos recuerda.

Y refieren también los eme lo saben que excavando una vez la antigua iglesia encontróse la momia de Segura con la señal al cuello, de una cuerda y con su humilde aspecto despertando en todo aquel que la miró de cerca, profunda compasión para la víctima, para el verdugo maldición eterna.

-----

## EL RELOJ DE PALACIO

### LEYENDA DE LAS CALLES DEL RELOJ

Lector, escúchame atento

esta tosca narración y júzgala la

tradición, fábula, conseja o

cuento. En un libro polvoriento

la encontré leyendo un día, y

hoy entra a la poesía

desfigurada y maltrecha; el

verso es de mi cosecha y la

conseja no es mía.

Hubo en un pueblo de España, cuyo

nombre no es del caso porque el tiempo

con su paso todo lo borra o lo empaña, un noble que cada hazaña de las que le

daban brillo, celebraba en su castillo

dando dinero a su gente construyendo un

nuevo puente o alzando un nuevo

rastrillo.

Era el noble de gran fama, de carácter

franco y rudo, con campo azul en su

escudo y en su torre un oriflama. Era  
señor de una dama  
piadosa como ninguna; dueño de inmensa  
fortuna por trabajo y por herencia y tan limpio de conciencia como elevado de  
cuna.

Una vez, para decoro de sus ricas  
heredades cruzó yermos y ciudades para  
combatir al moro. Llevóse como tesoro y  
como escudo a la par, un talismán  
singular atado a viejo rosario: un modesto escapulario con la Virgen del Pilar.

Era el precioso legado de sus ínclitos  
mayores; desde sus años mejores lo tuvo  
siempre a su lado. Y como voto sagrado  
de cristiano y caballero juzgó su deber  
primero en el combate reñido llevarlo  
siempre escondido tras de su cota de  
acero.

En ocasión oportuna el noble llegó a  
creer que ante el moro iba a perder  
honra, blasón y fortuna. Soñó que la  
media luna nuncio de sangre y de penas,  
en horas de espanto llenas iba en sus  
feudos a entrar



y hasta la vio coronar sus  
respetadas almenas.

Y no sueño, realidad pudo ser en  
un momento, pues fué tal  
presentimiento engendro de la  
verdad. Acércase a su heredad  
Muslef y sus caballeros; mira  
brillar los aceros al fulgor de alta  
linterna y sale por la poterna en  
busca de sus pecheros.

Anda con paso inseguro de un  
hachón a los reflejos; "alarma", grita a lo lejos el arquero sobre el  
muro. Como a la voz de un conjuro  
del noble los servidores surgen  
entre los negros de aquella noche  
maldita y lo siguen cuando grita:

";Sus! ¡ a degollar traidores!"

Corren y en breves instantes  
terror y espanto difunden y en una  
masa se funden asaltados y  
asaltantes. Los cascos y los  
turbantes, revueltos y confundidos,  
entre quejas y alaridos vense en

las sombras surgir, sin lograrse  
distinguir vencedores y vencidos.  
El noble señor avanza en pos del  
blanco alquicel de un moro que en  
su corcel huye blandiendo su lanza.  
Resuelto a asirlo le alcanza por  
ciega rabia impelido, y cruel y  
enardecido le mata con gran fiereza  
y le corta la cabeza, pues Muslef  
era el vencido.

Al tornar lleno de gloria a su  
castillo feudal dijo: "Es un ser  
celestial el que me dio la victoria.  
El que ampara la memoria y el  
lustre de mis abuelos; el que me  
otorga consuelos cuando vacila mi  
planta; es... ¡ la imagen sacrosanta  
de la Reina de los Cielos!

"Siempre la llevé conmigo y hoy  
de mi fe como ejemplo he de  
levantarle un templo donde tenga  
eterno abrigo. El mundo será  
testigo de que ferviente la adoro, y

cual reclamo sonoro de su gloria  
soberana daré al templo una  
campana hecha con armas del  
moro".

El tiempo corrió ligero y el  
templo se construyó, como que el  
noble empeñó  
palabra de caballero.

Sobre su recinto austero,  
todo el feudo acudió a orar  
venerando en el altar  
en lujoso relicario,  
un modesto escapulario  
con la Virgen del Pilar.

Los siglos, que todo arrasan, lo  
más sólido destruyen, los hombres  
llegan y huyen y los monumentos  
pasan. Templos que en la fe se  
abrasan ceden del tiempo al estrago;  
todo es efímero y vago y en las  
sombras del no ser lo que vistió el  
oro ayer hoy lo encubre el jaramago.  
Quedóse el templo en ruinas, sus

glorias estaban muertas y ya en sus  
naves desiertas volaban las  
golondrinas. Sobre sus muros,  
espinas; verde yedra en la portada;  
la Virgen, abandonada por ley  
aciaga e injusta, y la campana  
vetusta eternamente callada.

En cierta noche el horror de algo  
extraño se apodera de aquel pueblo  
cuando oyera de la campana el  
rumor. Desde el más alto señor al  
pobre y al pequeñuelo,  
acuden con vivo anhelo a mirar  
quién la profana y se encuentran la  
campana sola, repicando a vuelo.

Asaltan con gran trabajo la torre  
donde repica y su espanto multiplica  
ver que toca sin badajo. El noble, el  
peón del tajo, el alcalde, el alguacil,  
con agitación febril y con ánimo  
turbada exclaman: "¡ Está hechizada por los siervos de Boabdil!"

Entre temores y enojos, propios  
de aquellos instantes, los sencillos

habitantes ya no pegaron los ojos.

Con sobresalto y sonrojos el temor al pueblo excita; lleva el cura agua bendita y como todos, temblando, comienza a rezar, regando a la campana maldita.

A medida que mojaba el agua bendita el hierro, cual diabólico cencerro más la campana sonaba. La gente se santiguaba triste, amedrentada y loca; el cura a Jesús invoca y por fin llega a exclamar:

"No la podemos callar porque el diablo es quién la toca".

Tras esa noche infernal se dio cuenta al nuevo día de aquella aventura impía al consejo y al fiscal.

Este, en tono magistral, bien estudiado el conjunto, resolvió tan grave punto y por solución perfecta dijo: "Que tuvo directa parte el diablo en el asunto".

Y como sentencia sana, poniendo al espanto un dique, declaró nulo el repique de la maldita campana; que

cualquier mano profana con un golpe la  
ofendiera; que el pueblo la maldijera,  
siendo el alcalde testigo y desterrada,  
en castigo, para las Indias saliera.

Cumplida aquella sentencia,  
maldecida y sin badajo, a Méjico se la  
trajo antes de la Independencia. De  
algún Virrey la indolencia la dio  
castigo mayor quedando en un corredor  
del Palacio abandonada, por ser  
campana *embruja*da que a todos  
causaba horror.

Alguien la alzó en el espacio, le  
dio voz y útil empleo, y fué un  
timbre y un trofeo en el reloj de  
palacio. El tiempo a todo rehacio y  
que méritos no advierte, puso un  
término a su suerte cambiando su  
condición y encontró en la fundición  
metamorfosis y muerte.

En el libro polvoriento que al  
acaso registré, la descripción  
encontré de tan raro monumento.

Tuvo como un ornamento de sus  
nobles condiciones, de su abolengo  
pregones en la parte principal, una  
corona imperial asida por dos  
leones.

En el cuerpo tosco y rudo  
consagrando sus sonidos, se  
miraban esculpidos un calvario y un  
escudo; y como eterno saludo de la  
tierra en que nació en sus bordes se  
grabó una fecha y un letrero:

"Maese Rodrigo" (el obrero que la campana fundió).

Produjo tal sensación  
entre la gente más llana  
ver un reloj con campana en la  
virreinal mansión, que son eterna  
expresión, de aquel popular  
contento las calles que el pueblo  
atento "del Reloj" sigue llamando, constante conmemorando tan  
fausto acontecimiento.

Dos centenares de auroras la  
campana de palacio lanzó al  
anchuroso espacio sus voces

siempre sonoras. Después de  
marcar las horas con solemne  
majestad, dejóle a nuestra ciudad  
recuerdo imperecedero, que es su  
toque postrimero vibrando en la  
eternidad.



EL CALLEJÓN DE LA PUÑALADA

LEYENDA DEL EX-COLFGIO DE SAN ILDEFONSO. HOY ESCUELA  
NACIONAL PREPARATORIA

A MI QUERIDO PRIMO EL LIC. MANUEL DE LA PEZA Y ANSA

I

¡Cuan breve corre la vida! ¡Cuan  
fugaces son los años! : Cómo dejan en  
el alma las penas, eternos rastros!

Si la existencia es un día que  
tiene oriente y ocaso, su amanecer  
es hermoso v su atardecer  
amargo.

Siempre que en mis soledades torno  
la vista al pasado, encuentro en mis  
horizontes azules, pero lejanos, un  
muro imponente y tosco v un esbelto  
campanario.

El muro de mi colegio, donde con  
noble entusiasmo,  
juzgué mis sueños verdades v mis

amigos hermanos. Y el campanario  
del templo donde niño me llevaron  
a alzar los primeros rezos que  
sonaran en mis labios.

No distan colegio y templo uno  
del otro mil pasos; bajo la torre del  
uno mis ojos la luz miraron; y tras  
el muro del otro, mi espíritu limpio  
y sano, de la ciencia y de las letras  
miró los primeros rayos. "De la  
Encarnación", se llama la iglesia  
que a cuento saco; y fué "de San  
Ildefonso", por todos denominado,  
aquel colegio, que guarda en sus  
elegantes arcos, en sus salas  
luminosas, en sus anchurosos  
patios, mis ilusiones azules, mis  
sueños puros y blancos, que ya  
envueltos en olvido, como en eterno  
sudario, me hacen exclamar a solas  
en tono triste y amargo: "¡Cuan  
breve corre la vida! ¡Cuan fugaces  
son los años! ¡Cómo dejan en el

alma las penas eternos rastros!"

II

En una noche de luna, después  
que las diez sonaron y que el *toque*  
*de silencio* dejó al colegio callado; cuatro estudiantes amigos, que a  
velar nos congregamos, pues el  
examen de octubre se acercaba a  
grandes pasos;  
en pos del sitio elegido, todos  
cogidos del brazo, en nuestras  
manos el libro, en nuestra boca el  
cigarro, la juventud en el alma y en  
el pecho el entusiasmo; íbamos  
marchando iguales por el corredor  
más largo, que tiene el segundo piso  
de los dos primeros patios, y al  
llegar bajo la tosca repisa, de un  
viejo santo, que daba vista al colegio  
que "de Pasantes" llamábamos, el más alegre del grupo nos dijo medió  
turbado: —¿Veis en el piso primero y  
en el callejón del ángulo que con el  
*colegio chico* se encuentra  
incomunicado, siempre cerradas y

obscuras las puertecillas de un  
cuarto? pues eso tiene una historia  
que voy en breve a contaros: pues  
dicen que fué el asombro, allá en el  
siglo pasado, de todos los que vivían  
con reputación de sabios, en este  
mismo colegio do nos tienen  
encerrados: es una historia muy  
triste, pero de interés no escaso; para  
que podáis oírla ocupemos aquel  
banco.

Y después de estas palabras  
satisfechos nos sentamos;  
la luna, que estaba en llena,  
derramaba vivos rayos, v en medio de  
aquel silencio, v en tan imponentes  
claustros, formaban triste contraste  
las sombras de aquellos arcos, con lo  
blanco de los muros  
la brillantez del patio.

El estudiante, que hoy duerme  
tranquilo en el Campo Santo, v que  
entonces era un joven inteligente y

osado, cerró un instante los ojos como  
un recuerdo evocando, frunció luego el  
entrecejo, llevó a la frente la mano, y  
con natural estilo nps hizo un breve  
relato, que yo a repetir me atrevo  
omitiendo tal vez algo,  
y han corrido muchos años, porque la  
memoria es flaca

III

Mendo y Ramiro Olivares, jóvenes  
los dos y hermanos, vinieron a este  
colegio allá en el siglo pasado.

Hijos de Nueva Galicia donde un  
caudal heredaron, uno vino a estudiar  
leyes y otro cánones sagrados.

Por un favor distinguido les  
dieron el mismo cuarto, a  
tiempo que, según dicen, eran  
bachilleres ambos.

Ramiro, tal nos lo pintan las  
referencias de antaño, era robusto,  
elegante, conversador y simpático.

Por las noches le cercaban sus  
compañeros ufanos, pues cuentan que  
era un prodigio con la guitarra y  
cantando.

Mendo, de carnes enjuto, de  
carácter reservado, insociable y  
receloso, nada alegre y nada franco,  
era en todas sus acciones el reverso de

su hermano.

Nunca se les vio de acuerdo en los puntos que trataron y hasta en costumbres y trajes se les halló siempre extraños.

No fué devoto Ramiro, pero Mendo fué fanático, Ramiro armaba la gresca, Mendo fué siempre misántropo ho que Ramiro vio negro, Mendo lo miraba blanco; en sus rostros no tenían de semejanza ni un rasgo, y en las almas, uno el cielo, el otro el abismo, el antro.

En cuestión de sentimientos era fácil estudiarlos: Ramiro fué siempre pródigo v Mendo siempre fué avaro. Y como al morir su padre porción igual heredaron, al veloz curso del tiempo Mendo conservaba intacto su caudal, mientras Ramiro ya no guardaba ni un cuarto.

Y así los dos estudiantes obtenido el mismo grado, por mucho tiempo



vivieron en el tenebroso cuarto; del  
estrecho pasadizo que da pavor a  
aquel ángulo.

No en vano dice un proverbio  
bueno, como castellano,

"que los extremos se tocan"; oigan ustedes el caso:

Aquellos dos corazones tan  
opuestos y tan raros, tan sólo en un  
sentimiento los igualó Dios o el  
diablo. Sin decirse una palabra, sin  
mover nunca los labios, con miedo  
el uno del otro, su sentir  
disimulando desde el albor más  
risueño de sus más hermosos años,  
heridos a un tiempo mismo la  
misma mujer amaron. Y ella con  
esa malicia causa del primer  
pecado, comprendió que eran  
rivales por su amor, los dos  
hermanos.

Complaciente con Ramiro, a  
Mendo quiso humillarlo y tal vez  
con sus desdenes le formó el

carácter agrio.

Perdida toda esperanza, cuando  
el pueblo abandonaron  
prometiéronle a sus padres Ramiro,  
ser abogado, v Mendo que ya tenía  
en su corazón los dardos de la  
decepción primera v del primer  
desengaño, eligió, firme y resuelto,  
buscar la senda del claustro;  
senda sembrada de espinas que florecen  
con un llanto, que si se vierte en el  
mundo produce mofa y sarcasmo.

Y así a Méjico vinieron,  
y así en el colegio entraron, los que de sus compañeros sus costumbres  
estudiando recibieron los apodos  
del *Cura* y el *Licenciado*.

Una noche, recogidos Mendo y Ramiro  
en su cuarto, por casualidad extraña ya  
en sus lechos recostados, de esperanzas e ilusiones a conversar comenzaron. —No  
me llames ambicioso,— dijo Mendo; no  
me afano en llegar a ser obispo, jamás he querido tanto; busco el olvido, la  
ausencia en un humilde curato, donde  
ejerza el Evangelio como un apóstol

cristiano. —'Aunque elogio tu modestia,  
en humildad no te igualo; quiero acabar  
mi carrera, me voy al pueblo, y me caso.

—¡Te casas! ¿Con quién, Ramiro? —Ese  
es mi secreto, hermano. —¿Secreto? ¡Si  
lo adivino, y hasta pudiera jurarlo!

—Pues entonces, no lo digas  
al ver que yo me lo callo.

—Te casas, con la coqueta  
Elvira Anzures del Prado.

—Pudiera ser; pero mientes  
al darle un título vano,  
que no es coqueta una virgen  
toda pudor y recato.

—Si yo siempre me lo dije;  
es de todo enamorado  
ser cuando al ídolo juzga  
un inexperto o un sandio.

—¿Pero tú por qué la insultas?

—Porque cual la luz, es claro,  
que tal mujerzuela tiene  
de amantes a más de cuatro.

Me tuvo a mí en algún tiempo,

a ti después y es el ceso,  
que después de larga ausencia,  
después de tiempo tan largo,  
tendrá por adoradores  
el mejor de cada barrio.

—Detén esa lengua, Mendo.

—Decir verdad no es pecado.

—¡Mientes, infame!

—No

miento. —Sí, mientes como un villano.

—Esa mujer es... —O tienes esa lengua,

o te la arranco. —Inténtalo, pero digo...

—Gállate, Mendo.—No callo. Y saltando

de sus lechos y ya de pie sobre el cuarto se dijeron tales cosas,

tales insultos cambiaron, que ciegos,

locos, celosos, llegan por fin a las

manos v Mendo que allí tenía agudo

puñal guardado, lo coge v en un

momento de inmensa rabia,

temblando lo clava de un fiero golpe

en el pecho de su hermano, que

examine, en sangre tinto cae a sus

pies en el acto. Mendo, al mirarlo dio

un grito, sus compañeros llegaron...  
Y las crónicas no cuentan si después  
del triste caso tuvo Mendo por  
castigo la locura o el cadalso.  
Pero desde entonces todos al  
callejón de aquel ángulo llaman "de la Puñalada" v está siempre  
abandonado, pues en las noches  
obscuras causa inexplicable espanto  
cual si por allí cruzara con lentos  
siniestros pasos, de Caín el  
fratricida el espectro ensangrentado

## LA CALLE DEL ESCLAVO

I

De los nobles y esforzados  
héroes que patria nos dieron, uno  
descuella entre todos por su  
grandeza y su genio.

Pretender en tosca rima enarrar  
sus altos hechos es cual contar con  
la mano los astros que tiene el  
cielo.

Hay héroes, esclarecidos, orgullo  
de nuestro tiempo, cuyas hazañas  
merecen tener por cantor a  
Homero.

Con júbilo y con orgullo en mal  
pergeñados versos voy, la verdad  
respetando, a referir un suceso.

No lo refieren los libros ni se enseña en los colegios, que siempre envolvió el olvido los  
más calumniantes hechos.

Mas juro a fuer de hombre honrado y de  
bardo caballero, que es la verdad lo que digo para enseñanza del pueblo.

Testigos de lo que enarro antaño

me lo dijeron; yo recogí sus palabras  
y rompo al fin el secreto.

Era yo un adolescente, un alegre  
rapazuelo, perezoso en los estudios  
y decididor y travieso.

Cada tarde, al dar las cinco, al  
regresar del colegio, después de ver  
a mi padre y dar en su frente un  
beso,

íbame a charlar tranquilo,  
ansioso de oír sus cuentos, con un  
honrado asistente, con un inválido  
viejo,

que mi padre conservaba a su  
lado con empeño, por sus antiguos  
servicios en casa de mis abuelos.

Paréceme que lo miro hoy que  
evoco sus recuerdos: cabellera  
hirusta y blanca, bigote cano y  
espeso,

ojos pardos y expresivos, ronca  
voz de toско acento y gloriosas  
cicatrices repartidas en su cuerpo.

La herida de la cabeza en  
Veracruz se la hicieron, la vez en  
que los franceses asaltaron aquel  
puerto.

La pierna que le faltaba y que nunca  
echó de menos, a las tropas de Calleja se las dejó en un encuentro.  
Sirvió con el cura Hidalgo, en Cuautla  
sirvió a Morelos y se incorporó más tarde a las fuerzas de Guerrero.  
Pero su mayor ventura, el orgullo de  
aquel viejo, lo que en lágrimas mojaba su cutis rugoso y seco,  
era haber formado parte del grande y  
vistoso ejército que en el año veintiuno entró victorioso a Méjico.

—"Si hubieras visto —decía— el  
regocijo del pueblo, al mirar nuestra  
bandera ya libre y flotando al viento;

"si hubieras visto aquel gozo, aquel gusto, aquel anhelo de hacer dichosa a la patria...  
yo explicártelo no puedo"...

Y cubriendo con las manos aquel rostro  
amarillento dejaba rodar sus lágrimas al calor de sus recuerdos.

¡ Ah! ¡cuántas cosas sabía el asistente  
Robledo! ¡ Era una crónica andando; un  
archivo en carne y hueso!

Hoy que han corrido los años y que el



soldado está muerto, vengo a evocar su  
memoria, para escribir estos versos.

II

Una tarde de noviembre, estando  
nublado el cielo, y mi espíritu de niño  
nublado también y enfermo,  
llegué y le dije al soldado: —"Dime algo terrible y nuevo de jefes y  
camaradas, que tuviste en otros  
tiempos".

Y atusándose el bigote, blanco y lacio  
como el heno, encendiendo su tabaco y  
evocando sus recuerdos,  
agregó: "Voy a contarte sin  
desfiguros un hecho, que da a conocer a  
fondo cual si lo estuvieras viendo,  
el carácter de un gran hombre, del  
gran don José Morelos, a quien Dios  
tenga en su gloria, por ser la gloria de Méjico".

Cerró en seguida los ojos, como para  
ver más lejos y dijo lo que repito, sin  
enmiendas ni renuevos:

—Estábamos acampados en una  
tierra de fuego,  
en el sur, bajo la sombra de

mangles y cocoteros;  
mirando a largas distancias a modo  
de troncos secos dormir a los  
caimanes a orillas de los esteros.  
Entre las ramas, los huacos  
cantaban «allá a lo lejos, y a nuestros  
pies las iguanas caminaban en silencio.  
Junto a palma gigantesca, en tosco  
sillón de cuero, conversando con  
algunos estaba el señor Morelos.  
De repente Galeana, que fué su  
brazo derecho, y a quien siempre que lo  
nombro parece que lo estoy viendo,  
acercóse a presentarle diez o doce  
prisioneros, entre los cuales venía un  
hombre de color negro.  
Morelos al recibirlos les dijo con  
dulce acento: "¿Por qué nos hacéis la guerra si vuestra dicha queremos?  
"Por libertad luchamos, y si habéis nacido en Méjico, ¿por qué no queréis  
ver libre e independiente este suelo?"  
Y en seguida, contemplando al  
hombre de cutis de ébano<sup>3</sup>  
agregó, compadecido

de su suerte y de sus yerros.

"¿No sabes que ya abolimos por un  
solemne decreto la esclavitud de tu raza que sufre tantos tormentos?

"¿No sabes que entre nosotros no hay señores ni pecheros, que son libres los  
esclavos y como hermanos los vemos?"

Y el negro, cuyas miradas lanzaban  
rayos de fuego,

al punto respondió airado con  
rudo y brutal acento:

—"Yo la libertad maldigo, pues a gran orgullo tengo vivir y morir esclavo de mi noble y  
rico dueño".

Adelantóse al oírlo, con rabia el señor

Morelos y luego lanzó estas frases que  
jamás olvidar puedo:

—"Quien la libertad maldice y lame  
sus duros hierros es indigno de la vida y es perjudicial al pueblo.

"Y como no tiene patria ni ha de  
bendecirlo el cielo debe morir como  
muere el ser más bajo y abyecto".

Y le disparó al instante un  
arcabuz en el pecho,  
con tal rabia y con tal tino que  
al punto lo dejó muerto.

Todos los que presenciamos  
aquel terrible suceso nos  
quedamos sorprendidos con tal  
saludable ejemplo.

### III

Pasados algunos años, los que  
volvimos a Méjico encontramos que a la  
calle donde viviera aquel negro le  
llamaban "del Esclavo", (guarda el nombre en nuestro tiempo) no sé si para  
memoria de aquel acontecimiento.  
Y exhalando hondo suspiro el  
asistente Robledo, mirándome con fijeza  
agregó con triste acento: —"¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Cómo han  
cambiado los tiempos! ¡Cómo es grande  
y admirable y heroico el señor Morelos!  
Su carácter, su bravura, su intrepidez y su genio, daban siempre a sus soldados  
inolvidables ejemplos. ; Con razón me  
falta fuerza! Ya con jefes como aquellos, sólo pasaré revista de presente, allá en el  
cielo".

## EL CACAHUATAL DE SAN PABLO

### "ECHEN MAS LEÑA, QUE MI DINERO ME CUESTA"

#### LEYENDA HISTÓRICA

I

Casi mediando por filo el siglo décimo  
sexto, pues sólo faltaba un año para diez lustros completos, un pregón del Santo  
Oficio puso en gran alarma a Méjico  
asombrando a la nobleza v a la plebe  
dando miedo. Iban a ser conducidos con  
gran pompa al Quemadero más de cien  
penitenciados, de grandes crímenes reos.  
Herejes y judaizantes, desde  
largo tiempo presos, y firmes en  
las doctrinas de Moisés y de  
Lutero, de sus terribles  
sentencias fijado el lúgubre  
término, pronto como relajados  
iban a ser un ejemplo, una  
sagrada enseñanza,  
prueba, verdad y escarmiento

de que los hijos del diablo  
deben morir en el fuego.  
Alzáronse inmensas piras  
sobre aquel lugar siniestro,  
donde hallamos una plaza  
de mercado, en nuestros tiempos,  
al lado sur del Palacio  
donde reside el Gobierno.  
Cansáronse muchos hombres,  
gastóse mucho dinero  
en los mil preparativos  
del auto de fe más negro  
del acto de fe más negro  
que la Inquisición registra  
en su historia en nuestro suelo.

Y corrió de boca en boca, jurando todos ser cierto, que ordenaba el Santo Oficio que desde el conde al "pechero revistieran las fachadas de sus propios aposentos con todo lo que mostrase .aflicción, terror y duelo.

Que en balcones y ventanas de las casas del trayecto, que recorrer deberían hasta el suplicio los reos, se pusieran crucifijos con verdes ceras ardiendo; lazos y cortinas negras, ramas de ciprés con heno y por únicos adornos

los atributos más tétricos de  
estatuas y de retablos en  
tumbas y cementerios.



Que al pasar la comitiva, con  
numeroso cortejo de inquisidores y  
jueces y de verdugos y pueblo;  
ninguno hablara en voz alta para no  
ofender al cielo, y que de todas las  
bocas salieran fervientes rezos, para  
así atenuar un tanto la suerte de los  
confesos.

Que era obligación de todos rezar  
contritos el Credo y repetirlo las  
veces que les permitiera el tiempo  
que tardaran en cambiarse en  
cenizas los incrédulos.

Por último el Santo Oficio, a  
nobles como a plebeyos, ordenaba  
que llevasen en torno del  
Quemadero a sus esposas e hijos,  
para tomar escarmiento de cómo  
padece y muere y causa terror un  
réprobo.

Y les previno asimismo que .aquel  
que por sentimiento, por compasión  
o ternura en instantes tan supremos

solicitará clemencia o indulto para

los reos,

a las terribles hogueras fuera

arrojado con éstos.

Y se mandó que ninguna de las

gentes de este Reino pudiera asistir al

auto ni conocer a los reos sin haber en

su parroquia cumplido los sacramentos

que lavan de toda culpa y curan de todo

yerro.

Con tan graves prescripciones los

habitantes de Méjico esperaban el

instante en que un castigo tremendo iba

a cumplirse, llevando cien hombres al

Quemadero.

II

"No hay plazo que no se cumpla dice un sabido proverbio, y al fin llegó la alborada que ansioso esperaba el pueblo.

Dentro de las tristes celdas a los infelices reos sus verdugos de rodillas estas cosas les dijeron:

"Nosotros, que vuestras vidas por mandato cortaremos, vuestro perdón demandamos en nombre del Juez Supremo, a quien también le pedimos que os liberte del infierno"

Y esta fórmula cumplida visten con hopa a los presos, v los disponen y alistan para caminar al fuego.

Entre todos, allí estaba ocupando el primer puesto un judaizante muy rico v de carácter de hierro. Contaban propios y extraños, en público y en secreto, que vino a la Nueva España a dedicarse al comercio.

Construyó un amplio palacio un tanto churrigueresco, en el barrio más

distante de la capital del reino. Y arregló en el piso bajo una casa de comercio con dos puertas, de las cuales una tuvo el privilegio de que si entraba por ella un comprador forastero, sacaba, sin explicárselo, más baratos los efectos.

Así vivió sin zozobras el mercader mucho tiempo, y le debió a una desgracia turbar tan dulce sosiego.

Tuvo entre su servidumbre a una mujer, a quien dieron orden de que investigase de aquel hombre los secretos; y ella, astuta y maliciosa, v fanática en extremo, llegaba noche por noche junto a la alcoba del dueño, v no lo vio santiguarse ni le escuchó ningún rezo, pero sí notó que siempre se escuchaban raros ecos de golpes, como si diera azotes en algún cuerpo; miró por la cerradura y vio con asombro inmenso, que aquel

hombre fustigaba con un  
rebenque de cuero a un Niño  
Jesús, desnudo y tendido sobre el  
suelo.

Le dio parte a la justicia v no  
pasó mucho tiempo sin que al  
hereje encontrara el inquisidor  
Aldeño, dando golpes a la imagen  
del Príncipe de los Cielos.

Registrada aquella casa,  
encontraron que el hebreo en una  
de las dos puertas de su casa de  
comercio, enterró dos crucifijos v  
formaba su contento vender al  
que los pisaba más baratos los  
efectos.

Por crímenes tan terribles, por  
tan grandes sacrilegios,  
sentenciólo el Santo Oficio  
a ser arrojado al fuego, con *coroza*  
en la cabeza v *sambenito* en el  
cuerpo, conducido en una muía,  
montado en sentido inverso, con el

rostro hacia la cola, custodiado por  
dos negros.

Y que después de quemado, para  
enseñanza del pueblo, se  
esparcieran sus cenizas en alto a los  
cuatro vientos,  
confiscándose sus bienes, su  
habitación maldiciendo, regando con  
sal y lumbre los muros y los  
cimientos y condenando a sus hijos  
a calabozo perpetuo!

III

Cuentan viejos pergaminos que el  
excomulgado reo, cuando al suplicio  
marchaba daba pavor por blasfemo,  
v que la muía elegida para conducir su cuerpo se encabritó tantas veces  
que dio con él en el suelo; v  
temiéndose que vivo no llegara al  
Quemadero, ordenaron que subiera  
para sujetarlo un negro, que lo  
estrechó entre sus brazos en gran parte del trayecto..  
El pueblo que contemplaba tan  
espantosos sucesos, sin explicarse el  
motivo dijo para sus adentros: "Este hereje lleva al diablo tan bien metido  
en el cuerpo, que ni la muía lo  
aguanta para no ofender al cielo".  
Por ventanas y balcones en vez de  
salmos y rezos, le arrojaban  
«anatemas, maldiciones y denuestos;  
v como era mes de julio en que  
siempre llueve en Méjico v estaba el  
cielo nublado v nada agradable el  
cierzo, las gentes se sospechaban que

por no ver al blasfemo, entre  
cien nubes permaneció el sol  
envuelto. Así al horrible suplicio  
llegaron a pasos lentos más de cien  
excomulgados, todos, firmes y  
confesos.

Tocó el turno al israelita que fué  
entre todos aquellos el primer  
quemado vivo por sus grandes  
sacrilegios. Y dicen que al verse  
atado al tosco mástil de hierro y  
cuando ya lo envolvían las rojas  
lenguas del fuego, les gritaba a los  
verdugos  
con tosco y rabioso acento:  
"Echen más leña, infelices, que  
me cuesta mi dinero".



#### IV

Han transcurrido dos siglos  
y aun está en pie y entero  
el palacio en que habitara el  
infortunado reo.

Llamóse Tomás Tremiño: no murió  
joven ni viejo y fué de carácter firme v de condición discreto.

No se ha borrado su nombre de la  
memoria del pueblo, porque siempre el  
infortunio del cristiano y del hebreo hace palpitar llorando a los corazones buenos.

Y se encomia y se bendice v se .aplaude  
con anhelo la dicha de haber nacido con  
la razón y el derecho y sin hogueras que forjen los grillos del pensamiento.

## LA CALLE DE LA CADENA

Aun estaba conmovido el bajo  
pueblo de Anáhuac recordando el fin  
postrero de los dos hermanos Avila;  
aun al cruzar por las noches la  
anchurosa y triste plaza, al mirar en  
pie las horcas las gentes se  
sentiguaban;  
y aun en algunos conventos  
rezábanse las plegarias a fin de que  
los difuntos lograsen salvar sus  
almas;  
cuando un pregón le decía a la  
curiosa canalla que por atroces  
delitos, que por pudor se callaban,  
iba a ser ajusticiado por voluntad  
del monarca un negro recién venido  
con un noble a Nueva España.  
Como se anunció la fecha la gente  
acudió a la plaza, en tal número y  
desorden que un turbión asemejaba,

porque en los terribles casos en  
que la justicia mata la humanidad  
se desvive por mostrar que no es  
humana.

Desde que lució la aurora acudió  
la gente en masa y muchos allí  
durmieron esperando la mañana.

Mirábanse a los verdugos que el  
cadalso custodiaban y con los  
rostros cubiertos con una insultante  
máscara.

El sol estaba muy alto, la gente  
con vivas ansias, los verdugos en  
acecho, y los soldados en guardia;  
y ninguno suponía que el acto  
aquel se frustrara cuando de mirar  
al reo perdieron las esperanzas.

De pronto, a galope llega un  
dragón junto a las tablas del  
cadalso, y con alguno de los  
centinelas habla.

Los verdugos, para oírlo  
descienden la escalinata, y corre un

rumor que anuncia que la ejecución  
se aplaza.

El toque de los clarines pronto  
anuncia retirada,  
y en diversas direcciones plebe y  
soldados se marchan.

Hay disgusto en los semblantes  
de mozuelas y beatas, pues como a  
ninguno ahorcaron han perdido la  
mañana.

Y se resienten de verse por el  
Pregón engañadas, y viendo sólo el  
cadalso, rezan, murmuran y charlan.  
Los curiosos insistentes que  
averiguaron la causa del retardo, al  
fin descubren lo que nadie se  
explicaba.

Cuentan que trayendo al negro de  
San Lázaro a la plaza, cuando  
apenas por oriente se vislumbró la  
mañana,  
cercado por alguaciles y por  
mucha gente armada, bebiéndose de

amargura sus propias, ardientes  
lágrimas,  
con voz fúnebre pidiendo *que*  
*hicieran bien por su alma*, un  
sacerdote entregado a cumplir  
siempre estas mandas;  
mirando a todas las gentes en  
balcones y ventanas darle el adiós  
postrimero entre llantos y plegarias.  
El negro que parecía de susto no  
tener .alma, cruzó por un calleja tan  
angosta como larga,  
donde entre humildes jacales  
surgía como un alcázar un caserón  
de tezontle con paredes .almenadas,  
con toscas rejas de hierro en  
forma de antiguas lanzas, con  
canales cual cañones que el alto  
muro artillaban  
y bajo el vetusto escudo de  
ininteligible heráldica un ancho  
portón forrado de gruesas y  
obscuras láminas;

teniendo como atributo que las  
gentes veneraban, una cadena de  
acero burda, negra, tosca y larga.  
Con sus ojos que vertían raudales  
de vivas llamas mira el negro de  
soslayo aquella ostentosa casa,  
y sin que evitarlo puedan los cien  
que lo custodiaban, tan ligero como  
un rayo del centro se les escapa,  
gana de un salto la acera, se  
arrodilla en la portada  
y cogiendo la cadena  
en las dos manos, con ansia  
grita con voz que parece un  
rugido: "¡Pido gracia! ¡Pido gracia a la nobleza de nuestro amado  
monarca!"

Y corchetes y alguaciles y  
arcabuceros y guardias se quedaron  
.asombrados y sin responder  
palabra.

Porque sabido de todos era que  
en aquella casa vivía un señor de  
abolengo entre los grandes de

España,  
que por fuero de linaje en sus  
títulos estaba tener cadena en su  
puerta v pendón en la fachada.

El reo que esa cadena, por su  
fortuna tocara al marchar para el  
cadalso, de la muerte se libraba.

Y el negro, que esto sabía, tuvo  
la fortuna extraña  
de alcanzar tal privilegio que otro  
ninguno lograra.

Mirando lo sucedido, nobles,  
corchetes y guardias, con gran susto  
de la escena no siguieron a la plaza,  
pues tornaron al presidio la  
víctima afortunada; al Virrey le  
dieron parte v todo quedóse en  
calma.

Hoy solo existen los muros de  
la mansión legendaria, sin huellas  
de las almenas ni escudo de la  
portada.

Y dicen los que lo saben, doctos

en antiguas causas, que la angosta  
callejuela "de la Cadena" hoy se llama.



## LA CALLE DE XICOTENCATL

### A MI MUY QUERIDO AMIGO RAMÓN MURGUIA

I

Cuando al formidable empuje de la  
justicia del pueblo, el joven príncipe  
Hapsburgo subió al cadalso en  
Querétaro,  
al recoger su cadáver  
sobre el memorable cerro en  
cuayas peñas abruptas saltó  
en astillas un cetro,  
se ordenó que embalsamaran los  
inanimados restos, por si en la tierra  
nativa les daban tumba sus deudos.  
Y era de mirarse el cuadro grave,  
imponente y siniestro, que por su  
humilde grandeza no olvidan los que  
lo vieron.  
Sobre la bruñida plancha

tendido el desnudo cuerpo,,  
plumón de cisne en lo blanco,  
marmórea estatua en lo yerto;  
abierta la barba rubia en dos gajos  
sobre el pecho; cual turquesas  
empañadas los tristes ojos abiertos.  
Surcando azulosas venas la frente  
de marfil terso, mostrando en ligeros  
surcos congelado el pensamiento.  
Lacio tocando la piedra el áureo  
escaso cabello, alisado en otros años  
por manos que están muy lejos.  
Rojas, profundas heridas  
dispersadas en el pecho, por donde  
entraron las balas y se escaparon los  
sueños.  
Inertes los largos brazos, como  
abandonados remos, y en las manos insensibles algo crispados los dedos.  
En las piernas las señales de haber  
mantenido el cuerpo largas horas  
sobre el ágil corcel de los  
campamentos.  
Y en el extraño conjunto

despertando los recuerdos de Rubens  
cuando pintara a Cristo desnudo y  
muerto

II

En una ciudad que ha sido  
por muchos meses el centro  
de encarnizados y horribles  
combates a sangre y fuego,  
por más que sobró pericia  
no abundaron elementos para  
sin tacha ninguna ungir el  
cadáver regio,  
y a reparar menoscabos  
trajéronlo pronto a Méjico,  
sobre los frescos escombros  
del ya desplomado imperio.  
En tierra de Moctezuma el  
príncipe entró de nuevo, no  
sobre augusta carroza, sino  
encerrado en un féretro.  
De nuestra ciudad las  
llaves ninguno le dio a su  
encuentro, ni su retorno  
anunciaron los heraldos  
palaciegos.

En las sombras de la noche,  
por rudas tablas cubierto, sin  
ser por nadie esperado v sin  
visible cortejo,  
entró en vetusta capilla el  
ataúd, pobre y negro, V en  
tosca mesa de pino quedó en  
solemne aislamiento.

Una lámpara que ardía toda la noche  
en el templo, lanzaba sobre la caja su  
fulgor «amarillento,  
y en las elevadas bóvedas, como  
tristes agoreros, con sus fúnebres  
graznidos se quejaban los mochuelos.

Las místicas esculturas semejaban  
con su aspecto, dolientes que  
acompañaran la soledad de aquel  
cuerpo.

Sobre el ataúd cernían su agosto,  
impalpable vuelo, los fantasmas de  
otros mundos que en otros siglos  
vivieron:

Carlos Quinto, con sus pompas de

un sol sin ocaso dueño, surgió con su  
egregia Corte para velar a su nieto.

La noble María Teresa con sus  
infinitos duelos, en la frente del  
Hapsburgo depósito helado beso.

Sola estaba la capilla, solo  
el misterioso féretro, solos  
los tristes altares ¿e aquel  
recinto severo,  
y dentro de aquella caja, solo y  
rígido durmiendo

un soñador de treinta .años fatua luz de un breve imperio.

Allá detrás de los mares solo, el castillo risueño que el Mediterráneo baña con ondas  
de azul sereno.

Sola, en el antiguo mundo, loca de amargura y duelo, la esposa joven y hermosa, que  
en vano espera a su dueño:

y fuera de la capilla, en una calle de Méjico que de San Andrés se llama y donde  
estaba aquel templo,

la indolente muchedumbre, sin pensar en el rey muerto, elevaba los cantares de un rey  
inmortal: el pueblo.

Al par que *mamá Carlota* se cantaban los Cangrejos, y alzando hossanas a Juárez  
daban vivas a Escobedo.

Era muy negra la noche, era muy lúgubre el viento, la ciudad aun no salía de los  
espasmos del miedo.

Y allí estaba aquel cadáver, limpia la faz, roto el pecho, como una lección terrible,  
como un inmortal ejemplo,

de que la ambición engaña, de que  
deslumbra el ensueño y de que fué  
una tragedia lo que se llamó un  
imperio.

Yo era muy joven, muy joven, y el  
corazón en mi pecho lloraba la dura  
ausencia de mi único Dios terreno;  
de mi padre, que ni un día  
mientras que tuvo un aliento, dejó,  
con honda amargura, de llorar por  
aquel muerto.

III

El sabio a quien encargóse el  
nuevo embalsamamiento, era del  
ilustre Juárez al par que amigo su  
médico.

No bien con expertas manos ligó  
los inertes miembros, dejó, por secar  
las vendas, suspendido al aire el  
cuerpo.

Pendiente de los dos hombros en  
un arco de aquel templo, y con los  
ojos de esmalte retando al abismo  
negro;

solo quedó el soberano, rígido  
como de acero, con olorosos barnices  
mojando a sus pies el suelo.

Y cuentan que en una noche a  
Juárez dijo su médico.,  
más bien que en tono de súplica en  
son de dulce consejo:

uNo quiero encerrar al príncipe  
para siempre en otro féretro antes de



que, de mi brazo vayáis vos a  
conocerlo".

Y Juárez cedió a la oferta, y esa  
noche, en el silencio llegó al  
misterioso sitio conversando a paso  
lento.

Dos lámparas encendidas mal  
alumbraban el templo y en la  
penumbra del fondo se destacaba  
aquel muerto.

Aviváronse las luces y  
bañó un fulgor intenso el  
rostro color de cera con ojos  
color de cielo.

Juárez se acercó impasible en  
holgada capa envuelto, sin dar señales  
ningunas de angustia a desasosiego.

Y de pie frente al cadáver  
clavó en él sus ojos negros y se lo  
quedó mirando con un semblante de  
hierro.

Un diálogo sin palabras se entabló  
en aquel momento

entre el rey ajusticiado

y el justiciero de un pueblo.

Una parvada invisible de profundos

pensamientos de la frente de aquel vivo

voló a la frente del muerto.

Mas no se turbó su rostro, ni sus labios se movieron, ni cruzó por sus pupilas rayo de placer o duelo.

Y después de haber estado

contemplándolo en silencio: "Ya lo vi—dijo en voz baja, el vendaje aun no está seco".

Y tomando por el brazo, cual de

costumbre a su médico, sin hablar de

aquella escena salió de allá a paso lento.

La eternidad insondable quedó

tras él en el templo y ella oyó el

diálogo mudo de aquel vivo y

aquel muerto.

#### IV

Pasados breves los meses

v a sus patrios lares vuelto,

el príncipe infortunado, sin

corona y sin aliento;

conmemorando su muerte en junio, en

el mismo templo, congregáronse a llorarlo no pocos de sus adeptos.

Escándalo semejante despertó en

.aquellos tiempos tempestad de desazones y amargos resentimientos.

Y en masónico banquete, en un solsticio

de invierno, frente del ilustre Juárez y ante un auditorio inmenso,

un liberal de renombre y de carácter enérgico, adalid de la Reforma y hombre

de acción y talento,

pidió, sin temor a nadie, que se derribara el templo, poniendo manos a la obra en

aquel mismo momento;

y dos horas no pasaron sin que con

extraño estruendo las piedras se

desgranaran del muro al golpe del hierro.

Derribada la capilla, se abrió la calle que hoy vemos "de Xicotencatl" llamada en honor de un héroe egregio.

## EL CALLEJÓN DE SAL SI PUEDES

I

Alma del alma, ángel mío tarde llego.

—¿No me extrañas?

—Sí, cuando no te contemplo

mis horas son muy amargas.

—¿Faltarás a tu promesa?

—Nunca he mentido a una dama

ni menos a ti que formas

el sol de mis esperanzas.

—Es Lope que si te olvidas

v no vienes y me engañas

me moriré de tristeza,

pues te .adoro con el alma.

—¿Estás decidida?

—A todo. —

¿A nada temes?

—A nada.

—Nos perseguirán.

—No importa.

—Está bien; rayando el alba en San José

nos veremos.

—Ya te empeñé mi palabra. —Vas a dejar todo.

—Todo.

Contigo nada me falta.

—A las cinco.

—Sí: a las cinco. —Adiós,

Lope.

—Adiós, mi Blanca. —

No me olvides. —Ni un instante. —

Te dejo al partir el alma, pero vendré a recogerla... al despuntar la mañana.

Cerca de la media noche cruzaron estas palabras en obscura callejuela estrecha y abandonada, una encubierta y un hombre embozado en negra capa; él de pie sobre la acera; ella de pie en la ventana.

Era la noche tan negra que sus tinieblas cegaban y como por aquel tiempo, en aquel año de gracia de mil setecientos ocho ningún noble

acostumbraba, en la ciudad que fué  
corte y orgullo de Nueva España, por  
tan humildes suburbios andar en  
horas tan altas, ni menos en  
arrabales  
tan cercanos a la Traza,  
el doncel y la doncella  
no observaron cuando hablaban  
que recatado en las sombras,  
inmóvil como una estatua,  
sin perder un solo acento  
un nombre oyó sus palabras.

## II

Después de la despedida el balcón  
cerró la dama y los pasos de su  
amante perdiéronse en la distancia.

El lugar de aquella escena, por  
tétrico intimidaba, y aun después de  
siglo y medio su triste aspecto no  
cambia. Frente a la extensa Alameda,  
en la rica y dilatada avenida, ayer  
tan triste y hoy tan lujosa y tan  
amplia, vese un callejón antiguo, que  
de los Dolores llaman, y rumbo ,al  
sur se prolonga en otro estrecho, sin  
nada que denuncie lo habitasen  
gente de fuero y prosapia. En tan  
angosta calleja antaño existió una  
zanja, con tosco puente que el

pueblo *Del Santísimo* llamaban. Era todo aquel conjunto una débil semejanza de los suburbios moriscos de Córdoba o de Granada. Y en una de las aceras, como hundida entre las casas, una callejuela sucia, pavorosa encrucijada donde aconteció el suceso que este romance relata y la cual en nuestros días está igual que como estaba.

### III

Como lánguidos gemidos que en las

tinieblas exhalan los espectros de la noche cuando en los aires cabalgan, de la torre se escaparon cuatro lentas campanadas. A poco en el horizonte brilló como inmensa lágrima, esa estrella precursora de las caricias del alba, y más tarde los volcanes tiñéronse en oro y grana, y la errante golondrina comenzó su eterna charla, ¡ Qué amanecer tan sereno! ;

Qué luz tan radiante y clara! ; Qué hermoso el sol cuando surge tras las azules montañas!

.....

Ya no hay sombras en la angosta

callejuela solitaria,

en cuyo fondo al abrirse

cruje una puerta pesada.

Envuelta en obscuras tocas

una misteriosa dama

va a salir rumbo a la iglesia

en que su amante la aguarda,

y saliera a no impedirle

el paso con gran audacia

un hombre, que ardiendo en celos,

le dirige estas palabras:

—Detente, Blanca, detente,

ni un paso más que me matas,



toda la noche he velado  
debajo de tu ventana,  
nada ignoro, todo he oído,  
y te adoro con el alma;  
torna a tu alcoba tranquila  
que por aquí nadie pasa.  
—¿Quién sois?  
—¿Y me lo preguntas?  
;No me conoces ingrata?  
¡Tu sombra, tu misma sombra  
que a donde vas te acompaña!  
Si sabes lo que se sufre  
amando sin esperanza,  
comprenderás mis martirios  
v sospecharás mis ansias.  
—Dejadme, que estoy de prisa,  
dejad la salida franca.  
—Sé que vas en pos de Lope  
y el miserable te engaña  
y te empeñas en seguirlo y así tu  
deshonra labras. —Pero, ¿quién sois  
tan osado? —Un hombre que te  
idolatra v con su vida te ofrece

pasión más limpia y más alta. —

Dejadme el paso.

—Imposible. —

Pues saldré—dijo con rabia la  
doncella, haciendo impulso de pisar  
la calle.

—Vanas serán  
esas tentativas. —Dejadme, dejadme.

—Calla; mía  
serás para siempre, que fuerza y  
amor me bastan. —Primero muerta  
que vuestra —Medita en esas  
palabras. —Dejadme salir que es  
tarde. —¡Tarde para ser burlada! —Y

qué os importa, abrid paso. —Pues  
sal si puedes, ingrata. Y al decir esto, en el pecho con golpe veloz le clava  
entera toda la hoja de su daga  
toledana. Exhalando agudo grito  
cayó en el dintel la dama, y el  
matador impasible salió de la  
encrucijada y viendo al torcer la  
esquina el templo en que Lope  
estaba.

—"Que la espere—dijo alegre— que en ir a verlo no tarda", y tornando el rostro al sitio donde cometió su infamia murmuró: —"Lope te espera, sal si puedes doña Blanca".

## IV

En memoria de aquel lance, de tan

mezquina venganza, la vetusta

callejuela estrecha y abandonada,

"Callejón de sal si puedes" hace un siglo que se llama, sin que los

cronistas digan si el hecho es verdad

o fábula.

---

## EL CALLEJÓN DE LA DANZA

Quando al golpe irresistible de la  
.aventurera espada de Cortés, cayó el  
imperio esplendoroso de Anáhuac; al  
fundirse en una sola la vieja y la nueva raza y mezclarse en una sangre la fe y  
el valor de España con la fe y el valor  
indio y la astucia con la audacia;  
formóse al correr del tiempo una  
población extraña, crédula y  
supersticiosa, indiferente y fanática, de idólatras y devotos mezcla confusa y  
compacta.

Lo mismo acuden a misa al rayar la  
luz del alba y se arrodillan fervientes  
ante la Virgen sin mancha, como  
acuden con espanto a la obscura  
encrucijada donde les dicen que cruzan  
de noche negros fantasmas.

Lo mismo guardan piadosos una  
reliquia romana, o la medida del cuello  
del Santo Señor de Chalma, como

esconden en los pliegues del *ceñidor* o la enagua algún *chupamirto* muerto, el colmillo de una *iguana*, la semilla de algún fruto, p toscas piedras

labradas que fingen sapos, serpientes

y otras muchas .alimañas.

Lo mismo besan devotos un rosario

y una estampa, como besan la

moneda que roban, piden o ganan.

Tiemblan lo mismo mirando el

dragón de negras alas que al rey del

profundo Averno en viejos lienzos

retrata, como al ver a la lechuza que

en la noche sosegada lanza fúnebres

graznidos sobre las torres más altas.

Y oyen lo mismo el consejo que

paz y bondad derrama del misionero

que llega a bendecir su cabaña, como

la brutal conseja o la amenazante

chanza de los brujos y hechiceros que

son mengua de su raza.

Si ven de noche en los campos

volando entre las montañas

las chispas que por los aires los

hornos de carbón lanzan, los juzgan

brujas y duendes que maleficios  
propalan y a un tiempo rezan,  
blasfeman, se santiguan y se  
embriagan.

De tan misteriosa urdimbre es  
natural que brotaran junto a vulgares  
consejas suposiciones fantásticas, y así como con respeto en las edades  
pasadas vio el pueblo a las pitonisas,  
acogiendo sus palabras como  
innegables axiomas o como  
sentencias santas, así en el humilde  
pueblo degenerado de Anáhuac hay  
hechiceras, augures, monstruos,  
duendes y fantasmas.

Ya una luz que brilla débil  
en la miserable estancia, les revela de  
dinero alguna suma enterrada;  
ya el *saltapared* que silba tres veces por la mañana, les anuncia  
desazones, enfermedad o desgracia;  
ya el murciélago que cruza cuando  
la tarde se apaga  
algo negro les predice con lo  
negro de sus alas;

y si escuchan por la noche gañendo  
junto a su casa un perro, piensan que  
muere un ser de los que más aman.  
Si una mariposa negra sus pobres  
chozas asalta, la juzgan nuncio  
infallible de alguna muerte cercana; y  
para evitar a un niño de las brujas la  
asechanza, ponen al pie de la cuna, o  
en la estera en que descansan, unas  
tijeras formando una cruz, distinta y  
clara.

Temen al viernes, por viernes, al  
*trece*, por ser de fama, al martes, porque en tal día nadie se casa o se  
embarca; al sábado por *judío*, y con semejantes máximas, pasan la vida  
sujetos a horribles extravagancias.

Desatienden lo presente; lo pasado  
les amarga y no cuidan ni un  
momento del ignorado mañana.

Por eso en este conjunto, en esta  
mezcla de razas,  
parece que fusionaron  
su austera humildad Anáhuac,  
sus tristezas el oriente,



su eterna indolencia el Asia,  
y todo su fanatismo  
y su gran valor, España.  
Cuando la ciudad de Méjico  
vio antiguos templos y casas  
derribados a los golpes de las  
españolas armas; cuando sus  
mejores ídolos y sus piedras  
consagradas fueron cimiento  
del nuevo templo de invasoras  
razas; cuando ya estaban vacías  
las cajas hechas de caña<sup>1</sup> en  
que guardaron los reyes sus  
más costosas alhajas; cuando  
no quedaba un resto de la  
riqueza monárquica, pues al  
viejo continente a buen  
tiempo se mandaran telas de  
vistosas plumas, ricas esteras  
de palma y simbólicos escudos  
tallados en oro y plata, se  
comenzó con denuedo, con  
entusiasmo y constancia a

fabricar nuevas calles, nuevos  
templos, nuevas casas.

1. Estas cajas se llamaban Petlcalli

Al apagarse la tarde ninguna luz  
alumbraba los andamies, los  
escombros, las mutiladas estatuas,  
y el conjunto parecía en la  
extensión solitaria al fulgor de las  
estrellas que como antorchas  
brillaban, inmensa tumba desierta,  
cripta obscura v olvidada  
escondiendo helados restos de  
vasallos y monarcas.

Era de verse en las noches en tan  
triste panorama, el farolillo del  
noble, las linternas empañadas de  
corchetes y alguaciles rebujados en  
sus capas; y sobre los toscos muros de  
iglesias aun no acabadas ardiendo  
frente a una imagen la sucia y  
humilde lámpara a cuyo reflejo a  
veces se cruzaban dos espadas, o de  
ilícitos amores hubo aventuras

extrañas.

Entre tan tristes callejas dentro  
y fuera de la *traza* hubo algunas en que todos a penetrar se negaban, y  
de todas éstas, una daba pavor a las  
almas, porque según referían  
largos sermones y pláticas era el  
lugar escogido de noche en las  
horas altas para una danza tan  
triste como la danza *macabra*.

Más de una vez refirióse con  
sentenciosas palabras, que en la  
inmunda callejuela los *nahuales* se juntaban, y que asidos de las  
manos frente a horribles  
luminarias, hechas en siniestras  
piras de osamentas hacinadas, al  
rayar la media noche daban  
comienzo ,a la danza, a los gritos  
de las brujas entre endriagos y  
fantasmas.

En los pulpitos decían que a los  
*nahuales* cambiaban de forma  
según su antojo; que sus ojos sin  
pestañas, sus rostros despellejados,

sus uñas corvas y largas, su piel  
cubierta de plumas, sus grises  
melenas lacias, sus fatídicas  
sonrisas y sus diabólicas mañas,  
eran el terror del pueblo, porque  
de noche llegaban, sin ser sentidos,  
al fondo de 1.a más segura estancia  
para robarse a los niños.  
y en la calleja citada entregarlos a  
las brujas que la sangre les  
chupaban, y los exánimes cuerpos  
daban de pasto .a las llamas.  
Y cuentan los que lo vieron, que  
ni las rondas de capa, ni rudos  
arcabuceros, ni alguaciles, ni  
canalla, después de oír en las torres  
el toque de la plegaria, se  
acercaron a aquel sitio; y con  
terror le llamaban con un nombre  
que al presente como recuerdo se  
guarda: "La Cueva de los Nahuales  
o El Callejón de la Danza".

---

## JUAN CARBONERO

I

De la pintoresca Sierra en las  
enhiestas montañas, nació Juan  
entre las rocas, tal como nacen las  
águilas.

Desde sus primeros años cogió en  
sus manos el hacha, y los más  
fuertes encinos convirtió en  
menudas rajadas.

Era leñador su padre y él heredó  
su pujanza, aprendiendo desde  
niño a correr grandes distancias  
Siempre sacudiendo el sueño,  
antes de rayar el alba, íbase a pie  
por veredas ignotas y solitarias,  
sin temor a sol ni lluvia,  
hollando guijas y zarzas, subiendo  
igual a las cimas que bajando a las  
barrancas.

Con un báculo en la mano y el  
haz de leña a la espalda,

jamás llegó inoportuno  
al sitio en que lo mandaran.

Era Juan de tez cobriza, de frente  
estrecha y tostada, negros y  
expresivos ojos, cabellera negra y  
lacia,  
nervudos y ágiles miembros,  
pecho fuerte, manos anchas, firme  
en sus resoluciones y de muy pocas  
palabras.

Vivió tranquilo y felice en su  
modesta cabaña, con gran apego al  
trabajo y una sumisión sin tacha.

A amar a Dios ciegamente lo  
enseñaron en la infancia, sin ese  
frívolo culto de las gentes  
cortesanas,

Y él labró una cruz silvestre, y de  
su monte en 1.ª falda la clavó en  
gruta musgosa, pintoresca e

ignorada.

Su altar rústico tenía por limpio  
cristal el agua, que bajando entre las  
peñas, espejo a la cruz formaba.

Juan, domingo tras domingo, al  
despuntar la mañana, iba allí con  
gran acopio de flores rojas y  
blancas,

y entretejiendo con ellas rica y vistosa guirnalda, del santo signo en los brazos con  
devoción la colgaba.

Qué dulce misa, la misa que en aquella frágil ara, cantaron en cada aurora los  
mirlos y las calandrias! j Qué templo  
aquél, con sus naves de frondosas

enramadas y con el incienso agreste de las flores y las auras! Juan tuvo altar en su  
gruta, en su silencio, plegaria y para su fe sencilla por solo sagrario el alma. Cuando  
sus padres murieron bañó sus restos con

lágrimas y les abrió sepultura junto a

aquella cruz sagrada. Y siguió huérfano y triste, huésped de humilde cabaña y  
cargando como siempre el haz de leña a la espalda.



II

De nuestra patria en defensa alzáronse  
en aquel tiempo, henchidos de fe y  
bravura indomables guerrilleros. Émulos  
de aquellos hombres que ensalzan los  
bardos griegos,  
terror infundiendo a España  
cien adalides surgieron.

Eran emblema de gloria;  
su escudo fué el propio pecho;  
su solo amigo un caballo;  
su solo amor nuestro suelo;  
cada roca su baluarte;  
el tosco peñón su lecho;  
los harapos su uniforme,  
y su hogar el campamento.

Juan el leñador, un día  
viajando se halló al encuentro  
una legión numerosa  
de montados guerrilleros.

El jefe que los mandaba,  
alto, robusto, trigueño

v con todas las señales  
de audaz, valiente y enérgico,  
llamó al indio y contemplando  
su humilde, apacible aspecto:  
—¿A qué punto te diriges?  
le dijo con dulce acento,  
—Voy, señor, Juan respondióle,  
para la ciudad de Méjico.  
—Pues mejor que tú, ninguno  
puede servirnos queriendo.  
¿Tú no sabes quiénes somos?  
—Seréis tropas del Gobierno.  
—Hombre, el Gobierno es de España  
y a España no defendemos;  
somos hijos de la Patria;  
¿sabes, buen hombre, qué es eso?  
Y ruborizado el indio quedó pensando  
en silencio. —Pues la Patria es el  
sagrado lugar en donde nacemos; la  
tierra de nuestros padres; el amor de  
nuestro pecho, y hace ya trescientos  
años que los hijos de este suelo somos  
miseros esclavos de un rey que vive

muy lejos. Estos soldados que miras,  
que luchan con gran denuedo y que su  
solo uniforme es la chaqueta de cuero,  
quieren hacernos felices, quieren  
libertar a Méjico, y como esta tierra es tuya, pues era de tus abuelos, es fuerza que nos  
ayudes, ¿entiendes, buen

hombre?

—Entiendo

—Tú puedes muy bien servirnos. —

¿De qué modo?

—De correo. Yo

necesito que vayan hasta Méjico unos

pliegos y entre tus rajadas de leña puedes muy bien esconderlos. —Señor, todo

lo que dices con claridad lo

comprendo, mándame lo que tú

quieras y cuenta que te obedezco. —

Pones tu vida en peligro.

—A nada le tengo miedo.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Lucas.

¿Y tú?

—Vicente Guerrero. Y dichas

estas palabras el indio cogió

unos pliegos, los guardó bien  
escondidos y siguió el viaje en  
silencio.

III

Los soldados insurgentes, que por el  
sur combatieron, encontraron en Juan  
Lucas un poderoso elemento. Los sirvió  
tan bien y tanto, que transcurrido algún tiempo le pagaban fuertes sumas para  
sostener en Méjico un expendio  
acreditado de carbón macizo y seco.  
Siguió Juan Lucas sus viajes, y en sus  
calcinados leños, que taladraba con arte y con el mayor misterio, las cartas más  
importantes, los informes más secretos,  
se cambiaron sin peligro entre  
Chilpancingo y Méjico.  
Por una infame denuncia a  
Juan Lucas sorprendieron y fué  
sentenciado a muerte  
por traidor al Rey y al Cielo; y cuentan los que lo saben que estando Juan  
Lucas preso mandó al Virrey un recado  
concebido en estos términos: "Ya llevo más de dos días de vivir en este  
encierro, y el solo favor que pido es  
que me fusilen luego, porque nunca  
me ha gustado estarme perdiendo el  
tiempo".

Mandó el Virrey fusilarlo, y por  
cadalso escogieron la plaza donde tenía  
Juan Lucas su vasto expendio y que en  
su honor le llamamos "Plaza de Juan Carbonero".

---

CALLE DE LA MACHINCUEPA Era doña Paz Quiroga dama de lujo y  
renombre, que vino a Méjico el año de  
setecientos catorce.  
Era de voluble genio, extremada en sus  
pasiones, y de un orgullo tan grande que daba espanto en la Corte.  
Lo mismo por su hermosura, que por  
sus limpios blasones, siempre se creyó  
más alta que los ricos y los nobles.  
Siempre vio con menosprecio a  
concejales y oidores y se juzgó un sol de gracia del Virrey en los salones.  
Para hablarle era preciso rogar a sus  
servidores, porque fué la más .altiva de las altivas de entonces.  
Las damas más opulentas  
nunca estuvieron conformes con  
hallar en todas partes  
cercada de adulaciones a doña  
Paz, que tenía tras de su  
carácter doble, un corazón  
que albergaba envidia, celo y  
rencores.  
Mas ella nunca hizo caso de  
vanas murmuraciones v era

poderoso influjo de jueces y  
sacerdotes.

En los más lujosos templos, y en  
las más grandes funciones  
deslumbraba con su brillo, su  
devoción y su porte.

Y en las fiestas y saraos era  
encanto de los hombres, que mas  
que muchas virtudes buscaban  
muchos doblones.

Saludábanla en la calle los  
graves inquisidores, y agolpábanse  
a sus puertas cada sábado los  
pobres.

Y era sabido de todos  
que por su orgullo y renombre  
ninguna se le igualaba  
de Nueva España en la Corte.



II

Don Mendo Quiroga y Suárez,  
marqués de Valle Salado,  
por aquellos mismos tiempos cumplió  
más de setenta años.

Agudas enfermedades sus miembros  
paralizaron, v padeciendo vivía  
quejumbroso y solitario.

Fué en su juventud marino v le dejó  
buenos cuartos la venta de carne  
humana con piratas y corsarios.

Héroe de cien aventuras los amores  
lo cansaron, v si tuvo descendientes  
jamás los llevó a su lado.

Se radicó en Nueva España cuando  
.abandonó su barco y acrecentó su  
fortuna en mercantiles trabajos.

Hombre de palabra firme v de  
proceder honrado encontró por todas  
partes amigos que le ayudaron.

Y cuando ya establecido tuvo  
sociedad y rango v en asuntos de

Gobierno llegó por rico a ser arbitro,  
mandó para el rey de España tan  
opulentos regalos, que con títulos y  
hombres su largueza le pagaron.

Dueño de inmensas salinas, esto  
sirvió al Soberano para otorgarle en  
justicia el título nobiliario.

Y fué marqués, y fué rico, y todos lo  
respetaron, y como en aquellos tiempos  
murió en España su hermano, él

recogió a su sobrina, que a vivir vino a su lado, y a la cual dio generoso el más  
espléndido trato;

pero doña Paz Quiroga en vez de  
besar la mano que fué con ella tan  
pródiga y su orfandad puso en salvo,  
siempre vio con duro ceño y con  
desdén al anciano y le trató, por  
enfermo, con repugnancia y con asco.

En muchas conversaciones llegó a  
decir sin reparo: "Ya no soporto la vida entre tisanas y bálsamos;  
"yo tengo mi cruz horrible en este  
viejo baldado a quien Dios debiera  
pronto a mundo mejor llevarlo"

Y no faltó quien le fuera a decir  
esto, al anciano, al que tan solo  
asistían enfermeros mercenarios.  
Cuando doña Paz llegaba a darle  
un saludo al paso, entraba cubierto  
el rostro con pañuelo perfumado y  
sin atreverse nunca a dar al viejo la  
mano; que más negra que la noche,  
más que del infierno el antro es la  
ingratitude que anida en el corazón  
humano.

III

Después de horribles martirios al fin expiró don Mendo y le acompañó a la fosa innumerable cortejo.

Hizo tantas caridades que tuvo, a falta de deudos, mil pobres que le lloraron y su nombre bendijeron.

Era sabido de todos que su nombre y su dinero tocaban a una persona por la sangre y el derecho.

Iba doña Paz Quiroga dentro de muy breve tiempo a convertirse en marquesa con un capital inmenso.

Y aunque no mostró señale de justo y profundo duelo, sí dijo con gran descaro entre gentes de abolengo: "Siempre me amó como padre, y como a padre lo heredo".

Corrido el plazo forzoso se abrió al fin el testamento, y halláronse

estas palabras que al pie de la letra  
inserto:

"A Paz, mi amada sobrina, todos  
mis bienes le dejo a condición de  
que pague la amargura que le debo  
haciendo lo que aquí mando tal y  
como yo lo ordeno; pues si no me  
obedeciese se dará cuanto poseo a  
la orden de San Francisco, cuya  
devoción profeso, y a la orden de  
Mercedarios para bien de su  
convento. Lo que mando a mi  
sobrina es, que salga en coche  
abierto atravesando las calles de  
San Francisco y Plateros, llegue al  
medio día a la Plaza, y allí, en el  
lugar del centro, con un vestido de  
baile  
y su más rico aderezo,  
humillando la cabeza  
de una vuelta sobre el suelo  
de las que aquí en Nueva España  
llama *Machincuepa* el pueblo,

y repito que al negarse  
al capricho que le ordeno,  
mercedarios y franciscos  
serán de mis bienes dueños  
si a contar desde mi muerte  
pasan seis meses lo menos".

#### IV

Muchas lágrimas amargas,  
mucho dolor, mucho miedo,  
cláusula tan caprichosa a doña Paz  
produjeron. No se la vio en los  
salones, ni se la encontró en el  
templo, que enferma y avergonzada  
escondióse en su aposento.

Pero volaron los meses, y era ya  
público en Méjico lo que en pago a  
tanta injuria puso en condición don  
Mendo. Mercedarios y franciscos el  
capital exigieron; doña Paz vio una  
fortuna de tres millones y medio  
que de sus manos podía escaparse  
en un momento. Y cediendo a la  
codicia  
aceptó el fallo tremendo;  
y una mañana de junio  
fué a la Plaza en coche abierto:  
allí encontró un mar humano,  
que estaba henchida de pueblo;

y lívida como muerta  
bajó en un lugar del centro,  
y sobre la rica alfombra,  
que los criados extendieron,  
inclinando la cabeza  
dio una vuelta sobre el suelo.  
Crujió la rica peineta y el traje en  
el rudo vuelco todo el pudor de la  
dama dejó entre risas maltrecho.  
¡ Qué gritos y carcajadas, qué  
injurias y qué denuestos de un  
millón de ignotos labios brotaron al  
mismo tiempo!  
Doña Paz quedó privada, y al  
llevarla a su aposento iban diciendo  
las gentes por las calles de Plateros:  
"Para castigar orgullos aún vive  
Dios en los cielos, El ensalza a los  
humildes y El abate a los  
soberbios".  
Y cuentan, los que lo saben, que  
cerca de un año entero doña Paz  
estuvo loca con el espíritu enfermo.



Recogió al fin la fortuna,  
aunque maldijo a don Mendo,  
y la calle en que vivía desde  
aquel remoto tiempo calle de la  
"Machincuepa" se nombra como  
recuerdo.

CALLE DE LA CANOA

## A MI MUY QUERIDO AMIGO NICOLÁS DOMÍNGUEZ COWAN

De Tenoch en la  
ciudad todo conmueve y  
aterra, que siempre  
infunde la guerra  
espanto a la humanidad.  
El luto y la soledad en  
plaza y barrios se  
advierte, humilla al  
pueblo la suerte que solo  
destrozos mira y el aire  
que se respira es el soplo  
de la muerte.  
Profánanse los  
altares causando  
escándalo y duelo, y  
nada concede el cielo a  
los dioses tutelares. En  
los desiertos hogares

entra medrosa la luz,  
retruena el tosco  
arcabuz, que a los  
tímidos espanta, y  
orgullosa se levanta  
sobre el teocali la cruz.  
Flota cual rojiza  
bruma vapor de sangre  
en los lagos  
y no amengua los estragos la  
muerte de Moctezuma. El regio  
manto de pluma del odiado  
Emperador, cuelga el pueblo con  
amor en los hombros de un  
guerrero, en su voluntad acero y  
en sus formas gladiador.  
Joven, de espíritu sano, supo  
imponerse de un modo, que es el  
rey, el alma, el todo para el  
pueblo mejicano. Lanza la flecha  
su mano cual rayo nube preñada;  
no teme ni espera nada, y por  
arte extraña son: su bravura de

león y de águila su mirada.  
Su faz baña esa luz pura que  
revela a un tiempo mismo: valor,  
martirio, heroísmo, genio,  
bondad y amargura. No cubre  
tosca armadura su cuerpo que  
frágil es, y donde asienta sus pies  
está la patria completa: ¡ la  
patria a que osado reta con  
orgullo Hernán Cortés!  
Su grandeza basta sólo para  
que el mundo se asombre, ¡ y no  
sabe que su nombre sonará de  
polo a polo!  
No alienta perfidia y dolo; ama  
con amor profundo su tierra y  
mira iracundo que planta  
extraña la huella, y surge a  
morir por ella sin presentir otro  
mundo.  
Nada guarda en su memoria  
de otros héroes y otras leyes;  
nada sabe de otros reyes, nada

espera de la historia. No quiere  
un laurel de gloria ni su nombre  
enaltecer, cumple sólo ese deber  
natural, sagrado, fijo, por el cual  
defiende un hijo a aquélla que le  
dio el ser.

Nada le estorba ni daña para  
luchar sin reposo y es por lo  
pequeño hermoso frente a la  
legión de España. El es la fe que  
acompaña a una raza siempre  
altiva, es la gloria siempre viva  
de la multitud guerrera;  
¡Cuauhtemoc! ¡ el alma entera de  
la patria primitiva!  
¿Qué plan en su mente fragua?  
¿Cuál fin secreto concilia que da  
a su noble familia por palacio  
una piragua? ¡ Un frágil leño en  
el agua hospeda a un Emperador,  
porque el hogar de su amor, su  
blando y caliente nido, en  
ruinas lo ha convertido el

tenaz conquistador!

La lombarda todo arrasa;

los hombres mueren a miles y

horadan los proyectiles los

muros de cada casa, y noche

por noche pasa sobre el estadio

sangriento, invisible y

turbulento tropel de antiguos

señores, que viendo tantos

horrores dan alaridos al

viento.

El pueblo en tanto combate

no logra del triunfo el fruto y

su sangre es el tributo que

ofrece a cada péñate, ¡ Ay del

que su ánimo abate por

mirarse en sangre tinto! ¡ No

puede en aquel recinto

mostrar que teme o desmaya

ante quien ha puesto a raya

las tropas de Carlos Quinto!

El pueblo azteca no quiere

vivir sin patria ni hogar, y

lucha sin esperar, y sin  
esperanzas muere. Al proyectil  
que lo hiere juzga la fuerza  
extrahumana, y la flecha y la  
macana embotan sus golpes  
rudos  
en las corazas y  
escudos de la  
gente castellana  
No deja el arco maltrecho si  
dispara la saeta al rubio y  
forzudo atleta que con hierro  
escuda el pecho. Al indio asiste  
el derecho que a un tiempo es  
arma y escudo, sale a combatir  
desnudo y expira frente .al  
hispano como un gladiador  
romano que al morir lanza un  
saludo.

Opuestas son las  
naciones y opuestos  
son los vasallos;  
faltan al indio

caballos y arcabuces y  
cañones. Son chusmas  
y no legiones las que  
halla el hispano  
experto; combate a  
campo abierto, siendo  
ante el más decidido  
un estorbo cada  
herido y un baluarte  
cada muerto.

Cuauhtemoc que solo abriga  
genio, valor y entereza,  
nunca dobla la cabeza  
ni al dolor ni a la fatiga.

Cuando la suerte  
enemiga ningún  
desastre perdona;  
cuando todo le  
abandona y a sus pies  
se abre un abismo,  
perder quiere a un  
tiempo mismo la  
cabeza y la corona.



Sólo una pena le abrume y  
eternamente le acosa: la  
tristeza de su esposa, sobrina  
de Moctezuma. Siempre que la  
tarde esfuma su púrpura en el  
topacio nace la primera  
estrella, viene a visitar con ella  
las ruinas de su palacio.

El sordo rumor se apaga de  
lombardas y arcabuces, y una  
barca con dos luces entre los  
escombros vaga. Cuauhtemoc la  
suerte aciaga respeta en esos  
escombros, no muestra dolor ni  
asombros, porque morir es la  
ley que impone el manto de rey  
que no le pesa en sus hombros.

En la horrible soledad que  
enluta el campo y el agua, suya  
es la sola piragua que penetra  
en la ciudad. Con augusta  
majestad llega triste y  
lentamente de las ruinas frente

a frente, y ,a tiempo que las  
divisa mezcla una dulce sonrisa  
con un suspiro doliente.

Es que el corazón humano  
por noble y grande que sea,  
siempre se abate y flaquea  
viendo que el placer es vano.

Ningún tesoro mundano nos da  
la felicidad, porque de edad en  
edad y siempre ante igual  
empeño es sólo un mentido  
sueño que engaña a la  
Humanidad.

El joven indio aguerrido  
contempla allí pesaroso que lo  
futuro es dudoso y lo pasado  
perdido. Y ante la verdad  
rendido busca la fiel expresión  
de su secreta aflicción y un  
suspiro brotar deja, que  
entrega al aire 1.a queja más  
honda del corazón.

"Cuanto tuvimos aquí, —le

dice a su bien amado,— los  
teules han destrozado, y yo lo  
siento por ti. Mañana, ausente  
de mí, me buscarás con dolor y  
te faltará el calor de aquellas  
horas que huyeron, en estas  
ruinas que fueron el nido de  
nuestro amor".

Y retando a la fortuna  
impulso a su barca daba que  
como un cisne surcaba sobre la  
mansa laguna.

Un claro fulgor de luna a la  
piragua envolvía, y  
Cuauhtemoc que sufría sin  
dar al cielo un reproche,  
centinela de la noche velando  
esperaba el día.

Contraria le fué la suerte, y al  
indomable guerrero impuso el caudillo  
ibero tras el tormento la muerte.

Denodado, altivo y fuerte, es un héroe  
sin segundo, y bajo el árbol fecundo de

la Justicia y la Gloria, no hay quien le iguale en la Historia ni quien lo imite en el mundo.

Sol de inextinguible luz, el pueblo que lo admiraba .a la calle en que habitaba le llamó de Guatemuz. Y cuando extendió la cruz su imperio transformador, del valiente emperador el palacio fué arrasado, y el sitio en que estuvo alzado es hoy calle del Factor.

Y agrega también la fama, y así la conseja doy, que por la calle que hoy "de la Canoa" se llama, Cuauhtemoc y el bien que ama, en frágil embarcación, cruzaban por su extensión para ver con tristes ojos los solitarios despojos del templo de su ilusión.

---

## EL CALLEJÓN DEL GARROTE

En una calleja larga, y además de  
larga estrecha, y además de estrecha  
obscura, y más que obscura desierta;  
allá en los remotos años, en las  
atrasadas fechas en que estuvieron en  
auge duendes, brujos y hechiceras,  
cronistas desconocidos dándolo por  
cierto cuentan lo que en mal verso  
relato en mal zurcida leyenda.

; Qué horribles hechos refieren!

¡Qué espeluznantes escenas de los  
inquietos vecinos de la incógnita  
calleja!

Noche por noche tenían,  
como el vulgo dice, gresca,  
que en palos y cuchillada  
pasaban las horas muertas.

Allí cada matrimonio  
era viviente tragedia,  
que maridos y mujeres andaban  
siempre a la greña.

Cada casa, según dicen, era una  
casa de fieras amenizada con  
gritos de maldición y blasfemias.

Al sonar las oraciones las  
ánimas o la *queda*, no era extraño ver a un hombre salir en veloz  
carrera, con la cara ensangrentada  
y partida la cabeza, tras una  
mujer que huía también herida y  
maltrecha, soltando atroces  
vocablos de la excomulgada  
lengua.

Allí no extrañaba a nadie, en  
cada alborada nueva, hallarse en  
estrechos patios tintas en sangre  
las piedras.

Fiel trasunto del infierno  
juzgose imposible empresa que  
alguaciles y corchetes en paz a  
todos pusieran.

Las escandalosas riñas jamás  
alcanzaron tregua, ni en las horas  
silenciosas de la sagrada  
cuaresma.

Pues se formaba la urdimbre de  
vagos y mujerzuelas,  
de rufianes desalmados  
y Celestinas incrédulas.

No faltaba en los tugurios,  
antros de sombras espesas, la  
tosca imagen de un santo con  
sus empolvadas velas;  
y en los que llamar podría  
zaquizamí de polendas, algún  
nicho de cristales con  
arbotantes, almendras,  
mosquitero y guarda brisas,  
sobre repintada mesa.

Era en los otros cubiles  
indispensable presea, ya un  
pequeño crucifijo de labor  
guatemalteca, ya un triste  
Divino Rostro más pálido que  
la cera y que lloraba polilla por  
el marco y por la tela; ya una  
divina infantita con su vara de  
azucenas; y la sombra de San

Pedro amparando cada puerta,  
o ya un papel mal pegado en  
paredes y vidrieras, para  
conjurar peligros con una  
oración impresa: la oración del  
Juez más Justo, que a quien  
consigo la lleva ni lo hieren los  
puñales ni las balas le  
penetran.

Y entre tantos amuletos, y  
baratijas y ofrendas, era  
constante la riña y sin término  
la ofensa, sin que el negro  
laberinto apaciguarlo pudieran  
alguaciles y corchetes por  
temor o por vergüenza.



II

De la calleja en la esquina, y  
por todos respetado, habitaba  
un indio viejo, vecino de  
muchos años.

Era tenido por brujo, por  
hechicero y por sabio, y sanó a  
muchos enfermos con  
exorcismos y ensalmos.

A todos temor impuso  
citándoles su pasado y  
vaticinando cosas que verdades  
resultaron.

Los disturbios de familia, los  
más secretos quebrantos, las  
rencillas de mandos y los  
rencores de hermanos, se  
consultaban al indio con ese  
sigilo santo con que un  
penitente dice al confesor sus  
pecados; y él, discreto y  
precavido

a todo allanaba el paso, y con  
ambiguas promesas en  
misteriosos oráculos, dejaba a  
los que pedían un consejo de  
sus labios, si no alegres y  
felices por lo menos  
consolados.

Siempre que un niño nacía  
en .aquel revuelto barrio, era  
el indio su padrino de pila o  
escapulario, y haciendo  
extenso registro de su cabeza  
y sus manos, éste será, —les  
decía—, un criminal o un  
honrado, y aconsejaba a los  
padres, según lo exigiera el  
caso, por tales o cuales medios  
abrirle camino al vástago.

Era como en otros siglos los  
augures y los magos,  
consultor de las estrellas,  
profundo en el astro] abio5  
descubridor de misterios? para

las intrigas apto, y tras la  
hipócrita risa pillo, incrédulo  
y avaro.

En la .angosta callejuela  
era persona de rango y allí  
bastaba su influjo para curar  
descalabros.

Su consejo obedecían los más  
rudos y más bravos, y en las  
más atroces riñas, en los más  
oscuros antros, sus palabras  
eran leyes, evangelios sus  
mandatos, virtudes sus  
enseñanzas y sus .acciones  
milagros.

Llamaba a los mozos hijos, a  
los viejos, sus hermanos; y para  
mozos y viejos era a todas horas  
arbitro, porque todos opinaban  
como opinaba don Tacho, rey  
absoluto en su calle y virrey en  
todo el barrio.

III

Nada es constante en la tierra, y  
al indio llamó una noche el alcalde  
para hacerle serias amonestaciones.

—Ya es tiempo de darle término a  
escándalos tan atroces, — le dijo, —  
y no nos ayudas como debieras,  
buen hombre.

Esas gentes te obedecen, te  
adulan, te reconocen y tú logras  
aquietarlas cuanto te lo  
propones,

Inventa un medio seguro, que en tu  
calle son feroces las mujeres, que  
están siempre rebelándose a los  
hombres.

Pónmelas en paz, don Tacho, y  
harás que yo te perdone tanto abuso  
que cometes como brujo y como  
dómine.

Salióse el indio pensando  
en cumplir pronto tal orden y

convocó a los maridos para  
su casa en la noche.

Al ver allí a todos juntos les dijo:

Ya me conocen, en todo valen las  
obras mucho más que las razones:

basta de pleitos y riñas que en  
alarma al barrio ponen y vivir en paz  
juremos como lo previene el orden. —

Señor, —dijo alguien—, no somos, y  
de oírlo no te enojés, el origen de los  
pleitos.. . —¿ Pues quiénes?

—Nuestras consortes. —

Está bien; voy a entregaros lo que en  
paz al diablo pone y con lo cual será  
raro que de nuevo os incomoden.

La medicina que tengo no quiero  
que me la compren,  
y he de repartirla gratis porque no  
exploto a los pobres.

Y todo el que se 1.a lleve esta  
condición se impone: la de aplicarla  
con tino aunque el sentido trastorne.

Y a cada jefe de casa

el indio entregó un garrote,  
de aquellos que ni en las piedras  
se quiebran al dar de golpes.  
Y cuentan que aquel remedio para  
majas tan atroces, dio brillantes  
resultados pasadas algunas noches.  
De tal suerte tornó al barrio la  
quietud que antes faltóle, que se  
convirtió en cartuja cada nido de  
jicotes,  
y un chusco que supo el caso fué  
con intención muy noble, y en las  
opuestas esquinas de la calleja  
deforme colgó el remedio infalible que  
puso a tantos en orden, y cuando allí  
lo vieron aprovecharon el nombre y  
llamaron a aquel sitio "El Callejón del Garrote".

## CALLE DE LOS DONCELES

I

Con el séquito que trajo un  
virrey a Nueva España, llegaron  
ocho donceles de indescriptible  
arrogancia.

Eran, al decir de todos, de  
distinguida prosapia, con  
pergaminos y escudos de la más  
brillante heráldica.

Mirábanlos las mujeres como  
apolíneas estatuas, pero  
esquivando gazmoñas  
conversarles cara a cara.

Y era de verlos .a todos en  
palacio haciendo guardia con  
vistosos uniformes mitad nieve y  
mitad grana.

Juntos iban por la calle a la  
iglesia y a la plaza departiendo  
alegremente al rumor de sus

espadas.

Hablóse de todos ellos con  
gran sigilo en las casas,  
porque a padres y a maridos  
pusieron en gran alarma.

Y más crecieron los sustos de  
las gentes timoratas sabiendo  
que todos eran  
de Sevilla y de Granada.

Centinelas incansables,  
habituados a las zambras, y  
perpetuos rondadores de  
balcones y ventanas.

Tenores al aire libre en  
alegres serenatas, prontos a  
verter su sangre por conquistar  
a una dama.

Hombres de angosta escarcela  
y de conciencia muy ancha; los  
miedos a Dios y al mundo  
cargábanlos en la espalda.

Y en comidas y saraos, como  
en religiosas pláticas, a las más



lindas doncellas galantes  
ruborizaban.

De cada cual se decían  
historias breves o largas de  
infortunados amores fuentes de  
dolor y lágrimas.

Quién con delicado tino sedujo  
a discreta dama, quién enamoró  
a una monja y quién burló a una  
casada.

Y eran tales los embustes y eran  
las consejas tantas que no faltó  
quien dijese, como una verdad  
sagrada, que aquellos ocho  
donceles dieron tal guerra en  
España con sus cuitas amorosas  
y sus riñas y asechanzas, que por  
tener ascendientes de Manresa y  
Calatrava y ser hidalgos muy  
limpios y mayorazgos sin tacha,  
en vez de darlas castigos que su  
sangre rebajaran, se creyó listo y  
prudente pasar a todos por agua

volviéndolos edecanes del virrey  
de Nueva España.

Y así a Méjico vinieron  
precedidos de gran fama,  
y hubieran ido al palacio si el  
Virrey, hombre celoso y de  
experiencia muy vasta, no  
hubiera determinado, por  
razones que se callan, que  
aquellos mozos vivieran lejos de  
la real estancia.

Y alegres y satisfechos como  
antiguos camaradas un mismo  
techo dio abrigo a tan arrogantes  
guardias.

II

Es la juventud la fuente de las más  
hermosas aguas que fecundizan las flores del amor y la esperanza.

Edad que nunca vacila, ni teme, ni mide  
nada, pues los más negros abismos o los  
desdeña o los salva.

Radiante aurora de mayo con nubes de  
armiño y gualda, que incensan todas las  
rosas y pueblan todas las auras.

¿Quién no se siente a su influjo capaz de tender las alas sobre los profundos mares  
que sacude la borrasca?

¿Quién no rinde a la hermosura ese  
amor que eterno irradia un fulgor que  
envidiaría la estrella que anuncia el alba?

Llenan de placer las horas dulces e  
infinitas ansias, que son de noche  
aventuras y por la tarde esperanzas.

La nívea mano que arroja desde el

balcón una carta; los negros ardientes ojos que despiden vivas llamas; el suspiro que  
despliega al aire impalpables alas; al

tenue rumor de un beso

que por tenue arrulla el alma; la

promesa no cumplida, la nunca

completa charla, el infundado  
reproche que las vigiliás amarga; la  
caricia que el armiño de los recatos  
profana, el áureo rizo robado a una  
frente pura y casta; el lazo que cae  
al polvo y la devoción levanta y al  
cambiarlo en .amuleto como  
reliquia lo guarda; los alardes de  
bravura, los testimonios de  
audacia, el odio a las mezquindades  
y a las miserias humanas; y los  
sueños de grandeza con que el  
pensamiento abarca todo el  
porvenir que ofrecen la fe, el amor  
y la patria;  
esto en raudos torbellinos en  
hirviente catarata, se desborda de  
la vida en las primeras mañanas.  
Y nada obscurece el mundo, y  
nada la dicha empaña, porque  
como luz eterna  
el amor alumbra el alma.  
Y así soñamos imposibles,

siempre entre ficciones vagas y  
alegrando con cantares las horas  
que breves pasan,  
aquellos alegres mozos turbaron  
juntos la calma de una ciudad que  
dormía entre lutos y plegarias.  
Sus mandolinas sonoras noche  
por noche poblaban de alegres  
notas las calles haciendo abrir las  
ventanas.

Y aunque el toque de la queda  
en la catedral sonara,  
y aunque llamase a sermones en la  
torre la campana, con alegres  
seguidillas, o con peteneras  
lánguidas, como buenos andaluces  
libando sabrosas cañas, lo mismo  
en anchos parajes que en tristes  
encrucijadas, iban derramando  
juntos la sal, la vida y la gracia.

Y ni su paso cortóles la  
austera ronda de capa, ni  
les impuso silencio

la autoridad soberana.

Porque eran de sangre limpia,  
todos la flor y la nata de los bravos  
estudiantes de la egregia  
Salamanca.

Porque los trajo en familia quien  
más honores alcanza,  
y porque eran por su lustre, sus años  
y su arrogancia los donceles  
escogidos para hacer brillante  
guardia en las reuniones selectas del  
Virrey de Nueva España.

III

No derramaron seis lunas sus  
tibios rayos de plata sobre la ciudad  
que fuera rico emporio del Anáhuac,  
cuando ya en todas las bocas al par  
que en todas las casas, era el  
obligado tema la conducta de los  
guardias. —Don Lope corteja a  
Luisa. —Don Mendo vive con Juana.  
—Don Gastón sedujo a Julia. —Y  
don Baldomero a Ignacia. —Y el  
Virrey disculpa todo. —Y la Mitra no  
hace nada. —Y todo se les tolera y se  
les toma por gracia. —¿El Santo  
Oficio qué dice? —Como de nobles se  
trata, el Santo Oficio está mudo y  
sordo como una tapia. —Pues por  
pecados veniales, si a los de éstos se  
comparan, a plebeyos infelices se han  
arrojado a las llamas.

—La Inquisición, como todo, tiene gran

miedo al monarca y cuentan que entre estos chicos tiene un hijo el rey de España. —  
¡Eso es imposible! ¡Nunca un ser de estirpe tan alta como un segundón sin lustre viene

a tierras tan lejanas! —Nadie sabe si el rey quiere más vástagos de su raza en estos ricos dominios...

—El rey sabe lo que manda. —¿Y quién es el misterioso príncipe que se recata? —Lo sabrá Dios solamente. —O Julia tal vez, o Juana. —

Anoche en el Mentidero, que así a los Plateros llaman, cerca de la media noche se cruzaron dos espadas; llegó la ronda y hallóse con donceles en campaña, les saludó con respeto y luego siguió su marcha. —¿Y murió alguno?

—Lo ignoro; pero al rayar la

mañana yo he visto sangre en las piedras cuando fui a la misa de alba. —Cuentan

algunos que estos mozos viven en constante zambra, y que con todo descaro noche por noche en su casa

danzan y beben y juegan con impuras

cortesanas. —¡Y nada dicen los curas

en la cátedra sagrada! —¡ Qué han de

decir, si parece que les aplauden sus

faltas! —Ya es justo poner remedio. —

En esto peca el que calla. —

Pensaremos en el modo, porque ya es

mucha la alarma. —Los padres y los

maridos tenemos miedo en el alma. —

¿Qué haremos?

—Dios nos inspire. —

¡Un memorial!

—¿Quién lo calza? —

¡Una denuncia!



—Hay peligro. —

Démosles la cencerrada. —Y nos dirán

motineros y la ronda nos atrapa. —

Pues estos chicos no deben continuar

su propaganda de escándalos y

vergüenzas... —El diablo es quien los

ampara. —Será el Virrey.

—Es lo mismo. —

Detén la lengua.

—Me exalta en estos

tiempos tan tristes lo que vemos, lo

que pasa. . - Y a Dios nos dará el

consuelo.

—Buena noche.

—Hasta mañana.

#### IV

Fueron tantos los abusos, las  
víctimas fueron tantas, de aquel grupo  
de Tenorios impunes por su prosapia,  
que al fin el Virrey se dijo cuando  
meditó con calma ,al saber que cien  
familias se estaban ahogando en  
lágrimas:

"Si no puedo castigarlos por no  
ofender al monarca, lo más cuerdo y lo  
más justo es ordenar que se vayan".

Y con sutiles razones preparó la  
pronta marcha le los que al principio  
fueron sus más consentidos guardias.

Alegráronse los hombres de  
resolución tan sabia, pero causó gran  
sorpresa a doncellas y casadas.

—¡ Pobrecillos! Porque visten con  
gusto y elegancia, porque son mozos y  
alegres, porque cortejan y cantan, y en  
fin, porque cuanto sienten ni lo fingen  
ni lo callan, el Virrey como castigo

los vuelve a pasar por agua.

—j Ay, quién pudiera con ellos

ir hasta tierras extrañas!

—¡Yo quisiera ser el puño

De sus hermosas espadas!

—Pues yo la hebilla que cierra

el encaje de sus calzas.

—Yo la pluma del sombrero.

—Yo el botón de su casaca.

—Las mujeres nos morimos

por salir ,a las ventanas

cuando en las noches de luna

juntos en la calle cantan.

—Con razón, si son tan guapos.

—Si son la flor y la nata.

—Yo voy a llorar por ellos.

—Viene tu padre, {silencio!

—Ya está tu marido, ¡calla!

—¡ Pobrecitos!

—Que nos escuchan

—Prudencia.

—Buena noche.

—Hasta mañana.

Y pasados unos meses quedó  
desierta la casa  
que fué durante algún tiempo centro  
de amorosas ansias.  
Y cuando de aquellos mozos y sus  
aventuras raras  
el pueblo que todo inquiera forjó  
tragedias y dramas,  
a la calle en que vivieron los ocho  
arrogantes guardias la llamó "de  
los Donceles" para eternizar su  
fama.

---

## LA CALLE DE TIBURCIO

I

Don Suero Monclova y Gálvez,  
originario de Asturias, logró con rudos  
trabajos ser dueño de gran fortuna.  
Hombre de austero carácter y de  
intachable conducta, pródigo en las  
caridades y oportuno en las angustias;  
era en esta Nueva España, rica entonces  
cual ninguna, modelo por sus virtudes y  
por sus costumbres puras.

Lejos ya de las fatigas del comercio y  
de la curia, y de cuentas y negocios que si no matan, abruman,  
pasaba en grato retiro, sin desengaños  
ni dudas, las horas siempre tranquilas  
que anhela todo el que lucha.

Pero como nadie sabe lo que el destino  
le oculta, ni cuando llega una nube que  
el sol de la dicha nubla,  
don Suero que estaba un día más  
satisfecho que nunca departiendo

alegremente sin sospechar amarguras,  
miró entrar a su aposento, pálida la faz enjuta a su antiguo confidente don Luis  
Gonzaga de Urrutia. —Malas noticias  
don Suero. —¿Malas decís?  
—Como nunca. —¿El sol se  
ha desportillado o ya se apagó la luna?  
—Algo más grave.  
—No entiendo. ¡El juicio  
final sin duda! —Estáis asaz festejoso. —  
Si os empeñáis en que sufra me resuelvo  
a daros gusto. —Mal obra quien mal  
anuncia; pero hablando sin ambajes. —  
Ya sabéis que me disgustan. —La mala  
nueva os importa. —Soltadme la  
catapulta. —Estáis de malas don Suero.  
—¿Los alguaciles me buscan? —Dejad  
gracejos aparte. —Es que los llevo a la  
grupa —¿Ignoráis que habéis perdido?  
—¿El juicio?  
—Vuestra fortuna. —En  
tan alegre mañana ¡que chancas gastáis  
Urrutia!  
—Chanzas, y en estos momentos han

emprendido la fuga López vuestro  
apoderado y el bribón que lo secunda. —¿Y  
por qué se fuga López? —Porque según se  
barrunta cogió en vuestras arcas joyas, y monedas y escrituras, y a cuantos lo hemos  
buscado no nos dan razón ninguna de su  
viaje, y hemos visto las huellas que lo  
denuncian. —Mi despacho . . .  
—Está vacío Y rotas las  
cerraduras; ya lo sabe la justicia, ya en la calle lo preguntan, y a vos el interesado todas  
las gentes lo ocultan. —¿Habláis de veras?  
—Lo juro por el  
sol que nos alumbra. —¿Pero Tiburcio? . . .  
—Tiburcio  
cómplice infame resulta.  
—Eso es imposible; ha sido ,  
-lo sabéis, desde la cuna un hijo amoroso y bueno.  
-Un cuervo que hoy os desnuda; Tiburcio  
se fué con López, y acaso los dos disfrutaban a medias de los tesoros que por bondadoso  
os hurtan.  
—Pero si nadie me ha dicho. —Pues ya  
llega a las alturas el rumor de tal noticia.  
—¿Tiburcio, ladrón?  
—No hay duda. —  
Vamos a aclarar misterios. —Que miro que no os preocupan. Y don Suero sin dar

muestra de que su ánimo se turba, fué a

cambiarse en un momento sombrero,

calzas y chupa, y al bajar por la escalera le dijo con calma a Urrutia: —Dios les manda a los mortales la pobreza y la fortuna, si El mi fortuna me quita obra con justicia

suma, y su voluntad acato y quiero que en mí se cumpla.

Y salieron a la calle, él sin

mostrar pena alguna, y su

antiguo confidente admirando tal

conducta.



II

En tibia noche de junio varias personas

de rango, así hablaban sin embozo de

Catedral en el atrio. —Que tiempos, Jesús, que tiempos, —Está de moda el escándalo.

—Si ya ni a los propios hijos

se les puede dar 1.a mano.

—Se cuenta por esos mundos,

y ya el Virrey sabe el caso,

que al buen don Suero Monclova

con infamia lo han robado.

—Con infamia, muy bien dicho;

de su bondad abusaron

las gentes que protegía

desde hace más de diez años.

—¿López?

—¡Un bribón!

—Un pillo

tenido en olor de santo.

—¿Aquel nombrádmelo mustio,

huesoso, amarillo y flaco?

—¡El mismo! Me parecía

momia que andaba penando.

—Yo alguna vez a don Suero  
le hablé en lenguaje muy claro:

"No me gusta ese pegote  
que tenéis de apoderado,  
porque yo no le pusiera  
ni un escorpión en las manos".

—Y era orgulloso.

—Y violento.

—Y déspota.

—¡ Y ordinario! ¡ Quién lo  
viera en la butaca hecho un rey en su  
despacho, con oidores y marqueses  
depariendo el igualado! —Don Suero tiene la culpa. —Pero, señores, no es raro  
que un plebeyo robe a un noble,

lo que sí no perdonamos  
es que Tiburcio, que ha sido  
por Monclova tan mimado,  
y que le llamó hijo suyo  
desde sus primeros años,  
fuera el cómplice de López.

—Tiburcio era aquel mulato  
con pelaje y catadura  
de relamido lacayo.

—Nadie al verlo hubiera dicho  
que diera al fin tan mal pago.

—Recoger hijos ajenos  
y como propios tratarlos,  
es prepararse .abundante  
cosecha de desengaños.

—Don Suero estará abatido.

—¡Y colérico!

—¡Y tronando —Yo fui  
a verlo esta mañana. —¿Y hablasteis con  
él?

—Es claro. Y me  
sorprendió encontrarle tranquilo, risueño y franco. —¿Qué dice de la jugada de sus  
consentidos pájaros? —Habla del suceso  
como si nada hubiera pasado. — ¿ Y qué  
dice de Tiburcio? —En asunto tan amargo  
no pude decir palabra; ya sabéis, lo amaba tanto,  
que fuera tocar la herida  
imprudente desacato.

—Con gran razón los antiguos en el  
lienzo y en el mármol, con  
experiencia y con tino a la  
ingratitud pintaron en una mujer

horrible, de cuerpo sucio y  
escuálido, y sosteniendo sin pena  
dos víboras en la mano.

—Está Méjico perdido. Me cuentan  
que ayer robaron a las diez de la  
mañana en la tienda de "La Nao", y dicen que la Virreina perdió el  
miércoles pasado una caja de  
Manila con mantones de burato.

—Y lo de ayer, que ya raya en  
cinismo extraordinario: se perdió  
una mancerina en casa del  
prebendado y un tibor grande y  
hermoso que estaba en medio del  
patio.

—Eso no es nada, me dicen que  
al fugarse dos esclavos de la casa  
de los condes de la Estrella, se  
llevaron las veneras con brillantes,  
dos bastones con topacio, dos  
tabaqueras de oro  
y un anafe repujado; pero lo mayor  
de todo y lo más grave del caso, es  
que ayer al Santo Oficio con sigilo

denunciaron a un comerciante muy rico por judaizante y relapso. —Ya sé quién es.

—No lo diga vuestra merced, que los labios garantes son del pescuezo, según dijo aquel romano. —Pero no llega a salirme lo de Tiburcio el ingrato; en fin, Dios se lo perdone y cada mochuelo a su árbol, que ya dijimos bastante, y las diez están sonando.

Quitáronse los sombreros, con gran devoción rezaron, saludáronse en seguida estrechándose las manos, y después de que partieron, en sus capas embozados, quedó desierta la plaza, teniendo por solo faro la luna que estaba en llena ascendiendo en el espacio.

III

Seis meses han transcurrido  
después de aquellos sucesos y  
tranquilo, resignado, indiferente  
don Suero, ni le apena la pobreza,  
ni el apetito ni el sueño le quita de  
la fortuna aquel cambio tan  
violento.

Respétanle sus amigos, que aun llegando  
tan a menos le tratan del mismo modo que en sus más felices tiempos.  
Siempre les recibe afable, siempre les  
habla risueño, sin mostrar que le  
avergüenza un presente tan modesto;  
ni que le miren humilde,  
aunque jamás fué soberbio, los  
mismos que le adulaban  
poderoso y opulento.

Que quien tiene la conciencia tan limpia como un espejo, siempre es grande y  
siempre es digno, en lo próspero y lo  
adverso.

No le quedan a Monclova en su servicio  
doméstico mas que una sirvienta anciana y un antiguo camarero, que más bien que

servidores amigos son de otro tiempo, que su lealtad los levanta y los abona el afecto.

Con ellos departe a solas, pues en

Monclova ven ellos un nuevo Job, cuyos ojos nunca se apartan del cielo.

Y aunque paga mal y poco, le cuidan

con tal empeño, que da ternura mirarles

y su abnegación da ejemplo.

Una mañana tomaba su desayuno don

Suero, y delante de su mesa de pie estaban los dos viejos mirándole con cariño y

hablándole con respeto.

De aquella plática el tema era conocido

cuento, dando quejas los sirvientes y el amo dando consuelos.

En aquellas confidencias no faltaban,

por supuesto, para Tiburcio el ingrato algún ingrato recuerdo.

Y cuando con más viveza los criados lo

escarnecieron, de golpe se abrió la puerta y entró sin anuncio previo un embozado, que al punto que llegó frente a don Suero

postróse humilde de hinojos, y su rostro descubriendo,

dijo, al besarle la mano: "Con ayuda de Dios vengo después de muchas

fatigas y de grandes sufrimientos,

cuanto se ha robado López con amor

a devolveros". —¡Tiburcio! gritan los criados. —¡Tiburcio dice don Suero.

—Sí, soy Tiburcio, que pude darle

cima a mis deseos; supe que López

llevaba la fortuna de mi dueño, del  
hombre a quien yo debía desde niño  
mi sustento, que como padre  
«amoroso fué para mí tanto tiempo,  
y que me ha enseñado tanto, y que,  
como a Dios le veo, y sin reparar en  
nada y sin perder un momento, fui  
tras el ladrón, su huella por todas  
partes siguiendo; no perder jamás su  
rastros fué mi solo pensamiento,  
siempre acechando el instante,  
siempre guardando el secreto, hasta  
que mi buena suerte hizo que  
llegando al puerto pudiera  
encontrarle ,a solas y matarle como a  
un perro, quitándole esas riquezas  
que aquí, señor, os entrego.

Y al decir estas palabras, puso en  
manos de don Suero la caja que  
contenía las joyas y libramientos  
que el ladrón llevara ocultas para  
embarcarse a otros reinos. Ante  
una acción tan hermosa Monclova



quedó suspenso, y su rostro  
venerable marcó el arrepentimiento  
de haber llamado a Tiburcio "el  
ingrato" tanto tiempo, y desde  
entonces la calle en que habitaba  
don Suero, "de Tiburcio" la  
llamaron eternizando este ejemplo.

---

## LA SOMBRA DE CUAUHTEMOC

### LEYENDA POPULAR

Brilla en el cenit la luna, el viento  
gime en las frondas rizando en menudas  
ondas el cristal de La laguna.  
Bendiciendo su fortuna, su poder y su  
valor, en su overo trotador del viejo  
bosque al través, cruza solo Hernán  
Cortés de Anáhuac conquistador.  
Sobre su cota ferrada la cruz de  
Cristo campea y la luna cabrillea sobre  
la cruz de su espada; airosa pluma  
encarnada orna su casco luciente, y en  
su marcial continente esta concepción  
resalta: "Yo soy un rey a quien falta una corona en la frente".  
Y era verdad este ultraje a su  
augusto soberano,  
que en el suelo mejicano todo le rinde  
homenaje.

Y al verse en aquel paraje grande, fuerte y sin segundo, exclama meditabundo: "¡Qué hiciera el Emperador sin este conquistador que pone a sus pies un mundo!"

Y aquel altivo vasallo se interna al

bosque imponente, jugando indolentemente con la crin de su caballo. Del corcel el duro callo no suena en la verde alfombra,

envuelve un manto de sombra a Cortés en

la espesura y cuando el viento murmura

parece que rey le nombra.

¡ Qué nimbo de claridad vierte el astro

diamantino! En cada «añoso sabino de la

agreste soledad!

Y acrecen su majestad los acentos no

aprendidos, de cenizales escondidos en el obscuro ramaje, cantando el himno salvaje de las nupcias en los nidos.

Como espectros vigilantes los árboles

pavorizan, y sus contornos matizan

las luciérnagas errantes. Son atalayas

gigantes que alzan los brazos al cielo y arrastran ropas de duelo sobre

torcidas raíces, que nudos y cicatrices

asoman rompiendo el suelo.

Como una esfinge que espanta

sobre desnudos peñones con sus viejos

paredones Chapultepec se levanta.

Jamás extranjera planta holló el

imperial retiro, do sólo en revuelto

giro hablan de luto y quebranto las

«aves en cada canto, la brisa en cada  
suspiro.

Quando en noche larga y fría la  
tempestad se desata y sus rugidos  
dilata en la espesa serranía; sobre la  
cresta sombría que el relámpago  
colora, vense en ronda voladora negras  
aves que aletean, flamas que en el aire  
ondean y que disipa la aurora.

En cada lóbrego hueco cuerpo la  
tiniebla toma y como serpiente asoma  
un tronco torcido y seco.

Extrañas voces el eco en la distancia  
remeda, y si quieto el aire queda en  
los antros más secretos, muda legión  
de esqueletos finge la obscura  
arboleda.

De abril en las noches bellas dulces  
coloquios de amores entablan aves y  
flores, frondas, celajes y estrellas. Y  
son trovas y querellas y ritmos y  
melodías las que en las arpas  
sombrias de los robles seculares las

brisas crepusculares entonan todos los días.

Cortés va solo, cruzando por la soledad callada; cuanto abarca su mirada está sujeto a su mando. Mas de pronto recordando los peligros anteriores, los desastres, los horrores de la encarnizada guerra, lanza un suspiro que encierra una historia de dolores.

Fustiga al potro ligero que al sentir el duro azote rabioso violenta el trote ya por distinto sendero. La armadura del guerrero

con triste compás resuena, y en ancha campiña amena que el verde maizal alfombra del conquistador la sombra dibuja la luna en llena.

Va solo; no le acompaña en su paseo arriesgado ni un amigo, ni un soldado de los que trajo de España. La tierra es nueva y extraña, pero nada le intimida,

peligros y odios olvida y va de un  
capricho en pos sin más testigo  
que Dios, eterna luz do la vida.  
Llega al fin adonde ansia un  
instante hallar reposo; cabe un  
ahuehuete .añoso de copa espesa y  
sombría. Lo mira con alegría y con  
raro arrobamiento; y en rápido  
movimiento desmonta y al suelo  
salta y deja hablar en voz alta a su  
propio pensamiento.

¿Cómo estoy vivo? No se. Dios  
clemente me salvó. ¿Qué fuerza  
aquí me arrojó? ¿Será la audacia o  
la fe? Cuando esta tierra pisé, todo  
lo expuse al .azar,  
mis naves hundí en el mar y le  
entregué al porvenir mi pecho para  
morir, mi espada para matar.

Con vagos planes inciertos en  
contiendas desiguales, mis soldados más  
leales a mis pies quedaron muertos. Sin  
capitanes expertos ni propios

exploradores vencí a reyes y señores;  
mas nada hubiera alcanzado si no me  
hubiese ayudado una chusma de  
traidores.

Una noche . . . aun siento frío, mi  
cuerpo como un almete, llegué .al pie de este ahuehuete sin esperanza y sin brío.

Maldije el destino mío, maldije a la  
adversa suerte, y trémulo, enfermo,  
inerte, presa de horrible quebranto mojé este suelo con llanto y orando esperé la  
muerte.

Mis guerreros castellanos, sin yelmos  
y sin lorigas, cayeron cual las espigas, que el viento abate en los llanos.

Pudieron los mejicanos a un esfuerzo, a  
una voz sola, inmolarnos cual se inmola  
a una oveja, sin reproche, y acabar  
aquella noche con la legión española.

Olid cayó lastimado, Alderete mal  
herido, y un milagro ha defendido al  
fiel Pedro de Alvarado. Yo llegué  
aquí abandonado dulce reposo a  
encontrar, y el estrago al contemplar  
lloré con honda amargura. ¡ que no  
estorba la armadura para sentir y

llorar!

Desde aquí, cuan imponente miré  
el porvenir; pensaba que el nuevo sol  
me encontraba sin mi honor y sin mi  
gente. Hundí en las manos la frente.

Se me enlutó la conciencia y hasta  
quise en mi demencia, falto de  
esperanza y luz, romper con un  
arcabuz el hilo de mi existencia.

Quedé aquí meditabundo en  
horrible incertidumbre.

y así pensé: cuando alumbre el sol  
otra vez al mundo, ya estará mi afán  
profundo como mi aliento, apagado, y  
si aquí no me ha encontrado cadáver  
el nuevo sol,

es porque nací español, y  
soy creyente y soldado.

Y que venga lo que venga, dije al  
fin; .a nada temo, Dios es árbitro  
Supremo y El hará lo que convenga.

Si quiere Dios que sostenga su cruz  
en la tierra extraña y me vela y me



acompaña y me defiende y me asiste,  
pasa pronto. ¡oh, noche triste! ; y  
luchemos por España!

Aquí en este sitio fué donde  
trémulo, rendido, avergonzado y  
vencido me faltó fuerza y . . . lloré.  
¿Cómo no he muerto? No sé; estoy  
vivo y he triunfado: Méjico está  
conquistado y mis leyes son sus leyes  
y mis vasallos sus reyes . . .

Oh, mi honor! ya estás vengado.

Algo que jamás se pierde en la  
memoria, me abruma; la sangre de  
Moctezuma ni falta, ni me remuerde.

Pero, ¿habrá quien no recuerde a  
solas con su conciencia el mal hecho  
a la inocencia, la infamia impune y  
maldita? ; Si tan solo Dios da o quita  
a su arbitrio la existencia!

Busco por do quiera luz pues la  
obscuridad me espanta, porque en  
ella se levanta la imagen de  
Guatemuz. ; No! no protege 1.a cruz

crueldades tan sin medida; no fui  
juez, fui un homicida, y ese cadáver  
sangriento lo cargo en el  
pensamiento y me acibara la vida.  
; Oh sombra, que das pavor  
perdona mi acción impía, bajo este  
árbol donde un día llorara tu  
matador . . . Me amedrenta ese  
rumor del viento en las secas ramas;  
parece que me reclamas tantos  
horrendos deslices, y no sé si me  
maldices, o me absuelves, o me  
llamas. Eras de la azteca grey,  
la fe, 1.a fuerza, el escudo; luchaste  
pobre y desnudo por tu pueblo y por  
tu ley. ¿Cuál fué tu crimen? Ser rey  
y odiar la invasión ibera;  
¡oh Guatemuz! quien me diera  
volverte a la vida en calma, pues  
llevo dentro del alma  
tu patíbulo y tu hoguera!  
Calló Cortés. Ya encendía tras de  
los enhiestos montes

los azules horizontes el primer rayo  
del día. Montó en su corcel que  
erguía el cuerpo con noble instinto  
sobre el musgoso recinto, y pronto  
alumbró su paso un sol nuevo y sin  
ocaso: ; El sol del gran Carlos  
Quinto!

---

## EL CALLEJÓN DE LÓPEZ

I

Triste, muy triste, sintiendo dentro  
del alma ese dardo que clava artera la  
envidia a todo el que tiene mando; en  
una tranquila noche del voluble mes  
de marzo, y bajo la espesa sombra cía  
un fresno, al borde de un lago, así  
Hernán Cortés hablaba con uno de sus  
soldados que de lealtad y bravura mil  
pruebas le dio en el campo: —Después  
de tantas fatigas y de sacrificios  
tantos la suerte nos es adversa y es  
menester hacer algo. —Señor, en  
todas las cosas igual que en todos los  
casos disponded de mi persona porque  
os sirvo con agrado. —Martín, me  
habéis conocido en los peligros más  
arduos; como con Dios siempre cuento  
ni vacilo ni desmayo,  
pero me encuentro afligido

ya que no desesperado.  
—Larga es la lista de muertos.  
—Y más larga la de obstáculos.  
—Para vos son allanables  
cuantos encontréis al paso.  
—Nunca llegué a suponerme  
que el monarca mejicano  
tuviera por valladares  
inexpugnables los lagos.  
—Son extensos y profundos.  
—Y carecemos de barcos.  
—Ese argumento no debe  
ni un instante preocupares.  
—¿Encontráis manera fácil,  
mi buen Martín, de evitarlo?  
— ¡Fácil! no, señor; segura.  
—¿Segura decís? —Es claro;  
y permitidme que os abra  
mi corazón, siendo franco,  
muy mal os juzgué en un tiempo.  
—¿Por un hecho? —Y muy extraño,  
Al pisar la Villa-Rica,  
en el porvenir pensando

cabe un peñón imponente

hicisteis hundir las naos.

—Así lo juzgué preciso,

porque si las dejo en salvo

hubieran sido refugio

de cobardes y de ingratos.

—Bien hecho está lo que hicisteis,

y yo, al reprobar tal acto,

os vi guardar el velamen

y las anclas y los palos,

y burlé vuestro capricho,

que aquí con el alma alabo,

pues lo que llamé torpeza

se ha convertido en milagro.

—¿Milagro decís?

—No hay duda.

Sólo Dios ve los arcanos

que en lo futuro se esconden,

y es El quien vierte sus rayos

para que pueda sin ojos

el pensamiento mirarlos.

—Explicad vuestras palabras.

—Muy claras son, don Hernando.

¿Quién al tocar esta tierra  
y en un puerto tan lejano, de guardar  
anclas y velas os dio consejo tan sabio?  
Hoy al ver estas lagunas vuestra  
previsión acato, y puesto que  
disponemos de numerosos esclavos y  
que tienen estos bosques material  
hermoso y vasto, nada temáis ni os  
«arredre, fabricaré nuevos barcos,  
servirá cuanto guardasteis para bien  
aparejarlos, y así que Dios lo disponga y nos deis vuestro mandato flotarán sobre  
estas olas  
y a su impulso soberano  
ganaréis a vuestro antojo  
para el rey nuevos vasallos.  
—Mucho hicisteis, Martín López.  
por Castilla, y a mi lado,  
pero lo que haréis, os juro,  
que colmará mi entusiasmo;  
ejecutad bien y pronto  
lo que me habéis puesto en claro,  
y Dios y el Rey darán premio  
a tan ejemplar trabajo.

Disponed sin tasa alguna  
de recursos y de brazos;  
que la gloria de Castilla  
encomiendo en vuestras manos.  
Y dichas estas palabras, aquel  
sitio .abandonaron, siguiendo  
distintos rumbos don Martín y don  
Hernando; este volviendo su rostro  
hacia un punto muy lejano,  
conjunto de pobres chozas  
en el confín solitario, dijo  
exhalando un suspiro, lento,  
profundo y amargo: "Allí en  
Coyoacán quisiera un religioso  
descanso donde .ajeno a toda  
pompa ir a llorar mis pecados, que  
en el peso no son leves y en el  
número son largos".  
Y entróse luego a su tienda,  
mientras en el cielo diáfano brillaba  
en llena la luna retratándose en el  
lago.



II

No se hundió por veinte veces el  
indio sol en ocaso sin mirar a Martín  
López dar comienzo a su trabajo.  
Mandó Cortés que a Tlaxcala fuese  
Sandoval Gonzalo seguido de  
escopeteros con algunos de a caballo; y  
con muchos tlaxcaltecas v con  
doscientos soldados, llevando en su  
compañía a los mancebos de Chalco,  
para que a viejos y a niños pusieran  
doquier en salvo, y se trajeran de  
prisa, sobre sus hombros cargando,  
cuanto menester hubiera López para  
hacer los barcos.

Y estas órdenes cumplidas tales  
como se mandaron, viéronse cruzar en  
breve por los montes y los campos más  
de ocho mil tlaxcaltecas seguidos por  
otros tantos, con madera y tablazones  
que en Soltepec levantaron;  
y que no bien depusieron su carga

ante don Hernando, con grande  
peligro al verse en tierra de mejicanos, ofrecieronle gustosos aportar nuevo  
recaudo siempre que los ballesteros  
les custodiaran el paso.

Con bastimento tan rico López  
comenzó su encargo; Diego  
Hernández, Andrés Núñez y Ramírez  
ayudaron con Aguilar hasta el punto  
en que las naves se armaron, y  
puestas jarcias y velas y los mástiles  
clavados tres veces ponerles fuego los  
de Tenoch intentaron.

Abrióse al fin ancha zanja, y  
millares de vasallos los vistosos  
bergantines en la honda cuenca  
dejaron.

Buscó luego entre los suyos  
hombres de mar don Hernando, gentes  
que fueran nacidas en Triana, Moguer  
o Palos y mandóles que remasen por  
más que fueran hidalgos. Y diéronse  
así ,a las velas con pompa las nuevas  
naos, con banderas, estandartes,

flechas, macanas y arcos, entre  
vivas estruendosos .a los reyes  
castellanos, que lombardas y  
arcabuces con las salvas saludaron.

Las ondas claras y tibias del  
virgen hermoso lago se  
estremecieron sintiendo los  
bergantines hispanos, y las gotas  
que en las quillas como lágrimas  
temblaron eran la expresión del  
duelo de un imperio conquistado.

Al ver los trece bajeles sobre las  
aguas surcando con las jarcias y el  
velamen que Cortés consigo trajo,  
cuentan veraces testigos que el  
conquistador ufano le dijo así a  
Martín López estrechándolo en sus  
brazos: "Os deberé la victoria  
porque vos me habéis salvado  
negando toda defensa a los reyes  
mexicanos".

III

De tan memorables hechos  
transcurridos unos años, solo vivió  
Martín López en un solar apartado;  
mirábanle con respeto  
por ser hombre de trabajo y porque  
no trató nunca a los indios como  
esclavos. Algunos de los caciques  
que lo encontraban al paso  
murmuraban con tristeza en sus  
desgracias pensando: "Sin tan hábil marinero Cortés no hubiera  
ganado, que más que los arcabuces,  
las lanzas y los caballos el triste fin  
del imperio López logró con sus  
barcos". El marinero ausentóse,  
pero jamás lo olvidaron, que al sitio  
donde habitara sin honores y sin  
rangos bautizaron con su nombre  
los propios y los extraños.

LA PRINCESA AZTECA

LEYENDA DE LA ALBERCA DE CHAPULTEPEC

A LA INSPIRADA POETISA Y VIRTUOSA SEÑORA ANGELA G. DE ALCALDE

El bosque centenario

en sus antros encierra ese silencio

eterno que acompaña a las salvajes pompas de la América.

En el espeso toldo

que al sol el paso niega, los cenizales que cantan en las noches, de rama en rama sin zozobras vuelan.

Y el cardenal errante,

y el colibrí de seda,

al beso de las tibias alboradas,

dando celos al iris, juegan.

De las copas más altas,

como argentadas hebras, las canas de

los viejos ahuehuetes dan a los vientos sus robustas crenchas.

Y revistiendo el tronco de

secular corteza,

matizando sus troncos de esmeralda, se abre a la luz la trepadora hiedra.

Tapiza el suelo un musgo

que ni el verano seca, donde recoge el  
aire en las mañanas un sempiterno olor a flores nuevas.  
El bosque centenario  
en su extensión inmensa repercute en  
las tardes los acentos más dulces de los cánticos aztecas.  
Las voces de una raza  
peregrina y guerrera que va dejando con  
su sangre hirviente de su incesante caminar las huellas.  
Y vagan esas notas  
dulcísimas y tiernas,  
enseñando a los pájaros salvajes  
tristes y melancólicas cadencias.  
Las repite el cenizote  
en la noche serena, cuando la luna en el azul espacio el heno de los árboles platea.  
Las dice la calandria,  
el clarín las remeda, y en las tardes de mayo los jilgueros trovan los himnos de su amor  
con ellas.  
Y cuando en tristes horas de  
lluvia y de tinieblas  
la tempestad su carro de relámpagos sobre los viejos árboles pasea,  
y con ojos de llamas  
la lechuza agorera predice la  
catástrofe y la muerte como alada

Sibila de la selva,  
cuando los vientos rugen,  
cuando los troncos tiemblan y cual cinto de lumbre en negro abismo el rayo  
retumbando culebrea,  
en el fondo del bosque,  
rasgando las tinieblas, se oye  
una voz dulcísima y doliente que  
canta melancólicas endechas.  
Son las notas de una arpa  
de misteriosas cuerdas en que surgen  
estrofas no aprendidas cuando calla el  
placer y hablan las penas.  
Las extrañas canciones  
entre la sombra vuelan, mezclándose del viento a los rugidos y al sordo rebramar de la  
tormenta.  
Vagan en el ramaje,  
cruzan por la maleza, y el paso  
no les corta la falange de sabinos  
cual mudos centinelas.  
Se extienden un los lagos  
de superficie tersa  
donde crecen los juncos cimbradores y sus corolas «abren las niñeas.  
Cruzan por los maizales

cuyas cañas esbeltas sus hinchadas  
espigas, a las lluvias, levantan a los cielos en ofrenda.  
¿Quién canta esas canciones?  
¿Quién dice esas endechas, que ya  
traspuesto el sol y quieto el mundo repiten los cenizales en la selva?  
¿De qué garganta brotan?  
¿Quién delira con ellas, y en la  
imponente majestad del bosque en  
tristísimas horas las eleva?  
Mirad, hay en el fondo,  
tras la enramada espesa,  
dominando los altos ahuehuetes  
una montaña de verdor cubierta.  
La mano de un gigante  
amontonó sus piedras, sobre las cuales  
fabricó un palacio, para propio solaz, un rey azteca.  
Son espesos sus muros,  
angostas son sus puertas, y parece,  
mirando desde lejos, vetusta cripta en la extensión desierta.  
Pega el nopal al muro  
sus espinosas pencas,  
y como cenicientos obeliscos los órganos tristísimos lo cercan.  
No tiene escudo noble



tan rara fortaleza, ni levadizo puente,  
ni ancho foso, ni rastrillo, ni glacis, ni poterna.

No guarda férreos cascos,  
ni lanzas, ni rodela, ni resonó jamás  
en sus salones la armadura brutal de la  
Edad Media.

Los señores que ha visto  
esgrimen arco y flecha, llevan al  
combatir desnudo el seno y adornada con  
plumas la cabeza.

Obscuros son sus ojos,  
sus cabelleras negras, su cutis,  
siempre al sol, color de trigo, sencillas sus costumbres y su lengua.

En tan triste palacio  
con sus damas se hospeda siempre  
sola, llorosa y resignada, como un lirio con alma, una princesa.

Y vive sin que nadie a visitarla venga, que por rencor y celos y venganza víctima del  
amor allí la encierran.

Amó, cual amar saben  
en su raza, en su tierra, las mujeres  
que encienden sus pupilas con la del  
alma inextinguible hoguera,

Un hermano celoso

de su pasión intensa, mató  
,al indio bizarro que formaba el  
culto terrenal de la doncella.  
Y entonces con la rabia  
que electriza a las fieras,  
cuando el artero cazador destroza  
al cachorro que esconden en la cueva,  
ella tomó en sus manos  
la macana de piedra y castigó a su  
hermano con un golpe que bien pudo  
arrancarle la existencia.  
El padre, como ejemplo,  
como justa sentencia la alejó de su  
lado y encerróla del viejo bosque en la  
mansión severa.  
Y «allí con la alborada,  
cuando la luz despierta,  
cuando en todas las ramas hay cantares  
y alza un himno de amor toda la selva,  
cuando se abren las flores  
y en sus corolas tiemblan los pintados  
y errantes *chupamirtos* que de sabrosas mieles se alimentan,  
se ve como descende

por las abruptas peñas, envuelta en  
un mantón de blancas plumas, seguida  
de sus damas, la princesa.  
Siempre al pisar el  
bosque toma la misma  
senda,  
para buscar el sitio apetecido  
en que el placer y la delicia encuentra.  
Allá, bajo las ramas  
más verdes, más espesas, y donde en  
haces de colores vivos el sol naciente sus fulgores quiebra,  
engastada en el musgo  
cual líquida turquesa,  
convidando a la vida y al deleite,  
espejo del follaje, está la alberca.  
El manantial fecundo  
al fondo borbotea, sin que nadie  
perciba sus rumores ni la quietud  
perturbe de la selva.  
Dicen que cuando alguno  
se posa en sus arenas, queda encantado  
y con extraña forma, y el que a buscarlo va, jamás lo encuentra.  
Por eso todos temen,

y aun los hombres recelan, sumergirse  
en las ondas cristalinas de una agua tan azul y tan serena.  
Solo la hermosa joven,  
cuando a los bordes llega, fija en el  
manantial una mirada que es la viva  
expresión de una promesa.  
Deja el manto de plumas,  
su cabellos destrenza, y a las caricias  
púdicas del agua, dando tregua al dolor, feliz se entrega.  
Y míranse en las ondas las formas  
hechiceras.,  
deslizarse flotantes y tranquilas como la flor que la corriente lleva.  
Si el bello busto asoma,  
sobre los senos ruedan las gotas  
trasparentes y brillantes como si fuesen lágrimas o perlas.  
Y cuando el cuerpo airoso quieto  
flotando queda,  
parece que el cristal azul y terso, enamorado sus contornos besa.  
Semeja blanca ondina,  
ruborosa sirena, que con un beso, el sol americano quemó su piel y la tornó trigueña.  
¿Oís? cantan muy dulce  
las aves de la selva, las brisas no  
estremecen el ramaje, ni el heno gris en los sabinos tiembla.

El aire está suspenso,

ningún rumor se eleva, porque en el viejo bosque centenario juega desnuda la gentil doncella.

Salta un instante al borde

de la azulosa terma, y los encantos que la dio natura sin velo encubridor al aire muestra.

Y escúchase de pronto un grito de

sorpresa,

cual lo lanzara el que soñó en un cielo y al fin, sin esperarlo, lo contempla.

Por el vetusto bosque,

el grito aquel resuena, y levanta los

ojos espantados la ninfa que en las aguas se refleja.

Y sin tino, temblando,

pálida, como muerta,

descubre entre las ramas de un sabino de un ser desconocido la cabeza.

Es un amante osado,

es un guerrero azteca que adora a la

doncella y la persigue, y hoy en su virgen desnudez la acecha.

Sin conceder más tiempo

de que sus formas vea, herida en su

pudor la altiva joven se sumerge en el

agua con violencia.

Y al manantial desciende y

toca sus arenas,

y se pierde a los ojos de sus damas  
y el guerrero la busca y no la encuentra.

Cruzaron varios soles  
por la azulada esfera, y nadie supo el  
postrimer destino de aquella humana y  
púdica azucena.

Que allí quedó encantada  
refieren las leyendas,  
y que al mediar los soles y  
las limas flota sobre la  
líquida turquesa.

Su nombre ignoran todos,  
nadie ignora sus penas, y quedan de  
sus gracias como espejo los movibles  
cristales de 1.a alberca.

---

## LOS REBELDES

I

Hijo de Juana de Zúñiga y de Cortés don Hernando, era don Martín un hombre por su abolengo, de rango. Nacido en la Nueva España, fué de muy joven llevado a la Península, en donde llenó distintos encargos. Al rey Felipe Segundo sirvió como buen soldado en la campaña de Flandes portándose activo y bravo. En San Quintín encontróse y acompañó al soberano cuando este fué a Inglaterra para tomar nuevo estado. Heredó el título noble que a su padre le otorgaron con las concesiones hechas de sus

servicios en pago. Y fué su  
mayor orgullo llamarse entre  
los más altos segundo marqués  
del Valle  
en los reinos conquistados.  
Enamoróse en España y  
unióse en eternos lazos a la  
hechicera doña Ana de  
Ramírez de Arellano.  
Quiso volver a tierra do brilló  
su padre tanto y donde alumbró  
su cuna un sol que no tuvo ocaso.  
Y después que sus negocios dejó  
allá bien arreglados, cruzó los  
mares y vino a vivir en su palacio.  
Eran cuantiosos sus bienes, pues  
dio el rey a don Hernando por propias  
veintidós villas por feudo del  
marquesado, percibiendo los tributos  
de veintitrés mil vasallos y los diezmos y primicias de siembras y de ganados.  
Sus personales servicios  
dábanle los tributarios, y el a su  
antojo nombraba los jueces y los



empleados, gozando asimismo y siempre del patronato eclesiástico.

Del monarca Moctezuma las dos casas le quedaron a don Martín, y las tuvo con otros solares vastos.

Cuando arribó nuevamente al suelo que amaba tanto, vivió, más que con holgura, con un lujo inusitado. Mirábasele en la calle siempre que salió a caballo, ir, en señal de grandeza, por un paje acompañado. Iba el tal paje cubierto con la celada y el casco, lanza con funda en el hierro enarbolada llevando. Las gentes murmuradoras al ver tan gran aparato, que usaba el marqués, dijeron: "¡Guión de rey siendo vasallo!"

Don Martín era orgulloso y muy esquivo en su trato; eran pocos sus amigos y todos ellos muy altos.

Contaba entre todos éstos .al virrey Luis de Velasco y a su hijo Luis, que

más tarde llegó a ejercer igual cargo.

La amistad entre los grandes es  
planta de fruto amargo, que deja a  
quien la cultiva tristezas y  
desengaños. Don Luis y el marqués  
del Valle poco de amigos duraron,  
que el Virrey representaba donde  
quiera al soberano,  
y el marqués siempre se tuvo por el  
más noble y más alto de cuantos  
hubo en el reino por su padre  
conquistado.

Después de ser tan amigos a  
odiarse los dos llegaron, a peripecias  
extrañas germen con sus odios  
dando.

El marqués construyó un sello  
para su propio despacho, con la  
corona, las armas y el lema del  
mayorazgo. Y por ser grande y  
hermoso tuvieronlo a desacato, y  
dijo el Virrey que a un noble no era  
permitido usarlo, y en su poder lo

retuvo; el Marqués hizo reclamos, y hecha la consulta a España, fué don Martín desairado. En otra vez, a la entrada solemne del grave y .apto visitador Valderrama, a don Martín invitaron para ir con ellos a verle los poderosos Velasco. Rehusó el Marqués el convite, y con el paje y caballo, fué, antes que nadie, a ponerse del visitador al lado. Guando don Luis lo hubo visto, al punto dio este mandato: que por asistir la Audiencia con su estandarte a tal acto, ninguno llevara insignias, fuese cual fuese su rango. Y mandó inmediatamente a Turcios, su secretario, dijera al marqués del Valle que el paje estaba sobrando. Don Martín, ardiendo en ira, no consintió en retirarlo; quiso el Virrey mandar gente que su orden llevase a cabo, medió entonces

Valderrama y por no ofender a  
entrambos, púsose a distancia el  
paje y así terminó el escándalo.

Don Martín y Valderrama a  
poco que se trataron, hicieron  
amigos íntimos, lo cual disgustó a  
Velasco.

Era el Virrey bondadoso y de  
los indios amparo, y miró como  
injusticia que el prócer recién  
llegado les duplicara el tributo sus  
penurias aumentando.

Los crueles encomenderos a  
don Martín adularon, formaronle  
gran partido, él los protegió  
magnánimo, y cuando llegó a  
saberse que, según lo ya  
anunciado,

al cesar las encomiendas iban a  
perder sus cargos, juntaronse y  
decidieron, por el Marqués  
apoyados, como una gracia debida  
alcanzar del soberano, no solo

tener sus puestos, sino también perpetuarlos, haciendo el repartimiento perpetuo entre los vasallos.

Con permiso de la Audiencia una junta celebraron, y en el cuatro de febrero del año sesenta y cuatro del siglo décimo sexto, don Francisco de Velasco y don Gonzalo Cerezo, don Rodrigo Maldonado y Gonzalo de las Casas, en nombre de los aliados, presentáronse al Cabildo, su plan le comunicaron, lo aceptó el Ayuntamiento y nombró con poder amplio para «asistir a su nombre a un regidor afamado, a Alonso de Avila, un joven rico, elegante, simpático, y que entonces no contaba de vida veinticinco años.

Con él, que a todos rendía por su cultura y su trato, y con otro, igual en prendas aunque serio y recatado, entonces

encomendero; Con Gil González  
su hermano, hizo el Marqués  
amistades, asombró a todos  
causando que se cambiasen visitas  
y el Marqués en su Palacio les  
diera asiento en su mesa  
tratándoles mano a mano.

El Virrey muy ofendido,  
quejóse a la Corte en tanto del  
proceder del magnate; al rey  
Felipe informando de que en las  
cuentas del libro de tasas, estaba  
claro que los sesenta mil indios en  
pueblos del Marquesado, muy  
cerca de cien mil duros de renta  
daban al año, excediendo por lo  
mismo las rentas y el vecindario a  
las concesiones hechas en un  
tiempo a don Hernando. El  
Virrey falleció a poco sin sùber el  
resultado; heredó don Luis el odio  
y el resentimiento amargo que al  
Marqués tuvo su padre, y

entonces ejerció el mando de la colonia, la Audiencia, compuesta de tres togados: de Villalobos, Orozco y Ceinos como decano.

Y así al transcurrir el tiempo formáronse varios bandos, que nunca los militares de togas hicieron caso, y hubo noche que en la calle y con las capas al brazo riñeran a cuchilladas los jóvenes de más rango: los hermanos Bocanegra y Córdoba don Hernando, con Alonso de Cervantes. Valdivieso y otros varios: se acometieron tan fuerte que, herido por un costado, cayó Cervantes al suelo, sin que de tan gran escándalo para darle un buen castigo la Audiencia se hiciera cargo.

Defendió a los Bocanegra don Martín con entusiasmo, sus

estrechas relaciones con  
Valdivieso quebrando, pues era  
Guiomar, su hermana, por cierto  
en beldad un astro, la compañera  
y espesa de don Luis Cortés, su  
hermano. Cuando por aquellos  
tiempos, iba, ya .a pie, ya a caballo,  
don Martín por estas calles,  
cuantos le hallaban al paso  
iban con gusto a dejarle hasta entrar  
en su palacio. ¡ Ay de .aquel que se  
negara a tal costumbre! ¡ En el acto  
le reclamaban la injuria tenida por  
desacato!

Halló al Marqués una tarde el  
señor don Juan de Sámano, alguacil  
mayor, persona de talento y fino  
trato. Quitóse la gorra al punto y  
siguió luego de largo, imitándose su  
ejemplo por distintos cortesanos, a  
los cuales los amigos del Marqués  
amenazaron con darles  
públicamente de cuchilladas y



palos.

A la sazón los disgustos vinieron a ser más agrios, pues en la flota de España que a Veracruz llegó, al mando de don Pedro de las Roelas, se dijo que había llegado cédula del rey Felipe, previniendo el soberano, que "de la segunda vida la encomienda no halle paso", privándose así a los nietos de conquistadores bravos, disfrutar todos los gajes que sus abuelos lograron.

Tanto ofendió la noticia, fué tan grande el desagrado que a tantos encomenderos con anunciarlo causaron, que en las plazas y las calles hablábase sin reparo de que era el rey muy injusto, que los derechos más santos atacaba sin prudencia; que todo estaba agotado, y que tras tantas fatigas, se encontraban en el

caso de recurrir a la fuerza para  
poner la honra en salvo. Eran  
muchos los dispuestos a  
comprometer su brazo, sus  
haciendas y sus vidas, pero ninguno  
tan apto para encabezar a todos,  
pues todo podía arriesgarlo por tal  
de salvarlo todo, como el poderoso  
y alto y noble marqués del Valle,  
hijo de aquel don Hernando, cuya  
espada dio un imperio poderoso al  
rey don Carlos. Y tan graves  
argumentos y raciocinios tan claros,  
antes de que cierto fuerza, el  
pueblo, que siempre es sabio,  
designó al bravo magnate jefe de  
los conjurados

II

Hay regocijos y fiestas dentro de  
la regia casa que ocupa el marqués  
del Valle a quien nadie en noble  
gana.

Llenan el extenso patio en torno  
de Alonso de Avila veinticuatro  
caballeros con numerosa comparsa.

Vienen todos disfrazados como  
señores de Anáhuac, y el papel de  
Moctezuma hace Alonso en aquel  
drama.

Representan 1.a primera, triunfal  
y solemne entrada a la ciudad de los  
lagos de las tropas castellanas.

A Hernán Cortés, reproduce  
frente al .azteca monarca, don  
Martín siempre orgulloso de su  
nombre y su prosapia.

Moctezuma, reverente le ciñe en  
la frente pálida y en las sienes de su  
esposa una luciente guirnalda.

Y al son de los instrumentos, y al redoblar de las cajas, unos murmuran y gritan, otros aplauden y cantan.

Mirando la ceremonia no faltó quien exclamara viendo en la diadema plumas: "¡ Salud marquesa emplumada!"

Los tlatoanes disfrazados entre las manos llevaban ramos de flores con coplas para darlos a las damas.

Las coplas eran galantes algunas, otras con gracia, y muchas solo entendióles para los que ya esperaban el instante apetecido de poder alzarse en armas.

Al Marqués dieron un *súchil* conteniendo estas palabras: "No temas a la caída, que la subida es más alta".

Don Martín invitó a todos cuando terminó esa farsa a concurrir al sarao que él preparó .a

Valderrama.

Sirvióse todo en la mesa  
conforme a la antigua usanza de los  
reyes mejicanos, desdeñando lo de  
España.

Eran de barro cocido platos,  
picheles y jarras fabricados en  
Cholula por alfareros de fama.  
Y al vapor de los licores la gente  
se volvió franca y hablóse de la  
revuelta con .agudezas y chanzas.  
Levantados los manteles salióse  
la mojjiganga alegrando a los vecinos  
por las calles y las plazas.

Y era de ver con que arrojo  
unos y otros se tiraban  
bolas de barro rellenas de  
ceniza leve y blanca.

Unos resistían los tiros  
parándolos con la adarga, otros  
excitaban risas con sus trajes y sus  
caras.

Alguien hubo que mirase en

aquello, prueba franca de que los  
encomenderos en torno .al Marqués  
se alzaban.

Y así a don Martín lo dijo con  
sigilo Valderrama quien al peligroso  
aviso no quiso dar importancia.

El Marqués fingió alarmarse, puso  
.a sus criados en armas y se apercibió  
en defensa del que al rey  
representaba.

Mas no pasaron dos días sin que  
con Alonso de Avila  
todos los conspiradores  
decididos se juntaran.

El plan allí concertado grandes  
hechos entrañaba: dar la muerte a  
los oidores y también a Valderrama,  
sorprendiéndolos un viernes al  
instante en que acordaban.

Después de haberlos matado, lo  
cual un hombre en la plaza a todos  
lo avisaría moviendo una roja capa,  
de catedral en la torre daríanse dos

campanadas a fin de que las partidas  
que por la ciudad vagaran, se  
reunieran prontamente para dar  
muerte en su casa a Francisco y Luis  
Velasco, y asesinar sin tardanza a  
oficiales y personas adictas al rey de  
España.

Que ya muertos los odores los  
sacaran a la plaza para que el pueblo  
los viera, y allí mismo se quemaran  
los papeles del archivo, para no  
dejar en nada nombre del rey de  
Castilla ni lo que su nombre manda.

Concertaron así mismo  
que estas cosas realizadas,  
don Luis Cortés se pondría  
con un escuadrón en marcha  
con el fin de apoderarse  
en Veracruz de la plaza,  
adquirir San Juan de Ulúa  
y la flota preparada  
a llevar a la Península  
nuevas tan graves y amargas.

Que en tanto el marqués del Valle,  
con su gente bien montada,  
sin darse ningún reposo  
Zacatecas ocupara.  
La sujeción de la Puebla  
a Reinoso se encargaba.  
y otros sitios y provincias.  
a gentes leales y bravas.  
Después el marqués del Valle sería  
aclamado monarca conduciéndolo al  
Palacio entre numerosos guardias, y que  
a los procuradores de las villas y  
comarcas se convocaran a Cortés y que  
al nuevo rey juraran.  
Iría a Roma Alonso Chico para en  
la Catedral Santa demandar la  
investidura del reino de Nueva España,  
llegándose en el camino cerca del trono  
de Francia para dar al rey «anuncio en  
especial embajada.  
Que al mismo tiempo un navío a San  
Lúcar se mandara, y fuera en él  
Espinosa, para con misterio y maña



internase hasta Sevilla, y de tal ciudad sacara del Marqués al primogénito  
trayéndolo sin tardanza

Haría el nuevo rey reparto de las  
tierras y las aguas, nombrarla condes,  
marqueses, y en su trono y en su casa  
pondría una nobleza indígena  
íntimamente ligada a la nueva  
monarquía de la tierra mejicana.

¡Oh dulces sueños de gloria! ; Oh,  
hechiceras esperanzas! ; Surgís como  
arteros duendes en las horas más  
calladas para adular el orgullo y para  
enfermar el alma!

Una corona y un trono; una voluntad  
sin tasa; ser un arbitro en la tierra por su padre conquistada, tierra que Dios hizo  
suya por la fortuna y las armas, y él,  
vasallo reverente, la regaló a su  
monarca; labrar el bien de los pueblos  
sin ninguna ayuda extraña,  
y .así poderoso y libre  
alcanzar renombre y fama,  
iguales a las que un día  
dio a don Hernando su audacia;

estos eran los ensueños,  
las hermosas esperanzas  
del noble marqués del Valle,  
a quien nadie se igualaba  
en linaje y en orgullo  
en toda la Nueva España.  
¡ Quién descubre los misterios de  
las conciencias humanas! Acaso en las  
ilusiones que el Marqués guardó en el  
alma surgió por la vez primera la  
Libertad de una raza.  
Aquí se meció su cuna, aquí se  
pasó su infancia, aquí su padre halló  
nombre, riquezas, poder y fama.  
Y del templo en cada piedra, del  
lago en las ondas mansas, y del árbol  
de Popotla, en las oscilantes ramas,  
soñando en antiguas glorias tendió  
doquier la mirada y brotó de entre sus  
labios este .augusto nombre: ¡ patria!  
Todo lo encubre el misterio, todo  
muere y todo pasa,  
y la indiscreción y el miedo todo lo

extinguen y matan.

Aunque el Marqués nunca dijo a nadie sus esperanzas, ni en las más secretas juntas se llegó a mezclar en nada, pues su influjo y su persona representó Alonso de Avila, se descubrió aquel secreto, porque el mundo nada calla; mas lo juzgaron los grandes niñerías y bravatas de gente moza y alegre, incapaz de toda práctica.

Y para más engañarlos salió el Marqués de mañana de un nuevo levantamiento a dar parte a Valderrama.

Avisóle que en Texcoco no bien se verificaran con ostentoso aparato en casa de Hortuño Ibarra las fiestas de tornaboda que se esperaban con ansia, de Cervantes y una hija de don Diego de Guevara, **3** pretexto de entregarse a jugar justas y cañas, se alzarían con la tierra los que Alonso

convidara.

Así apartó la justicia del

secreto sus miradas;

y su misión concluida,

el visitador fué a España

sin oír, para quedarse

de don Martín, las instancias.

Y entre inciertos comentarios,

alusiones, frases vagas, indirectas y

rumores en las esferas más bajas;

todos mostrábanse ajenos a lo que

nadie ignoraba, hasta que tuvo la

Audiencia una denuncia muy franca,

que firmaron tres criollos, que al

marqués del Valle odiaban.

Los hermanos Villanueva y Luis de

Velasco, el ascua que siempre

encendió rencores que de su padre

heredara.

La Audiencia se tomó tiempo para

meditar con calma, que era en el

mando muy débil y cobarde ante

amenazas.

El Marqués, irresoluto, juzgó la  
prudencia sabia, y quedó solo en la  
lucha Alonso González de Avila.  
La denuncia de los criollos a los  
tímidos espanta, y no faltaron  
traidores entre muchos de la trama.  
Pedro Aguilar fué el primero que  
en una Semana Santa, contó a dos  
padres franciscos del Marqués las  
esperanzas.  
Este, al claustro de Santiago entró  
en la misma semana, acechando con  
sigilo cuanto en Méjico pasaba.  
Allí lo vio Villanueva, y con  
medidas palabras se engañaron  
mutuamente y no convinieron nada.  
Todo al parecer tenía esa quietud  
que no encanta a los expertos marinos  
que presienten la borrasca.  
Hablábase con ambajes los de  
posición más alta, y el pueblo, el  
humilde pueblo, sin levantar la mirada,  
como rebaño apacible, las órdenes

acataba, acostumbrado a ver siempre

sangriento el suelo de Anáhuac.

¿Quién predice lo futuro? ¿ quién

penetra en el mañana? la ciudad, triste, muy triste, duerme al son de una

campana, cuyos lúgubres tañidos

parecen quejas del alma.

Es la que anuncia el tormento que

los miembros despedaza de todo el que

desconoce la majestad del monarca.

Es la que en obscuras torres, le

dice a la tierra indiana: "¡Tan solo existen dos seres que como dueños te

mandan, Dios, que mora en las alturas

y el rey Felipe, en España!"

Y nadie los labios mueve, y nadie

enseña las armas, y solo el misterio

anuncia una tempestad cercana

¡ Ay de los que son traidores! ¡ Ay

de los que ,al trono infaman! ¡ Ay de

aquellos que provoquen la cólera del

monarca!

## LOS REBELDES

(Segunda Parte)

Del Marqués en el Palacio suntuosos son los festejos solemnizando el bautizo de sus dos hijos gemelos. Ostentación de grandeza ante grandes y pequeños, fué construir un pasadizo desde su casa hasta el templo. Y para mayores pompas de ambos lados se pusieron los tablados con banderas y vistosos aderezos. Sirvieron como padrinos, por ser al Marqués adeptos, Luis de Castilla y su esposa, de lo más noble del reino. A los vástagos dichosos entre paños condujeron, Pedro Luna y Carlos Zúñiga, seguidos de gran cortejo. El deán Chico de Molina, las aguas derramó en ellos al retronar de las salvas y entre los vivas del pueblo. Sobre un tablado espacioso lucieron en gran torneo

armados de punta en blanco unos doce  
caballeros. Con valor y gallardía todos  
a pie combatieron, por su destreza y  
bravura mil aplausos mereciendo, a  
los criollos y a los indios se dio un  
banquete opulento, consagrando a los  
segundos los más extraños recreos,  
pues se improvisó en la plaza, a  
usanza de antiguos tiempos, un  
bosque en que se hospedasen  
cazadores y flecheros, quienes con  
destreza suma como presa propia  
hicieron así arrogantes venados, como

liebres y conejos. Hubo, causando  
alboroto, de sortija y cañas juego, y en la noche, *encamisada*<sup>1</sup> y *alcanciazos*<sup>2</sup>  
plebeyos, y todo fué regocijo,  
expansiones y contento. Hubo  
instantes en que el vino rompió diques  
y secretos,

1 Llamábase *encamisada* una mojiganga en que iban las gentes a caballo con hachas encendidas en las manos.

2 *Alcanciazos* son hoy los cascarones que rompen en las cabezas las gentes bulliciosas en los juegos de Carnestolendas.

y oyóse de muchos labios graves y  
duros conceptos. Todos sin temor a  
nadie mostraban sus pensamientos a  
don Martín proclamado, entre  
grandes, el primero, digno de ceñir  
corona, capaz de fundar gobierno y ser  
el solo monarca de Nueva España en  
el reino. Y como en aquellos días  
recibió Ferrer, don Diego una carta en  
que anunciaban que no consintió el  
Consejo de las Indias, que se hicieran



repartimientos perpetuos,  
encendiéronse las iras de antiguos  
encomenderos, y estos y sus  
partidarios, con el vino hallando  
aliento, cuanto no debe decirse en esa  
noche dijeron. La Audiencia en tanto  
callaba, y por tolerancia y miedo los  
indecisos oidores miraron todo en  
silencio; al fin, terribles noticias tener de España fingieron de don Martín  
despertando la curiosidad y el celo, y  
con ascuas tan ardientes sintiendo  
atizar su pecho,  
se fué el Marqués a Palacio a  
sorprender el secreto, juntos halló a  
los oidores; entró a donde estaban  
éstos, y valido de su rango, para oírlos tomó asiento. "Mandad lo que deba  
hacerse", dijo un oidor con respeto, al presidente que estaba mirando al  
Marqués con ceño.

Y al oír estas palabras, con gravedad  
dijo Ceinos: "Señor y marqués del  
Valle, en nombre del rey, sed preso".

Don Martín repuso el punto: "¿Por que tal sentencia tengo?" —Por traidor al  
soberano, respondió el oidor sereno.

—Mentís, que traidor no he sido ni en  
mi linaje los cuento, respondió el  
Marqués rabioso con ojos como de  
fuego; mas meditando que eran  
inútiles sus esfuerzos entregó al punto  
sus armas y a todo quedó dispuesto.  
De aquellas casas reales, en apartado  
apósito, don Martín Cortés quedóse  
a merced de .aquel Gobierno.  
Y afuera, en las mismas horas y sin  
ningún miramiento  
a los dos hermanos Avila,  
como criminales reos.  
a la inmunda cárcel pública  
atados los condujeron.  
El deán Chico de Molina,  
y con él algunos clérigos  
en la del Arzobispado  
quedáronse como presos.  
Y al rayar el día siguiente  
se dio un alarmante acuerdo  
arrestando bajo pena  
de la vida a los adeptos

de don Martín, en sus casas,  
sin atender a sus fueros.  
Así quedaron Estrada,  
Lope de Sosa, Pacheco,  
Lorenzo y Luis de Castilla,  
Ponce, Guzmán, Valdivieso,  
Gutiérrez, Altamirano,  
Córdoba, López, Canseco  
y muchos otros, tenidos  
por personas de abolengo.  
La Audiencia recurrió entonces  
a nombrar, llena de miedo,  
a Francisco de Velasco  
capitán general; luego  
se convocó sin tardanza  
a muchos encomenderos  
para que a los mandarinicos  
lealtad jurasen de nuevo.  
Los vengativos oidores,  
cobardes, viles y abyectos,  
apresuráronse unidos a dar un  
terrible ejemplo que bastase por sí  
solo para amedrentar al pueblo.

Y a Alonso Avila y su hermano, con  
rencor infame y negro,  
los juzgaron sin dejarles para  
defenderse tiempo Confiscáronles sus  
bienes; sus papeles más secretos  
registran, sin hallarles ni pruebas ni  
documentos que mostrasen a las  
claras cuanto en los dos supusieron.  
Y condenados a muerte, ni convictos  
ni confesos, no bastaron a salvarlos  
prerrogativas ni empeños. La noche  
del tres agosto, del año de mil  
quinientos sesenta y seis, a las siete,  
fueron sacados los reos, montados en  
sendas muías, entre lágrimas y duelo.  
Alonso, sin abatirse, iba vestido de  
negro, con humilde turca parda, con  
gorra de terciopelo orlada de negra  
pluma y cadena de oro al cuello. Gil  
González, llevó un traje pardo,  
sencillo y modesto,  
el mismo que estaba usando la vez  
en que le prendieron. En la sola y

espaciosa plaza principal de Méjico,  
junto a las casas que siempre ocupó  
el Ayuntamiento, se alzó el fúnebre  
tablado de negro paño cubierto y  
que solo algunas hachas bañaban  
con fulgor trémulo. En torno de  
aquel sombrío cadalso, mudo y  
siniestro, la multitud silenciosa  
miró llegar a los reos. Estos, con  
sus confesores, las toscas gradas  
subieron, y ya junto a los verdugos,  
al triste lance dispuestos, cuando  
devotos rezaban con sonora voz el  
Credo, rodaron ambas cabezas  
aterrorizando al pueblo. ¡ Cuántos  
en aquel instante en voz baja  
prometieron vengar la sangre  
inocente de los jóvenes aquellos!  
Asustados los oidores, algún  
desorden temiendo, por barrios y  
callejuelas fuertes rondas  
repartieron. De los dos ajusticiados  
condujéronse los cuerpos

a San Agustín, a darles sepultura en el convento; mas sus segadas cabezas como enseñanza y ejemplo en la casa de Cabildos prendidas amanecieron. Heridos los concejales y avergonzados por esto reclamaron a la Audiencia, en su reclamo advirtiéndole que no había sido traidora la ciudad, y no era honesto infamar el sitio en donde la representaban ellos. Accedióse a la demanda y las dos cabezas fueron a decorar la picota prendidas en clavos gruesos. Allí las miraron muchos hasta que pasado el tiempo quitáronlas para unir las en la tumba con sus cuerpos. Con tan sangrientas lecciones cundió en los honrados pechos más que la sed de venganza el terror y el desconcierto. Mediando el mes de septiembre hubo un famoso suceso, pues don Gastón de Peralta llegó con ventura al puerto. En Veracruz informaron las gentes al

Virrey nuevo

de que el gran marqués del Valle  
estaba en Méjico preso; y diéronle  
pormenores del cruel  
degollamiento que dejó en los  
corazones " tanta angustia y tanto duelo. El de Falces, receloso,  
resistió a venirse luego; más  
pasada una semana la marcha  
emprendió resuelto con doce de  
sus sirvientes, veinticuatro  
alabarderos y un criado de  
confianza poseedor de sus  
secretos.

Llegado aquí, dio señales de  
prudente y circunspecto, y sin  
atender hablillas, ni rencores, ni  
despechos, vio las sentencias  
dictadas contra muchos de los  
presos, y con tino y sin demora  
dictó rápidos .acuerdos. A don  
Luis Cortés, que estaba ya  
sentenciado al degüello y a  
perder todos sus bienes, en

revista le impusieron servir en  
Oran diez años, además del  
perdimiento de las ricas  
propiedades que por su padre le  
dieron. Obligó al marqués del  
Valle, su lealtad reconociendo,  
a prestar pleito homenaje como  
hidalgo caballero, "de partirse de su casa e ir a Veracruz derecho, y sin  
derrota ni aparte llegar de España a  
algún puerto, y al cumplir cincuenta  
días presentarse ante el Consejo de las  
Indias, dando aviso de haber cumplido  
con esto". Marchó el Marqués  
prontamente y encargó al Virrey su  
feudo, sin llevar más salvaguardia que  
su propio juramento!  
Solos dejó .a los infantes que causa  
inocente fueron de las desgracias  
inmensas de sí mismo y sus adeptos.  
El rey Felipe engañado por  
enemigos arteros, que a don Gastón de  
Peralta tuvieron envidia o celo,  
se'.alarmó con las noticias que de



Méjico le dieron, y para, de la  
infidencia, avocar conocimiento,  
mandó tres visitadores con poder  
grande y extenso. Muñoz, Jarava y  
Carrillo con tales cargos vinieron; en  
el mar murió Jarava, y al fin sus dos  
compañeros  
llegaron a ser en todo árbitros, jueces  
y dueños. Muñoz, tigre en forma  
humana, déspota, cruel, soberbio,  
cuanto Peralta apagara feroz encendió  
de nuevo. Volvió a la prisión a todos  
los que declararon reos, nuevos delitos  
fraguando, nuevas cárceles abriendo y  
odios, terrores y llantos sembrando  
por todo el reino. Ahorco a Victoria y a Oñate una mañana de enero, y los  
hermanos Quesada don Baltasar y don  
Pedro, atados de pies y manos en  
muías sacados fueron, gritando así por  
las calles con voz clara un pregonero:  
"Esta es justicia que manda hacer el Rey, Señor nuestro, a estos hombres  
por traidores, que los degüellen por  
ello; ¡quien tal hace que tal pague!" y así gritando y diciendo hasta el

cadalso llevaron a los infelices reos. Al par que mudo miraba esa ejecución el pueblo, a don Martín el bastardo, mandó Muñoz poner preso, y al ver que permanecía en todo instante inconfeso, ordenó que le aplicaran el más horrible tormento, el del agua y los cordeles que daba pavor al verlo. Pedro Baca y Juan Navarro a Martín Cortés tendieron sobre el potro, y en los brazos sujetando los molledos, y en los muslos y las piernas, y de los pies en extremos, los cordeles apretaron con tal encono y tal celo que el dolor hizo ponerse a don Martín como un muerto. "No tengo culpa ninguna, —les dijo con triste acento— no diré mas aunque muera, lo juro por Dios del cielo". Los verdugos implacables mandaron aplicar luego en la boca de la víctima un tosco

embudo de hierro, y uno tras  
otro seis jarros de a cuartillo más  
o menos de agua helada le  
vertían sus respuestas  
inquiriendo.

Don Martín respondió siempre lo  
que les dijo al comienzo,  
logrando que los verdugos se  
dieran por satisfechos.

Pasados algunos meses condenáronlo .a  
destierro para que nunca a las Indias

retornara en ningún tiempo; dando quinientos ducados en oro, y el juramento de no  
tomar parte en nada que ofendiese .al Rey y al cielo.

Albornoz, Ruiz Castañeda, Pérez Gómez,

Valdivieso, Gómez de Cáceres, Arias y

Baltasar de Sotelo, después de iguales

martirios igual pena merecieron. Con medidas tan atroces, con proceder tan horrendo,  
quedó la ciudad bien pronto triste como un

cementerio; pues los hombres ignoraban en donde encontrar los medios para librarse  
de tantos martirios y tantos riesgos.

No hay dolor que no concluya ni mal que no tenga término, y .atravesando los mares  
sobre las alas del viento, llegaron al rey Felipe las quejas de todo Méjico. Para atajar  
tantos males nombró el monarca al momento a

Villanueva y a Puga (los dos oidores depuestos

y mandados a Castilla por

Valderrama en un tiempo) para que viniesen ambos, y aquí a Muñoz deponiendo, lo mandaran a dar cuenta al Rey de sus desafueros. Cuando a la ciudad llegaron, Muñoz, de inquietudes lleno, fué a pasar Semana Santa, de Santo Domingo al templo. Allí en un dosel lujoso, cercado de alabarderos, escuchaba los oficios dando espanto con su aspecto. Una mañana temprano los visitantes fueron a buscarle hasta su celda, mas él estaba durmiendo. Ninguno osó despertarle, mas trascurrido algún tiempo, y cuando ya el sol estaba muy alto en el claro cielo, salió el paje de servicio a decir lleno de miedo, que a su Excelencia esperaban con ansia dos caballeros. Muñoz, orgulloso siempre, dio por respuesta el silencio, y ni besarle la mano consintió a su camarero. Con indolencia vistióse, abrió por fin su

apoyado y recibió a sus visitas  
con mal humor y mal ceño.  
Después de algunos desdenes,  
Villanueva, ya colérico, dijo al  
secretario Agurto, que allí penetró  
con ellos: "Leed la cédula expedida por el Rey y señor nuestro, y al  
señor Muñoz que escucha,  
notificádsela luego".

Y a medida que aquel hombre fué  
las palabras oyendo, mostróse tan  
abatido cuanto antes era soberbio.  
No murmuró ni una frase, no se le  
escapó un acento, y temblaba de  
vergüenza, de humillación y de  
miedo. De caer, estuvo al punto,  
desmayado sobre el suelo, cuando  
escuchó a Villanueva decirle en  
tono severo: "Bajo pena de la vida  
os doy tres horas de término  
contadas desde este instante para  
que salgáis de Méjico".

Y volviéndole la espalda con  
insolente desprecio, dejó a Muñoz

en la celda tan pálido como un  
muerto.

Y aquel déspota sin nombre y  
tirano sin ejemplo, huyóse a pie, sin  
custodia,  
con graneles remordimientos,  
dándole el brazo a Carrillo, su torpe  
y vil compañero. No a todos los  
conjurados el destino les fué adverso,  
que el noble marqués del Valle  
resultó en España absuelto. De sus  
numerosos bienes levantáronle el  
secuestro, y de su alto señorío  
diéronle también reintegro. Don  
Martín, murió en España y allí  
quedaron sus deudos; y ,al fin volvió  
a la Colonia el cuarto marqués, don  
Pedro, con cuya muerte, quedóse  
extinguida en este suelo la rama de  
los varones del gran don Hernando  
nietos. De don Martín el bastardo  
nada nos revela el tiempo, y don  
Luis murió muy pobre y muy

olvidado en Méjico.

En el mundo todo pasa, todo en la  
vida es un sueño, y en la muerte son  
iguales los nobles y los plebeyos. Si  
al soplo de la fortuna son cual robles  
los soberbios, también para el roble  
hay rayos que lo derriban al suelo,  
Hoy que han corrido los siglos,  
la verdad se abre un sendero,  
y juzgando sin pasiones  
a los reyes y a los siervos  
como mártires miramos  
a los que entonces murieron;  
y una memoria muy triste,  
un doloroso recuerdo  
la "calle de los Rebeldes" (1) despierta en sensibles pechos  
al pensar que se ahogó en sangre  
la Conjuración de Méjico.

1 Púsose el nombre de los Rebeldes a dicha calle, porque en ella vivieron varios de los conjurados; pero la casa que fué propiedad de Alonso de Avilla, estuvo en un lugar que por real cédula de 18 de julio de 1580 se concedió a la Universidad para fundar y labrar Escuelas, y según dice Alamán en sus disertaciones, "estaba en la calle del Reloj, esquina a la de Santa Teresa, donde ahora se halla la botica de Cervantes' . (Hoy es botica de D. Félix Lelo de Larrea),

## EL HOSPICIO DE POBRES

Quien llevó en la vida el nombre de  
Ortiz Cortés, don Fernando, fué un  
ejemplar sacerdote que nunca será  
olvidado.

En mil setecientos uno nació varón  
tan preclaro, y vino a la Nueva España  
para dar gloria **3** los hábitos.

Era un español de aquellos que por su  
carácter franco y sus costumbres  
austeras y su virtud sin resabios,  
Hízose amar de los pobres que cual  
padre le miraron, pues en todos los  
pesares les abrió el alma y los brazos.

De la Catedral de Méjico fué chantre  
por muchos años, sin que a sus  
propias riquezas estorbara tal  
encargo.

Y así compartió sus horas con la  
caridad por faro, ya en la calle en santas obras, ya en el coro con los cantos.

Ortiz Cortés, una tarde del segundo



mes del año mil setecientos sesenta,

fecundo en males y estragos.

salió a pie, después del coro, y fué sin sentirlo, andando por Plateros, San

Francisco, Corpus Christi y el Calvario.

Ya en aquel sitio (hoy hermoso, alegre

y aristocrático, entonces escueto, triste y sucio y abandonado;

contempló las miserables chozas de

carrizo y barro, y las gentes que

escondían allí miserias y andrajos.

Entróse sin miedo alguno a tan

asquerosos antros y les dio a muchos

consuelo, y a no pocos les dio cuartos.

Siguió en silencio su marcha, y ya en

lo más apartado, en una lejana choza,

oyó unos gritos amargos.

Adelantóse confuso y enternecido,

notando que eran los gritos de un niño

por lo agudos y cortados.

Llegó a los pocos instantes hasta el *jacal* solitario,

y con sus azules ojos contempló este

horrible cuadro:

Tendida en húmedo suelo, con

cuerpo y rostro muy pálidos, estaba

una mujer muerta junto a un hornillo  
apagado.

Sobre la mujer, un niño de poco  
menos de un año, lloraba al chupar un  
seno seco, amarillo y helado.

Con lágrimas en los ojos, se  
arrodilló don Fernando, y con celestial  
ternura levantó al niño en sus brazos.

Con su pañuelo de hierbas cubrió el  
cuerpecito flaco, y como (moroso padre  
lo envolvió en su negro, manto.

Ya con tan ligera carga salióse a  
violentos pasos y estas frases de  
ternura se escucharon de sus labios:

"¡Oh Dios que todo lo puedes,  
prolonga un poco mis años para  
cumplir el consejo que en este instante  
me has dado!

"Si a mí el dinero me sobra, quiero en tu nombre gastarlo, en alzar aquí  
un hospicio que dé a los niños amparo.

"¡ Oh Dios, bendice a los pobres, yo los busco, yo los amo, y "caridad es amor"  
según nos dice San Pablo".

Y luego, sobre la frente de

aquel ser infortunado,  
dio un beso dulce, sin mancha, paternal, amante y casto.

Y mientras el sol hundía su rojo  
disco en ocaso, era de ver a aquel  
hombre con gran avidez buscando  
quien se encargara del niño  
que puso Dios en sus manos, y al  
cual y con voz muy baja iba  
diciendo entre tanto:

"No llores, hijo, no llores, que  
para ti y tus hermanos, si Dios me  
prestare vida, ya fabricaré un  
palacio".

\_ Y después de tal promesa, sin  
reparar en obstáculos, venciendo  
inmensos escollos y mil peligros  
salvando,  
la fábrica del Hospicio comenzó  
aquel noble anciano,  
después de grandes fatigas de  
constantes trabajos,  
cuando Ortiz Cortés llevaba de obra  
tan santa seis años,

murió sin mirar el término, pero  
prosiguió su encargo su amigo más  
cariñoso, el doctor Ambrosio Llanos.  
Breves pasarán los siglos, veloces  
huirán los años, distintas  
generaciones irán rápidas pasando,  
y en pie estará el monumento por  
aquel varón .alzado a la orfandad, a  
la angustia, a la amargura y .al  
llanto.

Tras los imponentes muros de  
aquel asilo sagrado, queda por dulce  
recuerdo de Ortiz Cortés el retrato:  
Ojos dulces y apacibles, azules  
como el espacio; frente blanca y  
espaciosa que vierte luz como un  
astro.

Franca y noble la sonrisa;  
brillante el cabello cano, y en la  
actitud y el conjunto la majestad de  
los sabios!

Allí está como si hablase aquel  
varón justo y santo; y en cada vez

que lo miro, pues me gozo en  
contemplantarlo.

surge a mis ojos la escena que con rudos versos narro, y reconstruye mi mente aquel  
espantoso cuadro:

"Una mujer muerta de hambre, y llorando en su regazo un niño que chupa el seno  
seco, amarillo y helado".

Y diviso al sacerdote y al huerfanito en sus brazos, que recoge como arrullos esto que  
dice el anciano:

"No llores, hijo, no llores, que para ti y tus hermanos si Dios me prestare vida yo  
fabricaré un palacio".

"¡Oh varón noble y egregio, te dio el sepulcro descanso, mas vives en la memoria del  
pueblo que .amaste tanto!

Si es el Hospicio de Pobres tu monumento más alto, tu nombre es de los que suenan  
como oración en mis labios!

## LA FUNDACIÓN DE "LA CUNA"

I

¡ Oh madres, las que sois buenas y  
para los hijos, ángeles; iodos vuestros  
sacrificios los guarda este nombre: ¡  
madres!

Como vosotras ninguna es de Dios  
mejor imagen, que mientras vivís  
vosotras Dios no falta en los hogares.

Encomiar vuestras virtudes cumple a  
bardos inmortales, que no hay pincel que las pinte ni lienzo que las retrate.

¡ Oh madres, todas ternura, las  
santas, las intachables, las que endulzáis con plegarias la hiel de vuestros pesares!

Apartad de aquestos versos los ojos  
que llorar saben, para que no os  
entristezcan, ni os repugnen, ni os  
amarguen.

La mujer que cifra todo  
cuanto tiene y cuanto vale  
en ser amparo del hijo que de

sus entrañas nace,  
merece las bendiciones de los buenos,  
de los grandes, pues que de austeras  
virtudes es venero inagotable.

Esa no mide martirios, y  
como estrella radiante en las  
noches de la vida, en el mar de  
las edades,  
surge apacible y hermosa, sin  
que haya nada ni nadie que en  
amor, en fortaleza y en abnegación  
le iguale!

¡ Oh madres que tanto admiran y que  
son de Dios imagen, no fijéis los dulces ojos en mis amargos cantares!

Hablo de mujeres torpes que a  
los tigres y chacales dan espanto y  
avergüenzan con sus horribles  
maldades.

Las que abandonan al hijo o le  
obligan a que baje los ojos, cuando le  
dicen: "¡ Te ha dado el ser una infame!"

Mengua de la estirpe humana, tras  
del lujoso ropaje llevan el

remordimiento como eterno y negro  
cáncer.

No tendrán horas tranquilas, sus  
horas serán pesares, y morirá sobre un  
lecho del hospital o la cárcel.

No extrañéis que quien las mire con  
indignación exclame: ¡ Ay, no todas las  
mujeres que tienen hijos, son madres!

II

Era . . . pero callo el nombre porque  
mi pluma se mancha, una interesante  
moza de familia noble y alta.

Los ojos grandes y hermosos, los  
labios de viva grana, el cuerpo airoso y flexible como junco o como palma.

La tez de rosa y de nieve, menudos  
dientes de nácar; pies diminutos y  
bellos, manos de armiño en lo blancas.

Cabellera negra, espesa, sedosa y  
ensortijada, que suelta semeja un  
manto sobre la mórbida espalda.

Sonrisa de cielo abierto, fácil y dulce  
palabra, y oculto entre tanto hechizo un abismo negro: el alma.



No faltaron entre muchos  
jóvenes de nombre y fama, esclavos  
de su hermosura y cautivos de sus  
gracias,  
quienes su mano pidieron, con la  
ambición noble y santa de unirse en  
estrechos lazos con beldad tan  
celebrada.

Mas ella nególe a todos tan  
amorosa demanda, diciendo que  
aun no sentía del amor la intensa  
llama.

Era entonces don Francisco  
Antonio de Lorenzana, arzobispo en  
la opulenta capital de Nueva  
España.

Fueron tantos los favores que  
impartió a las clases bajas, y en su  
augusto ministerio fueron sus virtudes  
tantas,  
que como a un ser de otros mundos las  
gentes lo contemplaban, cayendo, al verlo, gustosas de rodillas a sus plantas.

En cierta ocasión, la moza que ,a

tanto doncel negara su corazón y su  
mano por no estar enamorada,  
amó con locura ciega y con  
pasión insensata  
a un joven, hijo del pueblo, que entró a servir a su casa.

Aquella pasión impura atizó  
sus rojas ascuas y fructificó a la  
sombra pavorizando a la dama.

—"Antes que escándalos —dijo— que  
me deshonoran y manchan, buscare por  
cualquier medio salvación segura y  
rápida".

Era por mil setecientos sesenta y seis;  
aun no estaba poblado el barrio que hoy  
día de "Los Angeles" se llama, y mediando el mes de agosto, fué a tal  
barrio disfrazada con un rebocillo  
humilde y unas sencillas enaguas,  
la joven que a cien donceles rechazó  
áltiva e ingrata; y allí, en apartado sitio, al borde de impura zanja,  
dejó en horrible abandono, sin darle ni  
una mirada, sentenciado a pronta  
muerte, el fruto de sus entrañas.

Y entre la sombra, sin nadie que sus

pasos vigilara, volvió a reposar tranquila y sin temor a su casa.

Cuando apareció en oriente el albor de

la mañana, y saludaron su arribo los

pájaros en las ramas,

un lacayo con librea amarilla y

encarnada, se puso de pie en la puerta de la alcoba de la dama,

por si acaso le pedía el espumoso

Caracas, ir a llevárselo al punto en

mancerina de plata.

Entre tanto, el bondadoso arzobispo

Lorenzana, que muy temprano en su

coche iba a calles apartadas.

en busca de pobres gentes para

consolar desgracias, en "Los Angeles"

hallóse con este cuadro que espanta:

Sobre un montón de basura, a los

bordes de una zanja, disputan

hambrientos canes una presa

ensangrentada.

Oye un grito el arzobispo, del coche

veloz se baja, y se encuentra con asombro con una criatura humana.

¡ Un niño recién nacido llora con voz

apagada,

lleno de sangre, de cieno, de  
miseria y de desgracia!  
Conmovido aquel apóstol de  
caridad, lo levanta y lo envuelve con  
sus ropas, sin reparar si las mancha.  
Y entrando de nuevo al coche, ya  
con tan preciosa carga, no lo mira,  
porque nublan sus claros ojos las  
lágrimas.

La criatura ya agoniza por tanto  
que se desangran las heridas que le  
abrieran los canes que lo cercaban.  
Detiene el carruaje entonces el  
prelado, en una casa, y para salvar al  
niño pronto auxilios demanda  
Dios lo protege en la empresa; y  
después de obra tan santa, funda en  
.aquel mismo día la "Inclusa", que a tantos salva.

Era el obispo hombre activo, y ni  
un instante descansa hasta mirar  
concluida la nueva mansión sagrada.

Evita así nuevos crímenes; sin  
medir las cifras gasta, y consiente

que su nombre, que nunca ha tenido  
mancha,  
lo lleven los pobres niños que las  
madres sin entrañas abandonan a  
la muerte, al deshonor y a la  
infamia.

Ha corrido más de un siglo desde  
«aquella escena extraña, y hay mil seres que bendicen al cardenal Lorenzana (1).

El abrió un puerto seguro en el mar  
de la desgracia, a cuantos niños el  
crimen sigue empujando a sus playas.

Tienen por nombre su nombre, tienen  
por casa su casa, por blasones sus  
virtudes, por lección sus enseñanzas.

Una noche oscura y fría, yo, con mis  
penas amargas, pasé frente al santo  
asilo que "La Cuna" todos llaman, y escuché a un hijo del pueblo cantar  
con estas palabras

1 El arzobispo don Francisco Antonio de Lorenzana y Butrón, compró de sus rentas en 1767 el edificio donde se conserva la Casa de Expósitos, le dio su reglamento, sostuvo todos sus gastos y lo vigiló hasta 1,771 en que volvió a España, donde ocupó el alto puesto de Cardenal-Arzobispo de Toledo. Después siguió protegiendo ese Asilo, el inolvidable y benéfico arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta,

que cual hierro derretido me

cayeron en el alma:

"De las madres al cariño, no

igual a cosa ninguna; y esto me

lo dijo un niño de 1.a "Casa de la

Cuna".

---

LA ERMITA DE JUAN GARRIDO

LEYENDA DEL HOSPITAL DE SAN HIPÓLITO

AL INSIGNE ARTISTA MANUEL TORRES

I

Manchando el manto de pluma que de  
un bravo heredó un día, murió, tras lenta agonía, el déspota Moctezuma. No causa  
dolor ni .abruma su muerte a propios y  
extraños, supersticiones, engaños,  
crueldades, rencor y encono, lo han hecho odioso en el trono diez y ocho terrible?  
años.

Mirando un ente divino en el  
invasor ibero. Se le ofreció cual  
certero instrumento de! Destino.  
¿Cómo cerrar el camino a  
heraldos de nueva luz? Y la cota,  
el arcabuz, la lombarda y la  
tizona,  
convirtieron su corona en  
esclava de la cruz.

¡ Pobre rey, torpe y menguado!  
Murió de Cortés cautivo, sin ser por el  
pueblo altivo ni sentido ni llorado. A  
su muerte, el pueblo airado buscó  
entre la noble grey quien de la patria  
y la ley vengara tantos agravios, y a  
un tiempo todos los labios nombraron  
a un mismo Rey.

A Cuitláhuac, un valiente jefe de  
bravos guerreros, que odiaba a los  
extranjeros con odio intenso y  
creciente; que rogó incesantemente a  
Moctezuma, su hermano, combatiera  
al castellano frente a frente y sin  
temor, como guardián del honor del  
Imperio mejicano.

Era un joven de alma pura, de  
carácter sin doblez, de fina y morena  
tez y corpulenta estatura. Lacia  
cabellera obscura, diadema del rostro  
oval, daba al conjunto marcial ese  
tono hermoso y fiero propio sólo de un  
guerrero



o de un águila caudal.

Cuitláhuac, desde la cuna trajo la  
heroica misión de morir por su nación,  
con desgracia o con fortuna. No pierde  
ocasión alguna de darle cima a su  
afán; mira que en Tenoch están las  
legiones invasoras, y quiere que en  
breves horas mueran en Tenochtitlán.

Y sin la esperanza cierta de una  
segura victoria, sed de muerte, no de  
gloria en sus guerreros despierta.

Todos velarán alerta, y a una señal  
convenida, darán tan fiera embestida  
a Cortés y sus vasallos, que ni gentes,  
ni caballos amanecerán con vida.

Que todos a un tiempo mismo,  
viendo en el templo una pira, se  
enciendan en santa ira de venganza y  
patriotismo. Impulsará al heroísmo  
del *teponaxtle* el rumor, y ¡ay! del que por vil temor no acuda al fiero  
combate, quien lo encuentre, que lo  
mate por cobarde y por traidor!

Cortés, a quien nada asombra,

grandes desgracias presente, y  
ordena salga su gente con sigilo y en  
la sombra. Conoce a todos, y nombra a  
los de mayor decoro para que el rico  
tesoro salvaran, que poseía; tesoro  
que contenía barras y tejos de oro.

Dispuesta en orden marcial la  
siniestra retirada, la vanguardia va  
mandada por Gonzalo Sandoval. De  
hombre tan bravo y leal doscientos  
infantes son; con un pequeño  
escuadrón por Lugo y Ordaz  
mandado, y a retaguardia Alvarado  
con Velázquez de León.

En el centro y vigilando equipajes y  
cañones, con cien valientes dragones  
marcha airoso don Hernando. En  
torno suyo, explorando emboscadas y  
senderos, le custodian tres guerreros  
evitando artero ardid: Avila, Moría y  
Olid, valientes y caballeros.

Cortés mandó a Magarino que un  
gran puente construyera

con el cual salvar pudiera los  
canales del camino. Todo, con  
prudencia y tino, para un buen  
fin preparó; la media noche llegó:  
rezó misa el padre Olmedo, y de  
la ciudad muy quedo el ejército  
salió.

II

Atruenan la inmensidad el rayo,  
sierpe de fuego, que surge,  
rebrama y luego difunde la  
tempestad. De Tenoch en la  
ciudad la lluvia cae a torrentes; el  
viento en muros y puentes  
levanta un triste rumor que  
espanta al Conquistador y a sus  
aguerridas gentes.

No hay en los contornos vagos ni un  
solo hachón encendido; ébano en la  
sombra hundido es el cristal de los lagos.

Símbolo de los estragos que al pueblo  
diezman y azotan, Cortés y los suyos  
notan bultos que informes navegan:

¡restos humanos que llegan y  
cadáveres que flotan!

De pronto, cuando imagina don  
Hernando estar salvado y ve a  
Sandoval osado que sobre el puente

camina, oye una voz femenina que  
grita con hondo afán: —"¡Tus  
enemigos se van viendo que no  
estás alerta! ¡Sal a matarlos!  
¡Despierta, pueblo de  
Tenochtitlán!"

Cunde el siniestro rumor, y allá  
de lejos se mira ardiendo en alto  
una pira que lanza vivo fulgor;  
suena en el templo mayor el  
*teponaxtle* sagrado, y Cortés mira asombrado que de la ciudad entera  
surge como hambrienta fiera el  
pueblo desenfrenado.

Los indios con fiero empuje, de  
sus derechos en nombre, álzanse  
cual un solo hombre que ciego de  
encono ruge. Doquier por los aires  
cruje el agudo pedernal, que en el  
bruñido metal de la castellana cota  
resbala, salta o se embota con  
estallido infernal.

Y está la noche sombría,  
la sorpresa ha sido aleve, y entre Las

tinieblas llueve con tenaz monotonía. La confusa gritería convoca a horrible matanza, y no hay arcabuz ni lanza que al pueblo

azteca intimide, porque está humillado y pide libertad, muerte y venganza.

En densa pavorosa brega con el indio el

bravo ibero; el canal con el sendero

confúndense en la refriega. La angosta

calzada riega agua y sangre a un tiempo

mismo; en ignorado heroísmo mueren indios e invasores en medio de los horrores del más tenebroso abismo.

Pretende alzar Magarino el puente, y su

intento es vano, pues lo sepulta el pantano insondable del camino. Sandoval y Ortiz, con tino, el foso cruzan a nado; de Hernán Cortés cae al lado Juan Salazar moribundo, y en el zanjón más profundo con muertos forman el vado.

Alvarado, en espantoso combate, con gran pujanza

clava entre muertos su lanza y de un

salto salva el foso. Mata a Moría un

desastroso golpe de dura macana, y al

rayar de la mañana daban compasión y

espanto tantos estragos y tanto despojo

de carne humana.

Por los indios perseguido, ya sin

casco ni rodela, cae de su corcel, que

vuela, el soldado Juan Garrido. Sin

defensa y mal herido, ve la región

infinita y exclama: "—¡Virgen bendita!  
i sálvame en tan grande apuro, y en  
este lugar te juro que levantaré una  
ermita!"(1)

Y cumplió como leal, de  
gratitud dando ejemplo; la ermita  
se trocó en templo, y el templo  
tuvo hospital. De aquel suceso  
fatal un doble recuerdo existe.

1 Dice Orozco y Berra:

Frente al lugar donde hoy está la iglesia, existía en 1520 la segunda cortadura o foso con fortificación que defendía la calzada que comunicaba la ciudad azteca co" la 1

tierra firme

En ese punto sufrieron los castellanos durante la conquista el mayor desbarato en la infausta jornada apellidada por ellos la

"Noche Triste". Cuantos sobrevivieron conservaron fresca la memoria de la sangrienta rota, y

y si ya nada reviste

de su forma primitiva,

es una página viva

de la inmortal "Noche Triste".

Un hombre de corazón (i) fundó una

casa bendita, cabe la modesta ermita

que erigió la devoción. Aplauso y admiración siglo tras siglo ha tenido, pues con su obra ha difundido más amor y caridad que la que alzó la piedad o el temor de Juan Garrido.

a fin de perpetuarla levantaron allí una pequeña ermita conocida por "de Juan Garrido", porque este soldado la construyó casi luego que fué reedificada la destruida Tenochtitlán. Poco después la ermita se llamaba "de los Mártires", tal vez con la esperanza de hacer aparecer a los aventureros como defensores de fe. Más tarde, la ermita, en conmemoración del 15 de agosto de 1521, en que fue tomada la ciudad, quedó dedicada a San Hipólito, nombre que todavía conserva.

2 Bernardino Alvarez pidió y obtuvo el terreno eriazo que se extendía junto a la ermita, dándosele permiso el 28 de enero de 1567 para fundar un hospital con el nombre de San Hipólito, y con sus bienes y las limosnas que le dieron fabricó algunas piezas, e inmediatamente comenzó a recoger pobres, enfermos, viejos y locos, a los cuales atendía y regalaba; después avió una crecida re-cua, ocupada en ir a la Veracruz y traer a la Ciudad a los enfermos pobres y a las personas sanas que llegaban de España sin destino ni arrimo, a las cuales decían polizones.

(Orozco y Berra, Memoria, para el Plano de la Ciudad de Méjico).



## LA CALLE DE LA ESCONDIDA

### RELATO HISTÓRICO

Ni en el amor, ni en la gloria, ni en la dicha, ni en la fama, creyó nunca el  
desalmado Ramiro Béjar de Abarca. Hijo  
de padres muy nobles y de riquezas muy  
vastas, educóse cual se educan los hijos de los monarcas. Siempre cruzando los  
mares para ver tierras extrañas; siempre en tratos con guerreros heroicos en cien  
campañas; siempre entre sabios de toga y eminencias de sotana, oyendo elogiar ya  
un libro, ya un bajel, ya una coraza, creció Ramiro cual crecen los robles en la  
montaña, desdeñando tempestades y  
combatiendo borrascas. Fué la mar su  
solo espejo, la lealtad su mejor arma, el estudio su ejercicio  
y el peligro su enseñanza.

¡Cuántas veces le miraron en noche  
negra y helada, por salvar a un marinero,  
audaz arrojar al agua! ¡Cuántas veces combatiendo con algún barco pirata, él  
inició el abordaje ardiendo en valor y en rabia! La juventud en sus venas vertió  
torrentes de lava, y el amor abrió en su pecho hoguera de intensas llamas. Nunca  
soñó esas dulzuras indefinibles y vagas  
que son en Pablo y Virginia limpios  
celajes del alba; su amor no le arrancó  
gritos como al Dante le arrancara, ni le inspiró las ternezas que inmortalizó

Petrarca. Nunca tuvo ese horizonte tan

azul de la esperanza, en que traidora nos finge la ilusión, voluble maga, un hogar dulce y tranquilo, y en él la mujer soñada, una ventura sin tregua, una pasión tierna y santa, y por el beso fundidas en una

sola, dos almas! ¡Espejismos del desierto que la realidad apaga!

¡Mentiras de las más bellas!

¡Nubes que fugaces pasan!

¡Arreboles que decoran nuestras primeras mañanas! Jamás al bravo

Ramiro le perturbaron la calma, pues amó con las fieras, a cielo abierto y sin trabas.

Rindiendo culto a la forma, la juventud y la gracia, buscó en su jardín las frutas para el placer sazonadas, y con oro, con talento, con arrojo y con audacia, fueron tantos sus placeres, sus conquistas fueron tantas, que igualando al niño ciego que tantas desdichas causa, empapó con sangre todas las saetas de su aljaba. Así gastó el sentimiento, y la bondad y la calma, y encenegado en los vicios, palpó la

miseria humana. Ya sin salud ni fortuna, pues sin orden nada basta, en pos de un cambio de suerte se vino a la Nueva España.

Era virrey en tal tiempo don Miguel Grúa Talamanca, el marqués de Branciforte que a su Rey tanto adulara.

Como Ramiro le trajo conocimientos y cartas, con encargos y consejos de gentes de gran prosapia, para que aquí con su influjo hiciera a Béjar de Abarca poseedor de gran fortuna por ser de opulenta casa;

Branciforte sin recelo en su Corte le dio entrada, lo distinguió en todas partes, le dio cargos de importancia y cual si fuera hijo suyo presentóse en una casa, pidiendo para Ramiro la mano de una gran dama.

Como el Virrey era imagen y brazo del rey de España, los padres no le negaron al Marqués lo que

anhelaba, y en breve plazo  
arreglóse la boda, sin que faltara  
señalar el dote, a tiempo, cual era  
de buena usanza.

No hay plazo que no se cumpla:  
violentas las horas pasan y llega  
por fin la fecha para las nupcias  
marcada. A la mansión de la novia  
llega el Virrey con Abarca; un  
numeroso cortejo de nobles les  
acompaña,  
y les sigue a los altares donde el  
Arzobispo aguarda. Celébrase el  
matrimonio, pero a todos les  
extraña que la hechicera doncella,  
sol de virtud y de gracia, no ha  
levantado los ojos para darle una  
mirada a Ramiro, y solamente  
vierten abundantes lágrimas.

Triste como una azucena, que  
alumbraba una luna pálida, a cuanto  
le preguntaron respondió con voz  
tan baja, que más que frases,

gemidos, fueron sus tenues  
palabras. Mas lívida que un  
cadáver v muda como una estatua,  
recibió las bendiciones que su  
enlace consagraban, v cuando salió  
del templo infundió a todos tal  
lástima que el mismo Virrey  
quedóse muy consternado al  
mirarla.

Para celebrar las nupcias los  
padres de aquella dama,  
convidaron a su mesa lo mejor de  
Nueva España. Eran de verse los  
blancos manteles, do se ostentaban  
las armas de la familia con grande  
primor bordadas.

Azafates de Bohemia, rica  
vajilla de plata  
y vinos de los mejores  
que para el Virrey mandaran.

Llega el anhelado instante de  
sentarse en dulce plática a la mesa;  
asisten todos y en pie se quedan,

pues falta la esposa de don Ramiro  
que en verdad mucho se tarda.  
Salen con gran sobresalto sus  
íntimos a llamarla; por todas  
partes la buscan, pero en ninguna  
la hallan, y por patios y escaleras, y  
por alcobas y salas, con gran  
angustia la gritan, a grandes voces  
la llaman, v es todo en vano, pues  
nadie logra verla ni encontrarla.  
Profundo desasosiego contrista a  
todos y amarga, v Ramiro dando  
gritos llama a su esposa con rabia.  
Todo es inútil, parece que se ha  
fugado la dama,  
V todo es zozobra y penas,  
V lentas las horas pasan. Como es  
natural, ninguno queda a comer en  
la casa v a poco se ve desierta  
v triste y abandonada la mesa con  
los manteles  
que ostentan armas bordadas.  
v azafates de Bohemia

v ricos vasos de plata.

Todo es luto y amargura;

Ramiro blasfema y anda

de un extremo al otro extremo

de la silenciosa sala

como un tigre que da vueltas

desesperado en la jaula.

Pasados algunos días se supo al fin

que la dama no sintiendo amor ninguno

por el hombre a quien la daban, se

ocultó con gran cautela en una inmensa

tinaja, a donde sólo en las noches iba

una sirvienta anciana para darle sin ser vista por alimento: pan y agua. —No

puedo —dijo a sus padres—, dar el

cuerpo sin el alma, y no seré de Ramiro, pues mi pecho no le ama. Regaladle mi

fortuna, mi palacio, mis alhajas, ¿mas

yo ser suya? bien puede matarme sin

lograr nada. —Mira que ofendes al cielo.

—No le ofende quien no engaña. —Has

jurado ser su esposa. —Porque así me

lo mandaban; pero juré no ser suya

ante Dios, en voz muy baja. —Ya todo

es inútil.

—Menos mi  
firmeza de palabra; que disponga de  
mis bienes, de mis joyas, de mi casa,  
pero de mí, no he de darle ni siquiera  
una mirada.

Y cuentan que cuantas veces a su  
esposa busco Abarca, desapareció de su  
vista, lo mismo que una fantasma.

Habiéndosele ocultado  
durante muchas semanas,  
herido en su inmenso orgullo,  
volvió don Ramiro a España,  
la Reina, al recibirlo,  
como su pena ignoraba,  
le interrogó sin dobleces:

—¿Tu consorte dónde se halla?

Contóle Ramiro el caso,  
y agregó que se negaba  
a seguirlo, porque nunca  
llegó a verla cara ,a cara.

—Pues bien —agregó la Reina—  
como la nombré mi dama,  
por partida de registro,



haré yo que me la traigan.

Y cumplió como lo dijo;

llevaron ante sus plantas a la

dama misteriosa,

que así le habló al contemplarla:

—Reina y señora: mis penas Dios las  
comprende y las calma; podéis vos  
quitar la vida a vuestra obediente  
esclava, pero no le exijáis nunca que  
obedezca a quien no ama, porque no  
ha de darle nunca ni la materia ni el  
alma.

Y al decir con honda pena estas  
sencillas palabras, fueron tales sus  
angustias y tal corrieron sus  
lágrimas, que conmovida y llorosa, le  
dijo la Reina: —Basta. Vivirás en esta  
Corte, cual viviste en Nueva España;  
allí estabas escondida, aquí no,  
porque te «ampara quien compadece  
tus penas, ¡tu Reina!

—¡ Señora, gracias!

Transcurrieron varios meses, y en

Palacio una mañana, se supo que don  
Ramiro, que fué en comisión a  
Málaga, presa de violento ataque  
entrególe a Dios el alma.

Y antes de cumplirse un año de  
esa muerte inesperada, celebráronse  
con pompa las nupcias de aquella  
dama,

con uno de los donceles  
de la nobleza más alta  
de los que tuvo la Reina  
entre su escolta de guardias.

Afirman los que lo vieron,  
y con sencillez lo narran,  
que era un astro de ventura  
la faz de la desposada;  
y que la feliz pareja

vino luego a Nueva España,  
donde formó una familia  
llena de prendas tan santas,  
de virtudes tan austeras  
v de caridad tan vasta,

que hasta el presente la estiman

y en todas partes la ensalzan.

Dicen algunos cronistas que por  
no mirar a Abarca la doncella fué a  
escondese en una modesta casa de  
antiguos sirvientes suyos que de  
corazón la amaban.

Y después de muchos años las  
gentes que todo aclaran, conocieron  
esta historia,  
y acaso por perpetuarla,  
a la calle en que aun se mira  
la humilde y estrecha estancia  
donde la joven estuvo  
oculta algunas semanas,  
la calle de "La Escondida"  
propios y extraños le llaman.

## LA CALLE DE LA AMARGURA

I

Al sonar la media noche sobre las  
torres más altas, se acercó Lope  
Barrientes al pie de angosta ventana.  
Abrióse la puertecilla y dos  
manecitas blancas en toscos ganchos de  
hierro suspendieron una escala.  
Por ella se subió Lope, v a solas ya  
con la dama, dijóle así con ternura,  
arrodillado a sus plantas:  
—Ningún corazón se quema entre  
mas candentes ascuas que las que  
encendió en el mío tu arrobadora  
mirada.  
Desde la ocasión primera en que  
contemplé tus gracias, por todas partes  
te miro porque te llevo en el alma.  
Dios lo sabe y Dios lo quiere; asistí a  
una misa de alba  
y creí ver a la Virgen

en el templo, en forma humana.

Eras tu, bien de mi vida; eras tu,  
linda y sin mancha, que con devoción  
orando cerca del altar estabas.

Por los vidrios de colores de la cúpula  
sagrada, en áureos haces entraron los  
rayos de la mañana.

Y al bajar hasta la frente, limpia,  
tersa, hermosa y blanca, tejieron un  
casto nimbo que ningún pincel retrata.

Los sedosos rizos rubios que por tu  
toca asomaban, eran como una diadema  
de topacios entre llamas.

Yo, al verte, casi de hinojos, oí una  
música extraña; miré tras de los altares en risueño panorama; un cielo azul y  
tranquilo, abajo flores y galas, en el  
fondo una casita y en ella tú y yo. . .

—Levanta

y cállate, lisonjero.

—Amor, lisonjas no gasta

y sólo dice verdades

como las que escuchas.

—Calla.

—¿Me quieres un poco?

—¿ Un poco . . . ?

¡Como en el mundo no .aman! —Esas son

lisonjas, Lope. —Estas son verdades,

Laura. Se alzó el doncel y en sus brazos estrechó a la hermosa dama, v todo quedó en silencio en la calle y en la estancia.

Porque entre amantes que anhelan

decir cuanto esconde el alma, son, si están solos y juntos, inútiles las palabras.

II

Era Lope un joven rico, de  
valor y de talento, que amaba las  
aventuras que ponen la vida en  
riesgo.

Contaban que allá en España, llegó a  
escalar un convento en pos de guapa  
novicia que encendió su «amor primero.

Era decididor y alegre, con  
oportuno gracejo, en el vestir  
elegante y en el gastar opulento;  
sin mas arte en este mundo que  
el de mantener un puesto  
distinguido entre los grandes y  
grande entre los pequeños.

El Virrey lo trató siempre con  
predilección y afecto; pues vino  
recomendado a los próceres del Reino.

Era su porte arrogante; ojos  
brillantes y negros, barba  
rosada y obscura, robusto y  
ágil el cuerpo.

Con atención le miraban cuantos  
hallaba a su encuentro, porque por rara  
costumbre llevó siempre sobre el pecho  
una hermosa cruz dorada, pendientes de  
un collar negro.

Siempre cubrió su cabeza con boina  
de terciopelo ornada con blanca pluma  
que airosa flotaba al viento.

Siempre se le vio portando rica  
espada de Toledo y pasar por todas  
partes seguido de un escudero.

Quién le juzgaba en el vulgo alto  
personaje regio llamado a ocupar un  
trono por su sangre y su derecho.

Quién, hijo de algún monarca,  
vástago de amor secreto, que a la  
Nueva España vino con un elevado  
empleo.

La verdad es que don Lope por su  
tino y por su aspecto, prestábase a las  
más raras suposiciones del pueblo.

Era como un Juan Tenorio  
trasplantado .a nuestro suelo, para



amedrentar maridos con sospechas y  
con celos.

Era muy larga la lista de  
sus riñas y sus duelos y  
muchas las cicatrices  
esparcidas en su cuerpo.

Mas sus ruidosos amores, sus  
escándalos sin término, jamás la fe  
religiosa apagaron en su pecho.

Era un devoto ferviente y por un  
hábito añejo tuvo el de asistir a misa  
al teñir la luz el cielo.

Así se encontró con Laura una  
mañana en el templo, y fué constante  
en seguirla, con tan prudente respeto,  
que en las engañosas redes cayó  
pronto el ángel tierno  
salvando toda barrera y desdeñando  
consejos que por ser justos y sanos  
pudieran salvarla a tiempo.

III

Mientras, en dulces coloquios,  
Laura y su amante pasaron las horas  
como minutos del mundo entero  
olvidados;

al pie de aquella ventana lívido, y  
como de mármol, mirábase a un  
caballero en negra capa embozado.

Ardiendo su pecho en ira, v en  
maldiciones sus labios, en el puño de  
su daga puesta la crispada mano, v  
hablando consigo mismo entre irónico

y turbado: "Aquí he de encontrarle, dijo, él vendrá, tarde o temprano.

"Me cuentan que ronda mucho esta  
calle a lento paso, y que antes de dar el alba se encamina hacia el Sagrario.

"Mucho vela este tunante, parece  
nocturno pájaro que con el sol está  
ciego y en las tinieblas ve claro.

"Yo le diré tres verdades a este  
amante tan cristiano que une la ronda y  
la misa con un eslabón de escándalos.

"Es joven, y sabe mucho, mas no me

importan sus años, que en los muchos  
que yo cuento aun no me vacila el brazo.

"Que venga pronto a este sitio,  
porque yo no espero en vano, v que su  
intención me diga antes de que cante el  
gallo".

A tiempo que esto pensaba, escuchó  
un rumor extraño, como algo que  
descendía contra el muro resbalando;  
siente un golpe sobre el hombro, busca  
un objeto al acaso y encuéntrase con la  
escala que desde arriba arrojaron.

—¡Ira de Dios! ¡me deshonran! nunca  
llegué a sospecharlo, baje el que  
mancha mis canas, porque tengo que  
matarlo.

Transcurrieron en seguida unos  
minutos muy largos, la calle estaba en  
tinieblas, el cielo, peor, sin astros, v escuchábase a lo lejos fúnebre, triste y fantástico  
del temido Santo Oficio el toscó esquilón vibrando.

Al fin descendió don Lope, v al dar el  
último paso, antes de pisar la acera  
sintió en el cuello una mano.

—¡ Miserable! el que así roba la dicha  
de un hombre honrado, debe morir como  
un perro porque deshonra ,al cadalso.  
Y con el ímpetu ciego con que se  
desprende el rayo trató de herir con su  
daga al mancebo enamorado.  
Falló por su mal el golpe, v listo don  
Lope en cambio, creyendo en una  
venganza de algún rival desdeñado,  
sacó el puñal florentino v sin temor ni  
reparo hirió sin saber en donde al  
incógnito adversario, con tal acierto, que al punto logró en tierra derribarlo.  
Viendo que no daba muestras de  
aliento, con ansia trajo un farolillo, y al rostro lanzó los brillantes rayos.  
No bien lo contempló Lope atronó el  
oscuro espacio  
con un estridente grito  
de consternación y espanto.  
Herido estaba de muerte, de roja  
sangre en un charco el viejo padre de  
Laura venganza al cielo clamando,

#### IV

Apaga el sol en ocaso su luz que  
expirante dora las cimas de las  
montañas que pronto envuelven las  
sombras.

Extínguense los rumores en pos de  
las tristes notas conque al rezo la  
campana llama a las gentes devotas.

En el obscuro horizonte limpias las  
estrellas brotan, y parece que descansa  
la Naturaleza toda . . .

Entre tanto. . . en el obscuro fondo de tranquila alcoba, a la víctima de  
Lope fiebre intensa lo devora.

El cuadro es triste, muy triste,  
Laura angustiada solloza oyendo que  
en su delirio así su padre la invoca:

"Desde que veniste al mundo eres tú mi dicha sola;  
te adoro con toda el alma, porque del  
alma eres joya. ¿Es verdad que me has  
vendido? ¿Es verdad que me  
deshonras? Por ti me han dado la  
muerte, mas tu padre te perdona".

Baje pronto el que me infama v a mis  
pies su sangre corra . . . ; Maldita l a . . .  
¡n o ! ¡que digo! La pasión la ha vuelto loca.

Hija, tu padre se muere; por ti la  
vida le cortan, manchada estás con  
su sangre, v esa mancha no se  
borra!

Dame la mano, hija mía, yo voy  
a donde se goza, al cielo. . . que a ti te niegan por torpe y por pecadora.

¡ Un sacerdote! ¡ me ahogo! de  
nuevo la sangre brota, de la herida  
que me abriera quien vino a robar  
mi honra.

Y era verdad, se moría don  
Guillen, y en esa hora,  
Laura, que oyó sus delirios gritaba  
como una loca

¡Padre, perdón! no me dejes; este  
crimen me abochorna, llévame .al  
cielo contigo porque la vida me  
estorba.

Murió el anciano y fué tanta la

amargura intensa y honda de Laura  
al ver su cadáver rígido y solo, en la  
.alcoba, que inclinando la cabeza, cual  
flor en su tallo rota, se reconcentró en sí misma, recordó su vida toda, v  
arrodillada y convulsa al pie de una  
Dolorosa, murió de remordimiento, de  
amargura y de deshonra.

V

Lope, a quien por tal suceso  
ninguno entonces denuncia, al saber  
que murió Laura enloquecióse de  
angustia, y llegó hasta el mismo sitio  
de la trágica aventura, ya sin ilusión  
de amores y sin esperanza alguna, do  
cuentan que despechado maldijo la  
suerte injusta,  
y presa de un accidente, que los  
sentidos le turba, cayó do estaba la  
sangre del viejo Guillen, aun húmeda.  
Allí lo halló un religioso que  
auxiliarlo no rehúsa, al cual no puede  
decirle Lope sus horribles culpas,  
porque cuando hablar intenta tu  
torpe lengua se anuda.  
Mirando tantos desastres que en  
aquel lugar se juntan, en el padre  
asesinado, en Laura, por él difunta; y  
en el criminal amante a quien a morir  
ayuda, el buen fraile estas palabras



lleno de dolor pronuncia: "Para mí ha sido esta calle la calle de la  
amargura", y dejáronle ese nombre  
que da margen a esta ruda leyenda,  
sobre una historia fúnebre, extraña y  
confusa.

## LA CALLE DE LA BUENA MUERTE

I

Amor, tirano del mundo, por  
cuanto abarca la vista ninguno a  
contar alcanza el número de tus  
víctimas.

Lo mismo el que calza espuela y ostenta  
yelmo y loriga que el pastor a quien le cubre la espalda tosca pelliza;  
lo mismo el que sale en busca de  
peligrosas conquistas que el desengañado amante que del mundo se retira;  
todos enseñan o esconden las incurables  
heridas que abrieron, más que tus dardos, tu astucia, o tu alevosía.

Todo en tus redes lo dejan, los incautos que alucinas, pero ¿quién no ha sido incauto  
cuando tus filtros lo hechizan?

¿Quién no ha pecado de torpe cuando su

bien sacrifica

por disfrutar una sola de tus engañosas dichas?

El más sabio y más prudente al pie de una reja olvida cuanto ayer le aconsejaron  
prudencia y sabiduría.

Y en las apartadas celdas do crecen las flores místicas para inquietar a las almas son los  
recuerdos, avispas.

En el venerable anciano que el cuerpo trémulo inclina cual si fuera de su frente a  
sacudir las cenizas,

las memorias de otros tiempos lo confortan y lo animan y son las blancas estrellas que en su crepúsculo brillan.

Y en el inexperto mozo que nada teme ni esquiva el amor es su ejercicio, su tesoro y su divisa.

Y entre tanto, ¡oh niño ciego! Alimentas la perfidia y ríes de los perjuros, pues tu cetro es la mentira.

Y las doncellas burladas, las damas mal comprendidas,  
que mueren sin que las lloren los que más las martirizan, dan pábulo a la leyenda y

,a la tragedia sombría, y en dulces o

amargos versos, en tristes o alegres

rimas,

sobre el mar de las edades bogan en

nave tranquila, pues de frágiles mujeres las hizo .amor heroínas;

y se lloran sus desgracias, se

lamentan sus desdichas, sin

mirar que en este valle de

lágrimas e injusticia

aun quedan viviendo muchas, no

Beatrices ni Eloísas, pero que son del dios ciego tristes e indefensas víctimas.

No merecen un poema sus penas en

nuestros días que fué de bardos de

antaño tañer tan alto la lira.

Mas si en cuentos para el pueblo caben

cosas tan sabidas, basta de prólogo inútil que por pesado fatiga.

Y al grano; lo que refiero será verdad o mentira, y tal como me lo han dicho permitidme que os lo diga.

II

Era Dulce nombre Llanes una  
muchacha hechicera a quien por  
grata costumbre llamáronle  
"Dulce" a secas.

Labios húmedos y rojos  
brillantes como cerezas, el cutis  
apiñonado, árabes pupilas negras,  
las mejillas sonrosadas, la  
faz hermosa y risueña, y con  
muy pocos .abriles, y muy  
exquisitas prendas.

Era cual hija un modelo por lo  
amorosa y lo tierna, un ángel por  
sus bondades y por su gracia una  
reina.

Hija de padres muy pobres  
nunca usó costosas piedras ni dio  
música a sus pasos con el *frú frú* de la seda.

Su padre, soldado viejo que  
sirvió a la independencia, adoraba  
a Dulcenombre

con una pasión inmensa.

Y era de ver por las tardes al  
viejo charlar con ella contándole  
mil hazañas que los sabios  
menosprecian

Era digno de una copia el cuadro  
vivo, la escena, que por más que lo  
procuro mi pluma a pintar no  
acierta.

Una alcoba muy oscura, muy  
humilde y muy estrecha, con  
muros y pavimento limpios como  
una patena.

En tosca silla de pino, al  
extremo de una mesa, la madre de  
Dulcenombre, flor que los años no  
secan,

cose con su mano aun firme la  
ruda labor ajena, que si da corto  
salario largas vigiliass le cuesta;  
Dulce, imitando a la madre, con  
santa quietud arregla lo que  
habrán de recibirles de sus

trabajos en cuenta;  
el anciano, contemplando a la  
dichosa pareja, sin fijarse en si lo  
escuchan mueve a su sabor la  
lengua.

Refiere cosas extrañas que  
siempre parecen nueva», y se le  
arrasan los ojos al citar nombres y  
fechas.

—"El señor Morelos—dice— era de  
piel muy trigueña, con unos ojos muy  
negros que brillaban como estrellas.  
Era muy grueso de carnes, pero, así,  
de tal manera, que las botas de  
campaña no pudo él mismo ponérselas.

Y como era tan difícil  
meter las botas aquellas, él  
enseñó a un asistente  
a que tal cosa aprendiera.

Y nada más uno supo darle gusto en  
tal empresa, —Padre, pero si es tan  
fácil. —No tanto como lo piensas. . .

Primero: el señor Morelos siempre

sufrió de las piernas; segundo: para  
calcarlo se necesitaban fuerzas;  
porque era así, muy obeso, muy  
torpe, lo que tu quieras, y nada mas uno supo servirlo .aprisa.

— ¿Quién era?

—Sábelo con regocijo tu padre que  
aquí contemplas, ¡ Yo tuve Dulce, esa  
gloria con aquel genio de América.

Y con los ojos nublados por las  
lágrimas más tiernas, murmuraba:  
¿Fácil? ¿fácil? ¡no tanto como lo  
piensas!

Y la encantadora Dulce miraba  
con reverencia al que juzgaba una  
gloria grande, sin igual, inmensa,  
haber sido el asistente que en el  
fragor de la guerra calzaba al genio  
más grande que brilló en la  
independencia.

Y ellas pasaban las horas  
cosiendo labor ajena y el viejo  
citando acciones ya pueriles y ya  
serias.



¡Oh santa paz del trabajo! ¡ oh  
virtud de la pobreza! allí reinaba la  
dicha que en vano tantos anhelan.  
Porque a veces no es remoto  
hallar el cielo en la tierra aun en  
una alcoba humilde, muy oscura y  
muy estrecha

III

¡ Ay de la fe que vacila! ¡ ay de la  
fe que razona!

¡ay de la casta doncella que ama con  
el alma toda!

Muere la fe como el lirio que el  
soplo invernal agosta, y surge la  
negra duda trono de la eterna  
sombra.

La hechicera Dulcenombre oye la  
voz engañosa que su corazón  
conmueve y sus sentidos trastorna.

Y sin explicarse nunca el mal que  
su calma agota, ama por la vez  
primera como ciega, como loca.

En el jardín de la vida la mujer es  
una rosa que con el menor quebranto  
se marchita o se deshoja.

¡ Cuántas tardes el buen viejo  
interrumpió sus historias y al ver  
llorando a su hija le preguntó: ¿Por  
qué lloras?

La mujer es siempre astuta y  
aquella inocente moza contestaba:

"Porque todo lo que dices me  
impresiona"

El padre enorgullecido, con  
voz apagada o ronca  
continuaba los relatos de sus  
añejas victorias.

¿Qué sabe un viejo soldado de esas  
penas silenciosas que a un ángel de  
quince abriles la paz y la fe .le roban?

Las ve como nubecillas que  
si los cielos entoldan, al  
primer soplo del viento  
fugaces se desmoronan.

Pero Dulcenombre sufre, en sueños  
grita y solloza, y así dormida descubre  
algo que a su madre asombra.

Quiere el amante llevarla muy lejos,  
donde no opongán trabas al amor  
inmenso que sus almas aprisionan.

La doncella no consiente, pero lucha,  
piensa, llora, y lo que calla despierta, durmiendo lo grita loca.

Pronto sabe el veterano que a Dulce,  
su flor hermosa, un galán vertió en el  
pecho un filtro que la emponzoña.

Busca al amante y lo encuentra y  
¡oh verdad desgarradora!

aun queriéndolo no puede darle su  
nombre a la moza.

¡La engañó como un villano y  
engañada la abandona! Cruza en la  
rugosa frente del veterano una sombra,  
y con el vigor antiguo que  
la venganza redobla, castiga  
como merece al que la dicha le  
roba.

¡Miserable! —dice airado— quien el  
corazón destroza de una inocente que  
todo lo infame y lo torpe ignora,  
el que mancha un nombre limpio y  
de un .anciano se mofa profanándole a  
su hija como un ladrón en la sombra,  
pague su crimen cual debe y su  
sangre gota a gota lave la manchas que  
osado sobre mis canas arroja.

Y con la pequeña espada punzante,  
afilada y corva, que como buen  
insurgente usó en triunfos y derrotas,  
busca el corazón artero del que sus  
iras provoca, lanza el golpe, suena un grito, y queda todo entre sombras.;

#### IV

Bañado en su propia sangre, en la acera  
se retuerce implorando algún auxilio un  
hombre que ya se muere.

El veterano con calma pasa a  
la acera de en frente y llama  
ansioso a una puerta tosca y  
pintada de verde.

Pronto se escucha que gritan por  
adentro: ¿qué se ofrece? —Que salga un  
padre Camilo a dar una buena muerte.

—¿Está cerca el moribundo? «—Muy  
cerca y morirá en breve. —¿En qué calle?

—En esta misma.

—¿En qué casa?

—A la intemperie.

Y dicho esto retiróse d  
e aquel sitio

lentamente pensando en todo o en nada,  
paso a paso como siempre.

Cuentan que alcanzó el herido la  
absolución *in extremis* y partió para ese mundo de donde nunca se vuelve.

A aquella calleja angosta que vio esta  
escena solemne la "Espalda de San Camilo"  
llamaba entonces la gente.

Mas después cambió ese nombre por el  
que a la fecha tiene, y es, cual lo dijo aquel viejo, calle de la "Buena Muerte".

---

EL ODIO DE UN GRAN SEÑOR

## LEYENDA HISTÓRICA DE LA ESQUINA DE PALACIO

I

Juana, Lola y Luz formaron un terno  
de lindas rosas; en Méjico, por  
hermosas, las tres Gracias las llamaron.

Su belleza soberana era un nimbo,  
una aureola; Luz era menor que Lola y  
Lola menor que Juana.

Escultóricos los pies, labios  
húmedos y rojos, y por el  
garbo y los ojos  
deslumbradoras las tres.

Juana era un tipo ideal: pálida,  
esbelta, arrogante, un verso alado del  
Dante viviendo en carne mortal.

Lola, de franca expresión, rostro de  
perfil romano con el color fresco y sano de la almendra de un piñón;  
y Luz, gallarda y gentil, a todo  
hechizo despierta era una azucena  
.abierta en una aurora de abril,



bella como un arrebol, con tan  
rubia cabellera, que suelta en sus  
hombros era un haz de rayos de  
sol.

En arabescos chapines siempre  
ocultando el pie breve, hecho con  
amos de nieve o pétalos de  
Jazmines.

De su pecho en el confín mal  
velaba tanto aliño los dos volcanes  
de armiño con cráteres de carmín.

Y en la voluptuosa espira de su  
cuerpo de palmera, las curvas de la  
cadera formaban bien una lira.

Y unido a tanto embeleso y a  
gracia tan soberana, eran sus  
labios de grana candente nido de  
un beso.

Y en Méjico, en conclusión, las  
tres hermanas tan bellas daban  
celo a las estrellas  
que ostenta el Cinto de Orión.



II

Don Lorenzo Valazés, hombre de arrojo y valía, era de gran nombradla y de no poca altivez. Opulento y gran señor, de dulce y afable trato, con fama de literato y de grave historiador; era siempre epigramático, y .aunque muy bien recibido, era de muchos temido y ante todos antipático.

Conoció a Luz, y el capuz varió de su suerte impía, porque aquel fué el primer día que vio la primera luz.

Se impresionó Luz por él, y él osó pedir su mano, mas se le opuso el hermano de su amada, don Leonel.

No declaró guerra abierta sino artera y sin testigo ofreciéndose de amigo mas sin abrirle su puerta.

Luz, inquieta y aturdida, amó sin ningún temor, que siempre el

primer amor es el todo de la vida;  
y así, sin razón ni calma, sin  
reparar en su hermano, no pudo  
negar su mano a quien le dio  
toda el alma.

Tuya soy, tuya seré, le dijo, y  
descansa en mí, y si me alejan de  
ti, o te busco o moriré.

Y sin poder más decir presa de  
su amor ardiente, dichosa con el  
presente nunca miró el porvenir.

Don Leonel, que vio el comienzo de un  
negro drama en su hogar, nunca quiso  
demostrar su aversión a don Lorenzo.

Mas este, con la esperanza de dar cima  
a su ilusión, abrigó en su corazón a un  
tiempo «amor y venganza.

III

Don Leonel habló a su hermana, y con muy sana intención le condenó una pasión tan violenta como vana.

—Nunca tu amante será de ti

digno, hermana mía,

ese amor es flor de un día y

puedes matarlo ya.

Tu me has visto indiferente, pero así

no he de seguir, pues debo tu porvenir

siempre velar diligente.

Antes que mirarte presa de este

hombre en el torpe intento, quiero verte en un convento de novicia o de abadesa.

Tu hermano mayor soy yo, y .aunque

tu pecho taladre, lo mismo que nuestro

padre odio al que a mi padre odió.

Fué tu amante su enemigo, le causó

mil desazones y quebrantos y aflicciones de que se quejó conmigo.

¿ Y tu sabiendo esa historia harás

que el mundo se asombre siendo la

esposa de un hombre que mancilla su

memoria?

Medita con calma, Luz, la razón todo

lo vence, no quieras que me avergüence

si cargas tan negra cruz.

—No sé si tendrás razón, dijo Luz con

triste acento,

habla en ti el resentimiento, y en

mí sólo el corazón.

¿Quién convence a una mujer que puede

todo, cuando ama, de que el amor que la

inflama no tiene razón de ser?

El amor es como el mar, se encrespa, se

extiende, impera, y . . . no le pongas barrera porque te puede arrollar.

Y ambos, sin dejar que estalle, la

rabia que el bien les roba, se fueron;

Luz a su alcoba, y don Leonel a la

calle.

#### IV

Pues señor, no la convenzo, dijo el galán, está loca, y .allí de manos a boca se encontró con don Lorenzo.

Se preguntan, se contestan, y siguió al diálogo frío: ese silencio sombrío entre dos que se detestan.

—¿Hablasteis con vuestra hermana?

—Claro está, no soy un mudo, y hablo cuando le saludo por la noche y la mañana.

—Lacónico sois como ella. —

De mi casa en el estrado nunca sé que hayan gustado discursos a la doncella.

—Razón os asiste fiel; Vuestra hermana es un tesoro. —¡Hermosa caja de oro! —Pues tomadla, don Leonel.

—¿La caja? no; más conviene al dueño en quien no es estorbo. — Tomad al menos un sorbo del tabaco que contiene.

—Eso sí; no hace perjuicio un vicio  
que da salud. —En vos. Leonel, es  
virtud lo que en otros juzgan vicio.  
—Está fresco y tiene aroma. —Me  
llega directamente, y en verdad, no es  
mucho gente la que lo gasta y lo  
toma.

Leonel el polvo aspiró, y torvo y de  
mala gana del amante de su hermana  
al punto se despidió.

Ya separados los dos Lorenzo dijo  
turbado: "Este ignora que me ha dado sin pena su último adiós".

Y profetizó la suerte  
adversa de su enemigo,  
que ya llevaba consigo en  
esos polvos la muerte.

Al rayar el nuevo día, "Méjico supo asombrado que Leonel envenenado y  
sin remedio, moría.

Ninguno fué delator de este crimen  
misterioso, y aunque cierto y  
espantoso nunca pasó de rumor.

A la muerte de Leonel, Luz  
aborreció a su amante, y desde aquel



mismo instante jamás se encontró con él.

Puede el lector más rehacio juzgar cual mejor entienda, pero es así la leyenda de la "Esquina de Palacio".

---

## LA CALLE DE LAS MORAS

### A LAS INTELIGENTES Y BELLAS NIÑAS MARÍA Y CRISTINA FRÍAS Y SOTO

I

Después de la media noche llega al  
portal de una casa un caballero  
embozado en negra y flotante capa.

Dibújanse entre los pliegues la lengua  
y oculta espada de bruñidos gavilanes  
y de reluciente taza. Y adivínase al  
mirarlo llegar inquieto, con ansia,  
como un ente misterioso que de todos  
se recata, que algo muy grave y muy  
serio le está conturbando el alma.

Abrenle pronto la puerta a la cual tres  
veces llama: sube la angosta escalera y

llega .al fin a una sala donde le espera impaciente y lo recibe su hermana.

— Me tienes con gran cuidado.

—Tardé tres horas bien largas; pero  
ya pongo en tus brazos una linda flor

humana. —¿Quién te la entregó?

—Su padre, don

Suero Méndez y Garza, que me habló de tal secreto hará unas cuantas semanas. La madre de la chiquilla, ya sabes, fué una mulata a quien sorprendió la muerte al dar vida a esta rapaza, Como ya tiene don Suero la cabeza tonsurada, y aunque en órdenes menores nunca deja la

sotana, intenta ocultar al mundo lo que juzga una gran falta; v como además le estorban pañales v zarandajas, nos endona para siempre y con voluntad muy santa a esta niña que has de verla cual hija de tus entrañas. Y

desenvolviendo al punto aquella preciosa carga ambos con sorpresa vieron los primores de su cara. Ojos negros, .andaluces, llenos de lumbre africana, obscura la cabellera, sedosa y ensortijada;

el cutis como de armiño,, los labios

como de grana y un hechicero

conjunto vivo espejo de las gracias.

—¡Encantadora es la niña! dijo

después de mirarla la joven; ¿en

ningún caso podrán nunca

arrebatárnosla? —Imposible; aquí

me traje lo que mi derecho ampara;

¡un documento secreto! —¿Y eso nos

sirve?

---Nos basta.

—¿Sabe don Suero que somos de una religión contraria a la suya?

—Ni lo sabe ni yo le diré

palabra, que la indiscreción más mínima

labrará nuestra desgracia. —Bien; pero entonces, ¿qué hacemos? —¿Para qué?

—Para enseñarla a

amar a Dios cuando crezca. —Lo

que hicieron en Granada nuestros

padres con nosotros; ¡es la ley de

nuestra raza! —Nos acusan de

moriscos. —La confusión los

engaña, que moriscos e israelitas

iguales son en las llamas; esta

chica cual si fuera nuestra hija, la

ley santa

de Moisés seguirá siempre, pues deber nuestro es salvarla, —Así lo entiendo; y alabo, Samuel, tu intención honrada. —Nunca sabrá tal secreto nadie, pero menos Yarza. — ¿La madre de esta chicuela nació . . . ?

—En Córdoba, en España. — ¿Y don Suero?

—Según dicen don Suero

nació en Vizcaya. —¿Qué nombre tiene la niña? —

María, su padre la llama. —Cambiarémosle de nombre. —(¿Y le llamaremos?

—¡ Sara

que significa princesa, y porque además, hermana, del padre Abrahán la esposa tan dulce nombre llevaba.

II

Veinte «abrilés han pasado después de tan rara escena, y Sara está encantadora y deslumbra por lo bella. Ama .a Samuel como a un padre, y como a una madre tierna, como a un Dios sobre este mundo ama a su hermana Rebeca. Educada en el retiro

sin vanidades arteras, entre sus

muchas virtudes sobresale la

modestia. Vive cual entre las hojas

la pudorosa violeta, esquivando las

miradas de los que al candor

motejan. Es gallarda como palma,

ágil, flexible y esbelta encendida

como rosa y pura como azucena

ignora su triste historia, pues

desde La noche aquella en que

Samuel la llevara al hogar donde

se encuentra, nadie le ha dicho

una frase que perturbe su

inocencia, y en Samuel un padre

mira a quien con amor venera.

Don Suero nada ha sabido de la

preciosa doncella que en veinte

abrilés pasados, desde que a

Samuel la diera, ni preguntó por

su suerte, si estaba sana o  
enferma, si era inteligente o torpe  
ni si estaba viva o muerta. Don  
Suero, como un extraño, nunca  
preguntó por ella, y acaso no  
volvió nunca ni a recordarla  
siquiera. Don Suero llegó a ser  
grande entre las gentes de iglesia  
y ocupó en el Santo Oficio  
un lugar de preeminencia.  
Entre los inquisidores  
era el de mas altas prendas,  
y el Virrey y el Arzobispo  
sus grandes amigos eran.  
Una mañana encontróse  
con una denuncia nueva,  
que ni la atención le turba  
ni le ocasiona extrañeza.  
una familia de herejes  
vive en Méjico y se entrega  
a las prácticas de un culto  
que el mismo infierno alimenta.  
En la denuncia se dice

que un Samuel y una Rebeca,  
y una Sara, hija de ambos,  
según las gentes sospechan,  
ofenden a Jesucristo  
y con el diablo comercian.  
Del aposento en que viven  
da el denunciante las señas  
y al punto manda don Suero  
que a los herejes aprehendan.  
A la mañana siguiente  
horrible fué su sorpresa  
cuando al llevarle a los reos  
frente a Samuel se encuentra.  
Dejó que sus compañeros,  
/a sentados a la mesa,  
con el fúnebre aparato  
de un Santo Cristo y dos velas,  
mil cautelosas preguntas  
al juzgarlos les hicieran; don Suero  
estaba callado, inmóvil como de piedra,  
mirando con gran asombro a la preciosa  
doncella que deslumbraba por pura, por  
humilde y por discreta.

Cuando todos acabaron, dijo Suero:  
Salid fuera y dejadme, quiero a solas  
indagar cosas muy serias con el pobre  
calumniado que es el padre de estas  
hembras; y ya con Samuel a solas, le  
dijo: Hablad con franqueza; ¿sabéis  
quien sois?

—El negarlo

indigna mentira fuera. Sois Suero  
Méndez y Yarza, ¿Y yo?

—Samuel Valdeñuelas. —

Esta encantadora joven. . . —¿Lo  
ignoráis? ¡Es hija vuestra! —No me  
digáis mas; ¿quién hizo la denuncia?

—Un tal Iriestra, que en  
vano persigue a Sara con intención  
nada honesta. —Bien está; guardad  
secreto de esta breve conferencia; os  
agradezco en el alma todo cuanto  
hacéis por ella.

Y llamando a los oidores les dijo con  
voz resulta:

—Ni estos pobres son herejes, ni la



denuncia es sincera, que venga aquí el  
denunciante que es un pájaro de cuenta  
y, por lo que ya sabremos  
condenádmelo a la hoguera.  
Y en libertad fueron puestos Sara,  
Manuel y Rebeca, marchando a la  
misma casa donde la hermosa doncella  
llegó veinte abriles antes como  
misteriosa prenda  
que un caballero embozado en su  
capa trajo envuelta. Y las crónicas  
antiguas, que el raro suceso  
cuentan, dicen que estuvo la casa,  
lugar de tales escenas, en la calle  
"de las Moras", objeto de esta leyenda.

---

EL SEÑOR DEL BUEN DESPACHO  
LEYENDA HISTÓRICA DE LA CALLE DE LAS  
ESCALERILLAS

I

La miseria es un infierno que cie tal

modo trastorna, que si el que la sufre es débil lo conduce a la deshonra. Lo que aquí voy a deciros más eme cuento, es una

historia eme hace más de veinte lustros que corre de boca en boca Diéronmela por

conseja problemática y dudosa, y un erudito de fama por verídica la toma. Sin inquirir otras pruebas que las que al relato «abonan, pues todo lo amengua el vulgo y el tiempo todo lo borra, doy al lector que me sufre tal como me dan las cosas; y si no me las

acepta, al menos me las perdona.

Hubo en los tiempos de antaño en esta

ciudad hermosa

que con lagos y volcanes sus panoramas decora, un nombre a quien la pobreza hizo sufrir penas hondas, pues sin comer se pasaba largas cual siglos las horas. Una noche en el silencio de su miserable alcoba, que en verdad debe haber sido un cubil o una mazmorra, oyó repetidlas veces como una voz misteriosa que le dijo: "Ya no sufras; si quieres pan, anda y roba". El hombre supersticioso rezó lleno de zozobra, creyendo que allí escondido le hablaba el diablo en persona. Y ya perturbado el sueño v

temblando entre las sombras, esperó

impaciente y loco a que naciera la .aurora. En cuanto lució en oriente, tomó el buen hombre sus ropas, y no bien abrió una puerta, antigua, pesada y tosca, detúvose con espanto, pues oyó clara y sonora la misma voz repitiendo: "Si quieres pan, anda y roba". —Quiero pan —

repuso el hombre. —Pues ve a robarlo.

—¡ Me ahorcan!

—Ve a robar . . .

—¿Quién me lo ordena?

¿Dios o el diablo?

Y en la sola estancia,

quedóse todo callado.

—¿No hay quién responda? —"Ve a

robar", repitió el eco, y turbada el alma toda, con la faz llena de angustia y con la mirada torva, .salió nuestro personaje con miedo a su misma sombra.

Pronto se encontró en la Plaza, y cual

playa bienhechora la catedral ofrecióle sus naves anchas y hermosas. Entra en ellas, se santigua con la actitud más piadosa, y toma asiento en un banco junto a una mujer

devota. La contempla, y con asombro y con regocijo nota que trae al cuello una prenda llena de piedras preciosas. Busca un

momento oportuno, y con mano firme y

docta se la arranca, y huye y busca salida segura y pronta

Quando sin miedo a alguaciles

el sacro templo abandona,

por la puerta en que hoy se mira

al santo niño de Atocha

sale un hidalgo a su encuentro,

el paso altivo le corta,

v con acento solemne

le pregunta—¿Por qué robas?

—Quiero pan, repuso el hombre,

—Yo te daré cuanto comas,

pero devuelve esa prenda

a aquella infeliz señora.

—¡ Me denunciará!

—Ve y dile que no

gastas tales obras, que te arrepientes

del hecho, y verás cual te perdona; y en seguida ven conmigo adonde bien te

socorra, que para dar a los pobres tengo dinero de sobra. Cumple el hombre los

mandatos, y con vergüenza no poca

sigue a aquel desconocido a quien

encontró en mal hora.

II

En un cuarto muy estrecho de pobre y  
distante barrio, entre paredes desnudas  
y hombres que visten harapos, sobre  
una mesa de pino

cubierta de un lienzo blanco, igual a los que aprovechan para velas de los barcos,  
armadas con disciplinas que vapulan sin

descanso muévense a compás, nerviosas,

incansables, varias manos. Pegan sobre

el burdo lienzo, que está a todos

revelando que algún objeto insensible

tiene encubierto debajo. —Aquí hallarás

pan; —le dijo al hombre pobre el

hidalgo— ármate de disciplina y vapula

sin descanso. —¿A quién le pego?

—A la mesa

como todos estos vándalos, v por faena

tan simple tendrás un buen semanario.

—¿ Por pegar aquí?

—Es capricho;

tengo dinero y lo gasto; ni pidas

explicaciones ni para darlas te traigo. —

Bien está; —repuso el pobre— ;he de

pegar? pego y callo. . . —Y ¡ ay de ti! si abres la boca, —Me pondré en ella un candado. —Por las mañanas te espero de ocho a diez.

—Yo nunca falto.

—Por las tardes diariamente de las tres hasta las cuatro; pero eso sí, yo te exijo que mientras estén sonando las tres en todas las torres vapules con entusiasmo.

—No comprendo vuestro empeño

—Ni estoy para revelarlo.

¿Te conviene?

—Me conviene.

—Toma un duro adelantado v dale a Jehová las gracias de hallar tan pronto trabajo.

— ¿ A quién decís?

—No te importa

—¡Escuché un nombre tan raro!

—Hablar de luz a los ciegos es tan sólo hablar en vano.

—¿ Ciego yo?—Vapula y calla, si no te

gusta sé franco; pero no robes, no robes, que cuando el pobre es honrado cumple con la ley divina que yo reverente .acato.

Aquí te dijo, ya tienes con honra pan y trabajo, nada comentes ni inquietas, pues huelgan los comentarios. Haz aquí lo que hacen todos; nunca trabajes los sábados, v si algo se te ofreciere aun puedo servirte en algo. —Otra gracia he de pedir.

—Dila pues.

—Me causa espanto dormir donde escucho voces v rumores muy extraños. —¿Y bien?

—Quiero un hospedaje —

Declara lecho ese banco, y pasarás bien las noches. —Gracias, señor; yo no hallo a tan constantes favores manera de darles pago. —

Sirviéndome bien y pronto. —En eso perded cuidado. —Queda en paz; calla y vapula.  
—

Cumpliré vuestro mandato.

Y dichas estas palabras fuese a la calle el hidalgo, v se quedó el hombre pobre ya con pan y con trabajo. En la noche al verse solo dijo para sí pensando: "Yo quiero ver sin testigos lo que esconde el lienzo blanco, pues lo cierto es que me duele de tanto

pegar el brazo". Y deshaciendo los nudos quitando hebillas y clavos, alzó la pesada tela y quedóse mudo y pálido; vio un enorme Santo Cristo en tosca cruz enclavado, y el cual, al mirarle el rostro, puso los ojos en blanco. Arrodillóse aquel hombre, el Credo rezó llorando y escapóse de aquel sitio cual muerto desenterrado. Obscura estaba la noche, y sólo en el negro espacio una inmensa cruz de estrellas lanzaba débiles rayos, ¡Perdón! ; ¡Perdón! exclamaba aquel infeliz . . . besando las baldosas de la «acera. : yo soy un excomulgado!

Y loco, enfermo, convulso, los de la ronda lo hallaron, y al escuchar sus palabras v verle armar tal escándalo, "es un loco, dijo alguno; no loco, es un hechizado".

Y al cuartel lo condujeron atado de pies y manos.



III

Supo en breve la justicia por  
minuciosos relatos que a la imagen  
de Dios vivo azotaban en un barrio.

Y descubierto el secreto,  
la Inquisición sin descanso  
con hábiles artificios  
lo siguiente puso en claro.

Un judaizante opulento  
se hizo dueño, con engaño,  
de un crucifijo muy grande,  
que mandó con otros varios  
para los mejores templos  
de la ciudad de los lagos  
el rey Felipe Segundo  
o su padre el gran don Carlos.

El judaizante halló un sitio  
propio para recatarlo,  
y halagó su fanatismo  
con gastarse muchos cuartos  
en pagar hombres que siempre  
azotaran a aquel Santo.

Condenáronlo a la hoguera,

su casa la derribaron,  
en la catedral pusieron  
al Cristo para adorarlo;  
y cuentan que en pocos meses  
obró tan grandes milagros,  
que las gentes le llamaban  
"el Señor del Buen Despacho".

Como el pobre (que a mi juicio es un  
modelo de ingratos) dijo que le habló

al hebreo fuera del lugar sagrado, frente a una escalerilla en la  
calle y mano a mano, el vulgo, que se aprovecha de los

detalles más vagos, "de Escalerillas"

llamóle a esa calle desde antaño.

Y así lector te lo cuento tal como  
me lo contaron, sin que al fin pueda  
decirte: con esta verdad me salvo.

LA CALLE DE SAN FRANCISCO

A MI RESPETADA Y MUY QUERIDA AMIGA,  
VIRTUOSA Y EJEMPLAR SEÑORA MARIANA  
COTILLA DE DOMÍNGUEZ COWAN

I

A raíz de la conquista, y a gusto del  
gran rey Carlos vinieron a Nueva  
España doce varones preclaros, por su  
mansedumbre ovejas y por sus virtudes  
santos. Embarcáronse en San Lúcar en  
el primer mes del año que llamóse en  
otras eras mil quinientos veinticuatro.  
Conocieron Puerto Rico en el tercer sol  
de marzo, y tras otros veinte soles a  
Santo Domingo entraron. En Cuba  
dijeron misa al ir abril expirando,  
subiendo a San Juan de Ulúa el día  
veintitrés de mayo.

Cortés, al tener noticia de aquel suceso tan fausto ordenó que en el camino les  
diesen lo necesario. Bien poco

necesitaban siendo para todo parcos, v  
de Veracruz salieron sin más carga que  
sus hábitos. A ejemplo de Jesucristo  
andaban siempre descalzos debiéndolo  
todo al cielo como las flores del campo, comiendo frutas y hierbas, por tarde y  
mañana orando, v durmiendo sobre el  
césped lo mismo que en los peñascos. A  
la opulenta Tlaxcala en día de feria  
llegaron, v al contemplar tantas gentes, dijeron con entusiasmo: "Gracias a Dios que  
nos pone mies tan copiosa en las  
manos". Y no pudiendo a los indios  
hablar en idioma extraño les mostraban  
con el dedo el limpio y azul espacio,  
dando a entender que venían, no cual  
los fieros soldados para derramar su  
sangre, sino cual tiernos hermanos para  
darles nuevas luces v a la gloria  
encaminarlos. Los indios llenos de  
asombro  
quedáronselos mirando, les faltaba  
la armadura que lanza al sol vivos  
rayos,  
V la espada reluciente

v el rico y brillante casco. En vez de calzas y botas v rodela y penachos, cabezas y pies desnudos, y el cuerpo mal abrigado con los hábitos polvosos y deshecho en pedazos. En vez del fiero semblante de Cortés y de Alvarado, rostros dulces y apacibles v bondadosos y francos. En vez de un arma homicida, una tosca cruz de palo; v en vez de mirar el suelo todo sangre y todo fango, los ojos vueltos arriba siempre a lo limpio, a lo claro, no adonde están las orugas, sino adonde están los astros. Los indios llenos de asombro *motolinía* gritaron, es decir, pobres, muy pobres, por lo rotos y descalzos. Toribio de Benavente preguntó el significado, v al saberlo, dijo a todos: "Ya sabéis como me llamo". Y adoptó aquella palabra con tal cariño y agrado,

que el padre Motolinia desde  
entonces le llamaron. Saliéronse de  
Tlaxcala  
como vinieron, andando,  
seguidos de un gran cortejo  
de nobles cristianizados.  
Ni una queja de fatiga,  
ni una señal de cansancio,  
siempre amables con los mozos,  
v dulces con los ancianos.  
Para enseñar su lenguaje  
v aprender pronto el extraño,  
conversaban con los niños  
los llevaban en brazos.  
Y así no sintió ninguno  
que fuera penoso y largo  
un camino que venían  
los ángeles custodiando.  
Cuando ya estuvieron cerca  
de Méjico y contemplaron  
sus espesas arboledas  
v sus cristalinos lagos,  
advirtieron que un gran grupo

estábales esperando.

Era que con gran cortejo  
de gentes de nombre y rango,  
mezclándose los guerreros  
a los humildes vasallos,  
a mitad de la calzada  
salió Cortés a esperarlos.

Cuando ya los vio muy cerca  
se adelantó don Hernando,  
y a fray Martín de Valencia  
de hinojos besó la mano. Igual  
hizo con los otros, y aquel  
ejemplo imitando acudieron a  
lo mismo sus capitanes más  
bravos. Como causara  
extrañeza al pueblo todo aquel  
acto, valiéndose de su  
intérprete Cortés dijo:

—Soy soldado del  
Emperador en nombre ejerzo, en los  
cuerpos mando; estos padres que aquí  
vienen de parte del Rey más alto  
gobiernan en nombre suyo las almas de

los cristianos. Las encaminan al cielo,  
las absuelven del pecado y las consuelan y animan en los trances más amargos.  
Yo seré siempre el primero en acatar sus mandatos; que en nombre de Dios  
gobiernan, y el Rey, de Dios es vasallo.  
No pudieron los oyentes contener la  
rienda al llanto, y acudieron presurosos  
,a besar las nobles manos de aquellos  
doce varones, pobres, humildes,  
descalzos, por su mansedumbre ovejas y  
por sus virtudes santos.



II

Para inspirar en el pueblo respeto a  
gentes tan santas, dio don Hernando en  
Texcoco una providencia extraña.  
Dispuso que todos fueran a misa al  
sonar el alcazote y que a todo el que  
tardarse allí mismo le azotaran. Tocó el terrible castigo a un principal de gran  
fama y alborotáronse todos causando  
profunda alarma. Cortés, para dar  
ejemplo, a la siguiente mañana llegó  
más tarde que todos que asombrados le  
miraban. Subió con humilde paso del  
sagrado altar las gradas, despojóse de la ropa y presentó las espaldas. Sin  
reparar en su rango, el fraile que allí  
oficiaba le azotó como si fuera el más  
bajo de la plaza. Y ya desde aquel  
entonces nadie a la iglesia faltaba, que tan saludable ejemplo a todos los puso a raya.  
Cuando los doce varones  
radicáronse en Anáhuac  
y de pisar esta tierra no contaban  
dos semanas, eligieron por custodio,  
midiendo sus prendas altas, y fray  
Martín de Valencia, el cual en

mística plática pidió que todos a un  
tiempo a Dios le dieran las gracias  
por haberlos elegido para espaciar  
su palabra y ser del santo  
Evangelio guardianes en tierra  
extraña. Y unos fueron a Texcoco,  
otros fueron a Tlaxcala, y juntando  
a los .adultos en los patios y en las  
plazas, con argumentos sencillos la  
fe de Cristo enseñaban. En breve  
tiempo pudieron hablar lengua  
mejicana, v en Huejotzingo,  
Cholula, Mixteca, Otumba y  
Zempoala a sus sencillas doctrinas  
convirtieron a las «almas. Ellos  
fueron siempre dulces, los indios los  
adoraban por su bondad sin medida  
v sus virtudes sin tacha. Con  
angélica prudencia de igual modo  
les curaban los engaños de la mente  
que de la carne las llagas, Su  
primer convento estuvo  
en el sitio que hoy abarca

la catedral espaciosa  
por los siglos respetada.  
Trasladóse luego a un sitio  
do Moctezuma guardaba  
fieras y peces y flores  
las más bellas y más raras.  
Vióse allí por muchos años  
una esbelta cruz, más alta  
que las torres de aquel tiempo,  
pues todo lo dominaba.  
'Los religiosos formaron  
aquella cruz veneranda  
de un ciprés alto y hermoso  
que en Chapultepec hallaran.  
Árbol vetusto que un día  
recogió en sus verdes ramas  
de un pueblo ignorado y virgen  
la dulce y triste mirada;  
Árbol a que saludaron  
las libres aves de Anáhuac;  
emblema de la tristeza  
de melancólica raza;  
fué luego en cruz convertido,

y la piedad y la fábula  
lo colmaron de portentos  
y de milagros sin tasa!  
"La gran cruz de San Francisco"  
en Méjico la llamaban;  
y era por su inmensa altura  
objeto de las miradas  
del que a la ciudad venía  
o que la ciudad dejaba.  
Esa cruz y ese convento, cuya rica  
y regia fábrica se cantó entre los  
prodigios de la tierra mejicana,  
dieron el nombre a la calle por  
donde, con arrogancia, sin cuidarse  
de otros tiempos que por añejos le  
enfadan, cual eterno torbellino,  
cual ruidosa catarata, lujosa e  
indiferente el mundo elegante  
pasa. Sólo el que sueña en aquellos  
misioneros de fe santa, que  
consumieron la vida en amparar la  
desgracia, mirando los viejos muros  
de su deshecha morada los

recuerda, los bendice v los admira  
y los canta.

---

LA CALLE DE SAN SEBASTIAN

LEYENDA DE LA MANO

AL ERUDITO, GALENO Y JOVEN

ESCRITOR LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

El año de no sé cuántos, pues  
la fecha está borrada, cometiése  
un robo en Méjico que aterrorizó  
las almas. Eran los tiempos  
aquellos en que al toque de  
campana normaron todos sus  
actos los habitantes de  
Anáhuac. Todos dejaban el lecho  
sonando el toque del alba, listos  
acudiendo a misa antes que el  
sol asomara. Nadie se acercó a  
la mesa si él *Angellus* no rezaba, ni abandonó los manteles sin dar  
un acto de gracias. Nadie las  
tres escuchando dejó la  
costumbre santa de quedarse  
descubierto

elevando una plegaria  
hasta apagarse en las torres  
la postrera campanada.  
Nadie al toque de oraciones  
igual costumbre dejaba,  
y menos cuando ,a las ocho,  
como sufragio a las ánimas,  
en los tristes monasterios  
fúnebres dobles sonaban.  
Todo era unción y recato,  
todo piedad y esperanza,  
y ; ay! de aquél que se atreviera  
con la acción o la palabra  
& censurar tales actos  
poniendo en peligro el alma.  
Desde el prócer opulento  
al indio trocado en paria,  
desde la que viste seda  
a la envuelta en tosca manta,  
todos, como humildes siervos,  
al toque de la campana  
dejaban correr las horas  
entre oraciones y pláticas.

Y si algún horrible crimen  
a las gentes alarmaba,  
era de ver el empeño  
con que en 1A cátedra santa  
con ejemplos y consejas,  
misteriosas como falsas,  
prestábase a comentarios  
que al más bravo amedrentaran.

En las crónicas de entonces  
llenan polvorosas páginas  
hechos que ya en nuestros tiempos infunden risas y lástimas.

Y así vemos unas veces que una mujer es herrada, cuando se transforma en muía y lega  
al infierno el alma. Otras veces a los hombres vemos que les nacen alas

y que vagan por la noche como duendes o

fantasmas, En ocasiones nos pintan muertos que a los vivos hablan a fin de salvar del  
fuego por graves culpas del ánima. Otras dicen que se mira en mansiones solitarias  
una lumbre que revela alguna suma enterrada.

Y ya de horribles blasfemias e infernales carcajadas

y lastimeros sollozos

y arrobadoras plegarias,

soporíferos relatos

nos hacen plumas muy sabias

que hoy le provocan el sueño

a la más piadosa dama.



¡Oh fervor de aquellas eras!  
¡oh devoción insensata!  
que impusiste tu dominio  
con el miedo y la ignorancia.  
Leyendo tu añeja historia  
encontréme relatada  
la aventura que aquí copio  
y que causó gran alarma.  
En una vetusta iglesia  
que a nuestros tiempos alcanza,  
parroquia de humilde barrio  
que San Sebastián se llama,  
en viejo confesionario,  
un ratero de gran fama,  
escondióse para el hurto,  
esperando hora apropiada.  
Quedóse solo en el templo,  
y a la luz confusa y vaga  
que en todos momentos brilla  
frente a la hostia consagrada,  
del .altar mayor asciende  
por la estrecha escalinata,  
y la puerta de cristales

abre con mano profana.  
Mira la rica custodia  
que, en medio de sombras tantas  
de cada piedra preciosa  
vivos resplandores lanza.  
Ve que está llena de perlas  
y de diamantes cuajada,  
y están cubiertos sus rayos  
de amatistas y esmeraldas.  
Ebrio de placer, extiende  
el brazo, y con fuerza arranca  
aquella joya bendita  
del sitio en que está guardada;  
v cual no será su asombro  
v su temor y sus ansias  
al sentir que no la mueve,  
ni la empuja, ni la aparta,  
v que cual de duro hierro  
su mano en ella crispada  
está rígida e inmóvil  
cual la mano de una estatua.  
Trata de huir y no puede,  
lucha y el vigor le falta,

pues ni al imán el acero  
se adhiere con fuerza tanta,  
cual su mano a esa custodia  
que al cabo soltar no alcanza  
y adherido a ella lo encuentran  
al despuntar la mañana.  
Alguaciles y corchetes  
con tal escena se pasman,  
y viendo que nadie logra,  
por más que en ello se afanan,  
desasir al infelice  
de la joya sacrosanta,  
por orden de quien más puede  
y en todo se ingiere y manda,  
cortan la mano sacrílega,  
y sólo ,así la separan  
de aquella joya, que en sangre  
*ni* se moja ni se mancha.  
En cuanto la mano estuvo  
del brazo ya separada,  
cayó del altar augusto  
?obre la marmórea plancha.  
Y a la mañana siguiente frente al

templo, en una tabla, sobre un  
elevado poste  
la gente la vio clavada.  
Y así duró muchos meses,  
teniendo como peana un cartel con  
estas tristes y sentenciosas palabras:  
"Para ejemplo de ladrones que lo  
sagrado profanan, pues lo mismo ha  
de pasarles a otras manos que tal  
hagan". Y cuentan que los devotos  
que tal cuadro contemplaban, íbanse  
rezando un Credo y murmurando en  
voz baja: "Dios nos libre en todo  
instante de una tentación tan mala,  
pues el diablo a todos tienta y a  
cualquiera pierde el alma".

---

## EL CALLEJÓN DEL MONSTRUO

A MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE PÉREZ RUBIO

En apacibles horas,  
de sin igual cariño,  
desconociendo el alma  
la duda y el pesar; la historia  
que hoy refiero  
sin gracia y sin aliño un  
viejo veterano,  
allá cuando fui niño, me la  
contó en las dulces  
veladas del hogar.  
Oh santas, hechiceras,  
inolvidables horas,  
de engaños y candores,  
de paz y de ilusión! ¡ las  
únicas que fuisteis  
de dicha hospedadoras  
Aún no están sin aroma,

ni mustias, ni incoloras  
las rosas que dejasteis  
de ofrenda al corazón. Sólo  
esas rosas viven  
como tesoros bellos  
de un tiempo todo calma  
y bienestar y fe; del  
alba de la vida  
purísimos destellos que bastan  
al que sufre  
para alumbrar con ellos el  
panorama hermoso  
de todo lo que fue.  
Recuerdo al veterano  
que me contó esta historia; el  
sol del campamento ennegreció su  
piel; faltábale una pierna,  
sobrábale memoria y siempre  
vi en sus canas  
la escarcha de la gloria, ¡.ay!  
¡de una gloria humilde  
sin templo y sin laurel!  
El fué, cuando era mozo,

soldado de Guerrero, contaba  
que a Morelos  
y a Hidalgo conoció; nutrido  
en la enseñanza  
del patriotismo austero,  
hablaba de su Aquiles  
como del suyo Homero y algo  
empzado en risas,  
Alguna vez me dijo  
me frente acariciando,  
¡hermoso es por la patria  
luchar hasta morir!  
Estudia a aquellos héroes  
de los que estuve al mando; y  
luego agregó triste,  
lloroso y suspirando: con hombres  
como aquéllos  
se salva el porvenir.  
Como me faltan frases,  
erudición, talento  
para poder sus glorias  
brillantes relatar,  
voy sólo a referirte,

y escúchame atento: el  
hecho de un patriota...  
(y aquí traslado el cuento que  
amenizó la dulce  
velada del hogar).  
Yo entonces no contaba  
arriba de seis años, y sin  
rendirme al sueño  
le oí con .atención; los  
hechos y lugares  
se olvidan por extraños, mas su  
argumento fácil,  
ni edad ni desengaños  
me lo han podido nunca  
borrar del corazón.  
"Era en el tiempo aciago  
de innúmeras campañas;  
a Hidalgo y a Morelos  
mataron sin piedad  
los ciegos defensores  
del Rey de las Españas; y fuimos  
con Guerrero  
del sur a las montañas para



buscar la muerte  
o hallar la libertad. No he visto  
nunca a un hombre  
más bravo y más entero, jamás  
le vimos débil  
ni nunca desmayó;  
fué siempre la amenaza  
para el soldado ibero; indómito,  
terrible,  
inexpugnable, austero hasta la  
misma muerte  
su audacia respetó.  
Donde su augusta mano  
clavaba su bandera, el sol de la  
victoria  
llenábala de luz; sencillo en sus  
costumbres,  
y bravo como fiera nos daba  
ejemplo a todos  
de la virtud severa que enseña  
en sus doctrinas  
el Mártir de la Cruz.  
Jamás a su semblante

faltóle una sonrisa;  
nunca alentó su pecho ni  
envidia, ni rencor;  
y en el cuartel o en marcha,  
ya quieto, ya de prisa, lo mismo en el  
combate  
que en la campestre misa miraba a sus  
soldados  
con paternal amor.

En veinte hermosos triunfos  
en tan terrible guerra su fama y  
su renombre  
volaron por doquier; era la fe y  
el alma  
de nuestra amada tierra, fué un águila, no un hombre;  
su nido fué la sierra; su religión  
la patria;  
su código, el Deber.

Juzgó una vez preciso  
buscar de sus soldados, alguno que  
pudiera  
a Méjico venir, para  
explorar secretos,

a nadie revelados, y así nos dijo  
a todos  
mirándonos formados: "—¿Quién quiere a cierto encargo  
marchar para morir?,,  
—¡Yo!—con sonoro acento que retumbó en las rocas  
cada soldado dijo;  
con ellos, yo también;  
un espontáneo grito  
salido de mil bocas;  
el eco de mil almas  
que de entusiasmo locas la  
muerte y los peligros  
miraban con desdén.  
Guerrero, conmovido,  
señala en tal momento al que  
avanzando un paso  
al héroe se acercó.  
—¿Irás?—Iré, repuso,  
me sobran fe y aliento, iré  
donde me manden,  
jamás vuestro sargento a  
nadie le ha temido  
ni a nada se negó.

Y vi que fueron ambos  
andando lentamente,  
hablaron en voz baja ,  
de lo que yo no sé; y  
cuando la alborada  
iluminó el oriente a pie por  
las montañas  
cantando el insurgente sin  
darnos un abrazo  
a Méjico se fué.  
Supimos que aquel hombre cual  
nadie conocía  
del español gobierno  
los usos y la ley,  
porque a las reales tropas de  
joven les servía,  
y lo aceptó Guerrero  
como el mejor espía de todos los  
manejos secretos del Virrey.  
No bien llegó a esta tierra,  
sus pasos vigilaron: la  
desconfianza es siempre  
la hermana del temor; de su

misión secreta  
los fines sospecharon, y  
para darle muerte  
al fin lo denunciaron como  
insurrecto, espía,  
y tráfuga y traidor.  
Entonces aquel hombre  
a quien la suerte avara  
negaba en un instante  
cuanto cumplir soñó,  
impúsose una prueba  
tan dura como rara, y  
mutiló su cuerpo,  
desfiguró su cara, y en  
monstruo convertido  
en Méjico quedó.  
Y dicen que inspiraba  
no compasión, espanto;  
inválido, harapiento,  
sin nombre y sin hogar,  
mezclando en rostro informe la  
risa con el llanto,  
al prócer y al mendigo

llegó a acercarse tanto,  
que supo lo que nadie del trono y  
del altar.

Y allá por las montañas  
del insurgente abrigo,  
cruzando de las selvas  
desiertas al través,  
miramos muchas veces,  
del hecho soy testigo, llegar  
junto a Guerrero  
un mísero mendigo con  
espantoso aspecto  
y ensangrentados pies.

Como su propia casa  
cruzaba el campamento, sin  
demandar de nadie  
limosna sin piedad, del  
inmortal Guerrero  
entraba al aposento para  
informarle al punto  
de todo movimiento, de  
cuanto nuevo o raro  
pasaba en la ciudad.

Cada soldado al verlo  
de horror se estremecía, ¡ni  
un rasgo, ni un indicio  
de lo que fuera ayer!  
Después de algunos años  
legué a saber un día, que  
aquel mendigo monstruo  
que nadie conocía  
no era otro que el sargento  
Francisco Basiyer.  
Mas esto yo lo supe  
después de haber triunfado; que  
sólo en ese tiempo  
su historia conocí;  
hablé con él y dije:  
—"¿Qué hiciste, desgraciado?" —  
"¡Cumplí como patriota,  
cumplí como soldado, y al  
general Guerrero  
cual perro le serví!"  
Era emisario, agente,  
explorador, correo, fué y  
vino muchas veces

del monte a la ciudad; con riesgo  
de la vida,  
cambió, nuevo Proteo, su  
forma, ambicionando  
por único trofeo mirar  
tarde o temprano  
su patria en libertad.  
Y realizó este sueño  
que le costó mil daños, y se sintió  
dichoso,  
tranquilo y sin temor,  
cuando al cesar la lucha  
que ensangrentó diez años, augusta  
y respetada  
de propios y de extraños,  
miró flotando libre la  
enseña tricolor!  
A la calleja triste  
donde quedóse ufano  
viviendo aquel sargento  
que nunca he de olvidar,  
"E1 callejón del Monstruo "  
le llama el vulgo vano. ; No hay



monstruo más sublime!..."

Callóse el veterano, y

así acabo la dulce

velada del hogar!

## LOS SIETE PRINCIPES

### HISTORIA DE UN CUENTO

Yo era un niño. La tarde  
brumosa y fría. Yo, metido en mi lecho;  
la alcoba oscura; a mi lado, llorando  
la madre mía porque me devoraba  
la calentura.

Ignoraba del mundo  
bienes y males; no lloraba por nada  
ni me reía; corrían de la ventana  
por los cristales lágrimas del cielo  
porque llovía.

¡ Oh lluvia rumorosa, tarde nublada!  
¡ Abril lleno de rosas, horas divinas!  
¡Cuánto se ama la dicha cuando es pasada  
y es su dulce recuerdo flor sin  
espinas!

Mi hogar... aun me parece  
que lo contemplo, de una

iglesia se aldaba  
junto a las ruinas, y eran de  
la severa  
torre del templo  
huéspedes bulliciosos  
las golondrinas.  
Entre un niño y un ave  
que canta o vuela  
no sé qué lazo oculto  
Dios ha extendido; ¡ cuántos  
hondos misterios  
guarda una escuela! ¡  
cuántos secretos dulces  
esconde un nido!  
Todo cuanto me amaba  
se ha marchitado; es ley que  
toca a todos,  
mas dura ha sido; llueve.. . la  
alcoba oscura...  
mi madre al lado... y con  
fiebre.. . ¡es un cuadro  
que no lo olvido!  
—¿Quieres, dijo mi madre con

dulce acento,  
que aquí donde tus horas corren  
enfermas,  
sin que nadie me escuche  
te cuente un cuento, que me  
parece bueno para que  
duermas?

—¿Es muy largo?—Es muy corto

—¿Triste?—Un poquito; mas

no tanto que asuste  
ni cause daños. Y aquí,  
cual es, traslado  
mi cuentecito que no ha  
borrado el paso  
de muchos años.

—Pepín, un chiquitillo

gordo y travieso como

tú; no tan terco

ni atolondrado

(y a cada frase de éstas

me daba un beso,

dejando cada insulto

recompensado)

andaba, con las piernas  
medio desnudas,  
corriendo por las calles  
cuando llovía, pues era,  
como dicen,

la piel de Judas, que  
a nadie respetaba  
ni obedecía

En la escuela no estuvo  
nunca aplicado; pinas se  
sacó un premio  
ni por deseo,  
y le gustaba mucho  
pintar venado; es decir,  
no ir a clase  
sino a paseo.

Gustaba a todas horas  
comer de todo;  
costumbre que a los niños  
enferma y pierde; era  
glotón y hambriento,  
pero de un modo que lo  
engolosinaba

la fruta verde.

Por la noche, en su casa,  
paso a pasito, se iba a  
robar las cosas  
de la despensa. —¿Como  
yo!  
—¿Qué así lo haces?  
Vamos, chiquito, yo ni  
con alusiones  
te haré un ofensa.

Una vez cayó enfermo;  
tu no imaginas cuánto  
sufren los niños  
que no son buenos, y a  
tomar se negaba  
las medicinas... —  
¿Como yo?  
—Justamente;  
ni más ni menos.  
Agravó poco a poco;  
le invadió ardiente una  
fiebre que nadie

curarle supo...  
A ver (y me dio un beso)  
¡quema tu frente! ¡ si  
estarás como el niño  
de quien me ocupo!  
Su made le adoraba  
como te adora la tuya que  
en ti mira  
su gran tesoro, y  
estaba junto al niño  
llora que llora... —  
¡Como tú!  
—No ¡ No es cierto, si...  
yo... no lloro!  
Y al decir esta frase  
bajo y de prisa, como  
quien aparenta  
valor y calma, sus  
lágrimas bañaron  
una sonrisa que aunque era yo  
muy niño  
me partió el alma!  
Aquí surgió un detalle

que no lo pierdo  
porque fué testimonio  
de su ternura. —¿Murió el  
niño? le dije.. .  
—Ya no me acuerdo,  
contestó sollozando  
con amargura.  
—Dímelo... al verlo grave  
¿le perdonaron  
todas sus travesuras  
,a aquel chicuelo? —¡ Siete  
ángeles hermosos  
se lo llevaron  
una noche de luna  
con rumbo al cielo!  
—¿Y si a mí me llevaran?  
—Me moriría. Pero no han  
de llevarte  
Me siguió hablando, mas  
yo, como en un horno,  
ya nada oía: esa noche me  
vieron  
agonizando.



Sólo allá en mi delirio  
clara y certera oí un voz  
extraña  
que lenta dijo: "Si ha de  
ser desdichado  
mejor que muera".  
¡ Morirse! Ni de chanza...  
¡ ¡morir mi hijo!!  
Volvía al fin a la vida;  
no lo creían ni el médico,  
ni nadie,  
y hallé a mi lado un cuadro: era  
un sepulcro  
donde veían siete  
ángeles a un niño  
resucitado.  
Crecí y entré a las tristes  
luchas humanas de  
amarguras, pesares  
y desengaños; y ya  
huérfano y triste  
peinando canas  
miro con indolencia

correr los años.

¡ Oh cuadro raro y tierno!

¡ santa pintura! ¡

reliquia que mi pecho

con fe venerar Una

voz en tu lienzo

triste murmura: "Si ha de

ser desdichado

mejor que muera!"

¡ Tesoro que el Destino

nunca me roba!

¡ Háblame de los

seres que ya he perdido!

De la tarde lluviosa,

la triste alcoba, de mi f e y de

mis padres

que ya se han ido.

"Siete príncipes" surgen en m i memoria

con el relato antiguo que no he

olvidado;

se llama así un calle;

¿será su historia

la misma de aquel cuento

que os he contado?

Si con mis rudos versos

algo varia, y si mi pluma

tosca

la desfigura, perdonad... la

oí en tarde

brumosa y fría, cuando me

devoraba

la calentura.

## LA VELA DE PIEDRA

### ADICIÓN A LA VILLA DE GUADALUPE

Sacude el mar su melena y son las  
olas montañas que coronan refulgentes  
ricas diademas de plata.

Niega el sol su vida lumbre al titán  
que tiembla y brama, y el huracán,  
monstruo negro, abre sus fúnebres alas,

Todo es en el cielo sombras; todo es  
en el aire ráfagas; la lluvia cae a  
torrentes; el rayo doquier estalla;  
cada relámpago alumbra un cuadro  
que impone y pasma de terror al que lo  
mira, a Dios elevando el alma.

Sobre el abismo sin fondo de las  
turbulentas aguas, entre las olas gigantes que los espacios escalan;  
bajo el manto de tinieblas que en las  
regiones más altas  
corren en alas del viento como  
legión de fantasmas;

al rumor de las centellas que  
difunden la borrasca y que al  
reventar convierten las nubes en  
rojas ascuas;  
cual hoja que se sacude para  
abandonar la rama, a impulsos de  
esos ciclones que a los sabinos  
descuajan,  
en la líquida llanura zozobra  
sin esperanzas ligera nave que en  
vano quiso arribar a la playa.  
Sus velas poco le sirven y el  
maderamen no basta a resistir los  
embates de las ondas  
encrespadas;  
sus mástiles se doblegan como  
en el campo las cañas y ,al  
hundirse en el abismo ninguna  
mano la salva.  
Es la soledad desierte su  
aterradora amenaza; la mar su  
inmenso sepulcro, y el mudo  
espacio su lápida.

Los que en la nave caminan sus  
oraciones levantan al Ser que todo  
lo puede, y le encomiendan sus  
almas.

Entre tantos tripulantes que  
sobre el abismo viajan van dos  
jóvenes que ruegan al cielo con  
unición santa.

Pareja noble y dichosa; que  
con ternura se aman y que  
tienen por tesoro la juventud  
y la gracia.

El cumplió los veinte abriles; ella por  
dos no le iguala; él es de arrogante  
porte, y ella un beldad sin tacha.

Van a buscar a sus padres que  
residen en España, y antes que la  
tormenta su embarcación agitara,  
llevaron más ilusiones  
risueñas, dulces y castas, que  
tiene estrellas el cielo y tienen  
arenas la playa.

El, mirando los horrores siniestros de

la borrasca, entre la lluvia de rayos que roncans tronando espantan,  
besa a su esposa la frente al  
verla derramar lágrimas, y  
señalándole el cielo le dice: —¡ Ten  
esperanza!

Dios que al extender su mano  
refrena al punto las aguas,  
y a quien sumiso obedece  
cuanto formó su palabra;  
Dios que es todo y puede todo es el  
único que salva al que en los grandes  
peligros su misericordia aclama.

—Pídele tu que nos salve de una  
muerte tan amarga, tan lejos de  
tantos seres que nos buscan y nos  
aman;

yo me dirijo a quien logra de Dios lo  
que nadie alcanza, a la "Estrella de los Mares", a la Virgen sacrosanta.

Yo, cuando fui a despedirme de mi  
Virgen mejicana, "no me abandones,  
mi madre, dije llorando a sus plantas".

Y ella no ha de abandonarnos, nos  
sigue con su mirada; arrodíllate

conmigo y háblale con toda el alma.

Mira en el triste horizonte; aquella  
nube se alza, figurándome en su  
forma un paisaje que me encanta,  
el cerro agreste y pequeño entre  
cuyas rocas áridas la Virgen de  
Guadalupe, se apareció en forma  
humana,

Y la nube se ilumina, la circunda  
roja franja y algo se mueve en el fondo  
que parece que me llama.

—Deliras, mujer, deliras. . . —Pero  
mira, se destaca entre rayos  
refulgentes una visión que me  
encanta.

¡ Es la Virgen de mi tierra! ¡ Mira el  
ángel a sus plantas el manto azul y  
estrellado como las noches de  
Anáhuac!

—Santo delirio, hija mía; si la  
Virgen nos salvara las velas que tiene  
el barco y vamos, que son bien anchas,  
como ofrenda de su templo por



nosotros regalada para ejemplo de  
otros fieles yo las hiciera de plata.

Y cuando acabó aquel joven de  
decir estas palabras, aplacáronse las  
olas quedando la mar en calma.

Las que fueron negras nubes pronto  
se tornaron blancas y asomó la luna  
en llena por las estrellas cercada.

Los marineros absortos de  
maravilla tan alta  
volvieron cantos y risas,  
bendiciones y plegarias,  
lo que en los tristes momentos de la  
deshecha borrasca fueron horribles  
blasfemias y escandalosas palabras.

La nave al fin llegó al puerto: la  
gente feliz y sana refirió el raro  
portento confirmándolo con lágrimas.

Y los jóvenes viajeros  
avivaron más el ansia  
de cumplir una promesa más que  
solemne sagrada.

El mástil de aquella nave que se

doblegó cual cana al soplo de la  
tormenta fiera y desencadenada,  
lleváronselo consigo, y en otras  
horas más gratas trajéronlo hasta la  
iglesia de la Virgen mejicana.

Dieron al templo en limosna lo  
mismo que les costara fabricar cual lo  
ofrecieron rico velamen de plata.

Y aprovechando aquel mástil  
fueron con piedra labradas  
las velas que hoy nos recuerdan el  
fervor de aquellas almas.

¡Cuántos ascendiendo al templo que  
el cerro en su altura guarda, frente al  
monumento humilde de que mi romance  
trata,

no saben que es el emblema de  
una devoción sin mancha, de una fe  
que fué el tesoro de las edades  
pasadas,

y que hoy es raro encontrarse  
prestando alivio a las almas a quienes la duda enferma y el escepticismo amarga!

¡ Oh tradición, tu recoges sobre

tus ligeras alas lo que la historia no

dice ni el sabio adusto relata!

¡Toca al narrador agreste

despojarte de tus galas para

entretrejer con ellas sus más

vistasas guirnaldas!

Al pueblo lo que es del pueblo: sus

venturas, sus desgracias y todo cuanto le atañe en su historia y en su patria.

## EL CALLEJÓN DEL PINTO

I

Nacido en un pueblo humilde de  
las feraces comarcas, que el sur de  
Méjico esconde entre risueñas  
montañas,  
educado desde niño en las  
costumbres honradas de labriegos  
que rebosan salud en cuerpo y en  
alma,  
cuando cumplió veinte abriles Luis  
Piedra dejó su casa, y se vino ,a la  
opulenta capital de Nueva España.  
Hijo de un clima de fuego, donde el  
sol despide llamas que sazonan  
dulces jugos en las cimbradas  
palmas;  
donde la tierra en las noches  
despide un vapor que abrasa, y la  
arena es viva lumbre y los peñascos

son ascuas;  
halló al venir a la tierra que  
lagos tranquilos bañan  
y en que sopla fresco ambiente por la  
tarde y la mañana,  
el bello vergel soñado, el paraíso  
que encanta a los que en el mundo  
sufren penas constantes y amargas;  
encantóse contemplando los dos  
gigantes de Anáhuac cuyas  
diademas de nieve cobija un cielo  
sin mancha;  
deleitáronse sus ojos al  
mirar las argentadas lagunas,  
que como espejos al  
firmamento retratan,  
y buscó en el viejo bosque, que a  
Chapultepec resguarda, las sombras de  
los sabinos que al .aire entregan sus  
canas,  
Luis Piedra buscó sin tregua la  
soledad, que extrañaba en medio de  
tanto hechizo sus montes y sus cabañas.

Cuentan los que lo describen que era  
su expresión muy franca, su cuerpo  
pequeño y débil, su piel oscura y  
manchada.

Amante de la lectura  
espantóle su ignorancia, y con  
intenso entusiasmo buscó la  
luz de las aulas.

Un religioso francisco apoyó sus  
nobles ansias, y le sirvió de maestro en la más docta enseñanza.

Bien pronto aprendió Luis Piedra  
cuanto el fraile le inculcara, y quiso a los pocos meses tomar órdenes sagradas.

Puesta su virtud a prueba atendieron  
su demanda, y en clase de humilde lego  
entró a la milicia santa.

Era para todos raro  
contemplar aquella cara en la  
que esparció Natura azules y  
extensas manchas.

Costumbre de aquellos tiempos era a  
personas y casas ponerlas algún apodo  
que pronto el vulgo aceptaba.

Y así se llamó a aquel hombre "el

Pinto", sin que esquivaran decirle así los señores lo mismo que la canalla.

El, humilde y entregado

a las más fervientes prácticas, jamás se ofendió con esto porque en su interior

pensaba:

No son malos los lunares que Dios

nos pone en la cara;

malos son los que escondemos manchando el fondo del alma.

II

De aquesta ciudad de Méjico, era, de Dios por la gracia, y por voluntad a un tiempo de la sede sacrosanta,

arzobispo, don Alonso de Núñez de Haro y Peralta, gloria sin par de la Iglesia y de virtudes sin tacha:

al décimo octavo siglo dos décadas le faltaban para hundirse en el abismo de las edades pasadas; y como azote del cielo, sobre la indígena raza una peste de viruelas pavorizó a Nueva España.

La mortandad era horrible, y nadie miró sin lágrimas los cuadros que le ofrecieran lo mismo calles que plazas.

Para hospedar tanto enfermo

y aliviar miseria tanta

y dar seguro refugio

al dolor y ,a la desgracia,

aquel sublime modelo de pastores de las

almas,

pronto erigió a costa propia, sin pedir

a nadie nada,

un hospital, donde estuvo de los

jesuitas la casa, y que aun dura en

nuestro tiempo y de San Andrés se

llama.

Allí el insigne arzobispo puso

cuatrocientas camas dando pan y



medicina al que a sus puertas  
llamaba.

Fué de tugurio en tugurio, y de  
cabaña en cabaña, sin temores de  
contagio ni señal de repugnancia,  
dando socorro, consuelo, resignación  
y esperanzas a los de una gran familia  
sin nombre y desheredada.

Y al lado del buen .apóstol con amor  
todos miraban a un lego humilde y  
discreto con la faz llena de manchas.

Era Luis Piedra, que siempre, con la  
voluntad más grata, lo mismo a la  
media noche, que al rayar la luz del  
alba,

arrodillado en la estera donde un  
pobre agonizaba, impartía los  
beneficios de los ángeles de guarda.

Tan constantes sacrificios,  
penalidades tan largas, y .aquella lenta fatiga hija de piedad tan alta,  
tuvieron por desenlace que el lego al  
fin enfermara, y besando un crucifijo a  
Dios entregase el alma.

Con gran cortejo de pobres llegó a su  
postrer morada y al raudo correr del  
tiempo murió su nombre y su fama.

Del ejemplar arzobispo no queda  
marmórea estatua, pero ni sus obras  
mueren ni su memoria se apaga.

Y de aquel varón humilde nacido entre  
las montañas al calor de un sol de fuego y a la sombra de una palma,  
sábese sólo que tuvo su  
pobre y austera estancia en una  
calleja angosta a quien hoy el  
vulgo llama

"del Pinto"; apodo que dieron a un ser, que nació con manchas en el rostro, y que  
tenía limpia como armiño el alma.

## LA CALLE DE MANRIQUE

### A MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE DANIEL

1

Allá en otras eras, allá en otros tiempos que al profundo abismo veloces huyeron,  
era libre y fuerte de Anáhuac el reino.

Jardín escondido, tesoro encubierto, jamás sus hogares lloraron con duelo, ni a  
extraños, la frente sus hijos rindieron,

¡Qué hermosos sus campos! ¡qué limpio su cielo! sus lagos ¡qué azules! sus bosques

¡cuan bello:! Al soplo tan dulce del plácido viento; del rayo de luna al mágico beso; de  
tibia alborada al tinte del fuego sus hijos

¡qué ufanos!

¡ qué libres vivieron!

¡ Oh Valle que ostentas

alegre y risueño

cuanto el arte llama

magnífico y bello!

Levántanse altivos,

velando tu sueño,

tus dos invencibles

atletas de hielo;

su púrpura vierten

las tardes en ellos,  
y doran las albas  
sus mágicos cuerpos.  
¡ Qué hermosos sumergen, cual  
nadie soberbio,  
su base en la tierra, su frente en  
los cielos!  
¡ Oh Valle que escondes tesoros  
tan regios, que nada te iguala en  
grande y en bello; que formas la  
envidia de artistas supremos  
que en vano pretenden copiarte  
en sus lienzos; tus dioses  
velaron tus gracias sin cuento la  
vez en que viste hollando tu  
suelo las plantas osadas de  
extraños guerreros! Tus hijos  
humildes, alzáronse presto  
y en lides sangrientas  
diezmados cayeron. Su fuerte  
enemigo, manejaba el hierro y  
con él traía resguardado el  
seno. Lanzaban sus manos con

hórrido estruendo la que  
aturde y mata centella de  
fuego. Cruzaban los campos en  
monstruos inmensos que  
salvan distancias con ágiles  
remos. ¡Oh Valle, tu entonces  
miraste a tu pueblo, callado y  
valiente, luchar sin recelo!  
Carcaces de mimbres, espadas  
de leño, la faz descubierta,  
desnudos los pechos por  
fuertes los montes, de amparo  
los cielos por gloria el olvido;  
la muerte por premio! El  
bosque sagrado fué altar de tu  
esfuerzo corrió en él la sangre,  
y al ver tanto duelo, sus  
verdes sabinos sus ramas  
cubrieron de canas que aun  
tiemblan  
al soplo del viento! ¡ Oh Valle nativo,  
feraz y risueño, luchando sin tregua tus hijos murieron; apenas si busco su gloria en los  
restos de razas humildes que

pisan tu suelo! Las nuevas ciudades de  
glorias asiento .apenas revelan tus  
dichas que huyeron; la historia en sus  
fastos recoge los hechos, y en tanto el  
oscuro y errante coplero lo que ella  
abandona repite contento. De aquellas  
bravuras, delicias del pueblo,  
contáronme varias que nunca desdeño y  
alguna entre todas decíroslo quiero. Oíla una noche, a guisa de cuento, cuando  
aun no volaban mis años primeros;  
hállela más tarde en libros muy serios;  
es rara aventura, hermoso suceso  
de pasadas eras, de  
remotos tiempos.

II

Las calles que hoy llaman los  
hijos de Méjico, Manrique y  
Esclavo, históricas fueren. En  
ellas un día los indios soberbios,  
a Hernando y los suyos en fuga  
pusieron, y tan presurosos  
salvaron el riesgo que de "Las  
Carreras" llamáronles luego.  
Cuentan los cronistas que allí el  
bravo ibero, que en la noche  
triste lloró de despecho, se vio  
acometido, domeñado, preso, por  
la humilde gente más baja del  
pueblo. Una anciana débil se  
acercó al guerrero: la huesosa  
mano le puso en su cuello; le  
cogió la barba con rabia y  
denuedo en ella enredando los  
crispados dedos.  
Cortés lanzó un grito de dolor intenso,  
trató de librarse, mas fué vano empeño,

que por muchos brazos estaba sujeto.

Mirando su angustia, sus quejas oyendo,

en brioso caballo se acerca un guerrero, queriendo arrancarle del duro tormento:

mas todo fué en vano, la anciana en su

empeño de abatir al hombre de sus odios

centro, se murió a su lado de rabia o de miedo.

Y cortés gritaba empujando el cuerpo,

cuya flaca mano enredó los dedos

en la espesa barba del osado ibero.

Mirando tal pena se pensó al momento que cortar la mano era el mejor medio.

Y poniendo en planta tan brusco

proyecto, hiciéronlo al punto dos

arcabuceros,

y alzó don Hernando

el rostro mal trecho buscando al

que pudo servirle tan presto. —

¿Tú fuiste, Manrique? —Yo fui.

—"Lo celebro. Favor y muy

grande me hiciste y te debo.

Desde hoy, no lo olviden

soldados y siervos, al sitio en

que estamos tu nombre daremos;

"lugar de Manrique" diránle los nuestros y de tres solares serás



aquí dueño ". Y quedó a la calle  
desde aquellos tiempos el  
nombre que aun lleva sin decoro  
de éstos. ¡Oh Valle nativo feliz y  
risueño! ¡ de cuantas escenas de  
sangre y de duelo han sido el  
testigo solemne y discreto! Los  
años volando fugaces huyeron,  
añejas historias deja su vuelo, y  
yo, la presente relato a este  
pueblo que si no creyere  
la verdad del hecho, la  
escucha con gusto y a  
guisa de cuento.

---

## LA CALLE DE LA MISERICORDIA

I

Cuan triste aspecto reviste la  
extensa Plaza Mayor! de noche impone  
pavor, por lo sola y por lo triste!  
La invade la humilde grey del pueblo  
pobre y desnudo, y la decora el escudo del palacio del Virrey.  
En su polvoso recinto ni pompa ni lujo  
ostentan los que en poder representan al nieto de Carlos Quinto.  
Grandiosa aunque funeral levántese  
allí orgullosa la rica mole anchurosa de la iglesia Catedral.  
Sus torres no concluidas mal  
sostienen las campanas que lanzan  
preces cristianas lamentos y despedidas.  
Y como triste trofeo frente al  
Palacio se mira  
algo que sangre respira  
v espera siempre a algún reo.  
¡La horca! con sus severas cuerdas de nudo forzado, y su crujiente tablado, y sus toscas  
escaleras.  
Al pie de éstas, un montón de guijarros, donde arteros declaman los pregoneros de la  
Santa Inquisición.

Cerca, el sitio en que se azota y se mancilla y se infama: tosco pilar que se llama la vergüenza o la picota!

Triste es la Plaza en verdad, triste su raro conjunto, que la convierte en el punto más negro de La ciudad.

Los que en la noche serena de la luna a los reflejos, cruzan por ella, de lejos, parecen almas en pena.

Y con sus negros vestidos los nobles en

pleno día, semejan una sombría procesión de aparecidos.

¡Misterios de aquella edad! ¡Cumpliendo una adversa suerte, sólo pensaba en la muerte la mísera humanidad!

Ni renombre ni fortuna, impulsaba

su fe ardiente: La vida era solo un

puente entre el féretro y la cuna.

Y a la pavorosa luz del terror a lo

futuro, frente al porvenir obscuro entre un altar y una cruz,

juzgábase hazaña loca del que

miraba en calma, sin temores en el

alma ni oraciones en la boca.

En cada obscura calleja, en cada

rincón sombrío, en el feudo o señorío,

en el portal y en la reja,

siempre la imagen de un santo

evitaba algún tropiezo, ayudando con el

rezo lo mismo al placer que al llanto.

En cada humana contienda alentaba  
un amuleto, dando así al vulgo  
indiscreto motivo a extraña leyenda.  
Y el amor o envidia en pos era  
arbitro la conciencia, amparando la  
existencia el santo nombre de Dios.  
En .aquella edad sagrada, brillaba la  
cruz triunfante  
en el cuello de la amante y en el puño  
de la espada.  
Era emblema en el señor, en las  
damas ornamento, divisa en el  
campamento y símbolo en el honor.  
Adorarla era la ley y fué envidiable  
la suerte, de hallar con ella la muerte  
por la patria o por el rey.  
Tiempos de austera quietud y de  
abnegado heroísmo, en ellos fué el  
fanatismo locura de la virtud.  
No fuera noble culpar al pueblo de  
sus errores, que sólo buscó fulgores  
entre el trono y el altar.

II

Era de ver con espanto el cuadro que  
a humanos ojos entre rezos y sonrojos  
bañaba en copioso llanto,  
cuando sin otro trofeo que un  
crucifijo sagrado por gran  
cortejo cercado iba al cadalso  
algún reo.

Por todo el pueblo era visto con  
extrañeza sin nombre,  
que no despertaba el hombre la  
curiosidad que el Cristo.

Era una escultura antigua, polvorienta  
y maltratada, por el uso trasformada en  
pénate o estantigua.

El tosco cuerpo maltrecho, la faz de  
duras facciones, dispersos rojos  
manchones en la espalda y en el pecho.

Los ojos como mirando a quien lo ve  
frente a frente, y con la expresión  
doliente del que reza agonizando.

Secas gotas purpurinas en la frente

por guirnalda, tachonando la esmeralda  
de la corona de espinas.

Toscas manos, toscos pies, tosca la  
escultura extraña que trajo a la Nueva  
España un marino portugués.

Fué el marino un pecador contumaz,  
empedernido, que al morir arrepentido le dijo a su confesor;  
—"Por mis crímenes sin cuento fui a la Inquisición llevado, y por ella  
sentenciado, a morir en el tormento.

En la terrible ocasión de  
cumplirse mi sentencia nadie me vio con clemencia ni a nadie pedí  
perdón.

En la horrible pieza obscura do  
me iban a atormentar, hallé en  
solitario altar, esta sagrada escultura.

Se agitó dentro de mí algo extraño  
al contemplarla, vos confieso que al mirarla de todo me arrepentí.

"Señor, tú me salvarás", le dije de aliento falto, y oí una voz que en alto  
respondió: "No morirás".

Subí lleno de valor .al tormento;  
allí me ataron, y por más que lo  
intentaron no sentí ningún dolor.

Sentí dulce y blando el yugo

ruando mis huesos crujían: los jueces se estremecían, temblaba absorto el verdugo.

Y a] fin vieron con espanto  
inútiles sus furores, yo estaba en  
lecho de flores, y mi quejido era un  
canto.

Cuando del potro salí y fui con  
asombro visto,  
los ojos del Santo Cristo  
estaban fijos en mí.  
Lloré al mirarlo, y después  
comentaron el milagro. . . desde  
entonces le consagro mi vida, orando a  
sus pies.

En mis postreros instantes os doy  
esta maravilla, que amparó en vieja  
capilla a tantos agonizantes.

En momentos tan sagrados vierte fe,  
paz y concordia; es sol de misericordia  
junto a los ajusticiados".

Y el marino acabó así: "Que le  
encomienden su suerte los condenados  
a muerte y los salve como a mí".

El hombre aquel expiró; su  
confesor con pavora recogiendo la  
escultura al obispo la llevó.

Para dar piadoso ejemplo, sus  
milagros publicaron y pronto le  
consagraron en Méjico, humilde  
templo . 1

1 La Iglesia con casa de recogimiento, el Señor de la Misericordia, estuvo situada hacia la mitad de la calle viendo al sur. Se fundó en 1709 y se arruinó en 1972. En su lugar se construyeron casa?.

Y de allí, en años pasados iba a la  
Plaza Mayor llamándole con pavor  
"el Cristo de los ahorcados".



III

De una edad en otra edad el  
tiempo todo lo hiere; todo pasa y  
todo muere en la triste humanidad.

Añejas memorias son las que sin  
galas os cuento, fútil y raro  
argumento para cada tradición.

No queda ni leve traza de aquellos  
tiempos de duelo; ya persigue en  
nuestro suelo nuevo afán la misma  
raza.

Queda envuelta en el olvido, de  
nuevos hechos avara, la imagen que  
acompañara a tanto ser afligido.

Y juzgan pueril o falso la conseja  
o el rumor de que infundiera valor  
frente a frente del cadalso.

Indiferente lo ve el pueblo que le  
temía;

porque no puede en el día ser lo mismo  
que antes fué...

allí está... limpio e ileso de ],a injuria de los años. . . ve cual devotos extraños a los  
héroes del Progreso.

No hay una ofrenda en su altar, sólo  
en noche solitaria los muertos, triste  
plegaria vienen allí a levantar.

Allí está... pálida luz lo  
baña con tintas suaves bajo  
las calladas naves de la  
Santa Veracruz.

El fué inspirando terror y al crimen  
dando bochorno cuando fué el cadalso  
adorno de nuestra Plaza Mayor.

Hoy mira mejores días que le  
olvidan con orgullo, sin que lo aturda el murmullo de lamentos y agonías.  
La iglesia en que lo adoraron no deja  
rastros siquiera; es la reliquia postrera de tiempos que ya pagaron.

No logra que a nadie asombre su  
aspecto triste y modesto,  
y cual legado funesto  
deja a una calle su nombre.

Con un desprecio profundo oye  
ese nombre la gente... porque nada  
es permanente y todo pasa en el  
mundo.

Una edad tras otra edad diversos

hechizos lleva. ¡ todo muere y se  
renueva en la triste humanidad!

---

EL SELLO DEL INFIERNO

## LEYENDA DE LA CALLE DE BALVANERA

I

Mendo Ruiz y Gastón López,  
amigos desde la infancia, estudiaron  
con gran éxito Derecho en las mismas  
aulas.

Ambos merecieron siempre  
idénticas alabanzas conquistándose a  
igual tiempo la misma envidiable  
fama.

Mendo era un mozo robusto, de  
inteligencia muy clara, licencioso en  
sus costumbres y de correcta palabra.

Dadivoso hasta el pecado,  
galanteador con las damas, en el  
vestir elegante e infatigable en las  
zambras,

Actor en cien aventuras,., supo

manejar la espada, defendiendo en nobles lides el limpio honor de las damas.

Gastón, excéntrico, adusto, era el primero en la cátedra, y fué su placer más grato revolver antiguas páginas.

Los polvosos pergaminos, las crónicas olvidadas, eran para el estudiante fuentes de placer y calma.

Y se le vio noche a noche en su celda solitaria, entregarse a la lectura hasta muy cerca del alba.

Era un hombrecillo débil, de tez muy fina y muy pálida, de semblante dulce y triste y de apacibles miradas.

Jamás se mostró expansivo ni gastó bromas y chanzas, ni provocó injustas riñas, ni dio de Tenorio traza.

La soledad, el silencio, la humildad pura y sin tacha, y el afán de saber mucho estudiando con constancia, fueran los solos placeres a que siempre se entregaba, teniendo así una existencia ni envidiosa, ni

envidiada.

Mendo y Gastón se quisieron desde  
la primera infancia,  
y eran más que dos amigos, dos  
hermanos que se amaban.

Gastón, al juzgar a Mendo, siempre  
disculpó sus faltas, hijas de su ligereza, de su edad y de su audacia.

Mendo vio siempre a su amigo como  
a una entidad sagrada con destino  
manifiesto de cumplir misión muy  
santa.

Siendo niños jugó Mendo con  
arcabuces y espadas y Gastón con  
incensarios, y pulpitos y sotanas.

Afán del uno fué siempre presenciar  
grandes batallas, y afán del otro, era  
faro de caridad y esperanza.

Y siendo así tan opuestos, jamás  
riñeron por nada,  
ni se les vio en ningún caso lanzarse  
sangrientas sátiras.

Eran los dos un modelo de lealtad y  
tolerancia, que la amistad cuando es

pura con ninguna hiel se amarga.

Y así vivieron felices mostrando a

quienes los miraba, que más que los de

la sangre valen los lazos del alma.

II

Al raudo correr del tiempo  
separándose al fin ambos, y Gastón  
fué sacerdote, y Mendo rudo soldado.

Nunca dejaban de verse, siendo  
su solaz más grato en sus más  
tranquilas horas hablar de tiempos  
pasados.

Y en una tarde apacible,  
departiendo mano a mano, cuentan  
los que los oyeron que así los dos se  
expresaron:

—¿Juzgas tu, Gastón amigo, y sé  
al decírmelo franco, que al acabarse  
esta vida detrás de la tumba hay  
algo?

¿No se acaba para siempre el  
tosco cuerpo de barro desde que en  
oscuro asilo lo devoran los gusanos?

¿Y no acaban de tal modo los  
sueños que acariciamos cuando los  
ojos se apagan y se enmudecen los



labios?

Mira bien: ya somos viejos,  
nuestro cabello está cano, hay en  
nuestra frente arrugas y  
abatimiento en el ánimo;  
tú, desde niño has creído; yo,  
desde niño he dudado; tu tienes fe en  
otro mundo y yo a entenderlo no  
alcanzo;  
para ti en la tumba empieza otro  
destino más alto; para mí todo se  
acaba en el fondo del osario.

Dime, la verdad, amigo, dime la  
verdad, hermano, y seré, si me  
convences, el mejor de los hermanos  
—A quien como tu, me niega lo  
que todos ven tan claro, jamás he de  
convencerlo, ni de convencerlo trato.

Hay mil seres cuyos ojos no miran  
de igual tamaño las cosas que en este  
mundo se van encontrando al paso.

Así hay almas que no miran lo  
que otras están mirando, y hablar de

la luz a un ciego es inútil y es  
cansado.

Pero haremos una apuesta  
terrible y de triste plazo. ¿No la  
temes?

—¿Yo temerla?

—¿La digo?

—Dila en el acto

—Tu y yo de morir habernos. —Es ley  
forzosa.

—Y no engaño si  
digo que en días distintos uno antes  
que el otro...

—Exacto.

—Pues bien, quien muera primero le dará  
tarde o temprano testimonio al que esté vivo de que tras la tumba hay algo.

—¿Y cuál será el testimonio? —Uno muy  
fácil.

—Veamos. —Si tu  
te mueres, el día que no esté solo  
en mi cuarto  
darás en la cabecera de mi  
lecho, con tu mano, una

palmada en el muro .alguna  
señal dejando.

Por ejemplo, si te salvas, tus  
dedos veré estampados del  
color que más te guste; pero  
siempre color claro.

Si no te salves, eliges el  
negro...

—i Queda aceptado! —Tu  
harás lo mismo.

—Lo mismo. —

¿Lo juramos?

—¡ Lo juramos!

III

Corrió el tiempo, y una noche supo  
Gastón con gran pena que Mendo murió  
en campaña dejando en pie su promesa.

Pasáronse muchas noches sin que  
nada interrumpiera a Gastón en las  
lecturas, dentro su apartada celda.

Pero una ocasión estando en  
conversación amena con algunos  
religiosos, personas doctas y serias,  
oyó, como todos ellos, del

lecho en la cabecera, una  
palmada en el muro breve  
atronadora y seca;

con espanto, a un tiempo mismo  
vuelven todos la cabeza, y en el muro  
absortos miran pintada una mano  
negra.

Se arrodillan con espanto, y con voz ahogada y trémula, santiguándose  
contritos, un largo rosario rezan.

Súpose después la extraña y  
misteriosa conseja, yendo las gentes

curiosas a mirar la mano aquella,  
que según los narradores de  
la fatídica escena, estuvo por  
muchos años sobre la pared  
impresa.

La casa de tal suceso, hoy  
en su aspecto diversa, fué  
principal en la calle llamada  
de Balvanera.

Y si el número no digo, ni doy detalles  
y señas, es porque aun espanta a  
muchos vivir con almas en pena.

---

## LA CALLE DE LA INDEPENDENCIA

Dadme la lira de los grandes bardos, la que el vulgo no pulsa ni profana, y en cuyas áureas cuerdas vibra eterno el himno sacrosanto de la patria.

Dadme la lira que pulsó inspirado de

Acolhoacán el soñador monarca,

respondiendo a sus mágicos acentos la linfa azul de las tranquilas aguas.

Dadme el rumor del centenario bosque cuando aves, troncos, pájaros y ramas se estremecen al ver como despliega su corola de luz, la flor del alba.

Dadme la dulce voz de los zenzontles que en noche melancólica y callada sollozan a los rayos de la luna las doloridas quejas del Anáhuac.

¡Mártires de la patria primitiva! ¡ Héroes sin nombre de la grey indiana que entrasteis al sepulcro ambicionando por ventura inmortal vencer a España!

¡ Sombra de Cuauhtémoc, tu, que miraste sonreír a ese genio entre las llamas

cubriendo de vergüenza a sus verdugos y de gloria a su tierra y ,a su raza,

dame la voz que encanta y que cautiva, la que asombra y conmueve y avasalla, para ensalzar a aquellos que supieron redimir nuestro nombre y darnos patria!

Yo he visto entre mis sueños como surge una figura noble y veneranda ostentando en simpático contraste la veste negra y la cabeza blanca.

Hay en su faz de apóstol ese nimbo de bondad y saber que luz irradia, y en sus pupilas dulces y apacibles la luz de un claro amanecer del alma.

Es mas que un ser humano, un elegido que busca cual Moisés una montaña y en ella ,a las absortas multitudes despertará con su viril palabra.

Una mujer conoce su secreto, mujer

sublime y de virtud sin mancha, que cuando ve al apóstol en peligro a realizar su ensueño se adelanta.

"Es hora ya, le dice, no vaciles, volcán que va a estallar, nadie lo apaga; por mas tiempo no escondas en su cráter el rugiente turbión de fuego y lava.

Surge a la lid hoy mismo, no le niegues al porvenir tu brazo y tu esperanza,  
y cambiarás en pueblo de hombres libres este rebaño de infelices parias".

Y el apóstol surgió; fueron muy pocos los que a tal hora en su redor hallara; pero con ellos inició la lucha retando al porvenir sin temer nada.

Era un humilde sacerdote, y quiso tener por armadura, su sotana; por soldados, los pobres, los desnudos, y la justicia y el deber por armas.

Antes de que la luz en el oriente tiñera al horizonte en rojo y gualda, convocó al pueblo con su voz sonora en la torre del templo la campana;

y oyó la multitud vibrar un grito que como rayo penetró en las almas, "¡Viva la Independencia!".. . Al contestarle amparada por Dios, nació la patria.

Y de allí el sacrificio la tortura,

la abnegación, la prueba, la constancia; la lucha del pequeño contra el grande; el reto del plebeyo a su monarca.

Y siguieron al cura de Dolores

mil y mil cuyos nombres no se apagan; una legión de heroicos insurgentes, asombro de la Gloria y de la Fama.

Cada cual tuvo por mejor amigo su caballo, incansable en la batalla; por tesoro, la fe; por solo premio, la muerte, y por baluarte, la montaña.

Durmiendo al aire libre en pleno campo, dejando el dulce hogar abandonado, sin un instante de placer y calma, sin medir el dolor ni la desgracia, fueron uno tras otro, todos ellos, con faz serena y con segura planta, subiendo los escaños del cadalso sin verter una queja ni una lágrima.

Hidalgo, Allende, Mina, Matamoros, Morelos, Abasolo, Galeana, Pedro Moreno, y tantos, cuyos hechos ejemplos son que nuestra historia guarda; murieron sin que el sol de la victoria alumbrase su frente inmaculada; sin ver libre la tierra en que nacieron y que con tierna gratitud los ama.

Bastó Guerrero a mantener la lumbre, encendida por ellos en el alma; y siguió sus ejemplos imitando, como un héroe del sur en las montañas.

Tocó a Iturbide consumir con gloria lo que fuera una espléndida esperanza, y al desplegar la tricolor bandera como un redentor símbolo en Iguala, desde sus tumbas los .augustos muertos, levantando las frentes no manchadas, repitieron el grito de Dolores: ¡ Viva la independencia de la patria!"

¿Qué monumento habrá que conmemore dignamente tan ínclitas hazañas? ¿Que lira existirá con la que pueda un nuevo Homero con amor cantarlas?

¡Oh, Hidalgo! ¡Oh, Padre! ¡Oh, Redentor del suelo que el corazón amante te consagra!

¡ Cómo surge apacible en nuestra historia tu veste negra y tu cabeza blanca!

¡ Con que entusiasmo van las multitudes dejando al pie de tu broncea estatua admiración y gratitud: dos flores dignas de tu memoria sacrosanta!

¡Héroes humildes! os debemos todo; moristeis por salvarnos! ¡Nadie iguala vuestra bendita abnegación; ninguno deja de bendecirnos con el alma!

Los siglos correrán sin que se borren vuestros esfuerzos en la historia humana; ¡gracias, en nombre de la patria libre! ¡Por vuestro arrojo y vuestra muerte gracias!

No se pierde en el pueblo la memoria de los caudillos nobles que lo salvan, fuera preciso derribar sus montes, secar sus mares y

extinguir su raza;

sus nombres los repite en cada aurora

la brisa dulce que al correr enarca la superficie azul, siempre serena, de los vírgenes lagos del Anáhuac;

susurran con los vientos de la tarde del ahuehuatl en las guedejas canas,

y los murmura el bosque centenario en

cada hermoso despuntar del alba!

¡Héroes humildes! fué vuestra conquista la eterna independencia de la patria, y fuisteis, para orgullo de esta tierra, mártires dignos de tan noble causa.

En la ciudad lujosa, en el emporio de la nación por vuestro afán soñada, una calle recuerda a los viajeros la epopeya inmortal que os fué tan cara.



Tiene por alto nombre y por escudo una sublime y mágica palabra; vuestra fe, vuestro afán, vuestro martirio, ¡la gloria de que fuisteis alborada!

¡ Cuántas veces envuelto en mis tristezas he pensado en vosotros al cruzarla! ¡Cuántas veces en ella he meditado en todas vuestras ínclitas hazañas!

¡ Héroes, vivid la vida de la Gloria! Ya vendrá un bardo de potentes alas, v nuevo Homero, encontrará en vosotros el argumento de la nueva Ilíada.

Dormid en paz, cubiertos de laureles, de amor, de bendiciones y de palmas, prestando augusta sombra a vuestro lecho la tricolor bandera de la patria.

## EL CALLEJÓN DE LOS MISTERIOS

En una calleja oscura, larga,  
sucia, abandonada, como inútil y  
olvidada por su constante pavora;  
donde una vez puesto el sol o  
agonizando la tarde, al pie de una  
imagen arde inútilmente un farol,  
alza sus macizos muros un antiguo  
caserón, según el vulgo, mansión toda  
duendes y conjuros.

Ancho y labrado el portal, extensas  
las galerías, dos patios con arquerías  
al estilo medioeval,  
tristes y extensos salones tan  
oscuros en verdad, que se ve la  
obscuridad salirse por los balcones.

Todo triste en lo interior, y todo  
triste por fuera, como si todo  
estuviera quejándose de dolor.

La calle como escondida, la  
casa como ignorada, y en una y en

otra, nada que dé señales de vida.

¡ Ay del que llega a la puerta y  
explora el patio sombrío! ¡sólo el aire  
húmedo y frío zumba en la mansión  
desierta!

Y zumba en queja doliente, en  
pavoroso alarido por el eco  
repetido tenaz y lúgubrementemente.

¿Quién vive allí? ¿ a quién no arredra tanta incuria, tanta sombra? Musgo y polvo son  
su alfombra; su solo tapiz la hiedra.

Aun queda en el patio, fijo a un  
muro que está en ruinas, con su  
corona de espinas un antiguo Crucifijo.

La soledad, la pobreza, son su  
templo y son su altar, y él parece  
doblegar, mirándolas, su cabeza.

No le da el incienso aromas que  
a la devoción convidan; detrás de  
su cruz anidan melancólicas  
palomas

Con su monótono canto, dolorido y  
plañidero, en desvencijado alero  
turban la quietud del santo.

Tal es el cuadro que abraza por la  
tosca cerradura el que investigar procura lo que encierra aquella casa.  
Y en los labios de las viejas corren confusas y extrañas mil ridículas  
patrañas y fabulosas consejas.  
Nadie a penetrar se atreve, y en las  
noches se adivina tenue fulgor que  
ilumina algo que lento se mueve.  
Se mira tras las vidrieras, por tanto polvo empañadas, cruzar sombras  
recatadas que dan quejas lastimeras.  
Algo como cirios; luego un tropel de  
informes seres; se oyen voces de  
mujeres en son de plegaria o ruego.  
Y hay quien cuenta que escuchó un  
responso vago, incierto, y que por el patio un muerto a lentos pasos  
cruzó.  
Otros con terror decían que una  
monja andaba en pena  
y en noches de luna llena junto  
al Cristo la veían.  
Y al más adusto y formal, las  
gentes le aseguraban, que allí  
las brujas rondaban en  
aquelarre infernal.

Sin que faltase en el coro de  
tantos comentadores alguien que  
hablase primores de un  
escondido tesoro.

Ni quien llegase a creer que  
en antro tan pavoroso escondiera  
algún celoso a una preciosa  
mujer.

Habiendo quien afirmara  
haber visto en esa calle un ángel  
de esbelto talle, cutis blanco y  
linda cara.

Gallardo cuerpo gentil, negros  
y hechiceros ojos, y labios frescos  
y rojos como una rosa de abril.

En tantas suposiciones  
algo de verdad había que la  
gente convertía en necias  
supersticiones.

Causando a todos terror con  
la sombra y el misterio, lo  
verdadero, lo serio, voy a decirlo  
al lector;

Ya comenzaba a rugir sorda, por  
aquella edad, la terrible tempestad  
nuncio de un gran porvenir.

Ya era una hermosa ilusión  
transformar sin fuerza extraña una  
colonia de España en una libre  
nación.

Como mártires primeros  
cumpliendo un deber sagrado e1  
cadalso habían honrado Hidalgo y  
sus compañeros..

Y demandando venganza se  
conspiraba de un modo que creyese  
como todo muertas, la fe y la  
esperanza.

Y esperanza y fe cautivas de  
almas discretas y honradas estaban  
atribuladas, pero potentes y vivas.

La pasión que no se nombra es  
verdadera y bendita, que planta que  
el sol marchita solo florece en la  
sombra.

Y era muy cuerdo en verdad al

vivir un cautiverio conquistar en el  
misterio el bien de la libertad.

Y se eligió una mansión triste,  
olvidada y sombría,

para nutrir cada día  
la oculta conspiración.

ignoraban los cautivos aquellos planes inciertos en que eran Jos vivos,  
muertos, y los muertos eran vivos.

Ignoraban que una grey sin nombre y  
sin elementos minaba ya los cimientos de la inquisición y el rey.

Y que esa grey dividida,  
en grupos con fe en la suerte, retaba audaz a la muerte por darle a su  
pueblo vida.

Y el cuartel, el monasterio, la logia, el templo, el taller, con nuevo modo  
de ser ocultaban el misterio.

Siendo en la angosta calleja polvosa y abandonada, un centro, aquella  
morada germen de tanta conseja.

Ninguno a los duendes vio si en altas horas venían ni si en parvadas  
salían cuando el alba despuntó.

Se supo al fin que eran hombres de posición y respeto,

perdiéndose en el secreto  
sus trabajos y sus nombres.

Teniendo el vulgo ocasión  
para llamar misterioso al  
estrecho, tenebroso, y olvidado

callejón.



## LA CALLE DE LA PERPETUA

Una eterna soledad; una  
ancha plaza desierta y una  
casa que en verdad revela  
que por su puerta da entrada  
a la eternidad.

Casa terrible y sombría que  
corona un esquilón que en la  
noche y en el día lanza el  
toque de agonía de la Santa  
Inquisición.

A pobres encarcelados  
ninguno asomar los ve5 pues  
tan solo enmascarados salen,  
para ser quemados en algún  
*auto de fe*.

Los muros que azota el viento no le  
permiten salir ni al desgarrador  
lamento del que en medio del tormento  
miente para no sufrir.

En la noche mas serena un rumor  
que da sonrojo parte el corazón de pena:

¡Siempre cruje una cadena! ¡Siempre  
rechina un cerrojo!  
Siempre está la pared muda **v** el  
antro en silencio eterno; la puerta  
pesada **y** ruda es negra como la duda **y** horrible como el infierno.  
Todo repugna **y** espanta; todo da  
miedo **y** pavor **y** se anuda la garganta al llamarle *casa santa* a la casa del dolor.  
La calle está abandonada; quien  
por ella cruza, reza, **y** por triste y por odiada es por el pueblo llamada de la  
*Perpetua Tristeza*.  
Hasta en nuestra alegre edad  
como triste le da fama su constante  
soledad, **y** el pueblo en nuestra  
ciudad, de la *Perpetua* le llama.  
En ella surge y domina la  
inolvidable mansión que hoy el saber  
ilumina... ¡Se tornó la Inquisición  
Escuela de Medicina!

## LA FUENTE ENSANGRENTADA

### LEYENDA DE LA CALLE DE LA PILA SECA

Cuando una mujer se goza **en**  
dar tormento a las almas burlando  
a **los** que **por** ella **viven en** perpetuas  
.ansias;

**cuando** miente **amor** y dicha al **que** rendido a **sus plantas corno a** un dios sobre  
la tierra **con** devoción la

idolatra:

cuando promete venturas **y** da  
tristezas amargas, **y las** flores que le ofrecen emponzoña y desbarata,  
son tan intensos los males, son  
tan hondas las desgracias que con  
su conducta aleve a cada momento  
causa,  
que a su paso sobre el mundo,  
como una huella que espanta, deja  
una estela de sangre por su culpa  
derramada.

Los celos son una fiebre que  
ningún remedio calma, su influjo  
conduce al crimen sin medir muro

ni vallas.

Ay del que les da cabida! j A y del  
amante o la amada en quien la negra  
serpiente filtra su asquerosa baba!  
No hay poder que lo contenga; la  
virtud mas firme y alta no resistirá a  
su impulso que toda nobleza empaña;  
áspid escondido, artero, que devora  
las entrañas, lo mismo al rey que al  
esclavo en desaciertos iguala.

Cuentan que una linda moza,  
verdadero sol de gracias, que hará  
menos de dos siglos fué una perla en  
Nueva España,  
cautivó con su hermosura a las  
gentes de prosapia pues el pueblo ni  
siquiera osó de frente mirarla.

Era rica y orgullosa; para su  
tiempo ilustrada; hechicera por su  
trato; por su beldad, soberana.  
Voluble como las olas, ninguna  
llegó a igualarla en dominar  
corazones que de duros blasonaban.

Amáronla a un tiempo mismo dos  
donceles de gran fama,  
el uno por su linaje,  
el otro por sus hazañas.  
Uno fué de regia estirpe, aunque del  
trono lejana, el otro allegado a un duque de gran renombre en España.  
Cada cual a doña Elvira le ofreció un  
amor sin mancha, y, a los dos, al mismo  
tiempo, lisonjeó en sus esperanzas.  
Creyóse don Luis amado, y don  
Enrique soñaba ser el único a quien  
diera su amor, doncella tan casta.  
Una noche a igual instante, va con  
sospechas fundadas, llegaron ambos  
amantes debajo de una ventana.  
Retiróse con cautela don Luis a  
cierta distancia, y allí sin ser  
sorprendido vio lo que nunca  
esperara.  
Elvira habló con Enrique, tierna,  
amable, alegre y franca, y él la dio un  
beso en la mano, y ella acarició su barba.  
No bien los vio despedirse

acercóse con audacia, y al  
sorprenderlos, la joven se puso  
trémula y pálida.

"Juzgué —dijo— noble y pura a  
quien es torpe y liviana..." Iba a  
seguir, mas no pudo, que le ahogaron  
las palabras.

Don Enrique ardiendo en ira le  
volvió tal bofetada que a no ser don  
Luis tan fuerte cayera como una  
estatua.

Buscóse bañado en sangre y ciego y  
loco la espada, y no hallándola, del  
cinto sacó florentina daga.

Sobre el rival arrojóse como una  
pantera h ir can a, dio rienda suelta  
a sus celos y le cosió a puñaladas.

Cayó al suelo don Enrique, v don  
Luis tuvo la infamia de rematarlo  
tendido, de los celos con la rabia.

Al lado de aquel cadáver con  
tristeza murmuraba la fuente que en  
la calleja daba a los vecinos agua.

Lavóse en ella las manos el  
matador con gran calma, sin advertir  
que la sangre era tan espesa y tanta.  
que al despuntar en oriente los  
rayos de la alborada  
el líquido estaba rojo dando susto y  
repugnancia.

La justicia inquinó al punto del  
negro crimen la causa, que cuentan  
terminó en breve, no cual todos  
anhelaban.

sino dejando a la víctima en una  
tumba olvidada, a don Luis en su  
palacio y a la doncella en su casa.

Contáronse mil consejas terror  
de la gente baja acerca de los  
espantos de la fuente  
ensangrentada.

diciendo que por las noches,  
como purpurina lava, mirábase  
hervir en ella, dando terror, sangre  
humana.

No volvió ningún vecino a tomar

en ella el agua, ni a consentir que  
ninguno la sacara para nada.

La conseja pudo tanto, que la  
autoridad fué blanda y cortó las  
cañerías dejando la fuente  
exhausta,

Hoy ya ni memoria existe iugar de  
aquella infamia, se sabe que en él alzaron con el tiempo nuevas casas.

Queda la calle que entonces fué  
una obscura encrucijada y que de  
"la Pila Seca" en nuestro tiempo se llama.



LA CAJA MILAGROSA

## LEYENDA DEL EX-CONVENTO DE LA CONCEPCIÓN

I

Para honrar la siempre limpia  
Concepción inmaculada en la  
hermosa y opulenta capital de Nueva  
España,  
un vecino muy  
devoto y de riquezas  
muy vastas, trató de  
hacer un convento  
digno de gloria tan  
alta;  
y comprando unos  
solares, v al rey  
demandando gracia, logró  
dar cima .a su anhelo sin  
medir riesgos ni vallas.  
Llamábase aquel buen hombre

Juan Aguirre de Suasnaba, pródigo  
en las caridades, y en las costumbres,  
sin tacha.

Cuando con gran regocijo  
miró su obra comenzada y  
dio fin a los cimientos y  
forma a sus esperanzas,  
la segur, que no respeta glorias  
y dichas mundanas, cortó el hilo de  
su vida, por cierto envidiable y  
grata.

Tocó a sus más allegados  
heredar cuanto dejara, y ya ricos,  
no quisieron proseguir obra tan  
santa.

Quedó en punible abandono la  
nueva y costosa fábrica, sin que de  
ponerle término se dijera una  
palabra.

Los dueños de la fortuna  
fuéronse a tierras extrañas, y  
nadie creyó que hubiese quien a  
Aguirre reemplazara.

Apagáronse de un soplo las  
ilusiones doradas de cuantos  
vieron seguía del nuevo templo la  
fábrica.

Y en las más nobles familias con  
dolor se comentaba la conducta de  
los deudos del propio interés  
avara.

Las pudorosas doncellas que con  
delicia y con ansia soñaron en  
vestir pronto manto azul, túnica  
blanca,  
y habitar del nuevo claustro la  
quieta y feliz morada,  
al saber la triste nueva vertieron secretas lágrimas.

En esos tiempos remotos del mundo en la  
mar sin playas, para encaminarse al cielo era el convento la barca;  
la celda, puerto y refugio de la vida en las borrascas; **y** la fe, radiante estrella, nuncio **y**  
galardón del alba.

En los tristes desengaños, en las dudas  
más amargas, en la orfandad sin apoyo **y** el amor sin esperanza,  
cuando todos los dolores a un tiempo el  
ánimo embargan **y** la razón obscurece **y** las virtudes desmayan,

el claustro fué la piscina, el Jordán de frescas aguas en que encontraron alivio los hondos males del alma.

Y las vírgenes más bellas, las azucenas

más castas, en sus floridos abriles,

en su edad más dulce y grata,

encerrábanse en las celdas como en tumbas solitarias, viviendo en completo

olvido sin ambiciones bastardas;

y allí, sin decir a nadie la historia de sus desgracias, era su ilusión la muerte y el martirio su enseñanza.

Tarde por tarde iban muchos a ver en desierta plaza, frente a la modesta

ermita que a nuestros tiempos alcanza.

los comenzados cimientos de la nueva

mansión sacra que iba a honrar la

siempre limpia Concepción inmaculada;

y para excitar el celo de gentes ricas y santas que con su cuantiosa hacienda el

monasterio acabaran,

una fiesta organizóse

invitando a la más alta

sociedad de la opulenta

capital de Nueva España.

II

En medio de gran gentío

un viejo orador sagrado dice

así con voz sonora y con

inmenso entusiasmo:

—"No es cierto que nadie quiera esta obra llevar a cabo, que hay alguien a quien le sobran elementos para el caso.

"Allí escondido entre muchos acierto a ver a mi hermano; le conocéis casi todos, le llaman Simón de Haro;

"es un minero muy rico, y es

además buen cristiano, y va a

encargarse de todo lo que otros

abandonaron.

"¿Qué habrá que gastar dinero? ¡nada importa! ; tiene tanto! y además pueden sus minas darle cuanto es necesario.

"El terminará el convento, él lo

hará, puedo jurarlo, y tal vez desde mañana ocupe aquí muchos brazos".

Volvieron todos el rostro a don

Simón, contemplando que estaba

absorto y confuso con un sermón tan

extraño.

Y prodigándole encomios, y

apretándole la mano, por su decisión

tan noble todos le felicitaron.

Sin dar a nadie respuesta,

confuso, atónito, pálido, al ver ya

fuera del pulpito a quien movió tal

escándalo,

fuese saliendo a su encuentro de esta

guisa a interpelarlo;

—Si sabes que soy muy pobre, pues

muy exiguo es mi erario,

f: por qué de erigir conventos me

impones el duro encargo cuando en mi caja no quedan más que muy pocos ducados?

—Yo no he dicho una palabra. —¡Estás

loco! te escucharon todos los que aquí han venido y que no son muy escasos.

—Pues te juro que no dije ni

una frase...

—Has dicho tanto que todos

me reconocen

como un rico nada .avaro que va a

construir el convento. —En esto pienso

que hay algo misterioso, incomprensible.

—Lo que dijeron tus labios todo

el mundo lo comprende. —Yo no

lo he dicho.

—Habla claro.

—Sospecho que las palabras que oyeron todos, hermano, las ha dicho por mi boca el mismo Espíritu Santo.

—¿Será posible?

—No dudes, porque yo ni lo he pensado, y al decir que nada dije con esta verdad me salvo.

Dios será quien te proteja. -Yo estoy muy pobre y no guardo en caja sino muy poco, ven a ver mi caja.

—Vamos.

De don Simón a la casa bien pronto se encaminaron, y abriendo una tosca puerta entraron a húmedo cuarto.

Vieron los dos una caja abandonada en un ángulo, forrada en vetusto cuero y llena de toscos clavos.

La abrió don Simón, y al punto saca con su propia mano cerca de catorce

duros que allí estaban encerrados.  
—¿Basta para un monasterio este  
pequeño puñado? Y antes de que a tal  
pregunta diera respuesta su hermano,  
dentro de la .antigua caja oyeron  
un ruido extraño y los espantados  
ojos a un tiempo volvieron ambos.  
De escudos limpios y hermosos  
halláronla rebosando,  
y postráronse de hinojos absortos de  
aquel milagro.  
Vaciáronla varias veces, y en cada  
vez la encontraron llena de nuevas  
monedas que arrojaba ignota mano.  
—Con esto se hará el convento. —Y  
la obra llevaré a cabo. —Alabemos a la  
Virgen, —Y al Señor tres veces santo.  
Con lágrimas en los ojos y trémulos  
y rezando, el clérigo y el minero  
salieron al fin del cuarto.  
Se dio principio a las obras, y en  
menos de quince años se alzó el templo  
y el convento de la Concepción llamado.



Y en el espléndido coro, las monjas  
siempre guardaron, como caja  
milagrosa, portento admirable y raro,  
la que durante las obras sola se  
estuvo llenando hasta que la última  
piedra se puso en el templo santo.  
Y esta conseja la citan haciendo  
mención del caso autores que en  
nuestros tiempos pasan por doctos y  
sabios.

LA ALAMEDA

AL ERUDITO Y GALANO ESCRITOR JESUS

GALINDO Y VILLA

El veintisiete de enero de mil quinientos noventa, amaneció engalanada la .ciudad de los aztecas.

En ventanas y en almenas en cornisas y

balcones, el viento .agitaba alegre gallardetes y banderas.

Las artísticas vajillas formaban marco a las puertas sobre crujientes y largas cortinas de roja seda.

Y como toldo fragante que embalsama y

refrigera, arcos de palma y de tule sembrados de flores frescas.

Vibrando en todas las torres las campanas vocingleras v poblando los espacios los tronadoras centellas;

en las plazas y en las calles, en

árboles y azoteas, los curiosos

agrupados un cuadro raro presentan.

Y se escucha en todas partes ese

rumor que semeja en las gentes v en

las olas vida, movimiento y fuerza.

Tanto alborozo en el pueblo, tanta

dicha en la nobleza, estribaba en un

motivo digno en verdad de tal fiesta.

Iba a entrar un Virrey nuevo y  
nacido en esta tierra, circunstancia en  
.aquel siglo tan rara como estupenda.

Hijo de un Virrey ilustre, tocóle por  
grata herencia el llevar su mismo  
nombre, blasón de intachables  
prendas;

Luis de Velasco, el segundo, vino  
creyendo insurrecta la Nueva España  
y por grandes conspiraciones  
revuelta.

Por orden del soberano su nave no  
fué derecha a la Veracruz, temiendo  
ser de los indianos presa.

Llegó al Panuco, allí supo que era  
una invención la guerra  
y que toda la colonia estaba  
tranquila y quieta.

Quiso a Veracruz volverse, mas lo  
impidió una tormenta, y desembarcó en  
la costa más lejana y más desierta.

Sufriendo las amarguras de que en

sus cartas se queja, llegó en dilatado  
plazo de la ciudad a las puertas.  
La encontró llena de galas, rica,  
tranquila, contenta, feliz, porque un hijo suyo iba a darle dichas nuevas.  
De Méjico por las calles pasó don Luis  
entre inmensa multitud, que lo  
aclamaba orgullosa y satisfecha.  
De su arrogante caballo a pie llevaban  
las riendas, junto a Leonel de Cervantes, Pablo Torres y Luis Sesma.  
Alcaldes y licenciados sus  
palafreneros eran, y a su paso,  
le regaban flores las damas  
más bellas.  
En verdad que don Luis supo pagar a  
tan claras muestras de distinción, con  
sus obras honradas, justas y rectas.  
El hizo en muy breve tiempo la paz  
con los chichimecas, y la justicia a los indios normó con leyes severas.  
Grato a Felipe Segundo que estaba en  
terribles guerras y sin cesar le obligaba a que engrosara su hacienda,  
dobló, por obedecerle, los tributos,  
sin que fuera ningún influjo bastante  
para impedir tal gabela.

A conquistar Nuevo Méjico mandó  
con oro y con fuerzas a su adicto Juan  
de Oñate que salió bien en la empresa.  
Y amando, como ninguno esta  
ciudad, do naciera buscó por todos los  
medios darle renombre y belleza.  
"Quiero que los habitantes de  
Méjico —dijo— tengan un sitio de  
desahogos que a la ciudad ennoblezca".

Y una tarde (once de enero de  
noventa y dos) aprueba sus proyectos el  
cabildo  
y el Virrey contento queda.

El T i a n g u i s d e S a n H i p ó l i t o , mercado que estuvo fuera  
de la T r a z a y destinado a gente  
pobre y plebeya;  
lugar que en tiempos oscuros  
alumbrió la luz siniestra que en él vertió el santo oficio con sus terribles  
hogueras,  
fué entonces el escogido para  
realizar la idea del buen Virrey que  
anhelaba embellecer a su tierra.

De la mitad del terreno pronto la

ciudad fué dueña, y don Luis al punto  
quiso dar de sus alientos prueba.  
Alzó en su torno un cercado con  
zanjones y con puertas, mandó luego  
que en sus centros hermosas fuentes se  
abrieran.

Sembráronse dos mil álamos para  
darle sombra fresca y sauces que  
esparcieran su romántica tristeza.  
Cien años después el noble marqués  
de Croix, que gobierna, con la otra  
mitad del Tianguis jardín tan bello  
completa.

Y dicen los que lo vieron que en mil  
setecientos treinta semejaba aquel  
paraje la más encantada selva.

Duplicáronse los álamos al sol de las  
primaveras, y eran tantos, que a aquel sitio llamó el pueblo la Alameda.

Allí los hijos dolientes de la  
capital azteca daban sus  
primeros pasos y sus miradas  
postreras.

¡Oh vergel de nuestros padres! ¡ cuántos recuerdos encierras! ¡ cuántas memorias

escondes en tus floridas callejas!  
El soñador estudiante, la recatada  
doncella, el octogenario enfermo, la  
anciana que orando tiembla,  
el niño que con sus juegos a sus padres  
embelesa, el doncel enamorado y la moza  
coquetuela;  
lo mismo el que nada quiere como el que  
rendido espera; y el que del tiempo pasado las veleidades recuerda.  
en ti buscan grata sombra,  
bajo tus fresnos se sientan mirando alegres o tristes tus hoy mustias arboledas.  
Cuando la callada noche te envuelve en  
sus sombras densas,  
parece que en tu recinto  
un fantasma se pasea.  
Es un recuerdo que surge, una memoria  
que llega del que fundó el ancho parque para gala de su tierra.  
Don Luis Velasco, el segundo, que de su  
rey mereciera ser al Perú trasladado por sus relevantes prendas.  
¡ Oh parque de mis mayores los hados  
benignos quieran que lejos de ti no acaben las horas de mi existencia!  
Ya en tu derredor se escuchan los dulces himnos que elevan la paz, la unión y el  
trabajo a la ciudad que tú alegras.

Nada interrumpa ese coro, nada esos  
himnos suspenda y cántenlos nuestros  
bardos a tu sombra dulce y fresca!

DEL PATÍBULO A SU CASA



## LEYENDA DE LA CALLE DE SAN JUAN

### NEPOMUCENO

I

Todo el que vuelva los ojos hacia los  
tiempos pasados, y busque en la Nueva  
España de ciencia y progreso rastros,  
hallará entre muchas sombras llenas de  
dolor y llanto, la hoguera a cuyos reflejos calla el pensamiento humano.  
Es la inquisición; su nombre infunde  
terror y pasmo, porque a nobles y plebeyos por igual lleva a sus antros.  
Del décimo sexto siglo a los  
setenta y un años, Pedro Moya  
de Contreras ese tribunal nos  
trajo.  
Lo instaló en Santo Domingo con gran  
pompa y aparato,  
y para mengua del pueblo duró allí dos  
siglos largos.  
Muy frecuentes y terribles eran los  
famosos autos contándose por millares los tristes penitenciados;

ni edad, ni sexo, ni méritos allí jamás se estimaron, sufriendo iguales torturas los mozos y los ancianos;

las vírgenes más hermosas, los donceles

más bizarros, fueron por el santo oficio de igual manera humillados;

y aun hubo inocentes niños que por

delitos extraños a la cárcel o al destierro sin piedad los condenaron.

Leonor Martínez, chicuela de nueve

abriles escasos, por ser sus padres judíos pagó tal culpa muy caro.

Sentenciáronla los jueces a destierro

ilimitado, y oyó tan dura sentencia con vela verde en las manos;

montada sobre una muía con los breves

pies descalzos, vestida con sambenito, y amordazada y llorando

También Gaspar de los Reyes fray

Gaspar de Alfar llamado, que por ser

demente, dijo que era inmortal y era

santo,

en tribunal tan terrible como hereje

lo juzgaron, y pereció entre las llamas

sin defensa y sin amparo.

Así muchos, sin delito, a tan odioso

cadalso subieron sin que pudiesen por

nadie ser libertados.

Desde el humilde pechero a los

próceres más altos, al nombrar al santo  
oficio se estremecieron de espanto.  
Y entre los muchos que fueron ,a la  
hoguera por relapsos, se cuenta de  
alguien que pudo salir de allí sano y  
salvo.

Es tan célebre por único, y es tan  
especial el caso, que sin trama de  
novela me atrevo aquí a relatarlo.  
Famosos historiadores como cierto  
lo contaron, y como cierto lo digo sin  
difusos comentarios.

En la cátedra sagrada alguna vez lo  
han citado  
y yo a mis rudos romances para  
el pueblo lo traslado.

II

En mil setecientos treinta, a fines  
del mes de mayo, hubo en la ciudad  
de Méjico un incidente muy raro.

Al clérigo Juan Aciber, hombre  
bueno, docto y sabio, por los ricos y  
los pobres con tierno amor  
venerado,

lo sentenció el santo oficio a que  
perdiera los hábitos en público,  
degradándole por sus enormes  
pecados.

a recibir cien azotes por sus  
constantes escándalos, y a ser presa  
de las llamas por hereje y por  
relapso.

En la sociedad entera la  
sentencia causó espanto, pues el  
clérigo era un justo y en caridades  
preclaro;

nadie creyó en los delitos que sus  
jueces le achacaron, pero ninguno

se expuso a ser indiscreto y franco,

468 JUAN DE DIOS PEZA Su crimen —según se dijo en

un edicto muy largo—, era rezar

noche a noche, a un ser cual todos

humano;

encomendarse devoto a un clérigo, a que un malvado le mandó arrancar la lengua que calló ajenos pecados.

Aquél mártir del secreto que

supo morir callándolo, era el culto

favorito del clérigo mejicano.

Ya en Roma, por justo premio, lo declaraban beato, y señalaban su muerte como el ejemplo más alto,

a todos los confesores que tiene el mundo cristiano. Nuestro clérigo no hallaba *culto* de mayor agrado,

y le rezaba contrito su excelsa muerte

admirando, y así lo dijo .a los jueces sin temor de haber pecado.

—; Hereje! —gritó al oírlo

uno que estaba juzgándole)—

¡ Adorar a un hombre!

—¡ A un hombre'

que es divino por sus actos!

¡Blasfemo!

—Muerte en las llamas

— Q u e lo quemen por relapso. — ¡ Q u e ya no vista sotana! —¡ Si, que le quiten los grados!

Y en obscuro calabozo mucho  
tiempo l o encerraron, hasta que llegó  
el instante de conducirlo al cadalso.

Iba en medio de la gente en una  
muía montado con el sambenito  
puesto, sucio, harapiento y descalzo.

Pero con la frente erguida, risueño  
el semblante franco, y oyendo llorar a  
todos los que encontraba a su paso.

Ya cerca del quemadero corriendo en ágil caballo llegó un hombre, y le dio a alguno  
un pliego que oculto trajo.

Al momento al pobre reo de la muía  
desmontaron, quitáronle el sambenito,  
vistiéronlo con sus hábitos,  
dijéronle que se fuera a su casa  
sin retardo, y cuantos le  
custodiaban quisieron besar su  
mano.

Las gentes, sin darse cuenta de  
lo que estaba pasando, rezaban  
gritando el Credo entre sollozos y  
llantos.

Y el clérigo, muy humilde, la  
frente y los ojos bajos,  
a la iglesia mas cercana se dirigió  
paso a paso.

Era que al ir a la hoguera, la  
Mitra supo, entretanto, que ya  
Juan Nepomuceno estaba  
canonizado;  
que el pontífice decía que a Dios  
causaban agrado los que a tan  
augusto mártir dieran culto sin  
descanso;  
que se enseñara su ejemplo, y  
en altares y en claustros se  
venerará su imagen como grande  
entre los santos.

El santo oficio, confuso y  
absorto ante .aquel milagro, colmó  
de satisfacciones al clérigo  
sentenciado.

Y a la calle solitaria donde fué a  
acabar sus años, de "San Juan  
Nepomucemo" en recuerdo le

llamaron.



LA CARTA DE ULTRA-TUMBA LEYENDA DE LA CAPILLA DE SAN ANTONIO EN EL  
EX-CONVENTO DE

SAN FRANCISCO

Dentro de los toscos muros del más famoso convento que en Nueva España fundaron  
ejemplares misioneros,

en amplia y austera casa de hombres

piadosos y buenos, hermanos de san Francisco y de Jesucristo siervos,

noche a noche se rezaba

congregados en el templo,

cuando sonaban las ocho la

plegaria por los muertos.

No dejaba un religioso en tan

solemnes momentos de asistir a

aquella cita obligatoria en su

gremio,

en una obscura capilla, con altar de paños negros, sustentando un crucifijo de marfil,  
clavado en ébano,

al resplandor amarillo de cuatro

cirios ardiendo y en dos filas los

sitiales simétricamente puestos.

A tan lúgubre recinto entraban  
frailes y legos semejando entre las  
sombras larga procesión de  
espectros;  
con un libro en una mano, con  
una cruz sobre el pecho y en la otra  
mano el rosario enredado entre los  
dedos.

Se escuchaban las pisadas en el  
duro pavimento poblando las altas  
bóvedas los acompasados ecos.

Un sitial sobresalía de la capilla  
en el centro que del fraile de más  
rango era el jerárquico asiento.

Un órgano allá en un ángulo por  
las tinieblas envuelto, como voces  
de otros mundos lanzaba tristes  
acentos.

Y como rumor de abejas, ronco,  
monótono, seco, a compás, siempre  
lo mismo se comenzaban los rezos.

Sonaban ilustres nombres de  
religiosos egregios

que aceptaron el martirio para  
conquistar el cielo;  
de esforzados paladines que  
entre réprobos murieron en  
apartadas regiones predicando el  
Evangelio;  
de apóstoles admirables que de  
Dios el santo reino mostraron a los  
infieles con su palabra y su ejemplo;  
de los ínclitos varones que a  
Nueva España vinieron y que  
cruzaron descalzos desde Veracruz  
a Méjico.

Valencia, las Casas, Gante,  
Sahagún, Benavente, Olmedo y  
tantos otros, que gloria y vida  
dieran al pueblo,  
eran allí recordados y con unción  
y respeto para sus almas pedían la  
luz y el descanso eterno.

Una noche, cuando estaban los  
frailes en tales rezos, lanzaron de  
pronto un grito, palmaria expresión

de miedo.

La diestra huesosa y trémula  
alzaron todos a un tiempo  
señalando en el espacio algo.,  
flotante y siniestro.

Era la mano de un hombre con  
manga de hábito viejo y sin que  
nadie acertara a mirar tras ella un  
cuerpo.

Sólo un brazo con su mano  
flotaba en el aposento y en esa  
mano una carta sellada con lacre  
negro.

El prior, disimulando su temor,  
habló el primero, y estas concisas  
palabras sus hermanos recogieron:  
"Esa carta es de ultratumba y  
nos la manda algún muerto;  
acercaos uno tras otro y recójala su  
dueño".

Descendió el brazo flotante y ya  
en la mitad del templo, junto a él  
fueron pasando todos los frailes

aquellos.

Cada cual al acercarse trataba  
con raro esfuerzo de recoger esa  
carta venida con tal misterio;  
mas al ir uno tras otro a tomarla  
con respeto  
el brazo se retiraba  
con pausado movimiento.

Ninguno de los presentes miró su  
afán satisfecho y el prior ordenó  
entonces que fuera un hermano  
lego.

a llamar a dos que estaban en  
sus celdas por enfermos, pues  
podiera ser que alguno tuviera que  
ver en esto.

Pronto los dos religiosos a la  
capilla vinieron, y la mano **dio** la carta con rapidez al más viejo.

Arrodilláronse al punto los  
frailes de asombro llenos, y el  
elegido, entre tanto, leyó la carta en  
silencio.

Cuando acabó, dijo a todos: —

"Hermanos: perdón si os dejo; voy a hacer un largo viaje ignorando rumbo y término.

"Rezad por mí, con el mismo fervor que por todos rezo, pero rezad al instante, pues tardaré mucho en veros".

Y al decir estas palabras cayó inerte como muerto, y para prestarle auxilio todos a verle acudieron.

¡Con qué asombro no verían que sólo en el pavimento el fraile dejó los hábitos y desapareció su cuerpo! Pasmados y confundidos los que tal prodigio vieron, con lágrimas en los ojos, temblando ante tal misterio, sin explicarse el milagro, quedaron en aquel templo con el espanto en el alma y las frentes en el sucio.

---

## EL VIRREY EN LA INQUISICIÓN LEYENDA DE LA PLAZUELA DE SANTO DOMINGO

En los más favorecidos y mas  
populosos centros de la muy rica,  
famosa y noble ciudad de Méjico,  
corren ya de boca en boca los  
más infundados cuentos que a  
pisaverdes y ociosos están de pasto  
sirviendo;

en los portales, de noche, por la  
mañana en los templos y por la  
tarde en las calles del Refugio y los  
Plateros,

escúchanse las consejas, las  
fábulas, los enredos que componen  
y entretejen al par los nobles y el  
pueblo.

Con razón a tales sitios, la gente  
que tiene seso, en toda ocasión les  
llama corrales del mentidero.

Gobierna con gran pericia, de la

Nueva España el reino,  
un militar aguerrido,  
inteligente y enérgico.  
El marqués de Croix, famoso, y que  
brilla y sobresale hombre de origen  
flamenco, por elegante y apuesto.  
el año sesenta y seis, del siglo  
anterior al nuestro, tomó el veintitrés  
de agosto en Otompan el Gobierno.  
Y con previsión y tacto quiso  
imponer desde luego la disciplina que  
entonces faltaba tanto al ejército.  
Enemigo de la leva, pronto decretó  
el sorteo y señaló los jornales debidos  
a los mineros.  
Oponiéndose a esas leyes nuevos  
disturbios surgieron v en Valladolid y  
Pátzcuaro hubo motines muy serios.  
Quejóse el Virrey al trono con  
humildad exponiendo, que necesitaba  
tropas para no mirarse en riesgo.  
Ya en el Mineral del Monte un  
alboroto tremendo había orillado a la



muerte ;i clon pedro de Terreros,  
A rico tan bondadoso, tan filántropo  
y tan tierno, que cifraba su ventura en  
curar males ajenos,  
salió don Ramón de Coca a  
defenderle, y fué muerto, causando luto  
.a Pachuca donde era alcalde primero.  
El Rey, sabedor de todo, del Marqués  
cedió al deseo y mandó en respuesta  
infantes y dragones y artilleros.  
Guadalajara y Castilla, Granada y  
Zamora dieron lo más útil de sus tropas  
para guarnecer a Méjico.  
La expulsión de los jesuitas,  
preparada en el misterio, y en toda la  
Nueva España hecha en un mismo  
momento.  
inquiétó todos los ánimos, encendió  
todos los pechos v al Marqués le fué  
preciso ser con todos muy discreto.  
Al comentarse en el vulgo tan  
alarmante suceso, no faltó quien  
acusara de hereje a Carlos Tercero,

ni quien sin temor dijera  
que por Dios, pedamos hecho,  
iba a derrumbarse el trono en que tanto  
ofendió al cielo.

Mas nada pasó al monarca, quedó en  
paz su vasto imperio y al marqués de  
Croix ninguno lo vio débil y con miedo.

Entretanto, de este modo se hablaba  
en el mentidero por los ricos y los  
pobres, los nobles y los plebeyos:

—Ya tiene muchos soldados el  
desalmado extranjero. —Quien no  
respetar ,a la iglesia, no ha de respetar al pueblo.

—Dicen que su soberano le tiene  
cariño inmenso. —Como que ha de  
acompañarle alguna vez al infierno.

—Eso es tan claro y seguro como el  
sol.

—Ya lo veremos si  
no llama a los jesuítas llegando ,a su  
último extremo.

—Pero señor, quien diría, y todos lo  
estamos viendo, que se mandara a un

hereje a gobernarnos en Méjico.

—En San Luis y en Guanajuato

están las cosas ardiendo,

—Hubo un motín en Uruapam.

—Y en Valladolid no menos.

San Luis de la Paz ya tiene sobre las armas...

—¡Silencio!

allí vienen dos esbirros que también

irán al fuego.

—Dicen que el Marqués no gustó de hacer

visitas al templo, —Con razón; se le aparece en cada altar un espectro.

Ojalá lo trasladaran a otra

parte. . .

—No está lejos el instante de

ordenarle que a alguno le deje el puesto.

—Un gran escándalo ha habido en el palacio.

—Sabremos. —Hoy,

miércoles de ceniza temprano al palacio

fueron

dos canónigos llevando a su

excelencia el memento. —Y bien . . .

—Los tuvo dos horas;

esperando. . .

—¿Será cierto?

—Dos horas lo han esperado como si fueran dos legos.

—Algún asunto muy grave.

—¡Qué asunto ni niño muerto!

—¿No recibió la ceniza? —De mal talante y mal gesto. —Pero ya lo han castigado. —¿Lo han castigado?

—Y bien presto. —

Ya lo citó el Santo Oficio. Y hoy mismo allí lo veremos.

Con semejantes rumores de que el Virrey era un reo que la Inquisición llamaba como al más triste pechero, acudió en masa la gente llenando en muy poco tiempo la plaza y calles vecinas del edificio siniestro.

No se dejó esperar mucho el Virrey; todos oyeron los toques que eran anuncio de su salida, y contentos se dijeron en voz baja: —"¡Ya viene! pondrán preso o tal vez arda en la hoguera de sus pecados en premio".

Llegó el Marqués escoltado por  
dragones y artilleros.

que abocaron los cañones en  
determinados puestos;

y entró el de Croix al edificio, alegre, altivo, sereno, y subió a la oscura sala do  
juzgaban a los reos.

Halló en torno de una mesa a los  
oidores severos, con dos velas frente a un Cristo, y todo entre paños negros.

—Señores, vengo a la cita y no he de  
robaros tiempo, pues bastarán diez  
minutos para que todo arreglemos.

—Es que es largo . . .

—Nada importa; diez  
minutos. . . ya he dispuesto que si al pasar ese plazo a mi palacio no he vuelto,  
los cañones que he traído, sobre  
esta casa hagan fuego hasta  
derribar los muros y sepultarnos en  
ellos.

—Su Excelencia obró con juicio.

—¿Qué me queréis?

—Gran acierto  
tiene en todo Su Excelencia . . .

—Hablad . . .

—Os agradecemos

que hayáis venido, y sois libre de  
retiraros . . .

—Yo tengo que saber a

qué me llaman. —Pues . . . por el gusto de veros.

—Es decir, que ha terminado la  
audiencia...

—Desde el momento,

señor, en que habéis venido con abogados tan buenos.

Les volvió el Marqués la espalda, ganó la calle ligero y se regresó ,a palacio tranquilo,  
sano y risueño.

Cuentan que al subir al coche encontró a sus artilleros con las mechas preparadas para  
comenzar el fuego.

Tanta burla-al Santo Oficio llenó de

placer ,al pueblo, que vio al Marqués desde entonces con cariño y con respeto.

Y que más tarde su nombre repitió con

leal afecto, pues el de Croix fué tan hábil como honrado y como enérgico.

## LA CALLE DE LA ENCARNACIÓN

I

Está la noche serena; el viento apacible y grato, calma al agitar sus alas los rigores del verano. La corte de Nueva España

celebra un suceso fausto que alegra lo

mismo al p u e b l o que a los próceres más altos. Tr a s inminentes peligros, la salud recobró al cabo la Virreina, dama hermosa, todo bondad y recato. Médicos y confesores creyeron tan grave el caso, que su

incomprensible alivio les fué patente

milagro. Diéronse al cielo las gracias con triduos y con trisagios a que asistieron los nobles en Catedral y el Sagrario. No bien acabó la iglesia dio principio lo profano, y fueron los regocijos tan generales y tantos,

que el Virrey y su consorte viéronse

.al fin obligados a pagar tantas

finezas con un brillante sarao.

Era de verse el conjunto soberbio,

artístico y raro que en tal fiesta

presentaban los salones de palacio.

La corte del rey Felipe hubiéralos

envidiado por la pompa y por el lujo

de damas y cortesanos. Ricos hubo

en Nueva España que gran

renombre alcanzaron, sin que

igualarles pudieran en Madrid los de

más rango.

A los dueños de las minas de  
Fresnillo y Guanajuato y a los de las  
opulentas del Real del Monte y de  
Taxco, gustábales hacer gala de su  
fortuna en los casos más propios  
para lucirla, que en vanidad no eran  
parcos. En damas y en caballeras  
brillaban como los astros,  
esmeraldas y diamantes, amatistas  
y topacios. Costosas telas de seda en  
calzas, vestes y mantos; y  
perfumando el ambiente los abanicos  
de sándalo.

Entre todos los galanes era el  
mejor por su garbo, por su arrogante  
apostura y por su exquisito trato, *su excelencia chica*, un joven del Virrey, hijo mimado  
a quien todos le decían

familiarmente "don Carlos". —

Miradlo bien—murmuraba con otros  
un corrutaco: — no deja de hablar  
con ella. —Y le habla con  
entusiasmo. —¿Y quien es ella?



—La niña  
más hermosa que ha pisado este salón.  
—¡ Es muy linda! —  
¡Qué cutis tiene tan blanco! —¿Y los ojos?  
—Son dos soles.  
—¿Y la boca?  
—Ni el granado tiene  
capullos más rojos que tan hechiceros  
labios. —Cuentan que no le disgusta el  
mozo que le está hablando: —Mienten,  
porque ama en secreto. — ¿ A quién?  
—Eso me lo callo.  
— ¡ A ti!  
—¡Ojalá! tanta dicha ni  
cuando sueño la alcanzo.  
—Pero ¡con cuánta insistencia  
conversa con ella ufano *su excelencia chica!*  
—¡ Un tonto!  
—¡ Un relamido! —  
Un...  
—Más bajo,  
que nos oyen.  
—Nada importa;

tenemos los convidados derecho a ser  
como siempre justos, imparciales,  
francos. —Don Carlos está en su casa.

—Es de todos el palacio. —Pero el  
Virrey es su padre. —Es que si  
medimos rangos puedo ganarle en  
abuelos y en nietos, si a cuentas  
vamos. —Estás celoso.

—¿ Celoso?

—Mira cuan vivo es don Carlos, ya sale  
a bailar con ella, y no la suelta del  
brazo. —Ella está como muy triste. —

Es verdad... sus ojos bajos, su silencio; ese semblante como de mujer de  
mármol revelan que sufre.

—Y sufre

pues todo en ella es .amargo. —¿Y cuál  
es su nombre?

—Clara!

—]Es muy breve,

—Y es muy diáfano — ¿ Y dónde  
vive?

—Muy cerca, a tres calles

de palacio, en la Encarnación, esquina a Santa...

—Basta, ya caigo. Alguna vez

yo la he visto en su balcón, y he pasado por la noche, y os lo juro, la sorprendí conversando con alguno.

—Con su novio, —No tiene

nada de extraño. Pero mira, acabó el baile. Don Carlos va paso a paso conduciéndola a su asiento. —¿Hay alguien más descarado? —¿Qué pasa?

—¿No ves la rosa que Carlos tiene en la mano? Se la arrebató...

—Bien dicho, porque ella

no se la ha dado. —Es príncipe y se aprovecha.

—Pero esto ya es un escándalo. —¡ Qué tiempos, señor, qué tiempos! —Se van los músicos.

—Vámonos. Y mientras

se retiraban los más de los convidados por las anchas escaleras,

bajó galante don Carlos

a Clara, cuya familia

agradecida a tal rasgo

ensalzaba la finura,

la amabilidad y el trato

del hijo de quien entonces

era en Méjico el más alto.

Clara con frialdad notoria

tendió a su galán la mano,

y éste, al partir el carruaje,  
dijo lleno de entusiasmo:  
—"Mía serás, o de nadie;  
juro ante Dios que me caso  
y si mi padre se opone  
tan ciego estoy, que me mato".  
Y cuando a pocos instantes estaba  
todo apagado, sin que nada  
interrumpiera el silencio en el  
palacio inquieto y como con fiebre  
salió de nuevo don Carlos y a la casa  
de su dama se dirigió cabizbajo. En  
las pulidas baldosas bien resonaban  
sus pasos; y al resplandor de la luna  
lanzaba argentados rayos saliéndose  
de la capa el estoque toledano.

II

No bien llegó de la fiesta,

a su balcón salió Clara,

y habló con un caballero

con temor y en voz muy baja.

—Mucho esperaste Gonzalo.

—Mis horas sin ti son largas,

más si estuviste dichosa

ni en cuenta habré de tomarlas...

—¡Dichosa sin verte! ¡nunca!

—¿Me extrañaste?

—Con el alma,

porque ni aliento ni vivo sin tu voz ni

tus miradas... —Eres tú tan hechicera.

—¡ Adulador!

—Son tus gracias de

tal modo irresistibles, que a donde

quiera que vayas tendrás mil

adoradores... —Ni los tengo, ni me

agradan, tuya soy en pensamiento y mi

fe nunca te falta. —Lo sé bien y lo que digo no es un reproche. Esperaba

pensando cómo estarías en palacio

cortejada. Seguro estoy de que ha sido  
tu galán, ese .a quien llaman *su*  
*excelencia chica*; juro que con melosas palabras y maneras y...

—Celoso.

—Ese don Carlos se basta para hacer  
de enamorado  
dentro y fuera de su casa. —Es verdad,  
bailó conmigo; algo me habló, pero  
nada obtuvo como respuesta; pues  
puede el mismo monarca venir a pedir  
mi mano dejando el trono en España y  
al Rey diré lo que a todos: tengo un  
amor en el alma, y ese, será hasta la  
muerte para Gonzalo de Tapia!. —  
Gracias, hechicera mía; de rodillas te  
doy gracias.

Y no le temo a este Carlos ni a otro mejor que más valga. —Gonzalo, si tú supieras  
que en esta noche me alarma  
un triste presentimiento; estoy  
inquieta, turbada, como si esta ocasión  
fuera la última en que nuestras almas  
se dicen sus sentimientos. —¿Pero a  
qué temes?

—¡ Hay tantas  
gentes que son tan nocivas! Pero  
alguien se acerca... aguarda.

Como esquivando testigos cerró su balcón la dama. Gonzalo de pie en la acera vio sereno al que llegaba.

— ¿Quién sois:—el recién  
venido le preguntó.

—Pues me extraña la pregunta,  
¿qué os importa? —Supongo que usáis espada. —

Soy hidalgo y caballero y nunca gasto otras armas. —Seguidme si sois hidalgo

Y ambos de prisa y con rabia fuéronse a la obscura calle que San Ildefonso llaman y cabe los negros muros del colegio, cruzan raudas las hojas de sus aceros y a las pocas estocadas uno cayó en las baldosas bañado en sangre y sin alma. El matador, encubierto con negra y flotante capa, en dirección de palacio siguió violento la marcha, con terror, volviendo a veces atrás la incierta mirada, como si alguien lo siguiera transformado en un fantasma. Y a los pálidos reflejos de la luna ya nublada y al resonar de los pasos de la calle solitaria surgir mirábanse tristes tenues y brillantes ráfagas de la punta del estoque ya empapado en sangre humana.

III

A la mañana siguiente en su  
espléndida carroza a la habitación de  
Clara llegó el Virrey en persona. Con la madre de la joven habló cerca de una  
hora pidiendo para don Carlos la  
doncella por esposa. La madre llamó a  
su hija, conversó con ella a solas  
diciéndole que esperaba que consintiese  
en tal boda; que el hijo del Virrey, era de cualidades notorias y que el enlace  
era bueno para la familia toda. —  
Dadme un plazo—¡agregó Clara. —La  
respuesta ha de ser pronta —Con  
media semana tengo para pensarlo...  
—Y si es corta,  
tomad la semana entera; dijo el  
Virrey—estas cosas deben de ser bien  
pensadas. Volveré cuando conozca que  
el plazo ya está cumplido, pues no daña  
la demora. Y no bien se hubo alejado,  
hija y madre estando solas, oyeron  
unas campanas tañer lentas y sonoras.  
— ¡Doblan en San Ildefonso!



—Es verdad.

—¿Y por quién doblan? —No sabes

Clara que ha muerto un colegial; esta historia pica en tragedia; me cuentan que anoche anduvo a deshoras escapado del colegio en contiendas amorosas, y que cuando ya tornaba cerca de lucir la aurora a su celda, lo mataron; y por fortuna, la ronda no pasó por esa calle; y <al verlo, alguna persona avisó al colegio y pudo tener una cama honrosa su cadáver.

—¿Y quién era? —Un chico

de buena ropa, y de buen aspecto; dicen, que su familia es de nota, era hijo de Alonso Tapia. —

¿Su nombre?

—¿Tanto te importa? Has palidecido

y tiembles. —Su nombre, madre...

—¡Te ahogas! me han dicho

que se llamaba Gonzalo...

—¡Gonzalo! Toma,

¿dónde vas? espera, niña,

¿qué te pasa? ven... no corras.

Y llegando a la escalera

Clara cayó en las baldosas

lívica como un cadáver

y con semblante de loca.

—Era al que yo amaba—dijo

era mi pasión, señora,

y al matarlo han dado muerte

a mi ilusión más hermosa.

La madre mirando a Clara en  
una aflicción tan honda con  
lágrimas y con besos la consuela  
y la conforta. La doncella llora y  
grita, y en sus quejas dolorosas  
dice: "¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Te  
amé con el alma toda y juro por  
mi ternura que para honrar tu  
memoria ninguno será mi dueño  
pues seré de Dios esposa!"

IV

Como no hay en este mundo  
en los dolores supremos para  
lograr aliviarlos mejor bálsamo  
que el tiempo, cuando Clara  
estuvo en calma dijo a su madre:  
—Yo quiero para encontrar la  
ventura tomar en el claustro el  
velo.

¿En dónde?... para que  
nunca de esta casa viva  
lejos la Encarnación he

elegido. —Y yo tu elección  
.apruebo. Como desde que  
profeses sola en el mundo  
me quedo ni necesito esta  
casa ni vivir en ella quiero.  
Voy a cederla a las monjas  
como condición poniendo  
que tú la habites, cerrando  
para siempre, por  
supuesto, las puertas y los  
balcones  
con unos muros eternos.  
—Gracias, madre, no  
esperaba de tu amor otro  
consuelo, dile al Virrey, lo  
que sabes, que mi corazón  
ha muerto.

Y se agregó aquella casa,  
por voluntad de su dueño,  
al santo asilo en que pronto  
encontró Clara el sosiego. Y  
cuando tornó don Carlos,  
que estaba fuera de Méjico,

buscando a la hermosa  
niña causa de un lance  
funesto, halló zaguán y  
balcones cual nichos de  
cementerio cerrados ya  
para siempre y para  
siempre de duelo. *Don*  
Carlos aprendió entonces  
que el amor es niño ciego a  
quien nunca lo deslumbra el  
oro ni el valimiento.

El amor nunca se compra  
cuando es amor verdadero, y  
querer arrebatarse de sus  
ansias al objeto, es sólo abrir  
un abismo insondable,  
horrible, eterno, donde el  
suspiro es alivio y las  
lágrimas consuelo.

---

## LA CALLE DEL TOMPEATE

I

Don Antonio Casa Abad nació en  
Castilla la Vieja en heredad vasta y  
propia con grandes trabajos hecha.  
Y sabiendo que las Indias lugar de  
ganancias era,  
se vino a la Nueva España en pos de  
ricas empresas.

Muchos a mal le tuvieron tan  
aventurada idea, mas él buscó sin  
temores otra gente y otra tierra.

Ya en Méjico radicado, abrió  
magnífica tienda que fué en la calle del Águila la más grande y la  
primera.

Buen cristiano don Antonio y de  
relevantes prendas, con caritativa  
mano siempre alivió la miseria.

Y era de verse agolpados  
los sábados, en sus puertas,  
más de cien pobres que siempre

calmaron sus hondas penas.

Amigos del castellano, dueños  
de sus confiancias fueron tres  
paisanos suyos cuyos nombres se  
conservan.

Muñetón era el más joven,  
Duñeto el de edad proveceta y  
López el que frisaba muy cerca de  
los cuarenta.

Costumbre no interrumpida en  
ello, y muy añeja, era quedar cada  
noche, cuando cerraban la tienda,  
con el dueño conversando en  
derredor de una mesa y jugando a  
la malilla pasarse las horas  
muertas.

Cada cual manifestaba  
sobre distintas materias  
su parecer, respetando las  
opiniones ajenas:  
y así del gobierno hablaban lo  
mismo que de la Iglesia, cortando  
al Rey y al Obispo con unas

mismas tijeras.

Casa Abad era un buen hombre  
y no concibió sospechas de que sus  
tres compañeros eran malos como  
hienas,

Cada noche al despedirse,  
ellos sin grandes reservas de su  
dolo y su perfidia daban con  
sus frases pruebas.

—Di, Muñetón, ¿si el tesoro de Gasa  
Abad lo tuvieras?.. . —Calla; entonces  
no estaría vendiendo sal y pimienta. —  
Mucho dinero escondido ha de tener  
este hortera. —Y que no le sirve a nadie porque es hijo de las hierbas. —Tendrá  
en Castilla familia. —La de las malvas,  
babieca, ¿no ves que nadie lo busca ni le escriben una letra? —Pues si de un  
instante al otro don Antonio se  
muriera.. . —Entre curas y alguaciles  
se disputarán la herencia. —No le hace  
falta a ninguno. —i Vamos hombre! ¡ni  
a las piedras! —Y no pierde en la  
malilla, ya lo veis, ni una peseta. —Ni  
nos da un trago de vino. —Ni un bollo.

—Ni una ciruela. —Es  
mentecato.

—Y avaro. —

Y usurero...

—Y yo quisiera... —¿Qué  
cosa? dilo sin miedo.

—Pero después.. .

—Mueve la lengua.

—No vaciles. —Y si  
al fin...

—Larga la prenda.

—Pues bien, dijo López, quiero, si  
tenéis valor. . .

—Y a prueba de  
golpes muy repetidos. —Es cosa de  
gran reserva. —No sigas con más  
ambages. —Hombre, al decirlo me  
tiembla el corazón, ¿seréis mudo? —  
De igual modo que las piedras. —  
Vamos sin ningún escrúpulo en  
alguna noche de estas, torciéndole a  
Antonio el cuello y a ser ricos por su  
cuenta! —j Hombre!



—¿Qué dices?

—Es chanza y

tembláis como unas hembras —La  
cosa no es para menos; pero en fin,  
si bien se piensa. —No le sirve a  
Dios ni al diablo. —Es la verdad.

—No remedia el  
hambre de ningún pobre ni ampara  
viudas y huérfanas. —Y el pan que  
reparte...

—Es duro.

capaz de romper las  
muelas.

—¿Y el dinero?

—El que da es  
falso, pues de no ser no lo  
diera. —Si no hace falta,  
ni sirve, podremos torcerle  
el cuello, ni deudos que  
sufran deja, —Y aun  
cortarle la cabeza. —Hay  
que dejar que corra el  
tiempo; en tales empresas

lo mejor es lo más pronto y

el retardo caro cuesta, —¿

Mañana?

—Si se pudiere...

— Bien, pues guardemos

reserva y a dormir, pronto

seremos dueños de muchas

talegas.

— Discreción.

— No hay que

encargarla, que en ocasiones como esta

bien puede decirse, amigos: ¡l a vida

guarda la lengua!

Y los tres se despidieron

tomando distintas sendas

y pintando en sus

semblantes sus

intenciones siniestras.

II

No habían brillado dos  
soles después de aquellas  
palabras, cuando hallaron  
los vecinos la rica tienda  
cerrada.

Muchas gentes que acudieron a la  
compra en la mañana volviéronse  
sorprendidas de no hallar lo que  
buscaban.

Jamás en los muchos años que  
acreditaron su fama, le dio a nadie en  
tales horas con las puertas en la cara.

Absortas de la clausura las gentes  
se preguntaban: —"¿Don Antonio  
estará en quiebra? ¿Estará enfermo?

¿Qué pasa?

Y no faltaron curiosos que  
por inquirir la causa de tan  
extraño suceso de allí no se  
separaran.

Por fin logró la noticia

llegar a regiones altas y los  
guardianes del orden  
tomaron en ello cartas.

Para abrir aquellas puertas les fué  
preciso forzarlas, poniendo un dique a  
la plebe con buen número de  
guardias.

Al crujir los duros goznes  
que un quejido remedaban  
reflejóse en los semblantes  
curiosidad, miedo y ansia.

Y en un instante surgieron con  
esplendores de llama, de los  
espantados ojos indagadoras  
miradas.

Alguaciles y corchetes  
penetraron en la casa hallando en  
el pavimento un charco de sangre  
humana.

Escondrijos y rincones  
exploraron sin tardanza hasta  
quedar cerciorados de que  
nadie oculto estaba.

Y después de las pesquisas en  
tal caso necesarias  
y de mil consultas hechas con  
misterio y en voz baja,  
del ensangrentado piso  
.alzaron las toscas tablas  
manifestando en su rostros la  
sorpresa más extraña;  
como que en negro fondo entre el  
fango y entre el agua, de un cuerpo  
humano esparcidos los yertos  
miembros estaban.

Tan espantosa noticia por la  
ciudad cundió rápida que para  
todo lo triste los heraldos  
tienen alas.

Del mutilado cadáver en  
tan espaciosa estancia,  
no se encontró la cabeza  
por más que fué bien buscada.

Y fueron vanos intentos  
encontrar cual se anhelaba .a los  
que el pueblo supuso autores de

tal infamia.

Dice una crónica antigua que  
un rapaz una mañana por las  
calles de Mesones vio en la  
acequia que la traza,  
flotar un bulto pendiente de  
una cuerda muy delgada, y que  
algo bueno encerraba.

Era una cesta flexible de esas  
tejidas de palma cuyo nombre se  
deriva de la lengua mejicana.

Quando la tuvo en las manos  
y la desató con ansia con  
inexplicable susto halló una  
cabeza humana.

Un curioso acudió a verla y  
dijo aquestas palabras: "Esa es  
la don Antonio el de la calle del  
Águila".

III

Pronto logró la justicia, que  
trabajó con gran celo,  
aprisionar en sus redes a los  
principales reos.

Pronto a la cárcel de corte  
Muñeton y López fueron,  
librándose por milagro de la  
indignación del pueblo.

El otro marchó a esconderse  
en el hermoso convento que fué  
con los Carmelitas *Oasis* en el  
Desierto.

No faltó quien descubriera al  
alcalde este secreto y a sacarlo  
de aquel claustro marcharon con  
grande empeño.

Y cuentan las tradiciones que  
cuando entraron a verlo y supo  
que lo buscaban para conducirlo  
a México  
se abrazó de una columna con

tanta fuerza y denuedo que  
apartarlo de aquel sitio ni entre  
muchos consiguieron.

Entonces los religiosos con  
lágrimas y con ruegos y  
considerando el caso como un  
extraño portento,

negáronse a que saliera de  
aquel recinto, diciendo  
que estaba en lugar sagrado  
donde lo amparaba el cielo.

Atendiendo a estas razones  
logró salvarse Duñeto  
sentenciándolo a que nunca  
dejara el claustro ni el templo.

Para Muñetón y López de  
salvación no hubo medio y  
ahorcáronlos en la plaza con  
satisfacción del pueblo.

Con hopa y capucha negras al  
patíbulo subieron, quedando a  
vista de todos hasta que el sol  
hubo puesto.



Y agregan los narradores de  
tan horribles sucesos que nunca  
la rica tienda  
se volvió a abrir al comercio.

Y que entre muchas consejas  
hubo en tan remotos tiempos la  
de que ambos asesinos  
de la noche en el silencio  
rondaban, andando en pena, el  
lugar triste y siniestro donde por  
artes del diablo un gran crimen  
cometieron.

Y que rumbo a Cuajimalpa  
iban en pos del convento,  
para presentarse juntos a su  
antiguo compañero.

Y así lo dice la fama y así  
al lector se lo cuento,  
diciéndole como siempre:  
Ni lo afirmo, ni lo niego.

---

## LA VIRGEN DE LA PIEDAD

(2 de Febrero ele 1652)

### TRADICIÓN DE LA IGLESIA DE LA PIEDAD

I

Un religioso dominico varón noble,  
humilde y sabio a quien con amor llamaban el *piadoso* sus hermanos,  
salió de Méjico a Roma con el especial  
encargo de hallar un pintor de fama para encomendarle un cuadro.

Tratábase de una imagen que inspirarse  
fervor santo, la Virgen inmaculada con  
Jesucristo en los brazos.

Era aquel fraile devoto de la Piedad, y lo enviaron para que hiciese a su gusto la  
elección de tal trabajo,

A tan venerable Virgen con oro  
y con entusiasmo los dominicos  
estaban erigiéndole un santuario.

Escogieron como sitio más  
propicio para el caso, por su  
natural belleza su posición y su  
espacio,  
uno, junto a la calzada que hizo en mil  
seiscientos cuatro don Juan de Mendoza y Luna, el marqués de Montes Claros,  
y que Torquemada y Zarate con  
destreza nivelaron, pues eran en esas  
obras, en su tiempo, los mas sabios.  
El sitio fué en sus principios un  
miserable pantano, y más tarde  
convirtiéndose en ventorrillo ignorado.  
Allí levantóse el templo y contiguo al  
templo el claustro, con gran número de  
celdas, de corredores y patios.  
Para engrosar los recursos en  
obra de tal tamaño y que no la  
interrumpieran por falta de  
numerario,  
el Virrey dio fuertes sumas, los mineros le ayudaron  
y así se acabó el convento al correr de  
pocos años.

Artistas de limpios nombres las

bóvedas decoraron y a los muros  
laterales dieron con su genio ornato.  
Sólo en el altar del fondo quedaba  
desnudo un claro mientras llegaba de  
Roma el principal de los cuadros.  
Como en todas las edades, las obras  
de los extraños juzgábanse las mejores  
y las de precio más alto;  
por esto esperaban todos que  
cruzara el Océano, viniendo a nuestros  
verjeles a causar asombro y pasmo,  
la más hermosa pintura que vieron  
ojos humanos digna y acabada imagen  
de la Reina de los Santos.

Tardábase el religioso por los fieles  
esperado y sin él no se podía abrir el  
nuevo santuario.

Temiendo que hubiera muerto o  
que «algún desastre amargo le  
impidiera de algún modo su misión  
llevar a cabo,  
hicieron en su convento rogativas y  
sufragios y entraron en ejercicios los frailes dominicanos.

Alzábase el nuevo templo entre pintorescos álamos como un alcázar de nieve en esmeralda engarzado.

Ya coronaba sus muros un esbelto

campanario, con la cruz que muestra el cielo y al dolor abre los brazos .

Ya los altares tenían para el culto

sacrosanto lo que la liturgia pide y los cánones marcaron.

Sólo para abrir las puertas y llamar a los cristianos y bendecir el recinto y empezar rezos y cantos,

se esperaba al sacerdote trayendo en sus nobles manos, de la Virgen y el Dios vivo los más hermosos retratos.

¿Qué pasaba allá a distancia, tras de que mares revueltos, con aquel comisionado esperado tanto tiempo?

Llegó el religioso a Roma, y como sabio y discreto,

para hallar un buen

artista siguió

prudentes consejos.

Buscó al que le señalaban

como el mejor de aquel

tiempo y al que los de más

renombre reputaban el

primero.

Hablaron de su propósito y

bien pronto convinieron en la

condición del cuadro, en su

símbolo y su precio.

El artista, con la ruda  
franqueza que tiene el genio,  
dicen que habló al religioso  
con estos claros conceptos:

—El cuadro que se me  
encarga lo haré como os lo  
pidieron, mas no me exigáis  
un plazo ni me limitéis el  
tiempo.

—Es que precisa que vaya a  
entregarlo, cuando menos a  
los seis meses contados desde  
este mismo momento.

—Yo así no trazo una línea,  
pues sólo a pintar me atrevo  
si la inspiración me empuja,  
sin darme cuenta, hacia el  
lienzo.

—¡Pero en seis meses!

—Ignoro si  
estaré inspirado en ellos.

—¿Cuándo acabaréis entonces? —

Señalar plazo no puedo.

—Bien —dijo el fraile,— es posible que Dios que impulsa lo bueno os inspire antes de mucho y me vaya pronto a Méjico.

—Es posible...

—A vuestro cargo

dejo todo . . .

Lo agradezco. —Pintad

pensando que pronto se tiene que abrir  
el templo.

—Ábranlo sin mi pintura.

—Es imposible.

—No acierto.

—El altar mayor

espera, para consagrarse, el lienzo.

Y se separaron ambos y los seis

meses corrieron y el artista con

angustia solicitó plazo nuevo.

Transcurrió el nuevo plazo y otro

más, y al año y medio el religioso le dijo de pena y tristeza enfermo:

—Nada tenéis; os perdono: ¿que

dirán el ver que llego sin dar a mi

encargo fácil el debido cumplimiento?

**Algo he pintado aunque es**

poco. —Dádmelo, porque así al menos probaré que no es mi culpa volver así como vuelvo.

—Es un boceto muy débil. —

Bien está, dadme el boceto, y allá buscaré un artista que lo acabe en poco tiempo.

—¡Allá un artista! ; estáis loco!

¡ Artistas allá! es un sueño; —

Nadie me corrige en Roma, pues soy en Roma el primero!

—Pero Dios está con todos, y en Dios descanso y espero. —

¿Más contáis con un artista? —

¡Y no contáis con el cielo!

—Los ojos del

religioso al decir tales

conceptos brillaban

como dos soles

irradiando vivo fuego.

Lo halló el pintor tan

hermoso, tan sublime, tan

.angélico, que temblando y de



rodillas le entregó al punto el  
boceto.

Y ya con él en las manos salió  
de aquel aposento dejando  
brillante estela como un bólido  
en los cielos,

Y un mes después de esta  
escena se embarcó con rumbo a  
**Méjico**

y en alta mar sorprendióle el  
equinoccio de invierno.

Una tempestad horrible azotó  
cual frágil leño la barca en que  
navegaba, de morir estando en  
riesgo.

En la Estrella del mar pura, los ojos y  
el alma puestos, salvando de aquel  
nafragio de Veracruz llegó al puerto.

Y cuentan los narradores que  
cuando volvió al convento cohibido y  
avergonzado mostró a los frailes el  
lienzo.

Y con asombro todos el y

sus hermanos vieron la más  
hermosa pintura de la Reina  
de los Cielos.

Un pincel desconocido le dio  
vida a aquel boceto y nada faltaba  
al cuadro que deslumbraba por  
bello.

Pronto adornó aquella imagen el altar  
mayor del templo, y al saberse aquel  
milagro, aquel extraño portento,  
con grande fervor llegaban a pedirle  
amparo eterno

**los pobres, los  
delincuentes, los  
desvalidos, los huérfanos.**

**Y admiraban los hechizos  
del cuadro, humildes  
creyendo que lo pintó sin  
ser visto el Artífice  
Supremo.**

---

DEL ESCENARIO A LA CELDA

LEYENDA DE LA CALLE DE LAS DAMAS

( 1 7 2 6 )

I

Hermosa como la estrella de la alborada

de mayo fué en Méjico hará dos siglos doña Ana María de Castro.

Ninguna logró excederle en la

elegancia y el garbo ni en los

muchos atractivos de su .afable y

fino trato.

Sus maneras insinuantes, su genio jovial y franco, su lenguaje, clara muestra le su instrucción y su rango:

su talle esbelto y flexible, suS ojos como dos astros

las riquísimas joyas, con que esmaltó sus encantos,

la hicieron en todo tiempo la

mas bella en el teatro,

la mejor por sus hechizos, la

primera en los aplauzos.

Los atronadores vivas, los gritos

del entusiasmo siempre oyó, noche

por noche al pisar el escenario.

En canciones, en comedias, en  
sacramentales autos, ninguna le  
excedió en gracia, ni le disputó los  
lauros.

Doña Ana entre bastidores era  
orgullo tan alto, que a todos sus  
compañeros trató como a sus  
lacayos.

Las maliciosas hablillas, los  
terribles comentarios, los  
epigramas agudos y los rumores  
más falsos,  
siempre tuvieron origen según el  
vulgo, en su cuarto, centro fijo en  
cada noche de los jóvenes más  
guapos,

Allí en torno de una mesa se  
charlaba sin descanso, sin  
escrúpulos ni coto de lo bueno y de  
lo malo.

Si la gazmoña chicuela del  
Marqués, ama a Fulano, y si éste le

guiña el ojo escondido en algún  
palco;  
si la esposa de un marino mira con  
afán extraño al alabardero Azunza que de algún noble está al lado;  
si el Virrey fijó sus ojos con interés en el patio como en busca de un amigo que  
subiera a acompañarlo;  
sobre el último alboroto de tal  
calle y de tal barrio con aguaciles,  
corchetes, mujerzuelas y soldados.  
La actriz risueña y festiva oyendo tales relatos a todos daba respuestas como  
experta en cada caso.  
Algunos por conquistarse su pasión  
más que su agrado, sin lograr sus  
esperanzas grandes sumas se gastaron;  
otros con menos fortuna sólo  
anhelaban su trato viviendo como  
satélites en derredor de aquel astro.  
Ana, radiante de gloria, miraba con  
desenfado a los opulentos nobles que  
eclipsara con su encanto.  
Y en la sociedad más alta censuraban  
su descaro  
creyéndola una perdida foco de

vicios y escándalos.

Más no hay crónica que ponga tan

duros juicios en claro, ni nos diga que a ninguno se rindió por los regalos.

Ella protegió conquistas de

sus amigos francos, y quizá

empujó al abismo a los galanes

incautos.

Astuta e inteligente guardó en su

amor tal recato que tan valioso secreto

no han descubierto los años.

Se habla de un Virrey que estuvo de

doña Ana enamorado, mas la historia no

lo afirma ni puedo yo asegurarlo.

Mujer hermosa y ardiente, de genio y

en el teatro por la calumnia y la envidia tuvo medidos sus pasos.

II

Por sabias disposiciones  
dictadas con gran acierto las  
actrices habitaban muy cerca  
del coliseo

Este se alzó por entonces entre  
el callejón estrecho que del Espíritu  
Santo llamamos en nuestro tiempo.  
y la calle de la Acequia, en los  
solares extensos que hoy las gentes  
denominan calle del Coliseo Viejo.

Y cerca en vecina calle que por  
tener un colegio destinado a las  
doncellas "de las niñas" llama el pueblo,  
las .artistas del teatro

buscaron sus aposentos, y de  
"las Damas" llamóse a tal  
motivo aludiendo

Una noche gran tumulto turbó  
del barrio el sosiego, a los más  
graves vecinos levantando de sus

lechos;  
los jóvenes elegantes formando  
carrillo inmenso, seguidos de gente  
alegre y poco amiga del sueño,  
a la puerta de una casa su  
carrera detuvieron acompañando  
sus trovas con sonoros  
instrumentos.

—"Serenata a la de Castro", dijo al mirarlos un viejo.

—¿Y por qué así la celebran?

preguntó un mozo indiscreto.

—¡Cómo por qué! dijo alguno; el

Virrey loco se ha vuelto y prendado de

la dama ordena tales festejos. —¿El

Virrey?

—Así lo dicen. —Ni más ni menos; y allí

cantan edecanes corchetes y alabarderos.

—¿Será posible?

—Miradlos. . . — ¡ Y qué tiempos! —Los oidores están sordos. —Al menos están durmiendo.

—¡ Turbar en tan altas horas la

soledad y el silencio! —Y alarmar a los

que viven con recato en los conventos.



— ¡ Y por una mujerzuela! —¡Una  
farsante que ha puesto como a Job a  
tantos ricos que están limosna  
pidiendo!

— ¿ Y la Inquisición?

—Se calla.

— ¿ Y la mitra?. . .

— ¿ Y el Gobierno? —

Doña Ana domina a todos con su horrible  
desenfreno.

— ¿ Y es hermosa?

—Cual ninguna.

—¿Joven?

— ¡ Y de gran talento! —

Y con dos ojos que vierten las llamas del mismo infierno.

—Con razón con sus hechizos vuelve  
locos a los viejos. —El Virrey no es un  
anciano. —Ni tampoco un arrapiezo.

—Pero escuchad lo que dicen  
cantando esos bullangueros. —Es el  
descaro más grande tal cosa decir en  
verso.

Y al compás de la guitarra vibraba

claro el acento de un doncel que así

decía en obscura capa envuelto:

—"Sal a tu balcón señora que por mirarte me muero, piensa en que por ver tus gracias el trono y la corte dejo".

—Más claro no canta un gallo. —Y

todos lo estáis oyendo. El Virrey deja

su trono por buscar a l a . . .

—Silencio

—¡Cómo está la Nueva España!

—¡Pobre colonia!

—Me .atrevo

a decir que no se ha visto cosa igual

en todo el reino.

Y los del corro cantaban, y al fin

todos aplaudieron al mirar que la de

Castro a su balcón salió luego.

—¡ Vivan la luz y la gracia, la

sandunga y el salero! —Ya asomó el

sol en oriente. —¡ Ya el alba tiñó los

cielos!

Y doña Ana agradecida buscando

a todos un premio, llevó la mano a los

labios

y al grupo le arrojó un beso.  
Creció el escándalo entonces; rayó  
en locura el contento y volaron por los  
aires las capas y los sombreros.  
Cerró su balcón la dama,  
apagáronse los ecos, dispersáronse  
las gentes y todo quedó en silencio.

III

Con grande asombro se supo,  
trascurridas dos semanas desde  
aquella escandalosa aunque alegre  
serenata,  
que las glorias de la escena, los  
laureles de la fama,  
el brillo y los oropeles de la  
carrera dramática,  
por inexplicable cambio, por  
repentina mudanza, sin reserva y  
sin esfuerzo todo dejaba doña  
Ana.

Y algunos de los que saben cuanto  
en los hogares pasa y que exploran con  
cautela los secretos de las almas,

dijo a todos los amigos de artista tan  
celebrada que un sermón del Viernes  
Santo era de todo la causa.

El padre Matías Conchoso, cuya  
elocuente palabra los más duros  
corazones convirtiera en cera blanda,  
al ver entre su auditorio a tan  
arrogante dama atrayéndose en el  
templo de los hombres las  
miradas,

habló de lo falso y breves que son las  
glorias mundanas; de los mortales  
pecados de los que viven en farsas;  
de los escándalos graves que a  
la sociedad alarma

cuando una actriz sin recato  
incautos pechos inflama;

y con tan vivos colores pintó la  
muerte y sus ansias y al infierno  
perdurable que ,al pecador se  
prepara;

que la de Castro, temblando,  
cavó al punto desmayada con el

hechicero rostro bañado en  
ardientes lágrimas.  
Sacáronla de aquel templo,  
condujéronla a su casa, y temiendo  
que muriera fueron a  
sacramentarla.

Cuando cesaron sus males y  
estuvo en su juicio y sana, en señal  
de penitencia resolvió dejar las  
tablas;

y vendió trajes y joyas; y las  
sumas que dejaban se las entregó a  
la Iglesia de su nuevo voto en aras.

Entró después de novicia y su  
conducta sin mancha y su piedad y  
su empeño por vivir estando en  
gracia,

abreviaron sus afanes, la dieron  
consuelo y calma

y tomó el hábito y nunca el mundo volvió a mirarla.

Fueron tales sus virtudes y sus hechos de enclaustrada, que cuentan los que lo saben  
que murió en olor de santa.

Por muchos años miróse la celda

pequeña y blanca que ocupó en

Regina Celi la memorable doña Ana;

Y aun se conservan los muros de la

antigua estrecha casa en que vivió aquella artista en la calle de las Damas.

Pasó, dejando animosa riqueza, aplausos y fama, del escenario a la celda por la salvación del alma!

---

## LA CONSPIRACIÓN DE "LOS MACHETES"

### LEYENDA DEL CALLEJÓN DE GACHUPINES?

Ya en los últimos albores del  
siglo décimo octavo, pues para  
extinguir su vida solo le faltaba  
un año  
germinaba en el misterio, en la sombra, en el recato, el afán de  
ver un día libre al suelo mejicano.

El rey don Carlos Tercero, de las Indias soberano, gran protector de las artes y de  
corazón magnánimo,

había ya reconocida, sin duda,  
mal de su grado, la epopeya que  
con gloria Washington llevara a  
cabo

Y al Rey, el conde de Aranda, que fué  
quien firmó el tratado, le aconsejó gran prudencia después de dar este paso.

"Señor —le dijo— los reinos tan  
ricos y dilatados que forman  
vuestros dominios y que son  
vuestros vasallos,

"pueden seguir el ejemplo, que en vuestro nombre he aprobado de los audaces y fuertes hijos de los Puritanos;

"cuidad vuestras posesiones, y como os sirvo y os amo, a proponer un remedio atrevido me adelanto;

"dadle forma, a los dominios, capaz en cualquiera caso, de resistir los embates de igual peligro y tamaño.

"El Perú, Nueva Granada y Méjico, están muy aptos para erigirles sus tronos que al vuestro queden ligados.

"Ocúpenlos tres infantes de vuestra sangre, tomando vos, de emperador el nombre y siendo siempre el más alto.

"Y .así por los intereses mantendréis siempre compactos los reinos que son de España y pueden tornarse extraños".

No paró mientes ni un punto en tal propuesta el rey Carlos, y tan prudentes consejos nunca fueron escuchados.

No anduvo torpe el ministro en



hablar al Rey tan claro, que al ver la  
nueva República libre de opresores  
lazos.

obedeciendo a su influjo con vigor  
se despertaron, lo mismo en Nueva  
Granada que en Venezuela, los  
ánimos.

Y cundió hasta nuestra tierra aquel  
ardor sacrosanto que llegó a mover a  
un tiempo el pensamiento y los  
brazos.

En Méjico persiguióse sin  
distinción ni descanso a los franceses  
que hablan a Nueva España arribado.

La Inquisición miró a muchos  
prisioneros en sus antros, y a los  
demás obligóse a vivir en suelo  
extraño.

Extendieronse las iras, las  
sospechas, los amagos, contra algunos  
españoles y no pocos mejicanos.

Fué don José Antonio Rojas,  
víctima de tales daños, y en Nueva

Orleáns refugióse de persecuciones  
harto.

De allí, sin miedo ni embozo mandó  
un extenso relato que en Méjico lo  
leyeron de la cabaña al palacio.

Daba cuenta en él de todos sus  
sufrimientos amargos, y así acababa  
diciendo con franqueza a sus paisanos:

"Ya los Estados Unidos son libres:  
ved este cuadro de ventura que os  
ofrecen y procurad imitarlo".

Un edicto fulminante por la  
Inquisición lanzado excomulgó al que  
leyese escrito tan incendiario.

Mas a pesar del edicto cundió el  
fuego y no pasaron seis meses sin que  
se vieran los primeros resultados.

Don Juan Guerrero, venido de  
Filipinas, contando con hombres de  
valimiento como Valencia y Tamayo,  
ya próximo a alzarse en armas el  
.año noventa y cuatro, para quedar  
con el reino y de España libertarlo,

fué vendido en sus secretos ante el  
platero Caamaño,  
quien obligó al padre Vara, hombre  
tímido y fanático,  
a comunicar los planes al arzobispo de Haro, que a Guerrero y a sus  
cómplices pronto puso a buen  
recaudo.

Tanto tiempo en las prisiones por  
su desgracia duraron, que unos  
murieron en ellas y otros fueron  
desterrados.

Al poco tiempo un marino  
aventurero y muy bravo, don  
Francisco Antonio Vásquez, de linaje  
castellano,  
al conde de Pérez Gálvez denunció  
un motín, tomado entre los nobles del  
reino para a los ingleses darlo.

Y luego, en noventa y nueve en  
secreto se asociaron con don Pedro de  
Portilla trece altivos mejicanos.

Su fin era apoderarse del Virrey,  
cortar los lazos con España y ser ya

libres, de sí mismos soberanos.

Expulsar o dar la muerte a cuantos

fueran contrarios

a los fines y a las miras

de todos los conjurados.

Descubierta aquella trama los esbirros

encontraron lo que para dar el golpe se preparó

<efe antemano.

En un callejón estrecho y en casa de estrecho patio, *machetes* de punta y filo en gran número agrupados;

la Virgen de Guadalupe en medallas y en retablos y en unos y otros un mote espantoso y sanguinario:

"Si la España nos da muerte con un gobierno tirano, matemos aquí a sus hijos y sin sus hijos vivamos".

Presos los conspiradores fué uno de ellos preguntado si era verdad el intento de matar a los hispanos.

"Y tan verdad —respondióle que hubiéramos empedrado el callejón de cabezas como lo está con guijarros"»

Lo supo el virrey Azanza y prorrumpió con sarcasmo:

"Tortillas de Gachupines iban a hacer estos zánganos".

Y ya quedó desde entonces

de Gachupines llamado,

el callejón que fué un día de sus

ensueños teatro.

---

